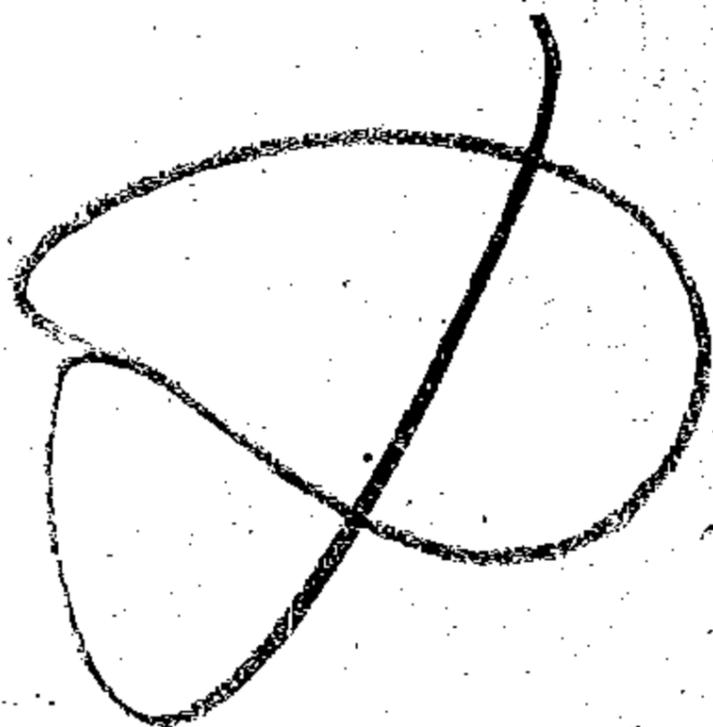


2957

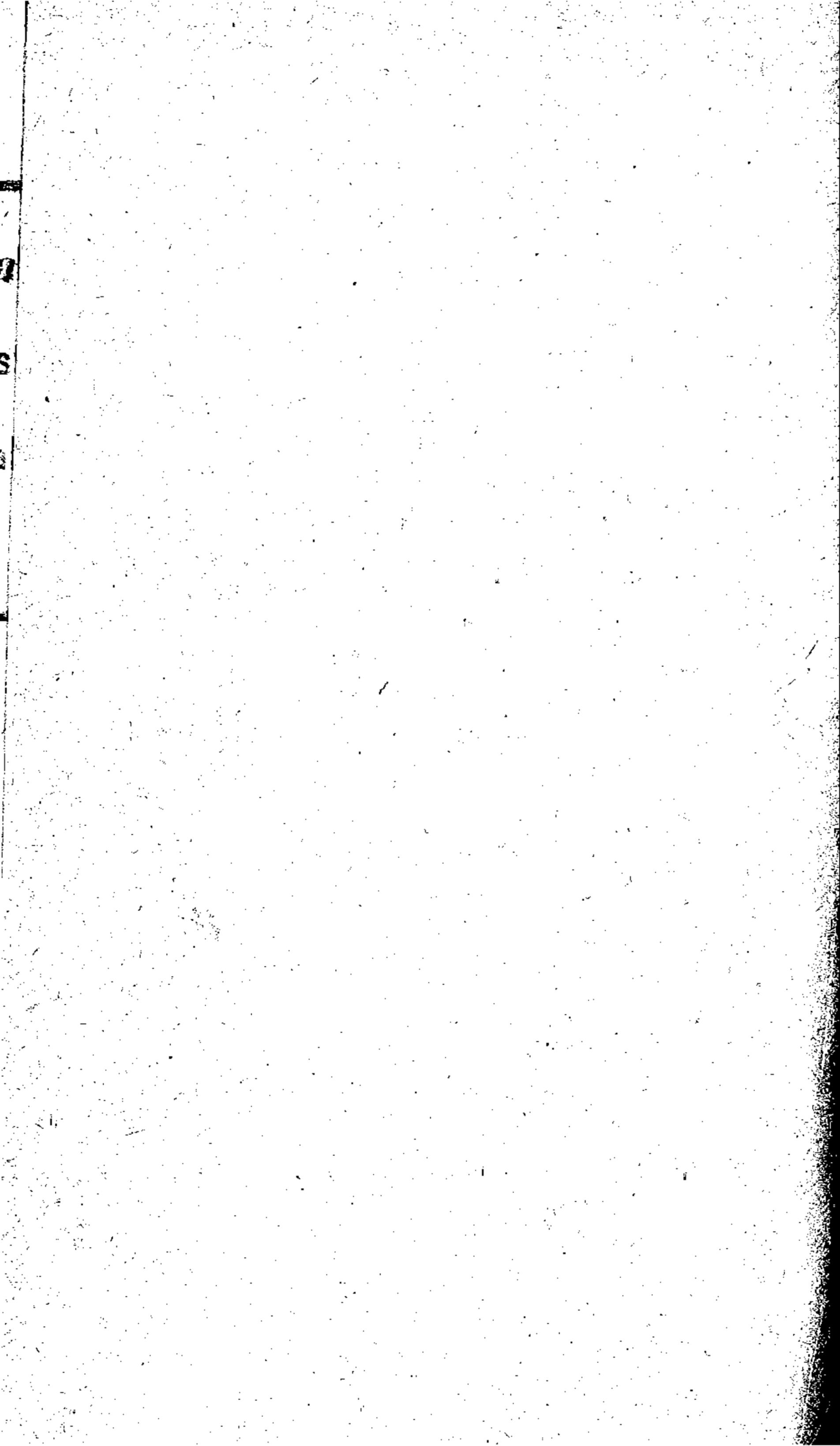
946
EST
de

Sala a-
Asterio 8-
Tabla 4^a 22
N.º de lib. 1,077

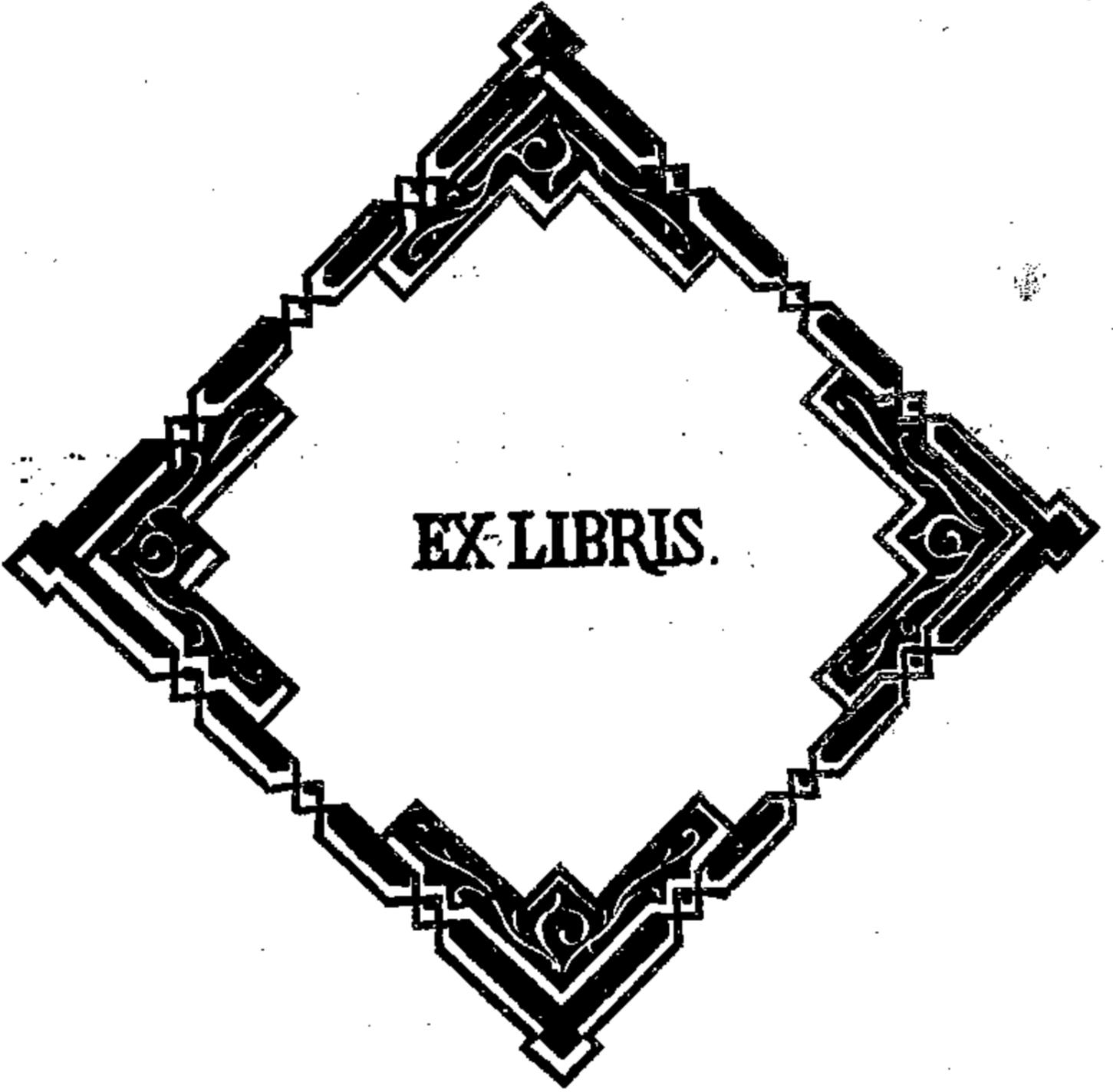


8249

946
EST
A

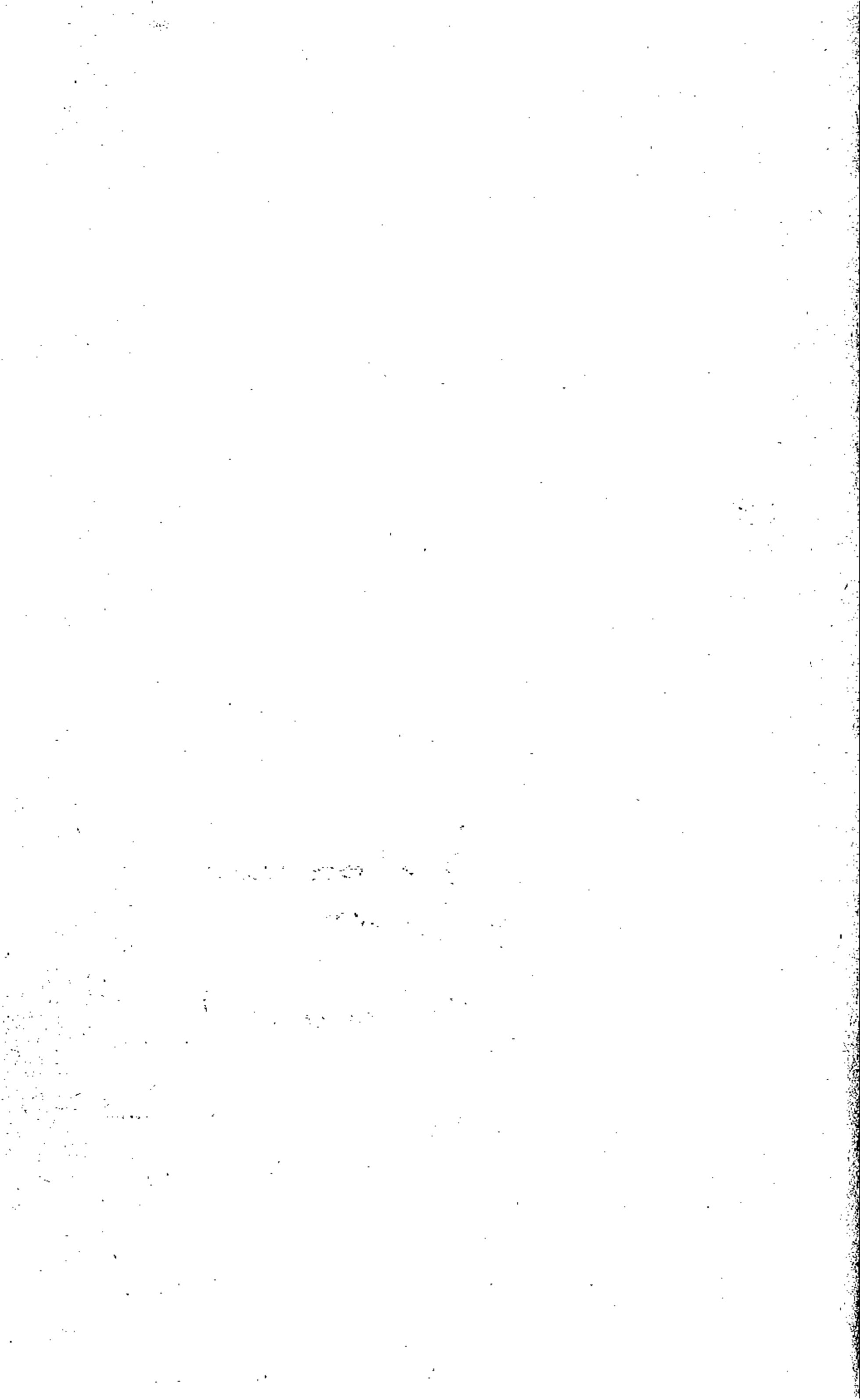


COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS
—
HISTORIADORES



EX LIBRIS.







DE LA CONQUISTA

Y

PÉRDIDA DE PORTUGAL

POR

D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERON

(EL SOLITARIO)

TOMO I



2059

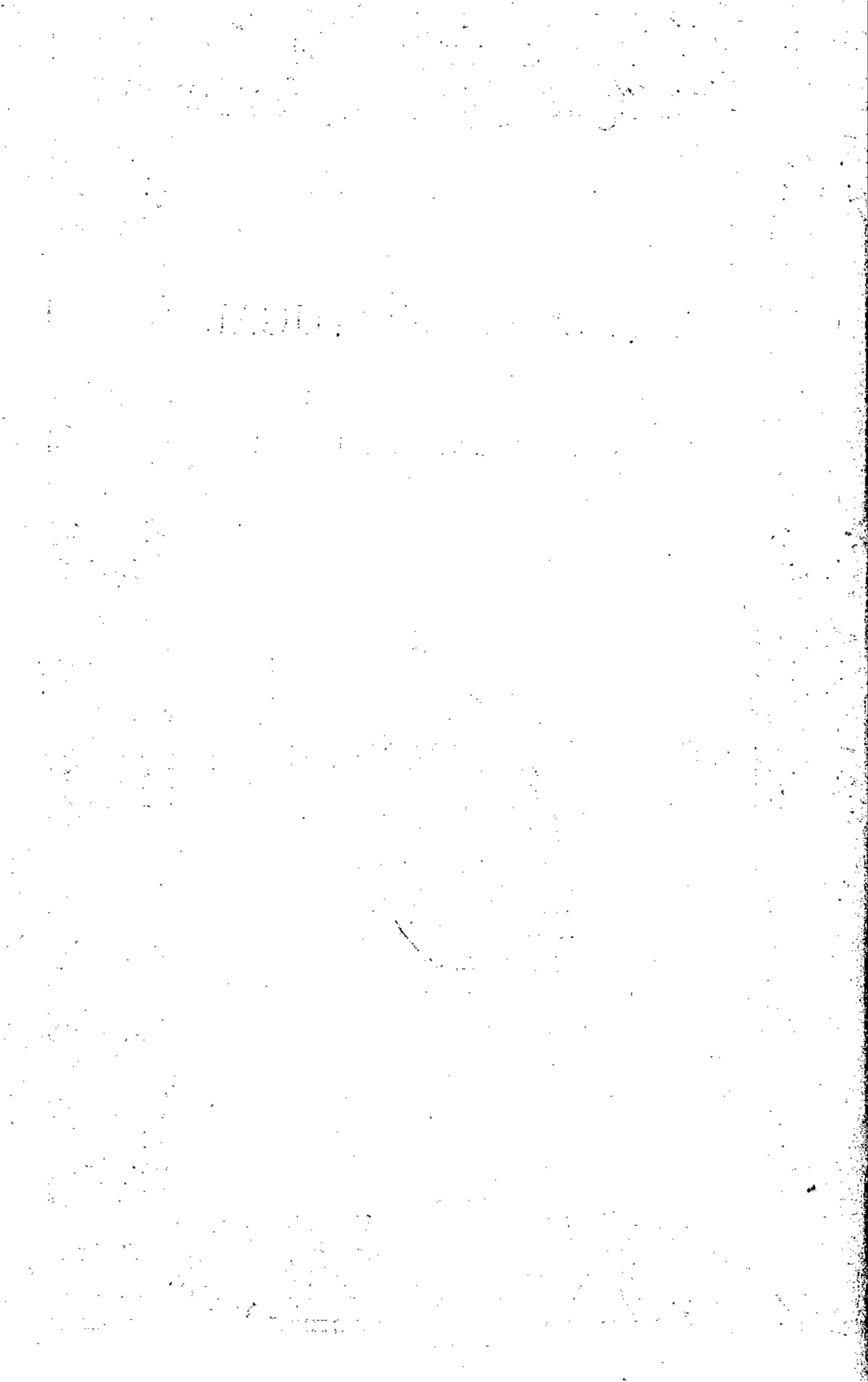
MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

1885



B-2896



DE LA CONQUISTA
Y
PÉRDIDA DE PORTUGAL
POR
D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN

TIRADAS ESPECIALES

100 ejemplares en papel de hilo.....	1 á 100
25 » en papel China.....	1 á XXV
25 » en papel Japón.....	XXVI á L



CAMPAÑA

DEL

DUQUE DE ALBA EN PORTUGAL

I.

Derechos de Felipe II á la corona de Portugal. — Los Pretendientes. — Previsión de Felipe II. — El duque de Alba jefe de la expedición. — Altísimo y patriótico pensamiento de la incorporación de Portugal. — El Rey resuelve ponerse al frente del ejército. — Dificultades de los portugueses para allegar recursos, y designios y aprestos de los castellanos. — Expedición marítima al mando del Marqués de Santa Cruz. — Revista el Rey el ejército en Cantillana. — Enumeración de los capitanes, y descripción de sus trajes y armas. — Discusiones en Badajoz sobre el plan de campaña. — Discútese la conveniencia de que el Rey entre al frente del ejército en Portugal.

LA unión de Portugal á la corona de Castilla, fundada en el derecho y lograda con la fuerza, vino á añadir un lauro más á los muchos ganados por el famoso duque de Alba, y á acrecentar los

dominios españoles en el reinado de Felipe II, con un reino, si pequeño y pobre, señor y cabeza de otros ricos y dilatados. Porque, muerto en 1578 el rey D. Sebastián en la infeliz jornada de Alcazarquivir, y dos años después el cardenal D. Enrique su sucesor, aquella corona vino á recaer en las sienes del rey Felipe II, que, por su madre la emperatriz doña Isabel, era nieto del difunto rey D. Manuel de Portugal. Por notorio que fuese este derecho, para hacerle valer era forzoso é inevitable el acudir á las armas: tal era el odio inveterado y constante que profesaban aquellos naturales á Castilla.

Dos eran los pretendientes que se presentaban en Portugal á aquella corona, disputándola al Rey Católico; á saber: D. Antonio, prior de Ocrato, y la duquesa de Braganza; hijo bastardo aquél del infante D. Luís, tercer hijo del rey D. Manuel, y ésta, hija del príncipe D. Duarte, hermano de la emperatriz doña Isabel. Hacemos mención sólo de estos pretendientes, porque, si bien varios otros pudieran alegar semejantes ó más vecinos derechos, como sucedía á la casa de Farnesio, no quisieron hacerlos valer, ó ya por considerarlos remotos ó baldíos, ó ya porque las obli-

gaciones que otros tenían con Felipe II, como sucedía con el duque de Parma, les movieron á hacer renunciación de ellos.

Á veces el sacrificio de ciertos derechos insostenibles suele procurar mayor grandeza y utilidad al que por prudencia, por política y buen cálculo sabe ejecutarlo, como sucedió en este caso con la casa de Farnesio. Pues de los grandes de aquel reino, muchos se inclinaban al rey D. Felipe, por entender cuánto más honor y ventaja sería para el Portugal tener por señor á Monarca tan poderoso, que no al Prior ni á la duquesa de Braganza, cuyo marido D. Juan era malquisto en Portugal por sus escasas dotes de valor y consejo. La chusma popular, con los magnates que mal la endoctrinaban, á quien no guiaba otra mira ni interés que la aversión que les inspiraba el ser gobernados por un Príncipe castellano, protestaban con todas sus fuerzas contra los derechos del rey D. Felipe, diciendo que, antes que reconocerle por soberano, se darían á los ingleses.

Pero el desorden y la división que reinaba en Portugal en consejos y pareceres, señal y pronóstico el más cierto de la ruína de los Estados; la flaqueza y desaliento de todos; la

falta de recursos; el cuidado y prudente previsión con que Felipe II había procurado inclinar los ánimos de mucha gente principal, y aun de la parte más granada y más sensata de los moradores, en favor de Castilla, y, por último, el terror que inspiraba por entonces, no sólo en Portugal, sino en toda la Europa, el gran poder de aquel Monarca, fueron parte para que aquella conquista se lograse en poco tiempo, y sin trabajo ni pérdida considerable.

Poco antes de la muerte del rey cardenal D. Enrique, había tenido Felipe II la precaución de mandar al duque de Osuna que si, llegado aquel trance, los gobernadores nombrados de antemano para la regencia de aquel reino, y los cuales por la mayor parte eran aficionados á Castilla, no eran obedecidos de aquellos naturales, procurase, por medio de una hermana que tenía casada con el duque de Aveiro, tener aparejado y dispuesto el castillo de Setubal para recogerse él, y para dar abrigo y entrada en aquel puerto á nuestra armada; y como sobreviniese la muerte del Rey Cardenal, para evitar que la parcialidad de sus competidores, el duque de Braganza y el prior de Ocrato, se hiciese pode-

rosa , el rey D. Felipe resolvióse á atajar en tiempo sus intentos , acudiendo al punto á las armas. Y aunque la empresa no era difícil para abatir de un golpe el poder y las fuerzas de los contrarios antes que se acrecentasen , se necesitaba un General de gran crédito y experiencia , y , por lo mismo , no dudó el Rey de echar mano del famoso duque de Alba , que , estando á la sazón en su desgracia , le tenía preso en el castillo de Uceda , prefiriéndole al marqués de Mondéjar , que también le había sido propuesto para este cargo.

El Duque , aunque viejo y enfermo , pudiendo en él más su lealtad y su espíritu , siempre grande y esforzado , que sus achaques y que la ofensa misma é ingratitud del Monarca , que pagaba con la prisión y el destierro sus servicios , ofrecióse con buen ánimo para esta guerra. Con que , desde Uceda , pasó á Alcalá de Henares , y de aquí á Barajas , donde esperó que le llamase el Rey á su presencia , para tratar con él del modo de llevar á ejecución aquella empresa. Y como , ocupado con otros graves negocios , dilatase el Rey el enviarle á llamar , sin verle pasó el Duque á Lerena , plaza de armas donde se

juntaba el ejército para la expedición. Recibióle el ejército con grande aplauso y regocijo, así por lo mucho que les contentaba su elección y el gran nombre y calor que él daría á la empresa, como por el placer de verle en libertad, que era el deseo y la esperanza de todos, singularmente de la gente de guerra. Y puesto que los capitanes y soldados celebrasen muy sobre su corazón el verle á su cabeza, admirando la mucha gallardía y prontitud de ánimo con que se apresuraba á servir al Rey, que acababa de castigarle con harta severidad, respondióles el de Alba que el Rey le enviaba á sujetar reinos, encadenándole con los vínculos de lo que á su lealtad y á sí propio se debía.

El Rey, dándose priesa á desembarazarse del despacho de los graves negocios de su Monarquía que le ocupaban, volvió todo su cuidado á esta guerra, en que estaban empeñados su derecho, sus armas y su misma reputación. Considerando al rey Felipe, no solo como político profundo, sino también como Rey muy español, sin duda que cobijaba con su alto pensamiento el que no gozaría la vasta Monarquía española de verdadera y durable grandeza mientras que andu-

viese dividido el dominio de las Españas, corazón á un tiempo y base de todo aquel inmenso poder.

Por lo mismo, y rindiendo homenaje á tan grandes intentos, no pudo extrañarse que se resolviese á entrar por su propia persona en Portugal, pues con ello daba calor á la empresa, aficionando á los unos y atemorizando á los otros, porque siempre en los grandes designios es útil acompañarse del crédito y la autoridad de una parte, y de la fuerza y el temor por la otra.

Escribió, pues, á los Prelados, grandeza y ciudades, dándoles aviso de su partida para el ejército, con que, aparejando su caballerizo mayor D. Diego de Córdoba las armas y tiendas de su persona, vino también con el estandarte Real el conde de Cifuentes, don Hernando de Silva, saliendo así la corte para Guadalupe á 4 de Marzo de 1580.

En tanto, divididos en parcialidades los cinco gobernadores que tenían en Lisboa el mando de aquel reino hasta ponerle en manos del nuevo Monarca, contradecían y desbarataban los unos las resoluciones é intentos de los otros. De ellos, los tres que eran aficionados á Felipe II, aunque opuestos, por

lo tanto, á que se hiciese en Portugal ningún apresto para defenderse y estorbar la entrada al de Castilla, todavía, para no incurrir en los odios de la turba popular, permitieron que se armasen galeones, se allegasen armas, se alistasen y reuniesen tropas, y se hiciesen otros preparativos de guerra. Pero aquellos gobernadores, aunque no osaban declararse abiertamente por el Rey Católico, hacían en secreto lo que podían en favor de su causa, logrando con su instigación y cautela que el proveedor mayor, Luís César, dilatase los aprestos; así que, no se hizo por los enemigos de Castilla cosa de importancia, sino reparar algunas torres y castillos que guardaban la embocadura del Tajo, y levantar algunas trincheras y plataformas sobre la marina.

El erario de aquel reino se miraba tan exhausto, que como D. Juan Tello, uno de los cinco gobernadores, se encargase de proveer en las cosas de la guerra, para allegar dinero quiso vender las joyas de aquella corona. Pero D. Cristóbal de Moura, noble portugués al servicio de Castilla, y comisionado por Felipe II en la corte de Lisboa, protestó que aquellas joyas no podían venderse sin el riesgo de que las cobrase después de los compradores el

Rey católico, á quien, como heredero, pertenecían todos los bienes de aquella corona; así que no hubo ninguno que á comprarlas se atreviese.

Y si los recursos de aquellos portugueses, enemigos del dominio de Castilla, eran escasos y pobres en su mismo reino, tampoco los hallaron mayores afuera, por más que solicitaron el favor y ayuda de las cortes de París y Londres por una parte, y en Italia de Roma y Venecia. Tan ciegos estaban en su propósito, que llegaron á ofrecer el Brasil á la Reina madre, regente de Francia, porque les diese la mano poderosamente para salir con sus intentos. Porque el prior de Ocrato, D. Antonio, que por la flaqueza del duque de Braganza era el único competidor temible que en Portugal contradecía á los derechos del castellano, no alcanzaba para con aquellas naciones suficiente crédito y autoridad para que se resolviesen á acudirle con fuerzas bastantes para sentarle y asegurarle en aquel trono, sobre todo habiendo de barajarse con rival tan poderoso y temible como Felipe II.

El designio de los castellanos era llegar por una parte con la armada al puerto de los Ca-

chopos, ganar después á Setubal, puerto mejor situado y más seguro para tomar á Cascaes, y por otra entrar con el ejército por la frontera, y marchar desde luego contra Lisboa, á la sazón trabajada de la peste. De esta manera, acometiendo á Portugal por tierra y por mar, se conseguía el privar á los portugueses de todo recurso de adentro y de afuera, pues no sólo se les estorbaría el coger sus panes, sino también el que entrasen en el Tajo los navíos portugueses que viniesen de socorro, y los de las islas, en quienes cifraban todo su remedio y esperanza, dando lugar á que llegasen los auxilios que de hombres y dineros de afuera esperaban.

Felipe II, antes de entrar, como lo pensaba, con el ejército en Portugal, vióse forzado á aguardar algún tiempo, así por ver si los portugueses, sin guerra, se allanaban á reconocerle por señor, como por darle aviso el Duque de contarse todavía con poca gente, y sentirse gran falta de dineros y vitualla. Pero como los gobernadores no respondiesen favorablemente á la protesta que les hizo el Rey Católico de que no serían á cargo suyo los daños que viniesen á aquel reino por no reconocer sus derechos, mandó apresurar los aprestos

de la jornada. Los portugueses aficionados al de Ocrato, ó enemigos del dominio de Castilla, no cesaban de hacer esfuerzos para procurarse socorros y recursos de afuera; pero el fruto de su solicitud y empeños redujose á tres mil arcabuces, que, con alguna cantidad de pólvora ocultos entre trigo, recibieron de Francia y repartieron por todo el reino. Vista la escasez de tales auxilios, propusieron en el Consejo de Estado si sería bien pedir ayuda á moros y herejes, y resolvieron concertar luego la paz con el Xarife, señor de Fez y Marruecos, y pedirle que enviase guarniciones numerosas de sus plazas más cercanas á nuestros presidios de las costas de Berbería, de modo que pusiese temor al rey D. Felipe de que moros pasasen á España, viéndolo empeñado en la conquista de Portugal. Pero de cinco que eran, cuatro de los gobernadores desecharon por odiosa é inicua tal medida, de modo que á la diligencia del prior de Ocrato y al odio de los enemigos de Castilla les salía siempre al paso la pobreza de sus recursos, con que el atropellar las fronteras de aquel reino era cosa por extremo fácil al Rey Católico.

Los aprestos de Castilla, como hechos con

harto mayores fuerzas y poder, no tardaron en concluirse y mirarse á punto para la ejecución de la empresa, así por la parte de mar como por la de tierra. Juntas nuestras galeras en el puerto de Santa María, dióse el mando de ellas al marqués de Santa Cruz, D. Álvaro de Bazán, nuestro marino en Lepanto, no menos experimentado en las cosas de tierra, feliz siempre en sus empresas, y que con el duque de Alba eran las dos columnas del temido poder militar de España en aquella época. Llevó orden de navegar la vuelta de Setubal, adonde llegaría por sus jornadas nuestro ejército de tierra: de allí, así el ejército como la armada, caminarían adelante para acometer de concierto la barra de Lisboa, tomando á Cascaes y San Gian; que nuestras naves y galeras destruirían á los navíos armados con que los portugueses cerraban la boca del Tajo, y dueños de aquel paso, asaltarían á Lisboa por los reparos del mar, al propio tiempo que el ejército la acometería por el puente de Alcántara, con que aquella corte quedaría por los nuestros y reconocida en ella la soberanía del rey don Felipe.

El ejército de tierra ya se miraba no me-

nos á punto que la armada , y el 13 de Junio de este año de 1580 salió el Rey de Badajoz, á ver el asiento que tenía el campo en la espaciosa dehesa de Cantillana, acompañándole la Reina, las Infantas y el Archiduque Cardenal, su sobrino. El duque de Alba, por medio del maestro de campo general D. Sancho de Ávila, hizo muestra del ejército, ordenándole en forma de batalla, mirándose todo tan gallardo y lucido con las divisas, colores y bordados de los vestidos y con las bien limpias armas y arneses que brillaban heridos del sol, que todo aquel vistoso conjunto arrebatava los ojos, no siendo menor la alegría y júbilo que daba juntamente á los oídos el estruendo de los atambores y clarines y los acentos de la música militar.

El alborozo y el brío rebosaban en los corazones y en los semblantes de todos; pero con mayor brillo en la faz del Duque, que aunque postrado el día antes en él lecho con la enfermedad que le aquejaba, saltando de la cama para aquella tan alta ocasión, se mostraba tan alentado con aquel alarde militar y los presagios de la victoria, que no parecía sino que la gloria prestaba nuevo calor á su

sangre fría por el tiempo, prevaleciendo contra los años y los achaques del cuerpo su espíritu gallardo y esforzado. Iba vestido de azul y blanco, colores de sus armas, y puesto que en desgracia hasta poco ha, el Rey, á quien la necesidad, como suele acaecer entre los príncipes, obligaba á lisonjear con mayores muestras de fineza y estimación sus buenos servicios pasados y las esperanzas no menores del buen efecto de la presente campaña, le hizo subir entre honras y agasajos al lugar adonde se miraba asentado, que era una enramada eminente, desde donde oteábase todo el campo.

Después de ordenado en batalla el ejército, los trozos y escuadrones vinieron haciendo alarde por delante del Rey con sus cabos y capitanes á la cabeza, escaramuzando gallardamente.

El primer cuerpo que se dejó ver fué el que mandaba D. Fernando de Toledo, gran prior de Castilla é hijo del duque de Alba, formado de varias compañías de hombres de armas, arcabuceros de á caballo, jinetes de la guarda de la costa de Granada y caballos ligeros, que marchaban por el orden siguiente: primeramente trescientos y cincuenta arcabuceros de

á caballo en cinco compañías; y con ellos iba D. Martín de Acuña, vestido de librea amarilla con guarnición roja y blanca: luego doce compañías de hombres de armas de los guardas de Castilla, en que se contaban setecientos cincuenta y tres soldados, siendo noventa y tres de ellos de los Continuos, que para guarda de la real persona había instituído el condestable D. Álvaro de Luna en tiempo de D. Juan II. Mandaba esta compañía don Álvaro de Luna, descendiente del famoso Condestable y de su mismo nombre, é iban todos muy gallardos, con libreas de terciopelo azul, guarniciones encarnadas y oro, y penachos blancos, azules y carmesíes en las celadas y en las testeras de los caballos. El D. Álvaro cabalgaba en un soberbio caballo encubertado, la visera calada y una maza de armas en la mano, llevando delante de sí cuatro criados armados de diferentes armas, en otros tantos caballos encubertados.

Pasó después D. Enrique Enríquez, capitán de hombres de armas, con sesenta caballos de su compañía, con librea de terciopelo encarnado y pasamanos de oro: iban delante de él cuatro criados á caballo, con diferentes armas y libreas de los mismos colores. Luego

pasó D. Pedro de la Gasca, capitán de una compañía de jinetes de la guarda de la costa del reino de Granada, y comisario de otras tres, que en todo eran trescientos veintisiete jinetes, diestros en el manejo de aquellas armas y animosos por todo extremo, como experimentados en los rebatos y combates de los moriscos y corsarios de Berbería. El don Pedro vestía librea de paño leonado, y los demás de amarillo, verde y azul, con algo de mezclilla: al pasar delante del Rey, escaramuzaron con mucha destreza y bizarría.

Pasaron después el conde de Cifuentes, el marqués de Montemayor, D. Beltrán de Castro, hijo del marqués de Sarriá, y D. Diego de la Cueva, cada uno con su compañía de sesenta hombres de armas muy bien aderezados; y por último, con otra compañía de sesenta hombres de armas, el Adelantado de Castilla, llevando un hacha de armas en la mano, y delante cuatro criados en otros tantos caballos con diferentes armas. Toda esta caballería iba muy bien armada y vestida y con excelentes caballos, siendo en número de mil cuatrocientos y siete jinetes.

Pasó luego la infantería, comenzando por D. Pedro de Sotomayor, capitán de una com-

pañía de infantes del tercio de Lombardía, y capitaneando cuatro compañías de este tercio y otras del de Sicilia, por no venir allí el Maestro de campo: eran todos mil trescientos y treinta soldados, compartidos en siete banderas. Toda esta infantería eran buenos soldados y muy bien armados de coseletes, grabados y dorados. El D. Pedro de Sotomayor iba armado de todas piezas, con armas muy ricas, grabadas y doradas, y terciada una larga pica al hombro, con su funda vistosa de brocado: precedíanle tres pajes, el uno con una rodela acerada y una jineta, el segundo con un arcabuz, frascos y morrión dorado, y otro, delante de los dos anteriores, con un caballo aderezado ricamente á la brida.

Luego, en doce banderas, pasaron hasta mil ochocientos cuarenta y cuatro españoles del tercio de Nápoles, todos gente bizarra y muy bien armada, y mandados por su maestro de campo D. Pedro González de Mendoza, prior de Hibernia é hijo del marqués de Mondéjar. Tras él pasó D. Luís Enríquez, maestro de campo, con dos mil trescientos y cinco soldados en trece compañías, la mayor parte gente bisoña. Pedro de Ayala, natural de Ocaña, llegó mandando tres mil y quinien-

tos soldados, y quedó en guardia de la persona del Rey.

Después pasó el general de los italianos D. Pedro de Médicis, y en pos de él su coronel Próspero Colona, con trece compañías de toscanos, en que había mil y novecientos y cuarenta soldados, siguiéndoles Carlos Spineló, napolitano, con mil doscientos y sesenta en quince banderas, y D. Carlos Carrafa, prior de Hungría, con un cuerpo de mil napolitanos. Venía luego el conde Jerónimo de Lodrón, mandando tres mil y quinientos alemanes en quince banderas, pues si bien de aquellas partes se habían traído en harto mayor número, habíanse disminuído considerablemente, por contarse ya cerca de un año de su conducción.

Pasó después mucha milicia de aventureros, muchos gentiles hombres y oficiales, que, sin pertenecer á aquellos cuerpos, quisieron hallarse en esta jornada. Cerraba la marcha el general de la artillería D. Francés de Álava, con treinta piezas de campaña y de batir, seiscientos carros de mulas y dos mil y trescientos de bueyes, treinta barcas en sus carros, trescientas y trece acémilas para las cargas y bagaje, mil y tres-

cientos gastadores con sus zapas y palas para abrir camino á la artillería y carruajes, y quinientos y veinte carros más con municiones, llevándose también cantidad de maderamen y arrees para aderezar pasos y puentes con que vencer el obstáculo de los ríos. Los tercios de los maestros de campo Argote y Molina, que se mandaron llamar para esta campaña, no asistieron en la muestra, por haberles destinado á las galeras.

Toda la gente se fué alojando por sus cuarteles, y el Rey, después de recorrerlos y visitarlos detenidamente, dió la vuelta á Badajoz con su familia y séquito. En los dos días siguientes llegaron D. Gabriel Niño, con su tercio de bisoños, en número de mil y novecientos cuarenta hombres en doce banderas, y Antonio Moreno, con otro tercio de bisoños, en que se contaban dos mil y quinientos cuarenta hombres en trece compañías. También acabó de llegar en estos días el demás bagaje y carros, que fueron muchos, cargados de bastimentos y municiones. Habíase dispuesto traer más gente de Flandes; pero con lo largo de la distancia, ni pudo llegar á la muestra, ni se esperaba tan presto. Mucha de la gente bisoña se derramó después y desamparó nues-

tro campo, siendo no poca parte para ello el temor de la peste que á la sazón ardía en todo Portugal.

El ejército se detuvo algunos días alojado en sus cuarteles en el campo de Cantillana, cercano á Badajoz, mientras en esta ciudad se deliberaba sobre el modo mejor de dar principio á la campaña, y sobre la entrada del Rey en Portugal con las tropas, acerca de lo cual hubo varios y encontrados pareceres. Contradecían muchos esta resolución, fundándose en la peste que diezmaba todo aquel reino, y en que, siendo la navegación por el Océano tan poco segura por ser dispuesto este mar á continuas mudanzas y terribles tempestades, no se podía llevar á cabo tan fácilmente el intento de acometer á Portugal á un tiempo con el ejército y la armada. Otra razón era la falta de gente, por ser aquel ejército, así en calidad como en número, inferior al que se había mandado prevenir, faltando por varios accidentes muchos soldados de cada nación; y como los de Flandes tardarían en llegar, toda la infantería con que se podía contar para aquella entrada no pasaría de diez y ocho mil soldados. Este número no era en verdad suficiente para llegar á

Lisboa, y aventurar una batalla cuando se ofreciese la ocasión, y dejar al paso guarniciones en las plazas que se fuesen ganando para asegurar la entrada de las vituallas que habían de pasarse desde Castilla á Setubal, puesto que no era posible traerlas todas en la recua y bagaje.

Á estas dificultades agregábase, el que si los enemigos, naturalmente más prácticos en la tierra, sabían defendernos el paso del Tajo, de suerte que no pudiera esguazarse aquel verano, ó si la armada no llegaba á juntarse con el ejército á día cierto y fijo, pudiera arriesgarse el que después de mucho gasto inútil, el efecto de la empresa quedaría dilatado por un año, en cuyo tiempo los portugueses cobrarían fuerzas, y las dificultades serían mayores en la campaña siguiente.

También le representaban al Rey que era cosa indigna á su autoridad y grandeza el poner su persona con la del rebelde D. Antonio, que ni aun nombre de tirano merecía, como si el coger un reino y una corona fuera nunca empresa desigual para un monarca, por poderoso que sea. La adulación es muy ingeniosa, y á trueque de halagar la vanidad de los reyes, emplea razones y busca argu-

mentos que lastiman la verdadera grandeza. Estos consejeros, esforzando su adulación, representaban que, entrando el Rey como para medirse con el prior de Ocrato, rebajaba al duque de Alba y á los otros grandes de Castilla y señores de Italia que capitaneaban nuestro ejército, obligándolos á ponerse frente á frente con el general portugués conde de Vimioso, mozo sin experiencia ni crédito militar, y con otros jefes de la rebelión, todavía de menos autoridad. Por último, alegaban que era cosa de desdoro que las tres nobles naciones, española, italiana y alemana, con el Monarca á su cabeza, viniesen á combatir con la gente ruín y colecticia de aquellos pueblos, y con los esclavos de Guinea que formaban el ejército enemigo.

Pero la parte más animosa del ejército, el duque de Alba y el mismo Rey, porfiaban en que debían desoirse tales sandeces, que no razones, porque la presencia del Soberano prestaría reputación á la empresa, y animaría á su gente, inspirando mayores alientos á capitanes y soldados, ya por la confianza del buen éxito, ya por la emulación de valor en que ante sus ojos y miradas entrarían. Esforzaba este parecer el ser la

empresa cerca de los Estados del Rey, sobre una provincia como lo era el Portugal, importante, vasta, confín y aledaño de sus reinos y cabeza de otros ricos, con esperanza de mayores conquistas, y el fundarse la esperanza de la victoria en motivos tan poderosos como lo era el contar mayores fuerzas, poder y justicia. Ejecutar el intento por mano de generales y ministros, no sólo privaba de estas ventajas, sino que ofrecía mayores dificultades, y sobre todo por tratarse antes de ganar voluntades que no plazas, y hacer el Rey oficio de príncipe legítimo, que entraba con poder ordinario á sosegar las alteraciones del reino nuevamente alcanzado, más bien que de conquistador que enviaba sus generales á sojuzgar con la fuerza á los naturales. Y esta razón acrecentaba su importancia, porque la presencia del Rey en Portugal, animando á sus parciales, al propio compás debía retraer y desmayar á los que, no pudiendo desconocer su justicia, favorecían solo al de Ocrato por buscar fortuna en la revuelta, y por seguir las inspiraciones de su odio contra Castilla.

Algunos, para evitar los inconvenientes de estas dos opuestas resoluciones, propusie-

ron que el Rey, sin hallarse en toda la jornada, debía, sin embargo, entrar en la ciudad de Yelves (Elvas), para que desde allí, como dentro del reino, pudiera atraerle más fácilmente á su voluntad y alentar la empresa, estando á la mira de los sucesos. El Rey, queriendo conciliar el valor con la prudencia, vino al cabo en este parecer, quedándose en Badajoz para entrar en Portugal en ocasión oportuna; y como le representasen muchos que debía retirarse á otra parte más lejos de los enemigos y de la guerra, replicó que no lo haría, aunque aventurase la vida, sino que había de esperar allí que fuese tiempo de hacer su entrada, ó que sin más reparos la llevaría luego á ejecución.

II.

Vano alarde de los portugueses. — Los capitanes castellanos estrechan la frontera portuguesa. — Presencia el Rey la entrada del ejército en Portugal. — Distribución del ejército. — Diego de Meneses pide recursos para la defensa de Yelves. — El prior de Ocrato se corona Rey en Santarem. — Rendición de la plaza de Yelves y de las villas de Campomor, Olivenza y Portalegre. — Toma de Villaviciosa. — Sitio de Extremoz. — Huída y prisión del almirante Acevedo. — El duque de Braganza se somete al Rey Católico. — Rendición de Setubal. — Alardes patrióticos en Lisboa. — Determinaciones del duque de Alba para continuar la campaña. — El ejército castellano en Cascaes.

Los portugueses aficionados á D. Antonio proseguían en tanto en sus aprestos de defensa; pero por mucho que vociferaban y se jactaban de resistir á las armas del Rey Católico, eran inútiles sus esfuerzos, y en nada mejoraban su partido. D. Diego de Meneses, á quien se había confiado la defensa de aquellas fronteras por la parte de Extremoz, hacía correr la voz de que acudiría á resistir á los castellanos con un ejército de cuarenta mil hombres, y, en efecto, los pidió á varias partes;

pero, entre otras, del Algarbe le respondieron que nadie quería pelear en toda aquella provincia, resueltos los moradores antes á coger sus panes que no á probar las molestias y daños de la guerra.

Por otra parte, ya por este tiempo muchos señores de Castilla, Galicia, Extremadura y Andalucía, tenían rodeada la frontera de Portugal con gente de guerra de sus estados, para impedir que entrase ni saliese en aquel reino, portugués ni extranjero alguno, ni pudiesen recibir socorro por las fronteras de nuestras provincias. Las de Galicia las guardaban D. Pedro de Castro, conde de Lemos, y el de Monterrey, D. Gaspar de Fonseca. D. Juan Pimentel, conde de Benavente, guardaba los aledaños de Castilla por la parte de Tras-os-montes, y D. Diego Enríquez de Toledo, conde de Alba de Liste, se miraba en Zamora contra Miranda de Duero, plaza portuguesa. Las fronteras de Extremadura las guardaban desde Alburquerque el duque D. Beltrán de la Cueva, su señor, y el marqués de Villanueva del Río, D. Hernando Enríquez. D. Juan Pacheco, marqués de Cerralbo, enfrentaba con sus tropas con la provincia de Portugal llamada la Vera, y en el

Andalucía, contra el Algarbe, el duque de Béjar, D. Francisco de Zúñiga, por su marquesado de Gibraltor, y el duque de Medina-Sidonia, D. Alonso de Guzmán, como conde de Niebla. La gente de guerra que tenían bajo su mano estos señores, si bien como bisoña y de nueva leva parecía de poco provecho, todavía cumplía razonablemente su efecto para la guarda de la frontera y estorbar el que los portugueses de las comarcas vecinas pudiesen juntar cuerpo de ejército con los rebeldes.

Y resuelto ya que sin dilación entrase en Portugal nuestro ejército, confiada enteramente la empresa á la experiencia y pericia militar del duque de Alba, el Rey salió de Badajoz para verle partir, y mandando que se plantasen las tiendas reales allí donde parten lindes ambos reinos, asistió él mismo en una enramada no desemejante á la que se levantó en el campo de Cantillana.

El ejército, pues, comenzó á marchar el 27 de Junio en esta forma: la vanguardia la llevaba la caballería, que se contaba en número de dos mil entre caballos ligeros, jinetes y hombres de armas; los jinetes caminaban siempre adelantados para descubrir la tierra

y tomar los puestos. En pos de la caballería marchaban el tercio de Nápoles que mandaba D. Pedro González de Mendoza y el de Lombardía bajo la mano de D. Pedro de Sotomayor, siguiéndoles el conde Jerónimo Lodrón con su coronelía de tudescos. Después de éstos iba D. Pedro de Médicis con los florentinos de su regimiento, y tras él Próspero Colona con su coronelía de italianos. El centro del cuerpo de batalla lo formaban los tercios de bisoños de D. Gabriel Niño y D. Luís Enríquez. De retaguardia marchaban los tercios de Antonio Moreno y Pedro Ayala, llevando tras sí todo el bagaje.

En esta traza y disposición pasó el ejército por delante de donde estaba el Rey, haciéndole una salva de arcabucería; y á este tiempo, teniendo ya asestada toda la artillería contra Portugal, se disparó con balas, como primer pregón y comienzo de la guerra.

El Rey, despidiéndose del duque de Alba y de todo el ejército, de cuyo gallardo continente holgó mucho, volvió á Badajoz, y la gente de guerra caminó la vuelta de Portugal, alojándose aquella noche junto al pequeño río de Caya.

Al día siguiente partió de allí el ejército,

formado en escuadrones, guardando los tercios el lugar que les tocaba, según el orden del día anterior. El duque de Alba dispuso que Sancho de Ávila fuese con alguna gente á tomar á Yelves (*Elvas*), primera ciudad que tienen los portugueses en aquellas fronteras, y á D. Pedro de Velasco, corregidor de Badajoz, y que tenía amigos en la tierra, lo envió á aquellos naturales para ver si podía negociar su rendimiento sin acudir á los medios forzosos y extremos de la guerra.

D. Diego de Meneses, que estaba en Extremoz, sabido este requerimiento, fué al punto á dar cuenta á los gobernadores del reino del apuro de Yelves, y á pedirles gente y dineros para llevar á esta plaza oportuno socorro. Pero como los gobernadores no tenían á su disposición ni lo uno ni lo otro, pues veinte mil ducados, que eran todos sus recursos, ya se los habían entregado antes para los aprestos de guerra, le mandaron volverse por la posta y aprovechar esta suma para el socorro de Yelves. Con que Meneses se hubo de volver poco satisfecho; pero era tal su arrogancia, que, como un correo de Yelves contase que el ejército de Castilla no pasaba de diez mil hombres, dijo él que con tres mil que se le

diesen se obligaba á desbaratar á los nuestros.

Á pesar de esta falta de medios y de fuerzas, el prior de Ocrato, con sobrada confianza de asegurarse en aquel trono, se hizo coronar por rey de Portugal en Santarem, y tomó en Lisboa el mando de aquel reino; y aunque los gobernadores y los pocos nobles que á la sazón había allí no le querían reconocer, sin embargo, fingiendo cartas de los gobernadores, escribió á las ciudades y villas para que le obedeciesen, como si ellos le hubiesen declarado por Rey. Al mismo tiempo, deseoso de privarles por la fuerza del mando que por voluntad no le cedían, comenzó á juntar gente para ir contra ellos á Setubal, en donde estaban, peligro de que los gobernadores, por encontrarse sin fuerzas, se hubieron de salvar con la fuga.

Pero al mismo tiempo que con su huída, el de Ocrato parecía afirmarse en el poder, la ciudad de Yelves, frustrado el socorro de Meneses y dividida en bandos opuestos, abrió sus puertas al duque de Alba, dando obediencia al Rey Católico, ejemplo que siguieron las villas de Campomor, Olivenza y Portalegre.

Á poco tomóse también á Villaviciosa, cabeza de los estados del duque de Braganza, con esta industria: un castellano que estaba en el castillo de aquella plaza, dijo á los nuestros, con quienes tenía inteligencias, que les abriría un portillo para que entrasen. El maestro de campo general D. Sancho de Ávila se encargó de ejecutar la interpresa, llevando seiscientos de á caballo con otros tantos peones en grupas. Llegados al pie del castillo, halló D. Sancho de Ávila que la escala que traía para trepar hasta el portillo era corta; pero empalmándola con otra que por fortuna encontró en el foso, subieron por ella él y sus soldados, señoreando el castillo, sin que los sintiese la guarnición, descuido extraño é inconcebible por cierto en aquellos defensores, el dormir sosegadamente y sin velas, cuando tan cerca tenían el ejército enemigo, y cuando éste acababa de tomar otras plazas.

El de Alba, dejando en Yelves á D. Pedro Manrique con dos compañías de caballos y el tercio de Pedro Ayala, para presidio y defensa del Rey cuando viniese á aquella plaza, marchó la vuelta de Extremoz, adonde llegó en tres alojamientos. Mantenía el castillo de

esta plaza por los gobernadores el almirante de Portugal D. Juan de Acevedo, á quien el duque de Alba intimó se rindiese; pero como no hiciese caso de buenas razones, fué forzosamente plantar las baterías.

Á vista de tal apresto, el almirante, desmayándole el ánimo, huyó; pero cogido por los nuestros, fué traído al duque de Alba, quien no le cortó la cabeza por consideración á sus pocos años y experiencia, benignidad harto notable en el Duque, puesto que para terror de los demás alcaides y gobernadores de castillos hubiera sido demostración harto ajustada á su habitual severidad.

Á esta sazón el duque de Braganza, aterrado de los progresos de nuestras armas, escribió al Rey Católico, pidiéndole que nuestro ejército no causase daño en sus tierras ni vasallos, ofreciendo que cedería el derecho de su mujer á aquella corona. Con esto, el partido de los portugueses enemigos de Castilla quedó muy enflaquecido, pues los vasallos del duque de Braganza componían la tercera parte de aquel reino.

El duque de Alba, dejando á un lado á Ébora, ciudad de la cual no podía prometerse pronta sumisión por estar en ella D. Enrique

Enríquez, y en cuya expugnación había de gastarse más tiempo del que sufría la presteza de la expedición, marchó sin más detenerse la vuelta de Setubal, en cuyas huertas alojó su campo. Allí dió encargo el Duque con grande ahinco á los capitanes, que cuidasen de que las reglas y disciplina militar se observasen con todo rigor, pues se miraba cercano el enemigo. Luego, por un trompeta, requirió á los de la plaza en nombre del Rey Católico, como su señor natural, que se rindiesen y quedarían gozando en paz de su libertad y sus haciendas. Diego Botello y Francisco Mascareñas, que gobernaban en la plaza, conociendo que sería inútil la defensa, resolvieron desistir de ella, con que salieron los soldados, y huyendo el Botello, fué aprisionado por los nuestros. Todavía quedaban por rendir la torre del puerto, tenida por muy fuerte, así por la aspereza del lugar como por su gruesa artillería, y tres galeones que la defendían. Y como su alcaide Mendo de la Mota, requerido por el Alba, no la quisiese entregar, comenzóla á batir Próspero Colona con la artillería, cuyas furiosas descargas no pudiendo sufrir los galeones, se rindieron, así la gente de ellos como la que guarnecía la

torre. Hízose la entrega, que el Colona concedió al alcaide con partido de salvar vida, libertad y hacienda, concesión que desplazó al duque de Alba en su extremada severidad, por no haberse rendido el alcaide sino después de ser batido.

En tanto el general portugués conde de Vimioso se aparejaba para socorrer á Setubal, y por las calles de Lisboa discurrían frailes á caballo, con espadas desnudas, incitando al pueblo para salir á la defensa, con que corrían á tomar las armas mozos y viejos, más llevados de aquella novedad que de verdadero entusiasmo y valor, demostración fanática que apenas merecería indulgencia sino tratándose de oponerse á la invasión de infieles. Al prior de Ocrato, estas públicas apariencias de ánimos prontos y esforzados causaban gran satisfacción; pero bien presto se le trocó en desaliento cuando le llegó la nueva de la pérdida de Setubal. Admirábale que la plaza y el castillo se hubiesen entregado con tan poca resistencia, cuando antojábasele á él haberlos bien provisto de municiones, armas y soldados.

El duque de Alba, que ya en este punto veía allanadas las primeras dificultades de la empresa, se preparaba á darla feliz remate.

Así, pues, llamando á consejo á la gente más granada del ejército, quiso consultar si sería más conveniente la entrada en Lisboa por el Tajo ó por Santarem. Lo primero era, si más breve, más difícil también, pues era menester embarcar el ejército en las galeras y conducirlo á Cascaes, donde la arribada y desembarco serían muy peligrosos, por estar aquella plaza y costa muy fortificadas por los portugueses con artillería y buen número de soldados. Por lo mismo, la mayor parte de los que asistieron al consejo se ladeaban al contrario parecer; pero el Duque, que juzgaba de gran importancia la brevedad en toda esta jornada, resolvióse á pasar á Cascaes, posponiendo toda otra consideración. Determinábale á ello, por otra parte, el que D. Antonio de Castro, señor de aquella población, le había informado de los puestos de los enemigos y naturaleza de los lugares donde había de arribar. Discurrió también engañar al enemigo, fingiendo que encaminaba el ejército á Santarem, que era lo que á todos parecía de más fácil ejecución, en especial por lo difícil que se representaba el pasar en barcas el Tajo, y caminar después once leguas en el rigor del estío. Tal resolu-

ción fué muy digna de la inteligencia militar del Duque, porque es prerogativa y don de los grandes capitanes hallar recursos de gran provecho y valía para sus empresas allí en donde los demás se encuentran con embarazos é imposibles.

Embarcada, pues, en las galeras casi toda nuestra infantería, navegó la vuelta de Cascaes, llegando prestamente á vista de esta plaza, de cuya defensa se había encargado D. Diego de Meneses. Primero mostraron querer desembarcar por la playa de San Antonio, que estaba fortificada, lo que sirvió para divertir al Meneses, y que acudiera á la parte que creía amenazada. Pero las galeras, después de disparar una descarga de su artillería contra aquellos puestos, revolviéron con presteza á la marina vieja, que estaba desembarazada y sin defensa. Y aunque el viento era contrario, como nada se temía de la poca experiencia de los enemigos, contrastando las galeras la furia del viento y de las olas, llegaron á desembarcar en aquella playa arcabuceros para que señoreasen algún puesto ventajoso. Y en verdad que los portugueses, con más valor ó más consejo, hubieran podido estorbar á los de las galeras el desembarcar

en aquella costa, por ser el lugar tan ventajoso para ellos, cuanto difícil é insuperable para los nuestros. Porque no lejos de la orilla del mar, enfrente de la playa, comenzaba la tierra á enriscarse, formando un collado de áspera subida, en cuya cumbre mirábanse sentadas algunas piezas de artillería de campaña. La gente de D. Diego estaba detrás de esta eminencia, y hubiera podido con la artillería rechazar á los nuestros, estorbando que saltasen en tierra; pero no lo supieron hacer, y nuestros mosqueteros, despreciando el peligro, subieron al collado, le señorearon y dieron sobre los portugueses, que, espantados, no acertaron por algún tiempo ni á huir ni á ofender. Al fin, nuestro escuadrón, mejorando de terreno y llegando á lo menos áspero, dieron tal rociada sobre los portugueses, que, desbaratados y en desorden, los hubo de retirar el Meneses á Cascaes, echando la culpa de aquel revés á estar la gente mal ordenada, y diciéndoles que con mejor traza y disposición volverían luego á la escaramuza. Así pudo el Duque señorear la campaña con menos dificultad que había pensado; favorable principio que aseguraba el buen suceso de toda la empresa.

III.

Alarma del prior de Ocrato.—Toma del castillo de Cascaes y castigo de su gobernador.—Sitio y rendición de San Gian.—Efectos que produjo en Lisboa la rendición de San Gian.—Determinan los portugueses salir á campaña.—Condiciones del ejército que reunió el prior de Ocrato.—Publica Felipe II una carta de perdón.—Asedio y rendición de la Torre de Belem.—Situación de los dos ejércitos.—Plan y prevenciones del duque de Alba.—El Duque da la señal de acometer.—Defensa heroica del puente.—Derrota de la armada portuguesa.—Huída del Prior á Lisboa.—Esfuerzo de los capitanes castellanos para evitar en Lisboa los desmanes del ejército.—Entrada del duque de Alba en Lisboa.—Llegada á Cascaes de la flota portuguesa de Indias.—Falsas noticias acerca de la muerte del Rey Católico esparcidas por el prior de Ocrato.—Acusación contra el duque de Alba.—Llegada de los castellanos á Coimbra.—El Prior en Oporto.—Ingenioso ardid del capitán Serrano.—Arenga de D. Sancho de Ávila y paso del Duero.—Entrega de Oporto.—Huída á Francia del Prior.—Sumisión de algunas colonias.—Entrada del Rey en Portugal.

Cuando llegaron las nuevas de este desembarco á Lisboa, fué grande el terror que se apoderó del de Ocrato, con pensar que los enemigos no estaban ya más que á cinco leguas de aquella ciudad, cuyos muros y fortificación no eran tales que pudiesen resistir á un cerco apretado, pues no había duda

sino que , ganados los puertos de San Gian y Belem, se llegaría nuestro ejército á combatir. Al punto el Prior, más aconsejado de su temeridad que del verdadero valor, tocando á rebato, juntó en la plaza de palacio muchedumbre de gente á caballo y á pie, con armas y sin ellas, con los cuales salió de Lisboa con voz de desbaratar á los castellanos. Pero apenas llegó á Belem, cuando, resfriado el entusiasmo, volvióse tanta gente á Lisboa, que no le seguían ya sino hasta mil de á pie y quinientos de á caballo, y aun éstos mal compuestos y armados. Viéndose tan pocos, aunque algunos porfiaban por ir contra los nuestros, como la mayor parte se sintiese con hambre, y no llevasen consigo provisión alguna, se volvieron atrás miserablemente y llenos de confusión y vergüenza.

El duque de Alba, luego que las galeras acabaron de echar á tierra el resto del ejército, máquinas, bagajes y municiones, barreó sus estancias en derredor del castillo de Cascaes, en que estaba encerrado el Meneses. Requirió el Duque á los del castillo, por medio de un trompeta, que se entregasen, y como respondiesen que estaban determinados á morir antes en la defensa, y contra todo

derecho de guerra tirasen una bala al trompeta con que le derribaron muerto, mandó el de Alba que se comenzase al punto á jugar la artillería contra el castillo, lo que se hizo con tanta fuerza, que se abrió luego gran brecha en la muralla. En tal extremo, los cercados quisieron rendirse y levantaron bandera; pero los nuestros, juzgando que ya era tarde para que mereciesen el perdón, y queriendo vengar la muerte del trompeta, mataron al que arboló la bandera y se entraron en el castillo, de donde, sacando al Meneses, le trajeron al duque de Alba, que mandó cortarle la cabeza para escarmiento de los demás alcaides de fortalezas y castillos.

De Cascaes pasó el Duque con el ejército á San Gian, á cuyo alcaide envió un trompeta para intimarle que se rindiese; pero el trompeta, temiendo ser atravesado por una bala de arcabuz, como le pasó al que había requerido en Cascaes, no se atrevió á ello. Así se frustraba, por culpa de los mismos portugueses, la indulgencia que pudieran hallar en los nuestros; por más que los intentos del duque de Alba, obedeciendo en esto á las instrucciones del Rey, eran de vencer sin sangre, para no hacerse odiosos á aquellos naturales.

El Duque, pues, asentó su artillería contra aquel castillo, y aunque los galeones portugueses batían el ejército castellano, al fin, combatidos, se retiraron á la playa de Santa Catalina. Bien pudieran los portugueses socorrer más poderosamente aquella plaza, ya por la parte de mar enviando de nuevo los galeones, ó ya también por la de tierra con el ejército que tan cercano estaba; pero perdiéronles su flaqueza y mal consejo, como en toda esta campaña. Conque faltó de socorro el alcaide Tristán Vaz, excusándose de que había proseguido en la defensa por no habersele mandado ningún trompeta á intimarle la rendición, entregó la plaza con partido de que se le confirmasen las mercedes que tenía concedidas por el prior de Ocrato. Sabida la rendición de San Gian, Pedro Baba, que era alcaide del fuerte de Cabeza Seca, le desamparó, con que, ya desnudo de defensas el puerto, entraron en él nuestras galeras.

En tan extremo peligro, el espanto y consternación se apoderó de Lisboa, en donde era ya inevitable la entrada del duque de Alba con el ejército vencedor. La gente acomodada y principal, por temor de que la ciudad fuese dada al saco, querían someterse á

la obediencia del Rey Católico, y sólo les detenía la presencia del Prior.

Éste resolvió oponerse al de Alba en la campaña, y dejando pasar el día 4 de Agosto, de infausta memoria por la derrota del rey D. Sebastián en África, mandó por bando que así toda la gente alistada para la guerra, como los de la ciudad en estado de tomar las armas, sin excepción de persona, se juntasen para marchar bajo su conducta la vuelta de Belem. Hízose así, forzando D. Antonio á salir en campaña á muchos oficiales de artes mecánicas, villanos y otra gente inexperta en el manejo de las armas, queriendo que todos, flacos ó valerosos, armados ó desarmados, corriesen su misma fortuna; pero, á pesar de esta violencia y de la mala calidad de las tropas, apenas si llegó á juntar doce mil hombres.

Con ellos salió de Lisboa, llegando á Belem, aunque dudoso y sin plan ni resolución formada, aguardando á tomarle según la ocasión se ofreciese. Decía que á todo trance iba resuelto á encontrarse con el de Alba en el camino, y tomando ventaja de sitio, pelear con él hasta vencer ó morir: verdad es que, llegada la ocasión, no supo hacer ni lo uno ni lo

otro. Tres días estuvo el prior de Ocrato en Belem, en cuyo espacio no acampó sus tropas ni las alojó con traza y seguridad de cuarteles, sino que la acomodó en casas y en los pórticos del monasterio.

La gente, antes que forma y disposición de ejército, presentaba el aspecto de una turba descompuesta y desordenada; siendo los soldados negros y vil canalla, y los capitanes frailes que en la mano siniestra llevaban cruces, y armas en la diestra: tampoco había con aquella muchedumbre Maestro de campo que la endoctrinase, la ordenase y dispusiese para el combate. Al cuarto día, ya mucha gente se había huído á Lisboa, y el Prior, para buscar un puesto más seguro, y porque estando cerca de la ciudad se le mantuviese fiel, se retrajo á las eminencias cercanas á la puente de Alcántara, lugar fuerte y asegurado con su misma aspereza y con altos reparos, que contra la corriente podían servir, levantados ahora para detener á los castellanos, singularmente habiendo también unos molinos y casales que pudiesen servir de abrigo á aquella turba indisciplinada.

Por este tiempo el rey D. Felipe, sabiendo que su ejército estaba á poca distancia de

Lisboa y cerca de entrar en ella vencedor, derrotada, como era de presumir, la gente de D. Antonio; temiendo que la ciudad, si era entrada por la fuerza, recibiese algún daño de nuestros soldados enfurecidos, hizo publicar un escrito perdonando á los que, dentro del término que señalase el duque de Alba, dejando la voz del Prior, tomasen la suya. No fueron muchos los que se aprovecharon de este perdón; aunque sí fué buen acuerdo de la prudencia del Rey para enflaquecer los ánimos del enemigo, pues suele suceder en ocasiones como aquella, que muchos prosiguen en su rebelión ó contumacia antes por no tener esperanza del perdón que por confiar en su esfuerzo para el vencimiento. El de Alba estuvo ocho días á la vista de D. Antonio, asentado su campo en un puesto fuerte por naturaleza y enriscado, con su buena cerca de reparos y trincheras y plantada la artillería. Y aunque el terreno era á propósito para aprovecharse de la caballería, no quiso desamparar aquel puesto, porque desde allí, con el ejército y las galeras, tenía como asediado todo aquel reino y en gran aprieto á Lisboa, y sin contar el que entraba en sus miras procurar la victoria, si con las

mayores ventajas, arriesgando lo menos posible, pues negociaba reducir á los capitanes de los galeones portugueses y al alcaide de la torre de Belem. Desde su alojamiento envió el Duque á D. Sancho de Ávila, mestre de campo general, para descubrir y reconocer la tierra, y ver en qué forma se podría batir la torre de Belem: encontróse en el camino una banda de trescientos portugueses de á caballo y quinientos peones, que le acometieron en desorden; pero el Ávila, como iba solo á tomar lenguas, no quiso combatirlos, con que, hecho el reconocimiento, dió la vuelta á sus cuarteles.

Al otro día se asentaron las baterías contra la torre de Belem; pero, disparadas no más algunas piezas de la artillería, rindióla el alcaide, y los galeones, retirándose á Lisboa, dieron lugar que la armada de Castilla entrase en el puerto de Belem.

Ya los dos ejércitos sólo se miraban divididos por la corriente del Alcántara, y pasados los días anteriores en reconocimientos y ligeras escaramuzas, pareció al Duque ser llegada la ocasión oportuna de venir á las manos con el enemigo. Y porque conocía que D. Antonio, creyéndose seguro en el

puesto que señoreaba, no saldría á la campaña, resolvió acometerle allí.

Ocupaba el enemigo, como ya apuntamos, unas alturas y asperezas que se miraban á la otra parte del puente de Alcántara, y tocando con su fábrica, lugar más ventajoso y fortificado por la naturaleza que por la industria: la frente la tenían asegurada con trincheras y reparos mal compuestos, pero con numerosa artillería. La gente se miraba en escuadrón, sin dar muestras de bajar á la campaña, disparando los cañones y escaramuzando flojamente algunos de los más determinados.

El duque de Alba, después de bien reconocida la tierra, volvió á su alojamiento para discurrir y proveer sobre la traza y manera con que había de combatir al Prior en sus cuarteles. Si bien hemos bosquejado muy someramente la disposición y asiento que mostraba uno y otro ejército, ahora que nos acercamos al trance de la batalla que decidió de la suerte de un reino entero, parece forzoso el señalar más por menor las circunstancias de aquel terreno, montes y collados, en que iba á ventilarse con las armas en la mano un litigio de alta importancia para las dos monarquías que quedaban, después de

tantos siglos, en los ámbitos de las Españas.

El ejército castellano, pues, tenía asentado su campo á la orilla derecha del Alcántara, río, ó más bien torrente, que, desprendiéndose de las montañas á la derecha de Lisboa, venía á arrojarse en el Tajo, á poco más de una legua de ella, por cauce áspero, desigual y tortuoso, ofreciendo agria subida por todas partes, y con singularidad por la más cercana á la ciudad. Un puente (de donde acaso tomó nombre) ponía en comunicación las dos orillas de este río. Una casa solitaria era el único puesto que por allí se miraba en aquella época, en donde ahora se miran muchas quintas de placer y algunos barrios de la moderna Lisboa. Aquella casa, por una y otra parte, tenía puerta diversa, conveniente por lo mismo para un puesto avanzado, y así habían echado dentro los portugueses un cuerpo de guardia poderoso para que la sustentase. Poco más allá, y casi en el desagüe al Tajo, se dejaban ver unos molinos, que los portugueses ocuparon también con intento de defenderlos con todo empeño. Por el costado derecho de nuestro ejército, que correspondía al ala izquierda de los enemigos, se dejaba venir la inmensa corriente del Ta-

jo, transformado allí en poderoso brazo de mar, y por el costado derecho de los rebeldes, que correspondía á nuestra izquierda, prolongaba sus senos y revueltas el Alcántara, muy cubierta de olivares y arboledas la ribera superior que ocupaban los portugueses.

Y en este punto, es necesario recordar la situación que ocupaba el prior de Ocrato, D. Antonio, haciendo plaza de armas de unas alturas ásperas y desiguales, fronteras al puente, si mal compuesta y aliñada de trincheras, con mucho número de bocas de fuego y otros reparos y cercas levantados por aquellos collados y colinas, aprovechando las ventajas del terreno por una y otra parte para asegurar sus costados.

El duque de Alba, que, vista la situación del enemigo, había resuelto prontamente en su pensamiento la traza por donde llevar á buen efecto el resultado de la batalla, pensó sin duda que el mejor medio para ello no era otro que divertir al enemigo en la defensa del puesto que él consideraba como más importante, que era el puente, y al propio tiempo estrecharlo por uno y otro costado, de manera que, cerrando á debido tiempo por el centro ó el mismo puente, no le que-

dase otro trance que, ó perecer allí todos, ó tomar la huída por la parte de Lisboa, único paraje libre y descubierta. Para ello encargó al marqués de Santa Cruz que, aguardando la hora de la marea y la brisa que suele acompañarla, cerrase con las naves y galeones portugueses, para rendirlos ó incendiarlos, y poder tomar así de revés con su artillería á los escuadrones portugueses. En la armada habían de meterse mil arcabuceros, mitad españoles y mitad italianos, y todo en ella debía estar aparejado y á punto dos horas antes que amaneciese, pues la pelea había de empezarse en el momento casi de romper el día.

Al propio tiempo ordenó el Duque á su hijo D. Fernando, gran prior de Castilla, que mandaba la caballería, sumando, entre lanzas y hombres de armas, como dos mil caballos, el que, costeando el cauce del Alcántara, y á cubierto por los dobleces y desigualdades del terreno de ser visto por los enemigos, subiese hasta paraje más tratable y menos agrio por donde pasar el río con menos pérdida, y cerrar vigorosamente por aquella parte con los que osasen defenderse. Según este pensamiento del de Alba, la embestida

del puente, en cuya defensa cifraba toda su esperanza el de Ocrato, había de empeñarse tibiamente y con flojedad, para cebar allí la atención de los contrarios, dándoles engreimiento con alguna pequeña ventaja, para que, no cayendo en la cuenta de los ataques y sucesos de uno y otro costado, se encontrasen en el conflicto y la desesperación cuando llegasen á ejecución cumplida todas las órdenes y disposiciones del de Alba.

Por último, ordenó el Duque, y con encargo muy encarecido á los cabos y oficiales, que, alcanzada, como era de esperar, la victoria, y cuando los fugitivos se agolpasen para entrar en Lisboa, acudiesen ellos á las puertas, para estorbar que nuestra gente de guerra se introdujese mezclada con ellos, pues de otro modo, derramándose en la ciudad, toda la llevarían á saco, siendo así que el Rey tenía más empeño en evitar su ruína que no en ganar la silla y corte de Lisboa: que así, á ningún soldado que se atreviese á entrar en la ciudad se le haría bueno lo que tomase, antes bien se le castigaría por ello, y que, por el contrario, en nombre del Rey, y bajo su palabra de caballero, prometía acrecentar mucho y hacer grandes mercedes á cuantos

evitasen todo desmán y robo, y que este mandamiento habían de tenerlo muy presente todas las naciones.

Y si sus intenciones nos son ya conocidas, veamos cómo las llevó á efecto. Desde la noche anterior dispuso que por todos los cuarteles se tocase alarma vivamente para desasosigar á los contrarios, obligándoles á estar en escuadrón, como el día anterior, sin darles mano en su cansancio y fatiga. D. Francés de Álava comenzó desde luego desde nuestras trincheras y plataformas á dar batería en las cercas y reparos hechos por los portugueses, disparando con mayor empeño sobre la plaza de armas y cuarteles de D. Antonio. Como cuerpo de batalla y de los tercios de Sicilia, Nápoles y Lombardía, formó el Duque un escuadrón, otro con los de D. Rodrigo Zapata y D. Gabriel Niño, y otro con el de D. Luís Enríquez, formando todo un cuerpo como de seis mil infantes. De estos tercios y del escuadrón de los alemanes se sacaron dos mil cien arcabuceros, que, divididos en mangas de á cada trescientos, habían de guarnecer los frentes y cuernos de tales escuadrones. Á la coronelía de alemanes del conde Lodrón se le señaló por puesto cierta

capilla que se alzaba cerca de la embocadura del río, abrigado por los tres tercios de italianos, guarnecidos todos con sus mangas de arcabuceros. Allí se ordenaron también las banderas que sobraron al conde Lodrón, y las de D. Martín Argote por una parte, y las de D. Antonio Moreno por otra, que iban á cargo de D. Diego de Córdoba, formando todos un cuerpo de seis mil infantes, mandados por Próspero Colona, y que componían el ala derecha de nuestro ejército. El prior de Castilla formaba el ala izquierda, quien desde luego se puso en marcha para llevar á ejecución las órdenes de su padre, buscando paso más fácil por el río arriba. Sancho de Ávila, con dos mil y cien arcabuceros sacados del cuerpo de batalla, cuidaba de encontrar sitio fácil para pasar la ribera por más arriba del puente, para acometer con mayor ventaja al enemigo hasta encerrarle en sus reparos.

El Duque, sentado en una silla desde cierta eminencia, viendo ya cumplidas sus disposiciones, dió la señal de arremeter, que, según orden dada de antemano, era enarbolar una bandera de paño blanco en una asta puesta en el molino. Con ella comenzaron á sepa-

rarse los escuadrones para acudir cada cual á su puesto, caminando todos en buen orden, pero con esta desconformidad, que marchasen paso á paso los de facción más cercana, poniendo los otros conveniente diligencia para cumplir lo que les estaba señalado. Disparada la artillería, el Próspero Colona, como más inmediato, se arrimó al puente, comenzando la pelea, bregando por ocupar el mayor sitio posible.

Pero los portugueses, que, como sospechaba bien el Duque, ponían todo su empeño en defender aquel paso, acudieron con grande ardimiento y con los soldados de más opinión para rechazar á los italianos. Á la cabeza de estós portugueses, ¡espectáculo extraño!, venía haciendo oficios de Maestre de campo general un fraile Carmelita descalzo, llamado Fr. Esteban Piñeiro, gran partidario de D. Antonio, que con grande escándalo, pero no sin valor y gallardía, sacudió á los italianos del puente. Y no fué extraño, porque el paso era estrecho y guardado por el través de muchos arcabuceros y de la casa aquella de que ya hablamos, que, atronerada por todas partes, vomitaba rociadas de balas, que hacían caer hartas hileras de los que acometían. Retraídos los

nuestros por el esfuerzo de los contrarios, ó por cautela del Duque, como ya se ha apuntado, volvieron luego á la carga, favorecidos por algunas compañías de españoles y una manga de arcabuceros al mando de D. Antonio de Benavides, capitán del tercio de D. Antonio Moreno, que el Próspero Colona hizo pasar sobre la presa del molino, con que, rodeando la casa, la ganaron, dando muerte á todos sus defensores.

Los portugueses, faltos del abrigo y ayuda de la casa, volvieron á perder el puente, señoreándole los nuestros. Estos, al empeñar el alcance, se encontraron con el mismo prior de Ocrato, que con los más animosos de los suyos, y manifestando por sus acciones que sabía dar valor á una corona, cargó tan furiosamente á los nuestros, que mantuvo por algún tiempo indecisa la fortuna; pero al fin, quebrantado su furor y sintiéndose acometido de repente por la espalda y el costado, comenzó á desbaratarse y huir sus gentes. Y era que Sancho de Ávila y el prior de Castilla, D. Fernando, habiendo pasado cada cual el río por paraje conveniente, ajustándose en todo á las órdenes del Duque, cerraban ya con los escuadrones portugueses de aquella

parte. Las mangas de arcabucería de Sancho de Ávila, mandadas una por D. Rodrigo Zapata, y las otras por D. Pedro González de Mendoza, asaltaron las primeras trincheras de los enemigos, y, desalojándolos, los retrajeron hasta los segundos reparos, en donde tenían sus banderas, ordenándose en alguna apariencia de escuadrones. Trabada allí la refriega, que pudo ser harto peligrosa, los portugueses no pelearon con el valor y confianza que pudieran, antes, llenos de confusión y desaliento, comenzaron á desordenarse; y como nuestra artillería los afligiese con sus disparos por todas partes, al cabo de media hora se dejaron desbaratar, y huyendo, abandonaron algunas banderas. De allí derramáronse nuestros soldados á las plataformas de la artillería enemiga, que ganaron con poca resistencia.

Al propio tiempo, el prior de Castilla, que había caminado por largo rodeo y terreno más trabajoso, llegó á paraje en donde pudo pasar el río con mayor comodidad, y acometiendo á los portugueses que estaban por aquel costado, recelosos é inquietos de verse embestidos por todas partes, los acabó de romper, cogiéndoles muchas banderas y ejecutando en

ellos la victoria. El de Alba, que se retraía de tomar parte en la batalla, aguardando á que la armada de la mar entrase á combatir con los galeones portugueses, viendo que esto se tardaba por falta de viento y marea, no quiso aguardar por más tiempo, y notando que el prior de Castilla, su hijo, y Sancho de Ávila acometían á los enemigos, quiso poner también la victoria en ejecución por su parte, con los escuadrones de la batalla que á su lado mantenía y con las sobras de los arcabuceros que con él estaban. El prior de Ocrato, D. Antonio, puesto que, perdido el puente en cuya conservación cifraba su mayor confianza, aunque embestido por tantas partes á un tiempo, todavía con ánimo levantado acudió al mayor peligro, que era en donde, juntos ya el de Alba y el prior de Castilla, su hijo, se preparaban para embestirle. Pero los soldados portugueses, viéndose rodeados por los nuestros, desmayaron de todo punto, y, llenos de consternación, lo desampararon.

Los sucesos de la mar caminaban más perezosamente que en los campos de Alcántara, como si la brisa y la marea se resistiesen á servir la buena fortuna del Duque en la tierra. Éste, con la mayor diligencia, hacía se-

ñales á la armada de que acometiese á la portuguesa, y como asimismo, impaciente el marqués de Santa Cruz por la tardanza, quisiese tomar parte en el hecho, dejó las naves que no podían caminar, y adelantándose con las galeras, embistió con los galeones enemigos, cuya gente, viendo desbaratado el ejército de tierra, no osó resistirse, con que en un momento quedó presa toda la armada portuguesa.

El de Ocrato, viendo cumplida su perdición, abandonó el campo, y con Diego Botello y D. Manuel de Portugal corrió arrebatadamente á refugiarse en Lisboa, siguiéndole tan de cerca nuestra caballería, que á poco más le tomara prisionero, y fué herido en la cabeza por uno de aquellos soldados.

La gente fugitiva que le seguía, arrojando las armas, se escondía apresuradamente en las casas, y los forasteros en las iglesias, todos llenos de grandísimo temor y espanto. Muchos de aquellos miserables fueron muertos en la huída por los nuestros, y murieran más, á no defenderlos el prior de Castilla, que por orden del Duque su padre, y conforme á los mandamientos y deseos del Rey, corrió

á dar amparo á aquella ciudad y á la gente contra la furia de los vencedores. La diligencia del prior D. Fernando, de Sancho de Ávila, D. Francés de Álava, D. Pedro de Toledo, D. Pedro de Granada y otros caballeros que con él concurrieron al mismo efecto, libertó fácilmente del saqueo el interior de la ciudad; pero los soldados, derramándose, sin podérseles estorbar, por los arrabales y quintas de los contornos, los saquearon á su sabor, y muchos de la ciudad perdieron lo mejor de su hacienda por haberlo llevado á las granjas y casas de campo, como abrigo y reparo que habían buscado contra la peste. No causaron menor daño las galeras, pues no sólo su gente saqueó las riberas y todas las naves cargadas de mercancías, sino que sirvieron para esconder los robos de mayor volumen y embarazo de los soldados de tierra.

Entre las preseas de gran valor y preciosidades que no pudieron librarse de la codicia de los soldados, se contó el joyel de diamantes de la corona de Portugal, de valor inestimable por el gran tamaño, luces y bondad de su pedrería, que se había ido allegando por largo tiempo en la India, y del cual, á fuerza de indagaciones y pesquisas, apenas con di-

ficultad pudieron cobrarse algunas piezas. Murieron en el combate y alcance mil de los portugueses y ciento de los nuestros.

El duque de Alba entró también en Lisboa para asistir en su amparo, aunque no tan satisfecho como pudiera estarlo si la prisión de D. Antonio hiciera más cumplida su victoria, pues con ella se acabara la guerra, quitándose la causa de los disturbios, y no quedaría el reino suspenso con la esperanza de repararse de aquellas pérdidas sin intentar novedades. Molestaba al Duque esta incertidumbre, ignorante si el D. Antonio estaba oculto en Lisboa ó en otro lugar, pues los portugueses, para salvarle, esparcían falsas y contrarias noticias de su camino y rumbo.

Como para solemnizar la entrada de Lisboa y buen suceso de la campaña, dos días después de la rota de D. Antonio, llegaron al puerto de Cascaes las naves portuguesas de la India, cargadas de riquezas, de que todos recibieron gran contento, por lo que así al Rey como á los particulares tocaba.

Y fué por cierto buena fortuna de Felipe II el que aquella flota, ignorante de los sucesos que habían pasado en Portugal, arribase en aquella sazón á sus puertos, que si

antes llegara, añadiera fuerzas y recursos á los rebeldes. Algunos afirman que tal flota fué conducida á Lisboa por D. Álvaro de Bazán, que salió al encuentro de ella con sus navíos, con nuevas que de su próxima llegada se tuvieron ¹.

En cuanto á D. Antonio, curado de su herida en Sacaben, á dos leguas de Lisboa, quiso refugiarse en Santarem; pero no dejándole entrar el gobernador, se fué para Coimbra, dando obediencia al Rey Católico como para ganar tiempo y ver el corriente que tomaban los acontecimientos. Iban con D. Antonio hasta cuatro mil hombres, gente rústica y villana, armada de azadones, picos y palos, con los cuales entró en Aveiro, que los nuestros tenían con escasa defensa, por haberle abierto las puertas sus aficionados y no haber llegado á tiempo el socorro que se envió de Oporto. Allí, como para vengarse de los pasados reveses, hizo mucho daño en los que seguían el partido de Castilla, apri-
sionando, matando y destruyendo casas y haciendas. Publicó además el Prior haber muerto el rey D. Felipe, en testimonio de lo

¹ Viperano, *De obtenta Portugallia*.

cual vistió luto, dando motivo para este engaño la gravísima enfermedad que por este tiempo padeció el Rey.

Estos esfuerzos y tentativas, aunque hijos de la desesperación y que no podían conducir á ningún buen suceso, fueron ocasión de que se culpase por muchos al duque de Alba, sobre todo en Badajoz, lejos del teatro de la guerra, por no haber preso al Prior ó enviado en su persecución la caballería. Pero al Duque importábale no desmembrar el ejército para tener bien asegurada á Lisboa, de cuya posesión dependía la de todo el reino, y también porque si las principales cabezas del ejército salían de la ciudad, la soldadesca que en ella hubiese quedado, insolente por el vencimiento, la acabara de robar y saquear; además de que no convenía, acosando demasiado á los que huían, convertirlos, por el temor de la prisión ó la muerte, de flacos y temerosos en valientes y osados.

El duque de Alba al fin, cuando vió que los ánimos en Lisboa estaban más sosegados, así en los naturales vencidos como en el ejército vencedor, mandó en busca del de Ocrato á D. Sancho de Ávila, con hasta cinco mil y novecientos hombres entre infantería y caba-

llos. Llegados á Coimbra, abrióles esta ciudad las puertas, lo que, sabido por D. Antonio, que estaba en Aveiro, salió de allí, refugiándose en Oporto, ciudad que, aunque se le ofreció estando el Duque sobre Cascaes, había dado voluntariamente obediencia al rey D. Felipe.

La presencia inmediata del prior de Ocrato, aunque derrotado y fugitivo, pudo más en Oporto que cuando lo miraban de lejos, aunque en su entereza y presunciones de poder. Diez días permaneció el Prior en Oporto, saqueando las casas y despojando de sus haciendas á los partidarios de Castilla, sonsacando dinero á los mercaderes y cobrando un impuesto de toda la ciudad; y como le ponía en gran cuidado la cercanía de los castellanos, envió al obispo de la Guarda á juntar más gente en los lugares vecinos para defender á los nuestros el paso del Duero.

D. Sancho de Ávila, después de entrar en Aveiro, cuyo magistrado dió obediencia al Rey Católico, marchó la vuelta de Oporto. Deteniale, además de lo agrio é intratable del terreno, la dificultad de atravesar el Duero, que por aquella parte corre rapidísimo y despeñado entre precipicios y ásperas rocas;

pero como trajese barcas y los del lugar de Marasellos, ofendidos del de Ocrato, de quien habían recibido muchos agravios y extorsiones, le proveyesen de otras más, juntas en número de treinta y cinco, resolvióse pasar en ellas la gente.

Y no queremos dejar de mencionar el ardid que ejecutó en esta ocasión un capitán llamado Serrano, no menos gallardo de persona que esforzado de ánimo, á quien Sancho de Ávila envió con treinta jinetes á buscar algunas barcas. Pues como no las hallase, por haberse embarcado el conde de Feria, portugués, con su casa y gente en cinco que allí había, huyendo de los nuestros, volvió al anochecer al campo, tomó veinte arcabuceros y una guía, se fué al lugar llamado Carbonera, por tener nueva de existir allí una barca de pasaje. Al llegar, emboscó su gente, se desnudó, y comenzó á pedir socorro á los barqueros portugueses que estaban en la opuesta ribera, fingiendo ser un portugués robado por los castellanos. Acudieron los barqueros á socorrer sin recelo, y, en aquel punto, saliendo la gente que estaba emboscada, tomaron la barca, en la cual, metiendo algunos soldados, fué á buscar otras que estaban á la

parte contraria del río, apoderándose de ellas con su buena industria.

Ofrecíase todavía más de una grave dificultad, y era el no poderse pasar la caballería, y haberse de hacer por fuerza la arribada en una ensenada ó pequeño puerto llamado de Piedra Salada, que los portugueses tenían bien fortificado y guarnecido. Pero D. Sancho, que por los sucesos anteriores conocía la falta de experiencia y de buen consejo de los portugueses, é importándole la brevedad para acometerlos antes de que fuesen reforzados con la gente que para ello juntaban, determinóse á pasar el Duero á todo trance, burlando, á fuerza de industria, esfuerzo y valor, la oposición del enemigo. Tomóse un fuerte que en aquella orilla tenían los portugueses, y cuyos defensores, desamparándole, huyeron á Oporto. En otro paraje de aquella ribera, llamado Avintes, distante una legua escasa de nuestro real, se halló un desembarcadero; mas era en extremo difícil el bajar de allí á la corriente, y, atravesándola, subir á la orilla de la banda opuesta. El Ávila habló á los soldados, y sin negar el riesgo que había en atravesar el río por parte tan peligrosa y con el enemigo armado

y fortificado en la ribera contraria, les animó á vencer estas dificultades, mostrándoles que la buena resolución disminuía el peligro; que la corriente estaba mansa, las orillas no inaccesibles, las fortificaciones del enemigo flacas y débiles, y él poco temible, siendo inferior al mismo que tan poca resistencia había opuesto en Cascaes y Alcántara; además de que no había gloria ni merecimiento á la recompensa donde las dificultades eran pocas, y para vencerlas no era menester echar mano del esfuerzo y el brío. Y su discurso cerrólo con estas palabras:

«Y ¿cómo os quiero mostrar como más llano y hacedero con estas razones de facilidad y de persuasión, lo que vosotros en el convencimiento y certeza de vuestro esfuerzo y ánimo lo tenéis ya vencido y llevado á consecución? Porque, ¿qué dificultad invencible han de encontrar en el paso de un río de cauce conocido, los que no ha mucho atravesaron en Holanda, teniendo yo parte en la facción, el brazo de mar de la isla de Dargoes y el de Zuiderzee? Allí, sondando con huella incierta los abismos del Océano, á pecho desnudo, combatiendo en el camino con enemigos feroces encastillados en navíos fortale-

cidos y ciudadelas flotantes, y encontrando, después de tantos peligros vencidos, al llegar á la orilla, á otros contrarios formados en escuadrón y vestidos de hierro, sin tener nosotros para contrarestarles más que nuestras espadas, menos desnudas que nuestros pechos, y, sin embargo, todo lo allanamos, todo lo vencimos. Si un mar tenebroso sufrió nuestra ley; si desnudos y contrastados por el fuego y por el hierro vencimos, apenas hay merecimientos para verdaderos varones en atravesar estas aguas más apacibles, llevando más ayuda y reparo en nuestras armas y vestidos, como que navegamos y no vamos á nado, habiéndolas, en fin, no con soldados prácticos en la mar y en los combates, sino con gente fugitiva, que en su inmediata rebelión y proximidad de su Rey llevan perenne causa de temor, y en la derrota de Alcántara y otras partes el presagio de su entera perdición, si se atrevieren á hacernos frente.» Con que animada la gente con tales palabras, y con los recuerdos de sus propias hazañas, se ofrecía antes que se excusaba á llevar á cabo la empresa.

Con ello, D. Sancho dejó en guarda de nuestro alojamiento algunos soldados, y re-

partiendo las tropas, dispuso que la tercera parte de los infantes y caballos caminase de noche con él para embarcarse en Avintes, y arribando á la otra ribera, cargar al enemigo por el costado, y al propio tiempo que D. Rodrigo Zapata atravesase el río por frente á Piedra Salada en las demás barcas; y en cuanto á los caballos, ordenó que, ligándolos en ellas, los llevasen como en sirga á nado. Así, llamando por allí el cuidado y recelo de los portugueses, se daba lugar á que no echasen de ver la facción de D. Sancho de Ávila por paraje más arriba. Ejecutóse así, con tan buen acierto, que D. Sancho, no hallando apenas resistencia en los portugueses que guardaban la orilla adonde hizo arribada, puso con poco trabajo su gente en tierra, y después de algunas escaramuzas desbarató á los que se le opusieron, mató algunos y puso en huída á los demás.

En tanto, los de Oporto, que ignoraban este suceso, defendían á D. Rodrigo Zapata el paso por la otra parte del río; pero acometidos de improviso por D. Sancho de Ávila, se derramaron por una y otra parte, y nuestra caballería les siguió el alcance, aunque por lo lluvioso del día y los muchos y encon-

trados caminos que por allí se cruzaban, pudieron escapar. Los de la ciudad, viendo que los nuestros buscaban puesto para batirla, arbolaron bandera blanca desde el muro, y se entregaron al Ávila, que en nombre del Rey recibió su obediencia. D. Antonio, asombrado de que los nuestros hubiesen podido, atravesando el río, acometerle en su campo, hecho que él imaginaba por imposible, ya de todo punto desesperado, se puso en cobro con algunos pocos de sus familiares en Viana.

El Ávila envió contra él la caballería por dos veredas, y el cabo que la mandaba intimó á los de Viana le entregasen á D. Antonio, bajo pena de ser tratados con gran rigor y saqueados; pero todo fué inútil, pues no se le pudo hallar. Él, en tanto, mirándose poco seguro en Viana, con el obispo de la Guarda y otros sus secuaces, se embarcó precipitadamente, con ánimo de pasar á Francia, adonde ya había enviado su hacienda desde Oporto; pero contrariado por lo bravo de la mar y con gran riesgo de anegarse, se vió forzado á volver á tierra, manteniéndole oculto por mucho tiempo la afición y amor de los portugueses, hasta que tuvo ocasión de embarcarse con mejor fortuna, pasando á solí-

citar el socorro de las cortes de Francia é Inglaterra.

Con estas conquistas y la huída del Prior, quedó todo el Portugal reducido á la obediencia del rey D. Felipe ; y en cuanto á su señorío y colonias allende el mar, de muchas partes ya se había mandado aviso de la muerte del Rey Cardenal y legítima sucesión del Rey Católico, sin que todavía fuese tiempo de tener noticias de la acogida que tales nuevas allí habían logrado : solo se sabía la desobediencia de la isla Tercera, una de las Azores, cuyos naturales, gente supersticiosa, no creía en la muerte del rey D. Sebastián; antes aguardaban verle llegar sano y salvo.

El rey D. Felipe, avisado por el duque de Alba de los buenos sucesos de esta campaña y victorias de Alcántara y Oporto, mandó licenciar los italianos, dejar á los castellanos y alemanes en alojamientos y presidios para asegurar la tierra y conquistar la isla Tercera, que por ser escala de ambas Indias se consideraba como puesto muy importante.

Á fin de este año 1581 hizo el Rey su entrada solemne en Portugal, sin admitir el ofrecimiento de los grandes y señores de Castilla,

de acompañarle en la jornada para majestad y pompa de su corte; lo que fué acertada resolución de su prudencia, para que no recelase la grandeza de Portugal que no tendría cabida cerca de la real persona, y no dar motivos de descontento á los ánimos no asegurados todavía en la fidelidad.

El Rey entró en Yelves (Elvas); de allí pasó á Villaboin á visitar á la familia del duque de Braganza, y luego á Tomar, donde, juntando las Cortes de aquel reino y los grandes de Portugal, entre ellos el duque de Braganza y el de Barcelos, su hijo, fué jurado solemnemente por los tres estados del reino, un domingo, á 26 de Abril del año 1582. Por último, entró en Lisboa con gran aparato, donde se entretuvo algún tiempo proveyendo las muchas cosas tocante al gobierno de Portugal.

Restaba todavía la reducción de la isla Terceira; y como ni D. Pedro Valdés ni D. Lope de Figueroa, á quien el Rey mandó allá con navíos y gente, hubiesen logrado atraer á sus moradores á la obediencia de España, por andar muy ciegos y obstinados en favor de D. Antonio, mandó Felipe II aparejar mayor armada, para establecer y afirmar allí

su autoridad ¹. Pero este suceso, llevado á cabo gloriosamente después por personaje diverso del duque de Alba, merece relación por separado, puesto que ha de aparecer como ejecutor de la empresa el famoso D. Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que, habiendo ya tomado parte, como hemos visto, en las primeras operaciones de esta guerra, la concluyó, sojuzgando aquellas islas, ensalzando el propio nombre hasta los últimos términos de la fama, ahogando para siempre las esperanzas del prior de Ocrato, y dando severo castigo á los aventureros y extraños que, en odio de España y no por cariño á Portugal, se atrevieron á mezclarse en aquellas desavenencias y conflictos.

¹ Véase la *Historia de Felipe II*, por D. Luís Cabrera de Córdoba. Madrid, p. Luís Sánchez, 1619, folio.—*Descripción de las cosas sucedidas en los reinos de Portugal, desde la jornada que el rey D. Sebastián hizo en Africa, hasta que el invictísimo Rey Católico D. Felipe II de este nombre quedó universal y pacífico heredero de ellos, etc.*, recopilada por el Licenciado D. Diego Queipo de Sotomayor.—MSS. de la Biblioteca Nacional de Madrid.—G. 161, y otros autores que hemos consultado para la relación de esta campaña.





LEVANTAMIENTO DE PORTUGAL

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMERA CAMPAÑA (1640).

Estado de España al estallar la insurrección de Portugal.—
Nombramiento del duque de Medina Sidonia para el mando
del ejército.—El Conde de Monterrey.—Sitio de Yelves
(Elvas).—El marqués de Toral.—Batalla de Yelves.—Sitio
de Olivenza.—Muerte del marqués de Toral.—Juan Garay
es nombrado General del ejército.—Defensa de Valverde.—
Muerte del general portugués Rabello.

LA alteración de Portugal contra Felipe IV dió origen á una nueva guerra, larga, sin provecho y sin gloria, puesto que, embarazada al propio tiempo España con otros empeños de no menor apuro, se vió falta de fuerzas y de poder para reducir aquella provincia rebelde. La sublevación de Cataluña, acaecida poco antes, y la guerra que á un tiempo se sostenía en ella, en Italia y en

Flandes, hacían tan grave el peligro, que la nueva de haber proclamado Portugal su independencia, alzando por Rey al de Braganza, llenó de terror y consternación la corte de Castilla. Tratóse al punto de acudir á atajar aquel daño, enviando tropas contra los alterados, y puesto que el Conde Duque todo lo encaminaba al intento de asegurar su poder, logró del Rey que se diese el mando del ejército al duque de Medina Sidonia, que como Guzmán le estaba unido por los lazos de la sangre. Grave error fué este, y que pudo producir mayor daño todavía que el perderse Portugal, puesto que el Duque, no solo era aficionado y amigo del de Braganza, sino también pariente suyo de los más inmediatos, pues le había dado por mujer una hermana suya, que fué la famosa doña Luísa de Guzmán.

No es del caso relatar todos los sucesos de la rebelión de Portugal, que no interesan á nuestra obra, puramente militar; baste decir que la traición del duque de Medina Sidonia, que, puesto en inteligencias con el de Braganza, intentó hacerse soberano de Andalucía, y que se descubrió con tiempo, fué parte para que se confiase el mando de nuestro

ejército para aquella campaña á un nuevo General.

El Conde Duque, aunque por el suceso del de Medina Sidonia debiera estar escarmentado, y considerar el poco crédito que tendría un General de su elección, todavía alcanzó del Rey que se nombrase en aquel cargo al conde de Monterrey, que era también de sus mayores amigos y aficionados. El ejército de Castilla reunido en Badajoz, constaba de siete tercios, con la fuerza de doce mil hombres de infantería y tres mil de á caballo. La flor de aquel ejército la componían dos tercios, que venían mandados el uno por D. Luís de Saavedra, marqués de Rivas, y ya señalado en la guerra de Flandes, y el otro por el marqués de Falces, habiendo concurrido á la fama y buen nombre de tales capitanes mucha juventud de las más nobles familias del reino.

La caballería la mandaba D. Antonio Pacheco, hermano del duque de Escalona. Á este ejército, pues, que no era despreciable, ni por el número ni por la calidad de la gente, lo que faltaba era una buena cabeza, y en verdad que el de Monterrey no podía llenar este vacío, puesto ser hombre afeminado, dado sólo al placer y la liviandad, y

enteramente extraño á los negocios de la guerra. Y claro es que poca autoridad y respeto podía conciliarse entre soldados quien poco antes, siendo virey en Nápoles, no sólo desperdiciaba el tiempo y el caudal en procurarse continuas fiestas, espectáculos y banquetes, desatendiendo las graves obligaciones de su cargo, sino que con su ejemplo había introducido la misma disipación en el ejército. Porque, forzando al soldado á pagar la porción que en aquellas diversiones le tocaba, mandó que se le desquitara una parte del sueldo, destinándole á contribuir para las representaciones teatrales. Con esto el soldado había perdido de todo punto su brío y su disciplina.

Ya estaba el nuevo General á la cabeza del ejército en la frontera de Portugal, cuando, ofreciéndose ocasión de cobrar por negociación la plaza de Yelves, que era en cierto modo la llave de aquel reino, malogróse la oportunidad por descuido é impericia del de Monterrey.

Defendía aquella plaza Matías de Albuquerque, fiel partidario del duque de Braganza; empero muchos de los vecinos, ya por afición al Rey Católico, ó ya por enemistad

con Alburquerque, habían tratado de entregarla á los castellanos. Un vecino de la plaza salió de ella escondidamente para participar este designio al conde de Monterrey; pero éste, sobradamente descuidado, ó más bien cobarde, malgastando el tiempo en dudas y temores, no se atrevió á acercarse á la plaza, con que dió lugar á que, descubierta la conjuración, se malograra la empresa. Y por cierto que Monterrey no tuvo razón en dudar de la buena determinación de los que tal entrega le propusieron; pues después que, sospechándose su plan, les pusieron á cuestión de tormento, le arrostraron con gran constancia, sin confesarse reos de aquella culpa, ni revelar sus cómplices.

El de Monterrey, conociendo al fin su incapacidad para el mando, pero no resolviéndose á renunciarle, quizá por respeto al Conde Duque, pidió que se le diese como por consejero en los asuntos de guerra, alguna persona señalada por su resolución y por su experiencia militar, prendas ambas de que con razón se consideraba no asistido. Logró, pues, con Olivares, que, relevando al conde de Frigiliana, que desde Badajoz tenía el cuidado de la frontera, se diese el mismo

cargo al marqués de Toral, para que éste llevase el de las atribuciones que al mismo Monterrey como General le pertenecían. El de Frigiliana, sin darse por sentido, dado que á él se le hubiese echado en parte la culpa de la flojedad del de Monterrey, quiso continuar sirviendo, aunque en la clase solo de soldado aventajado. En cuanto al marqués de Toral, era soldado viejo, lleno de servicios y de experiencia, y por ello, su primer cuidado fué reducir á las tropas á la buena disciplina, corrigiendo el desorden á que había dado lugar el descuido y mal consejo de Monterrey.

Con la llegada, pues, de Toral, resolvióse venir á las armas con los contrarios, bien que éstos procuraban evitar todo encuentro, pareciéndoles más seguro mantenerse á la defensiva dentro de sus plazas fuertes. Monterrey, por persuasión de Toral, envió un cuerpo de mil quinientos caballos á talar los campos enemigos, quemando las mieses, ya casi en sazón de cogerse, con lo que se proponía, ó bien reducir á los contrarios á extrema necesidad y falta de mantenimientos, ó bien provocarlos á venir á la batalla. Logróse esto último, porque el general portugués

Alfonso Melo, contemplando desde Yelves el incendio de los sembrados, que se derramaba anchamente por aquellos campos, reunió arrebatadamente hasta mil caballos, enviándolos á oponerse á los nuestros. Trabóse, pues, cerca de Yelves un reñido combate, en que los portugueses, como más ágiles y expeditos, llevaron la ventaja en los primeros encuentros; puesto que los castellanos se mirasen desordenados é impedidos con los abundantes despojos de que venían cargados.

Pero luego que se recobraron de aquel sobresalto y se llegaron los que andaban sueltos entregados al pillaje, ordenándose en escuadrón, mejoraron la pelea; porque, acometiendo á los portugueses con gran brío y resolución, los forzaron á cejar. Todavía la pelea prosiguió con varia fortuna, hasta que D. Diego Bravo, que mandaba un cuerpo de nuestra caballería, animando á los suyos con la voz y el ejemplo, y ofreciéndose en las partes donde era mayor el peligro, logró con las heridas que recibió en brazos y hombro, que sus soldados, viendo correr la sangre de su capitán, corriesen animosamente á vengarla. Entráronse, pues, á sangre y fuego

por lo más recio del escuadrón enemigo, desbaratándole enteramente y poniéndolos en vergonzosa fuga.

Murieron en esta pelea hasta trescientos portugueses y cerca de cien castellanos, sin haberse podido contar los heridos de una y otra parte, que fueron muchos. Recogióse mucha presa abandonada por el enemigo, y luego dióse nuestra caballería á proseguir talando y destruyendo aquellas tierras, quemando los sembrados y arrasando casi muchas aldeas y poblaciones abiertas. Teraza, con la caballería, dió la vuelta á nuestro campo cargado de ricos despojos, con lo que, entusiasmado Monterrey, presumió que sería fácil tomar por interpresa á Olivenza, plaza muy fortificada entonces, como á cinco leguas de Badajoz.

Esta empresa la fió el de Monterrey á Martín Moxica con tres tercios, y á Teraza con la mayor parte de la caballería. Marchó este cuerpo la vuelta de Olivenza; pero tardándose demasiado en el camino, y más codicioso el soldado de la presa que animoso para el combate, volvióse al fin al campo, rico en despojos, pero sin lograrse el fin propuesto. Monterrey no por eso desistió de su propósi-

to; antes bien resolvió llevarle á cabo con mayor número de gente, disponiendo también que el marqués de Rivas, con otro cuerpo crecido de tropas, guardase el paso del río Guadiana, para dar socorro á los nuestros que acometiesen la plaza, en caso de que Melo acudiese á defenderla. Pero este plan malogróse también por la flojedad y lentitud de los soldados, vicio adquirido con el mando de Monterrey, agregándose después, para frustrarlo todo, la muerte del marqués de Toral, acontecida desgraciadamente al querer apaciguar una reyerta ocasionada entre sus tropas.

Monterrey, ansioso de cobrar por algún suceso favorable la opinión que iba perdiendo con su descuido y lentitud, mandó á Juan Garay, capitán afamado, que con toda la gente acometiese de improviso á Olivenza, procurando apoderarse de ella, ya por fuerza ó ya por ardid. Cerca de la media noche sacóse el ejército de los cuarteles, marchando en la vanguardia D. Antonio Pacheco con la caballería, en el centro el marqués de Rivas con el primer escuadrón de infantería, y á la retaguardia Moxica con el segundo y la artillería. Pero el ejército no caminó con la diligencia que convenía; así es que cuando

llegó la retaguardia á vista de Olivenza con la artillería, ya eran pasadas dos horas de la mañana.

Entonces Garay, viendo á breve distancia el ejército portugués que guardaba la plaza con gran aparato de defensa, y que rompió al punto en recias descargas de artillería, conoció ser otro el caso del que se había imaginado; pues, en vez de ejecutar una sorpresa, tenía que venir á las manos en combate descubierto y con un enemigo prevenido. Por lo mismo fué de opinión que se desistiese de la empresa; y aunque el marqués de Rivas y otros jefes eran de contrario parecer, al fin, consultado el conde de Monterrey, como hombre que era de poco ánimo y resolución, dió órdenes de que el ejército, sin tentar la empresa, se volviese, reservándola para ocasión más favorable.

Tales dudas de los nuestros fueron en extremo ventajosas á Braganza para afianzar su dominio; de suerte que cuando los castellanos pensaron seriamente en acudir al remedio, fué ya tarde. Monterrey al fin, viendo que no podía corregir la indisciplina que él mismo había introducido en el ejército, y que era tal, que más de una vez habían aten-

tado los soldados á su vida, pidió y obtuvo del Rey su dimisión. Sucedióle en su cargo Juan Garay, muy superior á él en las prendas de buen soldado y hábil capitán. De ello no tardó en dar una prueba, en ocasión que los portugueses intentaron tomar á Valverde, plaza situada á una legua de Olivenza y á cuatro de Badajoz.

El general portugués Francisco Rabello, con cinco mil de á pie y novecientos de á caballo, además de alguna artillería, marchó en la noche con dirección á la plaza, prometiéndose entrarla por sorpresa. Pero Garay se informó con tiempo del designio de los contrarios; así es que, no sólo aumentó la guarnición de Valverde, sino que envió á Teraza con toda la caballería para que saliese al encuentro de Rabello. Llegado éste al siguiente día por la mañana á vista de Valverde, opúsosele la caballería de Teraza, trabándose algunas escaramuzas y ligeros combates, en que los nuestros sólo procuraban dar lugar á los de la plaza para ponerse en defensa. Al fin se replegaron á ella, puesto que no pudiesen sostener el combate en lo llano.

Entonces los portugueses avanzaron hacia

la plaza, y colocando la artillería en las alturas inmediatas, comenzaron á dispararla contra Valverde. Encrudecióse el combate en los mismos reparos y muros, porque, siendo poco fuertes, no tardaron en ser aportillados y rotos. Los portugueses penetraron resueltamente por las brechas hasta dentro de la misma plaza, donde trabóse la pelea más encarnizada y terrible que puede imaginarse. No era aquel un combate regular y ordenado; pues mezclados los unos con los otros, y animados todos de igual furor y rabia, se peleaba ciegamente, y en muchas partes al par. Esta pelea fué harto más dañosa á los invasores que á los sitiados, pues, extraviados aquéllos por las calles, no sólo los herían con más ventaja los de la plaza, sino que, desde las mismas ventanas y tejados, les lanzaban cuantos proyectiles podían, y si algunos se entraban en las casas, ora para refugiarse, ora para ejecutar sus venganzas, allí eran sacrificados por los vecinos.

Rabello, visto el estrago de sus portugueses, procuró reunirlos, y en lugar de ponerse en salvo retirándose, acudió con sus tropas á combatir la Iglesia mayor, donde se habían recogido los ancianos y niños, puesto que

su furor se había aumentado con la resistencia. Rodeaba la Iglesia una plaza espaciosa, donde, reunidos castellanos y portugueses, pusiéronse unos y otros en buena ordenanza de combate. Allí, trabada la pelea, mantúvose indecisa por mucho tiempo, no sin harto estrago de una y otra parte; mas al fin, socorridos los nuestros con un escuadrón crecido de paisanos y soldados, con que acudió de improviso el capitán D. Diego de Lara, acometiendo á los enemigos por la espalda, la fortuna se declaró por los nuestros.

Los portugueses, mirándose entre dos fuegos, no osaron resistir por más tiempo, comenzando á desbandarse. En vano Rabello, desnudando su cabeza, por mostrar á los suyos que no era tan grande el riesgo que le debiesen temer, los animaba y exhortaba á no desamparar las filas, pues un bote de lanza tirado por diestra mano le derribó sin vida de su caballo. Los portugueses, luego que vieron muerto á su General, desmayaron completamente, y huyendo desbaratados, no sin rendir la vida gran muchedumbre de ellos al acero castellano. El gobernador de la plaza no quiso que se les siguiese el alcance por mucho tiempo, temeroso de que la fortuna, tan du-

dosa en el trance ocurrido, se pusiese acaso de parte de los enemigos, que de otra suerte quizá fuera mayor su estrago.

Perecieron en esta pelea ochocientos de los nuestros, y hasta dos mil portugueses, pérdida que fué para ellos más considerable todavía por la calidad que por el número, pues además de su general Rabello, murieron muchos caballeros de la Orden militar de Cristo, y cinco capitanes de caballería, perdiendo también cuatro banderas. El número de los portugueses heridos fué considerable, muchos de ellos de muerte, y fué de notar el que, en tal estado, fuesen conducidos á Olivenza en los mismos carros que habían dispuesto traer para cargarlos con los despojos de la plaza expugnada ¹.

Año de 1641.





CAPÍTULO II.

SEGUNDA CAMPAÑA (1641).

Combate de Elvas. — Acertadas disposiciones de Garay, ejecutadas por Lancaster. — Causas de no haber sido derrotados por completo los portugueses. — Sorpresa de Valverde. — Conducta sanguinaria de los aliados de Portugal. — Rendición de la villa y castillo de Eljas. — El duque de Alba envía socorros. — Rivalidades entre Garay y el duque de Alba. — Ventajas de los portugueses. — Sus ardides para engañar á los nuestros. — Cerco de San Martín, por el general portugués Tello. — Socorros enviados por Garay. — Acertadas disposiciones de Burgos. — Destrucción y tala de la villa y cercanías de Eljas por los portugueses. — Excursiones de los ejércitos españoles en Portugal. — Suspéndese la campaña. — Reyertas de nuestros Generales.

 AL fué el suceso de la primera campaña. La siguiente dió principio por un combate que se trabó entre castellanos y portugueses á vista de la plaza de Elvas. Fué la causa de romperse antes de tiempo las hostilidades que, noticioso Garay del cruel trato que daban los enemigos á

nuestros prisioneros que tenían en la plaza de Elvas, envió á vengar tal agravio al jefe de la artillería D. Luís de Lancastre.

Partió este capitán con tres tercios y mil caballos escogidos, con determinación de acometer de improviso y lo más reciamente posible á una fortaleza de Elvas, en donde, encerrados los españoles prisioneros, sufrían tan inhumano tratamiento. Pensaba que á vista del socorro de sus compañeros, los nuestros se esforzarían en escapar, aprovechando el tumulto y confusión que el rebato causaría entre los enemigos. Por otra parte, como en la vasta llanura que se extendía delante de Elvas, cubierta de olivares y maleza, había lugar á propósito para poner celadas, dispuso Garay que se ocultase allí una parte de la caballería, para que, saliendo á tiempo que el grueso de sus tropas, viniese á las manos con los enemigos, ó bien, si él pudiese atraerlos á aquel paraje, con un rebato repentino sembrase en ellos la confusión y el estrago. Toda esta traza ejecutóse con gran brevedad y diligencia, porque, así como llegó Garay sobre la plaza, que fué antes que despuntase el día, lo repentino y recio de su interpresa llenó de terror á los contrarios. Y como para

acudir presurosos á la defensa, se atropellasen los unos á los otros, derramándose inciertos y turbados por todas partes, aunque no descuidaron el asegurar la guarda de nuestros prisioneros, todavía, á favor de la confusión y el desorden, lograron escapar muchos. No pocos de ellos debieron su salvación en aquel trance á su esfuerzo, bien que otros, intentando lo mismo, perecieron lastimosamente; verdad es que vendieron caras sus vidas.

En tanto el general portugués Alfonso Melo, que se hallaba á la sazón en la plaza, recogiendo arrebatadamente cuanta gente de armas pudo, y llevando consigo á Juan Costa y otros Jefes, salió contra los castellanos. Pero apenas se mostró en el campo, cuando salteándole los nuestros, cerraron contra él con tanto brío, que desbarataron su escuadrón, y casi á su salvo hicieron en él la más espantosa carnicería. Y en verdad que ningún portugués escapara en aquel trance de muerto ó prisionero, si nuestra caballería no hubiese salido antes de tiempo de su emboscada, malogrando así el plan propuesto de coger á los enemigos entre dos bandas, atrayéndolos á aquel paraje.

Mientras que así se peleaba en campo raso, los de la plaza disparaban su artillería con gran estruendo; pero con igual estrago de los suyos y de los nuestros; pues como los unos y los otros andaban revueltos por la llanura, en todas las pelotas encontraban empleo.

La pelea proseguía, sin embargo, y aun se mejoró para los portugueses con la llegada del jefe de su caballería, Rodrigo de Castro, que con un buen golpe de gente de á pie y de á caballo acudió en su socorro. Este capitán habíale enviado Melo con un lucido cuerpo de tropas, para que, en tanto que él acometía á los nuestros por el costado, el otro lo hiciera por el frente; pero viniendo á dar con la emboscada de los castellanos, volvió á dar socorro á su General, y los nuestros, que con su presteza demasiada en salir habían frustrado el ardid, acudieron también á socorrer el grueso de nuestro escuadrón. Concurría en el combate con los portugueses buen número de tropas confederadas de Francia y Holanda, y aunque todos ellos, animados por la presencia de Melo y de Castro, cargaban reciamente sobre los nuestros, la confianza, sin embargo, que

inspiraba á los castellanos el buen suceso del primer combate, los hacía harto superiores á sus contrarios.

D. Luís de Lancastre, viendo cuán poco faltaba á los nuestros para asegurar la victoria, metióse en lo más recio de la pelea, donde estuvo á punto de perecer, pues una bala le tocó en el pecho y el brazo, aunque maravillosamente no le causó herida alguna de consideración. Con esto los portugueses no pudieron sostener la pelea por más tiempo; antes deshechos y rotos, se dieron á huir en dirección de la plaza. Bien quisieran los vencedores seguirles el alcance; pero no se lo permitieron los continuos disparos de la artillería, con que los de la plaza protegieron desde los baluartes y murallas la retirada de sus compañeros. De tal suerte excusaron los enemigos su mortandad, que de otra manera hubiera sido considerable, lo que malogró en parte para los nuestros el fruto de una victoria tan gloriosa y felizmente alcanzada.

Los portugueses, sin desmayar por este revés, ardían en deseos de repararle, y su general, Alfonso de Melo, ansioso por su parte de tomar con algún suceso favorable la afren-

ta de la pasada derrota, buscaba ocasión de venir á las manos con los nuestros. Con este designio envió á la frontera á Sancho Manuel y Fernando Tello, con la mayor parte del ejército, ordenándoles que donde quiera que se les ofreciese trance de pelea, lo aprovecharan, puesto que estaba seguro del valor y buena disciplina de los soldados. Fernando Tello, que tenía el mando superior de aquel ejército, marchó con él la vuelta de Valverde á favor de la noche, proponiéndose apoderarse por interpresa de esta plaza.

Tenían en ella los nuestros una guarnición de cerca de mil soldados; pero como la guardia de una de las puertas, descuidada de la venida de los enemigos, estaba menos sobre aviso que de costumbre, bastó que se acercase á ella una compañía de portugueses, imitando primero el acento castellano para responder á la alerta, y oprimiendo después á aquellos soldados desprevenidos, para que los enemigos penetrasen dentro de los muros. Los demás soldados de la guarnición, que por la mayor parte dormían descuidados, despertando al ruido, y pensando que era algún motín de ellos mismos y de la gente del pueblo, acudieron desnudos y desarma-

dos adonde estaban los enemigos, con que fueron sacrificados por ellos.

Los enemigos, viéndose señores de la plaza, saciaban su furor en matar á los moradores indefensos, dándolo todo al hierro, al incendio y al saco. Y entre ellos los que más se señalaban por su furor, eran los aliados de Portugal, ingleses, holandeses y franceses, sobre todo los protestantes, que, en odio á nuestra religión, saqueaban y profanaban las iglesias. Al fin se retiraron los enemigos cuando, abrasada y destruída la población, y recogidos en ella riquísimos despojos, no pudieron dejar hecho mayor estrago. Insolentes con el buen suceso, los portugueses marcharon al punto contra Eljas, pequeña plaza de la Orden de Alcántara, cuya mayor defensa consistía en un fuerte castillo que tenía sobre unas alturas.

Lograron al fin su propósito, porque, dudándose entre nuestros Generales si el cuidado de esta plaza correspondía á Garay, que entonces mandaba en Badajoz, ó bien al duque de Alba, que tenía al propio tiempo el mando militar en Ciudad Rodrigo, la población se miraba indefensa. Por lo mismo, los naturales, cuando tuvieron aviso de la

llegada de los enemigos, la abandonaron al punto; ocupáronla los portugueses, y acometiendo al castillo, donde había alguna guarnición, su gobernador, traidor ó cobarde, entrególe sin resistencia al primer disparo de la artillería portuguesa.

Sabedor de lo ocurrido el duque de Alba, envió luego un cuerpo de cinco mil infantes y mil quinientos caballos, al mando de su teniente Viveros y de Juan Suárez, para cobrar la plaza y fortaleza perdidas. Pero ya los portugueses habían fortificado el castillo y coronado sus baluartes de numerosa artillería, con que los nuestros, que se llegaron resueltamente al asalto, hubieron de retraerse con no poca pérdida. Entonces Viveros, visto que no podía rendir la fortaleza sin un largo asedio, mandó que se levantasen trincheras todo en derredor y se hicieran todos los demás preparativos del caso; pero llegándole nuevas de que los enemigos acudían á socorrer la plaza con gran poder, renunció á proseguir aquella forma de cerco, y ocupando las sendas y caminos para que los de adentro no pudiesen recibir auxilio ni convoy alguno, levantó un baluarte en lugar conveniente, donde asentó su artillería contra la del castillo.

Por tal manera se proponía Viveros, si se tardaba el socorro de los portugueses, reducir el castillo por las armas ó por hambre, y si por ventura llegaba luego, entonces juntar todas sus fuerzas y con ellas venir resueltamente á las manos con los enemigos. Pero entre tanto Juan Garay, ofendido de que el duque de Alba, sin consultarlo con él, y aun sin darle parte, hubiese intentado aquella empresa, puesto que no estuviese resuelto á qué jurisdicción correspondía la plaza, ya que no se atrevió á mostrar descubiertamente su ira, procuró, sin embargo, perjudicar á su rival, dilatando el socorro que era deber suyo enviarle. Así fué que por todo socorro mandó á Guillermo de Burgos con un tercio y cinco compañías de á caballo, ordenándole que, alistando otro tercio por Alcántara y los pueblos inmediatos, marchase con este refuerzo adonde estaba el teniente del duque de Alba.

La dilación y tardanza que hubo de seguirse de tener que levantar el tercio, fué parte para que se malograra una empresa, cuyo buen resultado dependía principalmente de la presteza y la brevedad. Por el contrario, los portugueses, que venían en defensa de sus

compañeros del castillo, temerosos de que la gente del duque de Alba recibiese socorro de Garay, precipitaron su marcha. El ejército portugués venía formado en tres escuadrones, pues era su intento acometer á los castellanos por varias partes á un tiempo, no dejándoles así huelgo de tiempo para repararse y tomar ordenanza de batalla.

Los portugueses, para figurar mayor bulto de gente y más prevención de guerra, colocaron la mejor y más crecida parte de las tropas en la vanguardia, llenando el centro de los demás escuadrones de los aldeanos y gente rústica que hallaron al paso; acrecentaban la apariencia y el engaño con haber puesto en la misma vanguardia mucho mayor número de banderas y de trompetas que el correspondiente á las tropas, y todos venían alzando gran vocerío y gritas como de hombres que ya aclamaban su victoria. Este ardid engañó á Viveros, quien, ya desesperado de todo punto del socorro que le tenía prometido Garay, y creyendo que tenía que habérselas con un enemigo en extremo formidable, mandó inmediatamente que, abandonándose el cerco, los soldados se recogiesen y retirasen en el mejor orden posible.

El General portugués, que para ejecutar esta empresa había fiado, más que en sus fuerzas, en el engaño y en el ardid, luego que echó de ver el temor de los nuestros, se propuso aprovecharle para rodearlos ó traerlos á algún paraje desventajoso, donde derrotarlos á su sabor. Pero temiéndose este desmán y porque se acercaba la noche, Viveros retiróse con sus tropas á San Martín, plaza fuerte de España cerca de la frontera de Portugal. Encerráronse en sus muros hasta tres mil hombres de todo el ejército, y la resta del número, como discurriese por los campos, ya porque errasen el camino, ó ya extraviándose adrede, hallándolos Burgos, los incorporó á sus tropas. Este capitán, que por mandado de Garay se entretenía en alistar un tercio con que socorrer á Viveros, luego que supo su retirada á San Martín, dióse priesa á llegar á esta plaza con la gente que tenía recogida.

Ya el General portugués Tello había puesto cerco á esta plaza, barreando sus estancias en derredor de ella, cuando Burgos llegó con su socorro, apareciendo en lo alto de los cerros que rodean á San Martín. Entonces Tello vióse en la necesidad de distribuir su ejército en dos partes, acudiendo con la una

al cerco de la plaza y con la otra á combatir á los castellanos que le amenazaban por la espalda.

Asegurado así el peligro de afuera, Tello acudió con gran ímpetu y priesa á estrechar el cerco de San Martín. Los muros de la plaza eran de poca altura, por lo que, acudiendo los portugueses á asaltarlos y los sitiados á defenderlos, trabóse allí un combate obstinado y sangriento, en que peleaban los unos y los otros casi cuerpo á cuerpo, los de adentro con largas picas y con las bocas de fuego, y los de afuera con diversas armas y hasta con piedras y artificios de fuego, que, ya señoreados del muro, lanzaban desde arriba. Pero la gente de Burgos, que dominaba el puesto desde las alturas inmediatas, hería en los sitiadores con gran ventaja, por la frente y por el costado, con sus arcabuces y con una lluvia de piedras que lanzaban certeramente de sus hondas, porque tales eran las armas con que venía armada mucha parte de aquella gente de las Extremaduras, alistadas al vuelo, según la priesa del caso.

Á vista de este socorro, los de la plaza, con mayores ánimos, opusieron gran resistencia á los sitiadores, mejorando la pelea, y su-

pliendo con su valor y esfuerzo la flaqueza de los muros. Peleóse todo aquel día, sin declararse la fortuna por ninguna de las dos partes: llegada la noche, como Burgos hubiese resuelto recogerse á la mañana siguiente, y á vista de los enemigos, en dirección de Valverde, como queriendo cortarles la retirada, porque los de la plaza no desmayasen, participóles con un espía su designio.

Sucedió todo según la previsión de Burgos, porque el general portugués Tello, luego que vió que los nuestros se retiraban despacio y en buena ordenanza, y no pudiendo atribuir tal resolución á miedo ó flaqueza, pensó que su intento no era otro que el de atajarles su retirada. Aumentó su temor el entender que el duque de Alba hacía á la sazón grandes levas de gentes; por manera, que pensó que los nuestros habían concertado el designio de encerrarle entre aquellos montes, reuniendo sus fuerzas para destruirle enteramente, puesto que ya su ejército, con los combates pasados, hubiese menguado bastante. Por otra parte, la toma de aquella plaza no merecía arrostrar tan grande riesgo; así es que al fin, tocando á recoger, levantó el cerco, y vino para Eljas. Quemó esta

población, echó por tierra el alcázar, taló y arrasó las campiñas inmediatas, y con el despojo dió la vuelta á Portugal.

El escuadrón de Burgos, que había quedado oculto tras aquellos montes, aguardando á saber qué resolución tomarían los enemigos, todavía después que supieron su marcha se mantuvieron allí, hasta que les llegó gran socorro de parte del duque de Alba. Harta timidez por cierto el no haberse concertado él y Viveros para picar en la retaguardia de los portugueses que se retiraban. Juntos al fin, hicieron una entrada en tierra de Portugal, talando los campos, arrasando las aldeas, y llevándolo todo á sangre y fuego.

Las tropas portuguesas contemplaban desde lejos este estrago; los campos talados, los edificios ardiendo, y gran presa en poder de los nuestros; pero, flacos para oponerse, no osaron salir de sus plazas fuertes. Pero esta expedición no tuvo al fin mayor ventaja, y, por otra parte, la marcha del Rey Católico á Cataluña, donde se creyó que era más urgente la necesidad del remedio, fué causa de que la campaña de Portugal aflojase y casi se interrumpiese. Allegóse á la falta de auxilios

la flojedad é indisciplina de nuestros soldados, y que, sólo codiciosos del despojo y la rapiña, no era posible emplearlos para hacer seriamente la guerra.

Origináronse de aquí grandes reyertas entre nuestros dos jefes de la frontera, Lancastre y Garay; y como el primero viniese á dar cuenta del caso á Zaragoza, donde estaba á la sazón Felipe IV, para pedirle que pudiese remedio en ello, Olivares no le permitió que viese al Rey; porque tal era su costumbre cuando temía que por sus actos le resultase algún descrédito con el Monarca. Era la causa ser Garay de la devoción del Conde Duque; así que Lancastre, frustrado en su propósito, vióse forzado á volverse á la frontera, donde la mala inteligencia entre los dos jefes fué de gran perjuicio para la causa de Castilla.





CAPÍTULO III.

TERCERA CAMPAÑA (1644).

Sucesos que la motivan. — Ineptitud del conde de Santisteban. — Recuperación de Valverde por los portugueses. — Atrevimiento de los portugueses en sitiar á Badajoz. — El duque de Braganza destituye á Mascareñas. — Sitio y toma de las plazas y castillos de Alconchel, Villanueva del Fresno y Salvatierra. — Nombramiento del cardenal Espínola. — El marqués de Torrecusa. — Sitio de Alburquerque por los portugueses. — Indisciplina del ejército. — Intervención del Obispo de Badajoz. — El marqués de Torrecusa confía á Molingén el mando de la expedición. — Los portugueses en Montijo. — Impaciencia de Torrecusa. — Traza de los ejércitos portugués y castellano, antes de la batalla entre Montijo y Lobón. — Causas de la derrota de los portugueses. — Previsión y esfuerzos de Molingén para no malograr la victoria. — Engaños de los portugueses para ocultar su derrota.

DN tanto, el duque de Braganza, visto el descuido y negligencia de los nuestros, pensaba que sólo le faltaba para asegurarse en su poder, el lograr algún suceso favorable con que poner temor en los castellanos y cobrar reputación ante las nacio-

nes extranjeras. Propúsose, pues, en vez de mantenerse á la defensiva, llevar la guerra más allá de la frontera.

El rey de Francia le socorrió por mar con buen número de soldados, y aun se cuenta que muchos, pasando el Pirineo simulando el traje y traza de peregrinos andantes á Santiago, lograron, atravesando por España, entrarse en Portugal. Braganza, pues, haciendo muestra de sus tropas, halló diez mil infantes y tres mil caballos á punto de guerra, además de los voluntarios y algunos cuerpos empleados en diversos puntos.

El mando de este ejército le confió á Vasco de Mascareñas, y por su segundo á Juan Méndez de Vasconcellos. El mismo Braganza, para añadir con su presencia más valor y entusiasmo á los soldados, vínose con la nobleza á la frontera. Cuando esto sucedía, ya Garay había sido llamado á Cataluña, reemplazándole el conde de Santisteban, que, si era hombre estimable por su probidad y otras prendas, carecía enteramente de las de capitán entendido y buen soldado.

Esto fué parte para que los portugueses se apoderasen de Valverde, que, arrasada antes por ellos, habíanla reparado los nuestros.

Arrasáronla segunda vez, y tales ánimos cobraron con este buen suceso y con la noticia de la escasez de nuestras tropas y poco valer de su General, que no dudaron en llegar sobre Badajoz.

Aunque los portugueses no podían presumir tanto de sus fuerzas, que creyesen cosa fácil el apoderarse de plaza tan considerable y cabeza de la provincia, todavía, por jactancia y alarde de sus bríos, cercáronla todo en derredor con gran aparato y estrépito. Por otra parte, el General portugués deseaba traer á los españoles á la batalla, creyéndose seguro de la victoria, y por ello mandó talarlo y quemarlo todo en los campos vecinos, pensando que los nuestros no dejarían de responder á tales provocaciones. Pero, al fin, conociendo que el cerco sería largo y que España acudiría con todas sus fuerzas á vengar aquella afrenta, renunció á su propósito, levantando el sitio.

El de Braganza, culpando á Mascareñas por haberse malogrado aquella empresa, quitóle el mando de las tropas, entregándole de nuevo á Matías de Albuquerque.

Éste tuvo tal acierto en aprovecharse de la impericia de nuestro General y mal estado

de nuestro ejército, que se apoderó por fuerza de las plazas de Alconchel, Villanueva del Fresno y otros lugares vecinos. Al propio tiempo, el conde de Castelmellor, entrando por mandado de Braganza, en Galicia, con seis mil de á pie y novecientos caballos, acometió á la plaza de Salvatierra. Fué notable este cerco por los numerosos y encarnizados combates á que dió lugar entre sitiados é invasores, y en donde los portugueses retiráronse más de una vez escarmentados: al fin, redoblando los disparos de la artillería contra los muros, empleando gran copia de bastidas y otros ingenios, lograron apoderarse primero de la plaza y después del castillo.

Mucho afligió al Rey Católico la noticia de la pérdida de Salvatierra, pues ya se mostraba tal la suerte de las armas, que lejos de reducir Castilla á los portugueses rebelados, no parecía sino que ellos iban á conquistar el resto de la Península. Acudió, pues, á remediar aquél revés con quitar el mando del ejército de Galicia al prior de Navarra, que á la sazón lo tenía, dándolo al cardenal de Espínola, arzobispo de Santiago, y encargándole que cobrase á Salvatierra: vergüenza, por cierto, grande el que después de los Gonzalos, Al-

bas, Leivas, Colomas y otros ciento, ver la honra militar de España confiada al capelo y la sotana. Era este Cardenal hijo del famoso marqués de Espínola que tales hazañas llevó á cabo en la guerra de Flandes.

Pero el suceso acreditó la verdad tan sabida, de que no así el valor y la fortuna, como á veces los vicios, suelen transmitirse de padres á hijos. Porque el Cardenal, á quien se dieron para recuperar á Salvatierra cerca de ocho mil infantes y dos mil caballos, después de grandes fatigas y deliberaciones, sin intentar nada de provecho, volvióse á Santiago, con la afrenta de haber malogrado la expedición.

Ya eran transcurridos cuatro años de guerra, y corría el de 1644, cuando la indignación de los castellanos, al verse burlados por los portugueses, pueblo pequeño y encerrado en un confín de la Península, encendió de nuevo y con más furor las hostilidades. Los portugueses, por otra parte, habían adquirido en esta lucha la certeza de que podían contrastar el poder de los españoles, y los socorros y promesas del francés aumentaban sus ánimos y sus fuerzas.

Incierto estaba el Rey Católico á quién

confiaría la empresa de Portugal; mas resolvióse al fin á encomendar tan grave empeño al marqués de Torrecusa, napolitano de nación y capitán afamado. Este marqués de Torrecusa era Caracciolo por su familia, y, aunque napolitano, partidario por extremo de las cosas de España. Y fué notable en la deshecha tormenta que corrió la Monarquía Española en aquel tiempo, que nunca los italianos cometieron deslealtad, combatiendo en todas partes por la integridad del Estado. La fisonomía austera de este General, sus ojos negros y severos, su cara descarnada, su cabellera también negra, y lo copioso y largo de sus mostachos, fueran bastante, si sus acciones no lo confirmaran, para señalar que la militar disciplina tenía en él un maestro vigilante é inexorable.

Había alcanzado algo de los buenos tiempos de nuestra milicia, y comenzando por ser alumno ardiente en ellos, llegó á ser profesor eminente. Principió las armas combatiendo en África contra los moros, y después de seguir sirviendo en Italia y España, pasó al Brasil con nuestra armada, para la restauración de la ciudad de San Salvador, ganando allí tanto nombre y gloria, cuanto

temor y espanto á los holandeses invasores.

Se señaló mucho contra los ingleses que asediaban á Cádiz; sirvió después en Milán; estuvo al lado del Infante Cardenal en la famosa batalla de Nordlinghen, y de Flandes pasando á Italia, combatió gloriosamente con el de Saboya y los franceses. Confiándosele en España el mando de la Navarra, tomó parte con el Condestable de Castilla para librar á Fuenterrabía y en las rotas que allí se dieron á los franceses.

En la sublevación de Cataluña, por ser más peligrosos los trances, mayores fueron también las ocasiones de sus merecimientos, siendo freno de los rebeldes, terror de los franceses y de su general Sparná, que abandonó á Tarragona, y firme áncora de Castilla.

Tanta gloria costóle, fuera de sus propios peligros, la pérdida de su hijo el duque de San Jorge, que comenzó muriendo en la flor de sus años para igualar pronto las hazañas de su padre. Tamaña desgracia acendró más los quilates de valor y lealtad de Torrecusa, que, no aprovechando sus consejos, ni oyéndose con la experiencia que pudieran darle la fuerza de decretos, se le vió á veces arrancar

la pica de manos de los soldados, mezclándose en las primeras hileras, demostrando así que podía aconsejar quien siempre era primero en la pelea.

Tales hazañas y tantos servicios, sin interrupción prestados, hicieron poner los ojos en él para remediar los desastres de Portugal, y sin duda que hubiera llevado á cabo tan alta empresa, si á ella hubieran correspondido los medios, siempre insuficientes para el caso, y si aquella corte hubiera medido las obligaciones de su voluntad y energía con lo que importaba la recuperación de Portugal para la honra y el porvenir de la España.

El primer cuidado de Torrecusa, así que entró en el mando, fué corregir la indisciplina, que tanto había cundido en el ejército. Consiguiólo con trabajo y paciencia; y como supiese que el enemigo venía á acometer á Alburquerque, plaza de España no lejos de Campomayor (Campo Maior), envió allí un buen refuerzo de gente de á pie y de á caballo.

Apenas este socorro llegó á la plaza, cuando se vió venir á lo lejos al general portugués Alburquerque, que llegaba con muy numeroso ejército. Acercado á la plaza, el Albur-

querque asentó contra ella la artillería; pero los sitiados dispararon la suya con tan buen suceso, que hicieron grande estrago en la gente y las máquinas de los enemigos. La escasez del agua apremiaba también sobremanera á los portugueses, puesto que en todas aquellas inmediaciones no había más recurso que el de una fuente en un valle, rodeado por todas partes de peñas escarpadas.

Los nuestros habían ocupado aquellas alturas, por manera que los portugueses, que en gran número intentaban la subida acosados de la sed, perecieron con la lluvia de tiros que les arrojaban los españoles, usando á su sabor de la ventaja del puesto. Desesperado al fin de lograr su propósito, retiróse Alburquerque, aunque no sin dar tala á los campos vecinos, como en venganza del desaire sufrido.

El marqués de Torrecusa, indignado á vista de aquel estrago, reuniendo á sus capitanes, les manifestó con elocuentes razones la necesidad de abatir, viniendo á empeño campal, el furor y arrogancia del portugués. Los capitanes, aunque por temor ó por desidia eran de otro parecer, no se atrevieron á replicar, por la vergüenza de parecer cobar-

des á vista del Marqués, cuya gloria, como de un extranjero al fin, miraban con mal ojo.

Pero si entonces vinieron todos en el mismo acuerdo, al fin, pudiendo más en ellos la rivalidad, y ofendidos del acento imperioso del Marqués, juntando á los soldados, representáronles como temeridad lo que era valor y buena resolución, como soberbia lo que era grandeza de alma, y como engaño lo que era previsión, y, por último, les dieron á entender que el General quería sacrificar el ejército á su vanidad y deseo de gloria. Estas persuasiones y el odio que el Marqués se había granjeado en el ejército por corregir los antiguos desmanes y abusos, fueron tanta parte en el ánimo del soldado, que, volviendo á sus malas costumbres, cuando Torrecusa quiso sacarle para una expedición contra los enemigos, se negaron á acompañarle.

Irritóse el Marqués, y en aquel momento quisiera volar á la corte para quejarse al Rey; pero consiguió calmarle el obispo de Badajoz, varón de prudencia y consejo, quien dispuso las cosas de tal modo, que los capitanes, temiendo el castigo que como rebeldes les daría el Rey, indujeron á los soldados á que obedeciesen la orden de su General.

El ejército, pues, se puso en marcha desde Badajoz, bajo la mano del General de la caballería, Molingen, porque Torrecusa, fiando bastante en el ánimo de aquellos capitanes y soldados descontentos de su severidad, no quiso mandar en persona la expedición.

Á este Molingen, flamenco de nación, érale muy aficionado Torrecusa, así por su pericia militar como por su natural sencillo y apacible. Molingen pasó de la otra parte del río Guadiana con su ejército, compuesto de ocho mil de á pie y cerca de tres mil de á caballo. Era su intento venir á las manos con el general portugués Matías de Alburquerque, que con número de tropas harto más crecido, después de asolar el pueblo de Montijo, había asentado su campo no lejos de allí, en un puesto ventajoso y fortificado.

No era posible atacar al portugués en tanto que se mantuviese en aquel lugar, no menos inaccesible por la naturaleza que defendido por el arte, con trincheras y artillería, con que Molingen se vió forzado á detenerse, aguardando ocasión más favorable para la pelea. Pero el marqués de Torrecusa, mal hallado con aquellas dilaciones, no cesaba de

apremiar por sus cartas á Molingen , ordenándole que entrase en batalla cuanto antes pudiese. Estos mandamientos eran tan urgentes y rigurosos , que á Molingen , á pesar de que luchaba con tantas dificultades para llevar á cabo aquella empresa, no le dejaban pretexto alguno para excusar la pronta pelea.

Sin embargo, Molingen quiso todavía consultar el caso con los capitanes, con que se resolvió finalmente que las tropas marchasen contra el enemigo, haciendo alto en una llanura que se extiende entre Montijo y Lobón, cerca del campo de los enemigos, para observar sus movimientos y determinaciones, y atraerlos, si fuese posible, á bajar á pelear en lo llano.

Ejecutóse así, asentando nuestro ejército su campo en el lugar más próximo que pudo al enemigo, provocándole desde allí con correrías de la gente de á caballo y con disparos de la artillería. Los nuestros lograron al fin su propósito; pues, ya deseosos de la pelea, ó ya faltos de víveres, los portugueses dejaron al fin el puesto que ocupaban en las eminencias, bajando en buen orden á la llanura.

Ya el General portugués había ordenado su gente para la batalla, cuando Molingen man-

dó al comisario de la caballería, Pardo, que con algunas compañías de tropas ligeras saliese al encuentro al enemigo, enfrenando su ardor, para tener lugar así de ordenar sus escuadrones con más comodidad y desembarazo. La traza en que se mostraba ordenado el ejército portugués, era la siguiente: la infantería formaba once trozos bien proporcionados y espesos; de ellos, cinco formaban el escuadrón de vanguardia, cuatro las alas y dos la retaguardia, con muchas compañías de jinetes á modo de reserva. El grueso de la caballería guarnecía los flancos; en cada cuerno se miraban dos cañones y otros dos en el escuadrón de vanguardia; los bagajes se habían colocado en el centro de toda la ordenanza.

Molingen, puesto que contaba mucho menor número de gente que el portugués, no queriendo ser excedido en la frente, tuvo que ordenar su escuadrón con menos fondo. Como eran dos las naciones, compartió en otros tantos escuadrones la ordenanza; á la cabeza del derecho, formado de españoles, se puso él mismo, y el mando del izquierdo, que era de italianos, lo confió á D. Francisco Velasco, general de caballería. Delante de las tro-

pas asentó cuatro piezas de artillería, y porque no embarazasen á los combatientes, no quiso que el bagaje se encerrara en el centro de los escuadrones.

Dióse al fin la señal de la pelea con los disparos de la artillería de entrambas partes, y los mosqueteros y arcabuceros dieron principio al combate. Los tiros que se cruzaron de aquí y de allí, hiriendo á algunos, encendieron el furor de todos, y al punto se arrasaron los gruesos de los escuadrones, encontrándose el ala derecha de los castellanos con la izquierda de los portugueses.

Los nuestros dieron tan reciamente en los contrarios con sus picas y espadas, que un cuerpo de caballería portuguesa que cubría aquel costado, no pudiendo sufrir el ímpetu, hubo de retirarse desbaratado hasta la retaguardia. Entonces la infantería portuguesa, falta ya del sostén de la caballería, desmayó y comenzó á desordenarse.

Este desastre de los portugueses se debió á la demasiada confianza de su General, que al ver á los nuestros que se adelantaban con sus escaramuzas, pensando que no serían los primeros en dar el ataque formal, los recibió con su gente mal ordenada y en cierta mane-

ra suelta y floja, pues creyendo que siempre le sobraría tiempo para meter en buena disposición los trozos de sus escuadrones, descuidó de hacerlo oportunamente.

Pues como el choque de los nuestros, cada vez fuese más recio y se mezclasen en la pelea la más gente de ambas partes, viniéndose ya al brazo y á la espada, el terror y desorden del flanco de los portugueses desbaratado, y el confundirse allí infantes y jinetes, no sólo comunicó la misma revuelta y consternación á los trozos del centro, sino que llegó hasta el costado opuesto.

Perturbada, pues, toda la ordenanza del ejército portugués, mezcladas las filas é hileras, y unas armas con otras, ellos mismos se embarazaban y confundían, sin poderse valer contra los adversarios.

Si de ellos, los unos, con mayores ánimos, querían resistir al enemigo, ó bien se entregaban á una muerte cierta, sin tener quien les diese socorro, ó bien envolvíanlos y arrollábanlos los que venían desbaratados. En vano el general portugués Alburquerque, discurrendo de una en otra parte con su caballo, procuraba rehacer sus escuadrones, pues no siendo escuchadas sus órdenes en aquella

confusión, la fuga de los suyos era cada vez más desbaratada, y el espanto más irremediable.

Nuestro general Molingen conoció ser aquella buena ocasión para rodear á los enemigos, derrotándolos con poco esfuerzo, y para ello mandó al maestro de campo Pignatelli, que, extendiendo y arqueando el costado izquierdo de nuestros escuadrones, donde estaban los italianos, cercase á los portugueses por una parte, mientras que él lo hacía por la otra con los españoles del costado derecho.

Ejecutóse esto con gran presteza, y rodeado el escuadrón de vanguardia de los portugueses por la frente y por la espalda, hicieron en él los nuestros grande estrago, sin escapar de aquella matanza sino algunos pocos que pudieron huir, ó los que, arrojando las armas, se entregaron á los nuestros. Molingen, cuando vió ya derrotada la mejor parte del ejército contrario, mandó que la caballería castellana se juntase para cargar lo más reciamente posible contra los demás escuadrones enemigos que todavía oponían alguna resistencia. Con esta acometida, no sólo fueron desbaratados los aliados de los portugueses que aún sostenían la pelea, sino también el

escuadrón de retaguardia, que se mantenía en buena ordenanza, puesto que todavía no hubiese tomado parte en la refriega.

En aquel punto cayó sobre los enemigos la retaguardia de los nuestros, con lo que, acrecentándose el terror y confusión de los portugueses, ya ninguno osó resistir, antes sólo pensaron en escapar al hierro del vencedor, con la fuga. Gran número de ellos pudo lograrlo; pero una parte bien crecida fué muerta ó reducida á prisión por los nuestros, causándoles también no pocos heridos de gravedad.

Alburquerque, testigo de la desastrada rota de los suyos, viendo por una parte cubierto el campo de sus cadáveres, y por otra el resto que huía en desorden, herido ó desarmado, retiróse al punto con un cuerpo de tropas que había reservado para la guardia de su persona.

Ya la victoria estaba de todo punto conseguida por los nuestros, cuando un azar vino á malograr en mucha parte su buen resultado. Al principio de la pelea los nuestros habían pasado á la otra parte del río todo el aparejo de artillería y municiones, con las acémilas que le conducían, por tenerlo allí

más á salvo de cualquier suceso desfavorable. Pues derrotados los portugueses, sucedió que los nuestros, con el entusiasmo de la victoria, se empeñaron demasiadamente en el alcance de los fugitivos, dándose á cautivar y despojar; y como, por otra parte, les faltasen acémilas, aún no habían podido transportar y poner á buen recaudo la artillería y bagajes que los enémiqos habían encerrado en medio de sus escuadrones, y que guardaba todavía un cuerpo de piqueros portugueses.

Reparó en esto Alburquerque, desde unos cerros donde se había retraído, y entendiendo que el descuido de los nuestros podría darle ocasión de reparar en alguna parte el desastre sufrido, recogió cuanta gente pudo de la que volvía de la fuga, juntando así arrebatadamente cuatro escuadrones de infantes y dos tropeles de caballos. Con estas fuerzas, llevado de sobrada presunción ó temeridad, intentó nada menos que restaurar la batalla y cobrar la artillería perdida.

Molingen había previsto este caso, conociendo que daría lugar á ello la codicia y descuido de nuestros soldados; pero, á pesar de que había procurado no ir demasiado lejos en la persecución de los enemigos é impedir

que el ejército se desordenase con el afán del pillaje, fueron vanos cuantos esfuerzos intentó para conseguirlo. Mas al cabo, sin sufrir revés alguno en el alcance, dió la vuelta Molingen al campo de batalla, donde se encontró con hasta seiscientos portugueses que acaso vagaban todavía por allí, no acertando en su terror á reunirse con el resto de los suyos que habían huído. Estos, cogiendo por engaño nuestro santo y seña, quisieron fingirse de los nuestros; pero, descubierto el ardid, casi todos perecieron á manos de los castellanos, si no es algunos pocos que se salvaron con la fuga. Todavía quedaba, como dijimos, un cuerpo de piqueros portugueses guardando el bagaje y municiones de su ejército, cuyo cerco y rodeo, guarnecido de carros, ofrecía á la vista cierta traza de reales.

Molingen, después que vino del alcance, como dejamos dicho, envió á los que guardaban el bagaje de los portugueses un mensajero, significándoles que entregasen al punto las armas si no querían sufrir los últimos rigores de la guerra. Nuestro General aguardaba á poca distancia la respuesta de este mensaje, cuando le trajeron la nueva de

que los enemigos, rehaciendo sus escuadrones, habían sobrevenido de repente, y ya cargaban sobre los nuestros, que con la confianza de la victoria andaban desprevenidos y derramados, poniéndoles en grave riesgo de una derrota. Molingen, sobresaltado y confuso, y esgrimiendo desnudo en su mano el acero ensangrentado, corrió al punto á reunir su gente dispersa, llamando á grandes voces á Pignatelli, Ibarra y demás jefes, para que le ayudasen en su tarea.

Allegado, pues, un fuerte escuadrón, salió al encuentro de los de Alburquerque, logrando, con su ejemplo y sus exhortaciones, que los nuestros, que venían desbaratados con el repentino rebato de los enemigos, volviesen cara y mejorasen la pelea. Representábales Molingen lo afrentoso que les sería malograr una victoria tan gloriosamente alcanzada, pasando de vencedores á vencidos, ignominia harto mayor que si de una vez se hubiese mostrado adversa la fortuna, puesto que ahora tan funesto azar se debería á su negligencia y poco esfuerzo.

Con estas exhortaciones y con un crecido refuerzo que acudió á los castellanos, de los que aún volvían de seguir alcance, en breve

volvió á declararse por los nuestros la suerte de las armas.

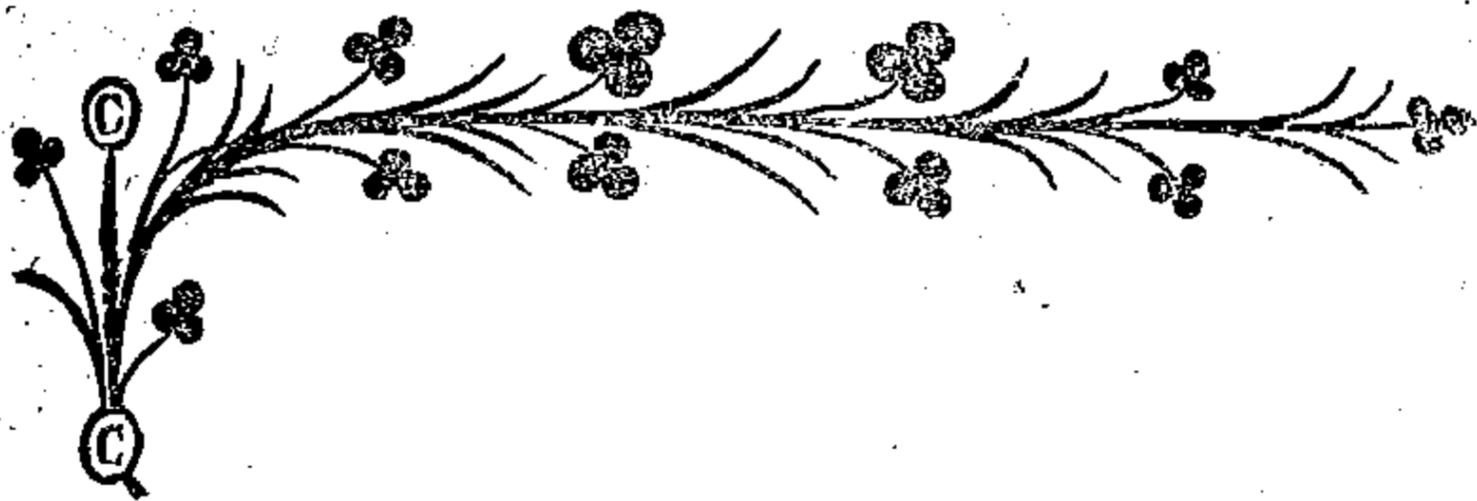
En tanto, por disposición de su General, algunas bandas de portugueses, aprovechando la ocasión de estar los nuestros entretenidos en la pelea, se dió á recoger el bagaje y municiones de los suyos que todavía quedaba en el campo. Esto era lo que se había propuesto Alburquerque, y, por lo tanto, luego que vió logrado su empeño, mandó tocar á retirada, y doblando sus escuadrones y asegurándolos con la caballería, abandonó el campo, retrayéndose, escaramuzando, hasta las colinas inmediatas.

Los enemigos lograron ganar aquellas alturas; pero los nuestros, que les siguieron el alcance hasta sus mismas raíces, no sólo les mataron muchos, sino que les forzaron á abandonar buena parte de sus municiones y aparejo. De esta manera la victoria vino á quedar al fin por los nuestros, con muerte de más de dos mil portugueses, además de quinientos prisioneros y gran número de heridos.

Entre los prisioneros se tomó alguna gente grande, entre ellos varios nobles. Mascareñas, el conde Flisc, francés de nación, Octavio Pick, holandés y maestro de campo general,

y otros. Cerca de mil muertos se contaron de nuestra parte. Alburquerque, quebrantado en sus ánimos y en sus fuerzas, hubo de retirarse á Portugal; mas, satisfecho de haber cobrado su artillería, llevó su jactancia hasta atribuirse la victoria. Braganza, porque le importaba también disimular este revés, adoptó la propia mentira, y mandó celebrar el suceso con fiestas públicas en todos sus dominios, bien que harto contradijeron aquellas muestras el luto y pesar de que se cubrió Lisboa, con tantas familias como hubo que llorasen alguno de los suyos, muerto ó prisionero en la batalla.





CAPÍTULO IV.

FIN DE LA TERCERA CAMPAÑA.—CUARTA CAMPAÑA.

Sitio y toma de Santalexio. — Temeridad de un portugués.—
Deseo de la corte de sitiar á Elvas. — Dificultades de esta
empresa.—Intento del portugués Melo.—Combate á orillas
del Guadiana.—Heroico comportamiento del capitán italiano
Jacobo Mazacano.—Decídese Torrecusa á sitiar á Elvas.—
Levantamiento del sitio.—Cede el mando Torrecusa al
marqués de Leganés.—Monroy en Jerumeña (Jeromenha).—
Conducta de los soldados.—Saqueo de Villaviciosa (Villavi-
çosa).—Victoria de nuestras armas cerca de Villaviçosa.—
Construcción de la fortaleza «Leganés» cerca de Telená.—
Nombramiento del marqués de Leganés para el mando del
ejército de Cataluña.

EL ejército castellano, llevando los
prisioneros y banderas tomadas al
enemigo, dió la vuelta como en
triunfo á Badajoz. Recibióle el marqués de
Torrecusa, y después de hacer en público
grandes elogios de los soldados, reprendió en
secreto agriamente á Dionisio Guzmán, jefe
de la artillería, porque, no cuidándose de
mandar volver las acémilas que con la arti-

llería había enviado á la otra orilla del río al principio de la pelea, no pudo, después de lograda la victoria, transportar la artillería portuguesa, poniéndola á cobro en la misma ribera, lo que fué ocasión para empeñarse un nuevo combate, y deslucirse en parte la gloria del vencimiento.

Torrecusa, como entendido capitán, quiso aprovechar el entusiasmo que había cobrado la gente con la pasada victoria; por lo que, viniéndole nuevas de que Santalexio, plaza de Portugal cerca de la frontera, hallábase con escasa guarnición, envió á Molingén, y al mismo Guzmán, con cuatro mil de á pie y ochocientos de á caballo, para que la asaltasen repentinamente. Hízose como se pensaba, porque, llegando los nuestros poco antes de amanecer á vista de la plaza, mientras que la guarnición y los vecinos, descuidados, se apercibían á las armas, ya los castellanos habían derribado una puerta, y no pocos, con sus escalas, habían llegado á señorear el muro. Seguían penetrando los nuestros por la puerta franqueada, con gran resolución y osadía, y con no menor brío los portugueses se dispusieron á rechazarlos, formándose en media luna.

La pelea fué allí recia y obstinada, sin que ninguna de ambas partes diese muestras de ceder, cuando los nuestros, que habían escaldado el muro, llegaron oportunamente á acometer á los enemigos por la espalda. No desmayaron por esto los portugueses; antes, encendido más su furor, se defendieron con tal rabia, que, convertido el combate en espantosa carnicería, allí murieron casi todos ellos, no cobijando mucha mejor suerte á los nuestros, que contaron también gran número entre muertos ó heridos.

En tanto, al fragor de las armas y los clamores de los combatientes, puestos en alarma los de la población, acudieron á encerrarse en la iglesia, que era fuerte y capaz de bastante defensa. Molingen, desembarazado ya de la guarnición, pasó á combatir á los del templo, que opusieron harta resistencia. Pero al fin, llegada ya nuestra artillería y comenzando á batir reciamente aquellos muros, los defensores, conociendo que iban á dar sus vidas inevitablemente al hierro, al fuego ó al hambre, vinieron en rendirse, tremolando una bandera blanca en la cima del templo.

Uno solo de los cercados contradijo esta

resolución, estimando la muerte por más honrosa que la rendición; y como su parecer fuera desatendido por el mayor número, meditó y llevó á cabo un atentado, cuyo suceso fué harto más perjudicial á los suyos que á los nuestros. Porque al abrirse á los castellanos, según el concierto, las puertas de la iglesia, aquel portugués feroz prendió fuego á gran cantidad de pólvora y azufre que se había amontonado allí dentro para la defensa. Alzáronse al punto inmensas llamaradas, que, derramándose por todo aquel recinto, envolviéronse juntamente las maderas, las piedras, la gente que allí había de la población, y algunos castellanos que con poca cautela se adelantaron á las puertas del templo; desprendiéronse con la violencia del fuego las piedras del edificio, destrozando lastimosamente á muchos de los que había perdonado la llama, hasta quedar sepultados miserablemente bajo aquellas deformes ruínas, cuantos se hallaron dentro.

Perecieron en aquel estrago cerca de cien de los nuestros, y grave riesgo corrió de probar la misma catástrofe nuestro general Molingen, pues no pocos murieron á su lado heridos por los trozos ardientes de vigas y pie-

dras que lanzaba afuera el incendio. De los portugueses perecieron allí más de mil, víctimas de la ferocidad de aquel compatriota desesperado. Los nuestros, irritados con la traición de que habían sido víctimas tantos de sus compañeros, vengáronse con acabar á hierro, sin perdonar sexo ni edad, á los enemigos que habían sobrevivido al fuego y á la matanza, con que la población quedó saqueada, abrasada y casi enteramente destruída.

Con estos sucesos, entendiendo el Rey Católico que por la industria del nuevo General, mejorado el ejército en ánimos y disciplina, ya podrían intentarse con él empresas de mayores resultados, envió sus órdenes á Torrecusa para que fuese á cercar á Yelves. Pero esta plaza se hallaba tan defendida, así por la naturaleza del lugar como por sus muchas y excelentes fortificaciones, que sólo por sobresalto y ardides, ó por hambre, después de un largo cerco, fuera posible rendirla.

Por otra parte, el invierno, que se acercaba, no era muy favorable á la empresa: Torrecusa expuso claramente al Rey todas estas dificultades, pero sin provecho, porque levantado el ánimo de Felipe IV con la victo-

ria no muy completa de Montijo, persistió en su resolución, disponiendo que se pusiese mano á los convenientes preparativos.

Torrecusa, que conocía bien lo difícil de tal empeño, temeroso de arriesgar la reputación de nuestras armas en un suceso contrario, hallábase irresoluto y perplejo, cuando nuevas ventajas conseguidas por los castellanos le decidieron al fin á tentar la empresa.

Fué el caso que el portugués Francisco de Melo, partiendo de Olivenza con dos mil de á caballo y casi otros tantos de á pie, escondió la mitad de su gente en un terreno cubierto de escabrosidades y maleza, cerca de la plaza de Valverde, arrasada el año anterior, y otra porción más adelante y enfrente de Talavera, en otro lugar propio también para emboscada. Luego envió unos cincuenta caballos, que, con apariencias de talar y destruir aquellas cercanías, provocasen á los de la plaza, pues se prometía que, engañados por el escaso número de enemigos que se parecían, saliendo á castigar su insolencia, vendrían á caer en la celada.

Cuando este tropel de caballos se mostró á vista de Talavera, causando más ruido que estrago, indignado el gobernador de la plaza

de sus provocaciones, y creyendo que sería alguna caterva de aventureros ó salteadores, envió contra ellos un cuerpo de cerca de quinientos caballos. Los portugueses, al punto que esto vieron, escaparon á todo correr, retrayéndose hasta la próxima emboscada, donde hicieron alto, como con intenciones de pelear. Los nuestros los perseguían con ardor; y aunque uno de los jefes más hábiles y veteranos, llamado Marín, les amonestó que no pasasen adelante, pues sin duda no lejos de allí estaba emboscado mayor número de enemigos, no fué posible contener el furor de la soldadesca, irritada con la insolencia de los portugueses, y así es que no pararon su carrera hasta dar en la celada. Pero como estaban prevenidos, fué menor el riesgo, pues descubriendo á los emboscados, si bien no podían excusar la pelea, tampoco podían ser fácilmente rodeados. Dábales confianza por otra parte el venir todos á caballo, de suerte que, ora acometiendo, ora retirándose, sostuvieron con los enemigos una escaramuza, que duró cerca de dos horas.

En tanto Melo tuvo lugar de recoger la gente que tenía en la otra celada, y junta toda, ordenó su escuadrón con una frente

muy dilatada, con que pudo rodear á los nuestros y desbaratarlos, matándoles cincuenta hombres y tomándoles prisioneros cuarenta y ocho: el restante número salvóse con la huída. Pero antes de comenzarse esta pelea había cuidado de enviar á Torrecusa un mensajero, avisándole del peligro y pidiéndole pronto socorro, con que el General mandó al punto á Molingén, que con la mayor parte de la caballería y un tercio marchase á la vuelta de Valverde para socorrer á los quinientos caballos, enviando además otros veinte jinetes descubridores para que tomasen lenguas de los designios y camino que llevaban los contrarios. Estos descubridores dieron noticia de todo á Molingén, quien, cierto ya del lugar que ocupaban los enemigos, marchó á su encuentro con gran presteza, hallándolos á las orillas del Guadiana.

Los portugueses no se hallaban desapercibidos; antes avisados de la venida de los nuestros, habían tomado estas disposiciones para la pelea. En lo más alto de un molino que en aquellas orillas se miraba levantado sobre una cuesta ríscosa y hasta cierto punto inaccesible, habían colocado las bocas de fue-

go; más abajo, y al abrigo de las tapias y lo escabroso del lugar, otra porción de gente de á pie; la caballería en medio de la espaciosa llanura, y, por último, el resto de sus tropas guardaba los vados del río.

Molingen, cuando vió á los enemigos en esta disposición, y porque aún no había llegado su gente de á pie, repartió la caballería en diez trozos, de los cuales seis colocó en la vanguardia y los demás por reserva. El mando del ala derecha le confió al capitán Gómez Roca, el de la izquierda á Alfonso Cabrera, y él ocupó el centro. Trabóse, pues, la pelea entre la gente de á caballo de ambas partes, y aunque Francisco Melo, con gran diligencia y no menor arrojo, andaba mezclado con sus combatientes, animándolos con la exhortación y el ejemplo, al cabo los portugueses fueron vencidos y desbaratados.

Para asegurar el suceso de la pelea, restaba á los nuestros venir á las manos con la infantería portuguesa que ocupaba el molino y los vados. Los más de nuestros jefes eran de parecer que para el caso se aguardase la venida de la gente de á pie, por lo dificultoso que sería á la caballería combatir con los que se habían hecho fuertes en el molino. Pero

Molingen, mal hallado con aquella dilación, y considerando que los nuestros tenían de su parte la ventaja de haber vencido en el primer encuentro, mandó que nuestra caballería pasase el río para acometer al escuadrón enemigo que guardaba aquellos vados y la orilla, enviando además otras compañías de caballos, para que, dando un gran rodeo, viniesen á caer, por otra parte, en los portugueses desprevenidos, envolviéndolos así en una doble pelea.

Gran fatiga costó á los nuestros el hallar un vado por donde atravesar el río, pues, entrándose en él con resolución, tuvieron que luchar largo tiempo con la fuerza de la corriente, que, arrebatando á algunos, traía á los otros revueltos, sin poder ganar la ribera contraria. El primero que al fin lo consiguió fué Jacobo Mazacano, italiano de origen y capitán de caballería, que, como ya cerca de la orilla deseada hallase el fondo por aquella parte más resbaladizo y más arrebatada la corriente, tuvo que pelear á un tiempo con ella y con los enemigos que desde la tierra le impedían el paso, hasta que, vencedor en una y otra lucha, ganó con el hierro la ribera, siguiéndole algunos soldados animosos.

Entonces la caballería portuguesa, viendo á la nuestra lanzada en gran parte en el río, rehaciéndose, renovó la pelea precipitadamente en una orilla, mientras que en la otra Mazacano, con sus compañeros, resistía á gran muchedumbre de enemigos: habíale muerto el caballo; pero él prosiguió peleando á pie hasta que, herido gravemente, su brazo derecho no pudo ya sostener la espada, y ¡cosa admirable! desarmado ya y rodeado de pocos, supo hacer frente á innumerables enemigos, que en la misma ribera y desde el vado que guardaban combatíanle, deteniéndolos con la expresión de su rostro airado y espantoso, ya que no con el hierro, que no podía manejar su brazo. De tal manera dió lugar este capitán esforzado á que llegasen más tropas, señoreando en fin los castellanos aquella orilla del río.

Murió en estos combates gran número de portugueses, muchos acabados á hierro, muchos sepultados en las corrientes, y no pocos atropellados por nuestra caballería, huyendo desbaratados los demás. Ya no restaba á los nuestros para consumir la victoria sino es rendir á los portugueses reparados en el molino, y puesto que derrotada su demás gente

no les quedaba esperanza de auxilio humano, Molingen les envió á decir que se entregasen luego, si no querían con su obstinación llevar al último extremo el furor de los vencedores, sufriendo el más terrible escarmiento. Al propio tiempo nuestro General acudió allí con la caballería; y como los enemigos, sobradamente confiados en la ventaja de aquel puesto, alto y bien fortalecido, rehusaban con gran ferocidad la entrega, Molingen mandó que quinientos jinetes bajasen de sus caballos, y armados con arcabuces y con picas desmesuradas que habían tomado á los mismos vencidos, rodeasen aquel otero, subiendo por varias partes á desalojar de allí á los portugueses.

Ejecutóse esto con gran presteza y furor de los nuestros, que, subiendo aquellas cuestas, señoreáronlas al fin, y matando á los unos con las descargas de la arcabucería y despeñando á los otros, los que se miraban en lo más alto del molino, llenos de terror, pidieron al fin rendirse á merced, salvas las vidas. Todo lo que allí tenían de municiones, armas, vestidos y otros objetos de algún valor vino á poder de los vencedores. Tomáronse á prisión los oficiales y gente princi-

pal, dándose libertad á la chusma de los soldados.

Alentados, pues, los nuestros con esta nueva victoria, de mucha satisfacción cuanto más inesperada, ya no se trató sino de ir á poner sitio á la plaza de Yelves. Al mismo tiempo llegaban á Torrecusa nuevas y más apretadas órdenes del Rey, mandando acometer esta expedición, con que nuestro General, juntando sus tropas, se puso en marcha para Elvas con un ejército de cerca de trece mil infantes, tres mil y quinientos caballos y el demás aparato de artillería y municiones.

Asentó Torrecusa su real contra Yelves; pero no permitiéndole el asiento de esta plaza, que se levanta sobre una colina alta y escarpada, el acercar á ella la artillería para combatir sus muros, conoció que sólo por hambre ó sed podría asegurar su rendición. Para ello abarcó con sus trincheras cuanto espacio de terreno pudo en derredor de la plaza, para impedir que entrasen víveres en ella, y además cortó los acueductos que llevaban el agua á la población, con que los moradores tuvieron que acudir á los pozos y cisternas.

Pero el tiempo había corrido entre las dilaciones y aprestos, y entrando ya el invierno, fueron tan copiosas las lluvias, que, inundadas todas aquellas tierras, las aguas, bajando á torrentes de los montes, derribaron las trincheras recién levantadas y anegaron nuestro real, causando la confusión y daño que puede imaginarse. La inundación no cesaba, con la humedad é intemperie que nuestra gente no podía excusar, pues para proseguir el cerco le era forzoso mantenerse en aquellos llanos, y con haber estragado las aguas los mantenimientos, comenzó á picar en el ejército una especie de peste, que en pocos días, con la salud de muchos, abatió el ánimo de todos.

Torrecusa, al fin, viendo que el ejército iba todo á perecer en aquel terreno pantanoso si no le dejaba prontamente, al cabo de veinte días de cerco retiróse con el resto de las tropas á Badajoz, con mengua de su reputación y sus fuerzas. Pues como demandase al Rey que acrecentase su estado á la grandeza de España, y sólo se le otorgase la gracia por dos vidas, la suya y la de su hijo, dióse por sentido, y pidió que se le descargasen de aquel mando, á lo que se accedió por la

corte, nombrándose en su lugar al marqués de Leganés. Éste, que como soldado y como capitán gozaba asimismo de alta reputación por su valor y sus hazañas, tuvo la ventaja, al empezar su mando, de hallar al ejército ajustado á buena disciplina, gracias al trabajo y afán de su antecesor Torrecusa, ventaja grande por cierto, puesto que la indisciplina del soldado fué una de las mayores dificultades con que habían luchado nuestros primeros Generales al acometer la empresa de Portugal. Con tan buenas prevenciones, la nueva campaña se mostró favorable en sus primeros sucesos á Castilla.

Leganés salió de Badajoz con un ejército de cinco mil de á pie y dos mil caballos, con intento de expugnar un castillo ó baluarte bien fortificado que servía para la defensa de un antiguo y famoso puente romano sobre el Guadiana, cerca de Olivenza, y que ponía en comunicación de socorros y víveres esta plaza con la de Elvas. Después de combatirlos por algún tiempo con su artillería, logró el Marqués apoderarse de este baluarte y de otro menos levantado sobre el mismo puente. Á los portugueses que lo guarnecían, reuniéndoles las armas, dejóles ir libres, y

en cuanto al puente y los baluartes, los hizo allanar.

Braganza, en tanto, teniendo nuevas del apuro de los que guarnecían aquellos baluartes, mandó que se les enviase algún socorro; pero no sólo se tardó éste, sino que Leganés, después de arrasar los castillos, logró detener un correo que de la corte de Lisboa venía para Elvas, y por este medio supo que de Évora había partido para socorrer á los del puente un cuerpo de dos mil portugueses de infantería y otros tantos de á caballo. Entonces el Marqués mandó que la mitad de la infantería y la mayor parte de la caballería marchase al encuentro de los enemigos.

Alcanzándolos junto á Villaviçosa, trabóse al punto la pelea, con harta desventaja de los portugueses, aterrados con el repentino encuentro de los castellanos y mal dispuestos para el combate. Así fué que su caballería cejó luego, desamparando á la infantería, la cual, atropellada por una parte por nuestra gente de á caballo, y por otra cargada reciamente de nuestra infantería, puesta en buena ordenanza, sólo pensó en huir; pero los castellanos, con la ventaja del número, los rodearon, dejando escapar á pocos y

cébándose en la matanza de los demás. El número de enemigos muertos en esta pelea subió hasta mil y setecientos, entre ellos el jefe de la caballería portuguesa y otro capitán señalado, que fueron muertos defendiéndose bizarramente. Además, se tomaron treinta prisioneros y cuatro banderas. La pérdida de los nuestros fué poco considerable.

Conseguida, pues, esta victoria, Leganés, como vió al soldado con grandes alientos y bríos, cobrados en el próspero suceso, envió al maestre de campo Monroy con un tercio para que entrase aquella noche en Jeromenha, plaza considerable, pero poco fortificada entonces, aguardando allí en quietud y silencio que llegase el mismo General con el grueso del ejército, prometiéndose de esta manera tomar por interpresa el castillo, ó bien recoger buena presa en la población. Monroy logró entrarse en Jeromenha á favor de la oscuridad de la noche; pero la demasiada codicia del soldado, que se entregó al pillaje y despojo, dió lugar á los moradores para refugiarse en el castillo, recogiendo allí también cuanto pudieron de sus haciendas.

Al punto los del castillo comenzaron á disparar contra los nuestros su artillería, por

lo que Monroy se vió forzado á retirarse precipitadamente, no sin pagar con exceso los castellanos, con los muchos que allí perecieron, la presa que tomaron á los moradores. Indignado Leganés de que la codicia de su gente hubiese malogrado aquella empresa, reprendióles agriamente, y luego, reunido todo el ejército, corrió la tierra, talando y quemando las campiñas y pueblos inmediatos. Entre otros lugares, los nuestros entraron y dieron al saco la plaza de Villaviçosa, recogiendo en ella abundantes despojos.

Era el propósito de Leganés, ó bien atraer al enemigo á la vista de aquel estrago á salir á la pelea, ó al menos reducirle á la mayor escasez posible de mantenimientos, daño grave en un reino de poca extensión como lo es Portugal, y que apenas se basta á sí propio para el necesario sustento. Nuestro General logró su empeño, porque el portugués Albuquerque, aumentando su ejército con la gente que pudo sacar de las plazas fuertes y con la que allegó apresuradamente por los campos y aldeas, vino en busca de los castellanos.

Al punto que supo su venida Leganés, salióle al encuentro cerca de Villaviçosa, ordenando prestamente sus tropas en escuadrón:

al punto trabóse la pelea entre la caballería de ambas partes, porque como la infantería portuguesa no se hubiese puesto todavía en ordenanza de batalla, Alburquerque, sin advertir que su caballería era harto inferior á la nuestra por calidad y por número, no tuvo reparo de enviarla luego á empeñar el primer combate. Así sucedió que, desbaratada por la nuestra la caballería portuguesa, al huir comunicó mucha parte de su desorden y terror á la infantería, que ya se había formado á la espalda.

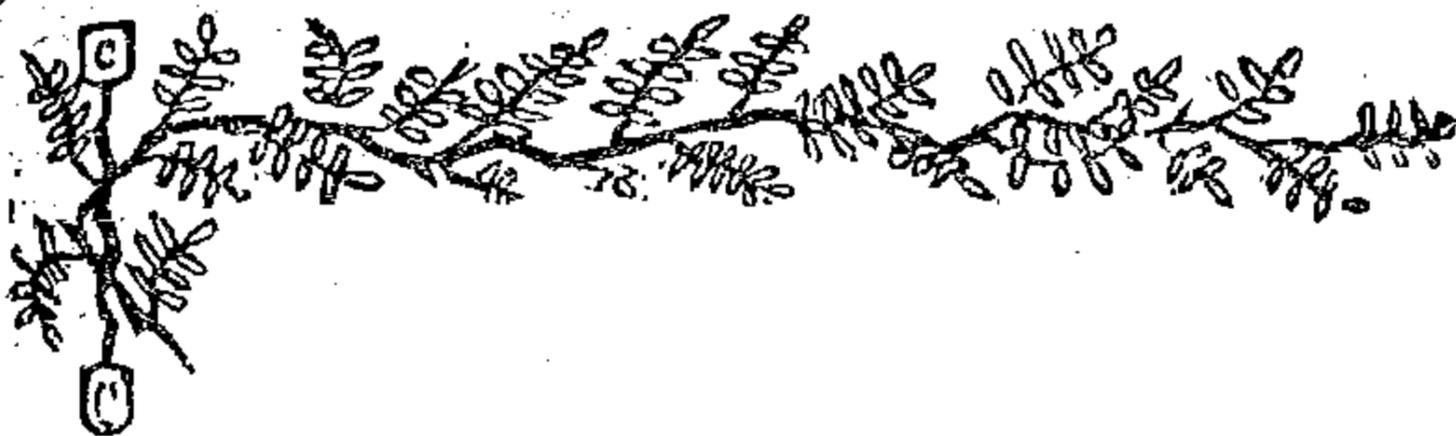
Al fin la infantería portuguesa entró en batalla; pero, á pesar del gran cuidado con que Alburquerque procuraba que se mantuviese en buena ordenanza, animándola y esforzándola, todavía tanto pudo en aquellos soldados el verse sin el apoyo de la caballería y ésta derrotada, que las exhortaciones de su General no fueron parte para volverles la confianza y ánimo perdido. Por otra parte, el ver á los nuestros que, más alentados por la fortuna del primer encuentro, oponían al par toda su gente de á pie y de á caballo, mostrando grandes ánimos y confianza en la victoria, hizo desmayar á tal punto á la infantería portuguesa, que á la primera carga

de los nuestros rompió su ordenanza, con el deseo de salvarse huyendo.

Alburquerque, perdida ya toda esperanza de mejorar la pelea, comenzó á retirarse en el mejor orden que pudo hacia los montes que se miraban á sus espaldas; pero acosado de cerca por los nuestros, el ejército portugués se puso al fin en precipitada fuga, corriendo en desorden á refugiarse tras de las peñas y collados vecinos.

El Marqués dió la vuelta á Badajoz con el ejército vencedor y después de levantar cerca de la plaza de Telená una excelente fortaleza, que para memoria de su nombre llamó «Leganés». Al cabo, órdenes del Rey le llamaron á Cataluña, donde á la sazón ardía desesperadamente la guerra, empeñada, como es sabido, por el levantamiento de aquellos naturales, y sostenida por los ejércitos de Francia.





CAPÍTULO V.

QUINTA CAMPAÑA.

Molingen general del ejército.— Pérdida del fuerte «Leganés».
— Escaramuzas entre portugueses y castellanos á orillas del Guadiana.— Sucesos hasta la terminación del año 1648 y otros posteriores.

 ON la ida del de Leganés, sucedió en el mando del ejército el belga Molingen, á quien el Rey, en premio de sus servicios, había honrado con el título de Marqués, y ahora fiándole aquel ejército y la felicidad de la campaña.

Sucedió por entonces que Alburquerque, juntando un razonable ejército de nueve mil de á pie y dos mil de á caballo, con seis piezas de artillería y demás aparato de guerra, vino á combatir el fuerte levantado poco an-

tes por el marqués de Leganés y la plaza inmediata de Telená, que se tenía por los nuestros. Perdióse en fin la fortaleza por la cobardía de su gobernador, y Molingén, deseoso de borrar aquella afrenta, marchó en busca del enemigo, con un ejército compuesto de siete mil infantes y tres mil caballos, con cuatro piezas de artillería.

En tanto Alburquerque había resuelto echar por tierra el fuerte de Leganés, temiendo que, si los nuestros volvían á recobrarle, pudieran desde allí causar harto daño á los portugueses, señoreando las riberas vecinas del Guadiana, por lo que mandó que al punto comenzasen á demolerle, y él con su ejército fortificó sus reales entre los vados del mismo río y la fortaleza de Leganés. Desde allí, sabedor de la venida de nuestro ejército, comenzó á pasar el suyo á la orilla opuesta del río; y como Molingén, queriendo aprovechar la ocasión de hallarle dividido, enviase contra él dos compañías de caballos, mandó salir contra ellas otras dos: venidas á las manos, los portugueses fueron desbaratados, rechazándolos los nuestros, no sin dar muerte á muchos, hasta el grueso de su ejército.

Molingén quería pasar adelante en la per-

secución de los enemigos, confiando llevar á cabo la victoria ya comenzada, cuando la nueva que le dió un portugués prisionero de que las minas abiertas por los de Alburquerque para destruir á Leganés iban ya á volarse, le obligó á marchar más despacio y con mayores precauciones. Alburquerque, para acudir al apuro, había mandado que la parte de su ejército que había pasado el río, volviese á repasarle, y levantando una batería, impedía á los nuestros que se acercasen.

Pero al cabo, como se hallase resuelto á evitar á todo trance la pelea, y viendo que si se detenía daría lugar á los castellanos de acrecentar sus tropas, decidió al fin pasar el río, único medio de escapar de los nuestros. Y porque recelaba el peligro de que, pasada una parte de las tropas, los nuestros cargasen sobre la otra, puesto que se miraba encerrado entre los castellanos y el río, determinó emplear para ello toda la cautela y cuidado posibles.

Para asegurar las espaldas de su ejército en la retirada, mandó colocar en aquella parte la artillería, que con repetidas descargas apartase á los que viniesen en su persecución. Luego mandó que las tropas, compartidas en

trozos separados, marchasen con gran prisa á atravesar el Guadiana. Pero Molingen al punto mandó á algunas compañías de infantería que venían delante, y á toda la caballería, que corriesen á disparar su arcabucería contra el enemigo, empeñado en el paso del río.

En grande embarazo y peligro se vieron los portugueses, que por la mayor parte ya habían entrado en el agua, porque ni volver atrás les era fácil, ni pelear desde el río con sus armas de fuego se lo consentía la corriente; por manera, que no hallando otro medio mejor para evitar el perecer allí con las continuas descargas de nuestra arcabucería, que el ganar pronto la orilla opuesta, se dieron á huir hacia ella por medio de las aguas, hondas é impetuosas por aquella parte, puesto que no pudieron hallar el vado.

Entre tanto, llegó el grueso de nuestra infantería, capitaneada por Alfonso Dávila, la cual Molingen compartió en dos trozos, enviando el uno á reforzar á los nuestros que peleaban desde la ribera con los portugueses, y el otro á impedir la destrucción del fuerte de Leganés. Ejecutóse todo según la previsión de nuestro General, porque mientras estos,

llegando á la fortaleza, daban muerte á los enemigos ocupados en volar las minas, destruyendo su obra, aquellos, reunidos con nuestra caballería, completaban la mortandad y el estrago de los portugueses que andaban por el río, embarazados á un tiempo por la corriente, por sus armas y por el fuego de nuestra arcabucería. Al cabo, después de enrojecer anchamente el río con su sangre, el resto de los portugueses logró ganar la margen opuesta, donde su general Albuquerque los puso en ordenanza como para estorbar el paso á los nuestros. Los castellanos, aunque vencedores, resolvieron, sin embargo, no pasar el río en persecución de los contrarios, temiendo sin duda dar á los portugueses las mismas ventajas de que ellos acababan de valerse para derrotarles. Ocho-cientos portugueses perecieron en este combate, además de otros tantos heridos; estrago que hicieron los nuestros, casi á su salvo, merced á la ventaja del puesto de que habían gozado, tirando á seguro y á caballero sobre ellos.

Albuquerque, sufrido este revés, retiróse á Elvas, y Molingén dió la vuelta á Badajoz, no olvidándose de reparar el daño que había

sufrido el fuerte de Leganés, con las pocas minas que lograron volar los portugueses antes que los castellanos llegasen á atajarles sus intentos. Después de estos sucesos, acontecidos al fin del sexto año de la guerra ¹, el mando de aquel ejército se dió por el Rey Católico al marqués de Tavara, general de escasa nombradía.

Poco después fué nombrado de nuevo en aquel cargo el marqués de Leganés, de quien, por su gran reputación y por la gloria con que poco antes hizo levantar al francés el cerco de Lérida en la guerra de Cataluña, se esperaban considerables ventajas. Pero este General experimentó en su empresa grandes dificultades, á causa de la escasez de los recursos con que se atendía á la subsistencia de aquel ejército, siendo tal el apuro, que los soldados, para no perecer de hambre, tenían que acudir á la presa y al pillaje. Otro contratiempo, que debe también tomarse en cuenta, fué el poco cuidado que se tuvo de reforzar aquel ejército y cubrir las bajas que había sufrido en el discurso de la campaña. Esto fué causa de que la guerra se interrumpiese

¹ Año de 1648.

por algunos años, hasta la muerte del duque de Braganza, cuando ya el largo tiempo que contaban de independencia los portugueses, robusteciendo sus fuerzas y poder, hacía nuestra empresa desesperada, si no de todo punto imposible.





CAPÍTULO VI.

SEXTA CAMPAÑA.

Muerte del duque de Braganza (1656).—Doña Luísa de Guzmán, gobernadora del reino.—Reanúdanse las hostilidades.—El conde de San Lorenzo acomete el castillo de Barcarrota.—Victoria de los castellanos, mandados por el duque de San Germán.—Nuevos aprestos para la guerra.—Cercos de Olivenza.—Intentan los portugueses cercar á Badajoz.—Pérdidas de los portugueses en el asalto.—Ataque de Valença de Alcántara.—Tregua ajustada por el gobernador de Olivenza, Manuel Saldaña.—Capitulación de Olivenza.—Es abandonada la ciudad.—Intentos de San Germán para atraer al combate al conde de San Lorenzo.—Toma de la plaza y castillo de Morón.



la muerte de Braganza ¹, su viuda, doña Luísa de Guzmán, nombrada Gobernadora del reino durante la menor edad de Alfonso VI, dió muestras de su ánimo esforzado y verdaderamente varonil, en el cuidado con que atendió á la guerra, asegurando el triunfo de su causa. Porque

¹ Año de 1656.

no se creyese que con venir el gobierno á manos de una mujer habían de desmayar en sus ánimos los portugueses, doña Luísa de Guzmán ordenó al punto al conde de San Lorenzo, que mandaba el ejército de la frontera, que fuese á acometer el castillo de Barcarrota, que los nuestros tenían cerca de Olivenza, por entender que estaba con escasa guarnición.

Era á la sazón General de nuestro ejército en aquella frontera Francisco Tuttavilla, duque de San Germán, italiano de nación y soldado de esfuerzo y experiencia. Éste, avisado por sus descubridores del designio de los contrarios, reforzó con quinientos hombres la guarnición de Barcarrota, mandándoles que estuviesen muy apercebidos para rechazar á los portugueses cuando llegasen sobre el castillo. Á la madrugada del siguiente día, los portugueses, á favor de la oscuridad, se llegaron confiadamente al castillo; pero acudiendo los nuestros con un repentino rebato, derrotaron fácilmente á aquella muchedumbre, fatigada del camino y desprevenida, y, matando á muchos, forzaron á los demás á retraerse, desbaratados, á los cerros y alturas inmediatas.

La noticia de este escarmiento de los portugueses llegó al Rey Católico, quien, ya más desembarazado con la pacificación de Cataluña, convirtió todas sus fuerzas á la empresa de Portugal. Hiciéronse nuevos preparativos de guerra, llamóse gente á las armas, aprestáronse en gran copia víveres y municiones, todo con tal presteza, que en poco tiempo se halló reunido un ejército de más de trece mil infantes y cuatro mil caballos, con veinte piezas de artillería y demás tren.

Con esta gente marchó San Germán, resuelto á emprender el cerco de Olivenza, plaza que, después de Elvas, era á la sazón la más fuerte de Portugal. Asentando sus reales sobre Olivenza, comenzó á combatirla reciamente con su artillería; pero en un asalto que mandó dar una noche á la plaza, intentando entrarla por sorpresa, cobijó tan mala fortuna á los nuestros, que, muerto gran número de ellos, viéronse forzados á retirarse.

Prosiguióse todavía en el cerco, y ya eran pasados de él veinte días, cuando el general portugués, conde de San Lorenzo, vino á socorrer la plaza con un ejército de doce mil de á pie y cerca de tres mil y quinientos ca-

ballos. Asentó su campo en la orilla del Guadiana, y cuatro días después de su llegada ocupó un lugar alto y ventajoso, donde, colocando siete piezas de artillería, comenzó á batir de revés con ellas las trincheras que los nuestros habían levantado contra la plaza. Pero sus disparos no hicieron daño alguno, por llegar las pelotas á nuestros reparos ya frías y sin fuerza; y, por otra parte, San Germán levantó otra batería que, dando en la contraria con mayor ventaja, después de causar gran estrago en los que la guardaban, los forzó á desamparar aquel puesto.

Al propio tiempo, nuestro General hizo reforzar las trincheras, levantando nuevos reparos, á vista de lo cual el portugués, no osando venir á las manos con los nuestros, retiróse á sus reales. Pues al cabo de algunos días, pasados sin suceso notable, el conde de San Lorenzo resolvió acometer á Badajoz, pensando que los nuestros, para socorrer esta plaza, abandonarían el cerco de Olivenza.

Pero su designio le salió frustrado, porque los portugueses, que en número de tres mil infantes y cerca de mil caballos envió San Lorenzo contra Badajoz, asaltando de repente los muros con sus escalas, ya casi los habían

señoreado, cuando, acudiendo de tropel los de la plaza, cayeron sobre ellos con gran furia, y matando á hierro y á fuego á muchos, y precipitando á no pocos desde lo alto de la muralla, lograron rechazarlos al fin.

El escarmiento de los portugueses en esta interpresa fué completo, pues murieron de ellos dos maestros de campo, dos sargentos mayores y muchos capitanes y soldados de ventaja, entre ellos un hijo del conde de Oviedo y otro del de Castelmellor, con hasta trescientos de la gente menuda. El resto huyó desbaratado; pero saliendo de la plaza en su persecución un tropel de setecientos caballos, con su jefe Pedro Diario, les fué picando la retirada, hasta que, después de matarles muchos, con buen número de prisioneros, dió la vuelta á Badajoz. Los demás portugueses, derramándose en la fuga, pudieron escapar. El conde de San Lorenzo, aterrado con este inesperado revés, renunció ya á su empresa contra Badajoz; pero, intentando de nuevo el divertir á los castellanos del cerco de Olivenza, se dió á correr y talar aquella frontera. Mas los nuestros, no haciendo alto en aquellos alardes que daban á entender la flaqueza del enemigo y su poca resolución,

proseguían apretando el cerco de Olivenza.

Entonces el de San Lorenzo, buscando todavía medios de distraer la atención de los castellanos, resolvió acometer con toda su gente el cerco de nuestra plaza de Valença de Alcántara. Comenzó á combatirla reciamente con su artillería, y dispuso que se la diesen continuos asaltos, que se sucedieron, sin interrupción alguna, día y noche. Pero los cercados se defendieron con no menos brío y obstinación, y al cabo de siete días de cerco, como los portugueses intentasen apoderarse de un baluarte en forma de media luna situado á ochenta pasos de la plaza, y que encerraba un monasterio llamado de Santa Clara, los castellanos que le guardaban le defendieron con tan buen ánimo, que, rechazando á los enemigos, les mataron seiscientos hombres, y les causaron otros tantos heridos. Sólo con esta pérdida pudieron apagar los portugueses el temerario furor con que habían venido al asalto.

Como el apuro de Olivenza fuese aumentando por instantes, ya allanadas casi todas las fortificaciones exteriores, cegado el foso y derribado con minas el baluarte principal de la plaza, al fin el gobernador, Manuel Sal-

daña, desmayado todavía más con ver que el de San Lorenzo no acudía á socorrerle, ajustó una tregua con nuestro General, tratando que si no le acudía pronto auxilio, le entregaría la plaza con razonables condiciones.

Sabedor de esto el conde de San Lorenzo, alzó al punto el cerco de Valença de Alcántara, y se acercó con su ejército á Olivenza. Mas aunque desde allí animaba á los cercados, como no osaba venir á las manos con los nuestros, dió lugar á que pasase el tiempo establecido para la rendición de la plaza. Saldaña, en fin, entendiendo que las ofertas del de San Lorenzo eran más cortesanas que fáciles de cumplir, desesperado de poder defender á Olivenza por más tiempo, cumplió con lo estipulado, abriendo á los vencedores las puertas de la plaza y las de los castillos que le servían de ciudadela.

Los castellanos entraron en Olivenza, dejando salir á Saldaña con dos mil y quinientos infantes y seiscientos caballos, con sus armas y banderas, y á todos los moradores, que, cargados con sus haciendas, siguieron á su gobernador. Ni uno solo quedó en la plaza, aunque las capitulaciones daban esta licencia á todos, mostrando así que su patria

les era menos cara que odioso el yugo de Castilla.

San Germán, luego que ganó la plaza, hizo reparar sus baluartes y muros, y poniendo en ella suficiente guarnición, marchó con sus tropas en busca del enemigo. Para atraerle á la batalla, corrió los campos y tierras inmediatas, arrasándolo y devastándolo todo; pero ni el incendio de los sembrados y las casas, ni las quejas de la gente rústica, ni siquiera un refuerzo de quinientos hombres que le vinieron de Lisboa, fueron parte para que el conde de San Lorenzo se resolviese á medir las armas con los nuestros: tal era su terror con los reveses pasados, y, sobre todo, con la pérdida de Olivenza.

San Germán, en su resolución de provocar al enemigo, acometió ante sus mismos ojos la plaza de Morón, situada cerca de la orilla del Guadiana, y muy á propósito para conservar más fácilmente á Olivenza. La guarnición y los moradores de la plaza, después de defenderla inútilmente por algún tiempo, la abandonaron al fin, amparándose en el castillo.

Entonces el de San Lorenzo, aterrado al pensar que por su poca resolución en arros-

trar los riesgos de una batalla, el desastre pasado iba á ser mayor con la pérdida de otra plaza, ya determinado á todo, intentó socorrer á los del castillo. Pero el empeño era difícil, puesto que entre él y la fortaleza de Morón embarazaba el paso el río Guadiana, profundo é impetuoso por aquella parte, además de que los nuestros guardaban la orilla opuesta. Entrarse en las aguas era exponerse á perecer lastimosamente entre la fuerza de la corriente y el fuego de los castellanos. Así es, que ni el General portugués se arriesgó á llevar el socorro, ni los del castillo pudieron sustentarse por más tiempo; con que á los once días de cerco se entregaron, con la condición de que así la tropa como los moradores pudiesen salir en libertad.





CAPÍTULO VII.

CONTINUACIÓN DE LA SEXTA CAMPAÑA.

Vasconcellos, General del ejército portugués.— Sitio de Badajoz. — Gestiones de San Germán con D. Luís de Haro para defender la plaza.— Defensa del castillo de San Cristóbal.— Derrota de D. Fernando de Carvajal. — Socorros llevados á Badajoz por el marqués de Lanzarote y el capitán Ungán.— Muerte del sargento mayor Segura. — Lanzarote derrota á los expugnadores del fuerte de San Cristóbal. — Varia suerte de los castellanos en los cerros de Viento y de Maya.— Heroica defensa y rendición del fuerte de San Miguel.

LA nueva de estos reveses llegada á Lisboa affigió en extremo á la duquesa de Braganza, que con tan grandes alien-
tos había mandado comenzar la campaña, te-
miéndose que los portugueses achacasen á su
mal gobierno y poco acertadas disposiciones,

lo que sólo debía atribuirse á la fortuna. Para remediar, pues, los daños pasados, renovó las alianzas hechas por el difunto esposo con Francia é Inglaterra, alistando á sueldo en estos reinos crecido número de tropas. Así pudo juntar un ejército de diez y seis mil infantes y cerca de cuatro mil caballos, cuyo mando dió á Juan Méndez de Vasconcellos, antiguo y experimentado general, y que ya en otro tiempo, al servicio del Rey Católico, había hecho la guerra en Flandes.

Vasconcellos, según las instrucciones de doña Luísa de Guzmán, vino con este ejército la vuelta de Badajoz, con el intento nada menos que de emprender el sitio de esta plaza. San Germán, que estaba en ella con escasa guarnición, luego que le llegó la nueva del gran apresto de los portugueses, envió sus cartas á D. Luís de Haro, primer ministro á la sazón de Felipe IV, dándole cuenta del apuro, y pidiéndole pronto y suficientes socorros. Haro, ó bien por descuido y negligencia, ó por no creer tan inminente el peligro, tardóse en enviar el socorro; pero San Germán, en cuanto estuvo de su parte, acudió al remedio, entrando en la plaza

cuantos víveres y municiones pudo recoger en los lugares cercanos. Dióse también priesa á reparar las fortificaciones, que se miraban en harto deterioro y menoscabo, y con la escasa guarnición que contaba, que eran en todo dos mil de á caballo, quinientos veteranos de á pie y alguna gente bisoña, con más muchos moradores que se ofrecieron voluntariamente á las armas, se previno en la mejor disposición posible á la defensa.

El ejército portugués no tardó en aparecer á vista de Badajoz, causando grande espanto en la población, por el número de los enemigos y formidable aparato de guerra que mostraban. Al punto que los avistó, nuestro General mandó que saliesen á detenerlos, si posible fuese, muchas compañías de á caballo. Vasconcellos, como llegó cerca de Badajoz, mandó á los suyos que se apoderasen de un fuerte castillo llamado de San Cristóbal, situado á alguna distancia de la ciudad, y en la orilla opuesta del Guadiana, sobre la cumbre de un cerro.

Comenzó á batir con su artillería; pero los nuestros, con frecuentes rebatos y acometidas, hacían gran daño en los sitiadores, derribándoles apenas alzadas sus trincheras y re-

paros. Al fin trabóse allí un recio combate, en que, después de mucho lidiar, aseguraron los nuestros la victoria, haciendo gran matanza en los enemigos, y forzando á huir desbaratada la demás muchedumbre.

Pero los portugueses lograron restaurar después esta derrota, con una emboscada en que hicieron caer á nuestro capitán Fernando Carvajal, que con dos mil caballos y alguna gente de á pie había salido de Badajoz por orden del duque de San Germán, engañado con una falsa nueva que le trajo un espía encubierto de los enemigos. Los portugueses, compartidos en tres escuadrones, acometieron por otras tantas partes á los nuestros, que, desprevenidos y embarazados con la muchedumbre de los enemigos, apenas pudieron defenderse. Casi toda nuestra infantería quedó tendida en el campo, salvándose los jinetes, gracias á la ligereza de sus caballos. Carvajal murió peleando esforzadamente, y, además de esta pérdida, tres de nuestros capitanes fueron presos por los enemigos.

Vasconcellos, con este buen suceso, presumiendo más de su fortuna, envió algunas compañías de caballos á tomar lenguas y examinar desde cerca la traza y disposición de

la ciudad, así como también á provocar á los que guardaban las puertas. Esta caballería llegó resuelta y animosa á un puente que tenía el Guadiana por aquella parte; pero allí se vió atajada por un fuerte escuadrón de los nuestros que guardaba aquel paso. Lo estrecho del lugar no permitió á la gente de á caballo ponerse en buen orden para cerrar con los castellanos, que los cargaban reciamente, con que al fin fueron desbaratados, pereciendo muchos á manos de los nuestros, y otros despeñados en el río, huyendo los demás á ampararse del grueso del ejército portugués, que se había formado no lejos de allí, en la ribera del río.

Proseguían, en tanto, los portugueses en la expugnación del fuerte de San Cristóbal; y San Germán, para acudir á este y otros riesgos, envió sus órdenes para que viniesen lo más prestamente posible á Badajoz dos tercios que estaban en Andalucía, uno de soldados viejos españoles, mandados por el marqués de Lanzarote, y otro de aliados irlandeses, bajo la conducta del esforzado capitán Gualtero Ungán.

Llegada esta gente, aunque con recato, se entró una noche en Badajoz; todavía enten-

diendo el portugués que los de la plaza habían recibido socorro, y queriendo apresurar la toma del baluarte que los nuestros defendían con gran brío, destruyendo á cada instante las trincheras y demás obras de los enemigos, dispuso que un cuerpo de seis mil hombres apretasen más reciamente el cerco. Ya los portugueses habían aportillado por varias partes el muro del fuerte, y, trepando por las ruínas, presumían ya señorear el castillo, cuando llegaron oportunamente á socorrer á los cercados el sargento mayor Lucas Segura y los capitanes Juan Villafanga y Antonio Paniagua, con ciento sesenta soldados de á pie, escogidos entre los más valientes y animosos, y además dos compañías de á caballo.

Los portugueses, al ver á los nuestros que se adelantaban resueltamente, al punto cerraron con ellos, lisonjeándose de que los desbaratarían fácilmente con la ventaja de su superior número. Y por cierto que, desordenados los castellanos en el primer encuentro, parecía ser castigada su temeridad; cuando la caballería portuguesa, dándose á perseguir á la nuestra, dió lugar á que nuestra infantería, peleando valerosamente, se abriese paso

entre los enemigos, logrando al fin entrarse en el castillo, sin más pérdida que la de un solo soldado de su parte, pero dando muerte á muchos de la contraria.

Entonces el alcaide del castillo, llamado Buenaventura Tarragona, sin tener en cuenta que no era razón exponer tan pronto á un peligro inevitable á los que con riesgo tal acababan de acudir en su socorro, mandóles hacer una salida contra los sitiadores, que se habían atrincherado en la ruína de los muros. Al sargento mayor Segura no pudo menos de parecerle precipitada y temeraria esta orden del alcaide; pero prefiriendo la muerte antes que hacerse reo de tibieza ó cobardía quien tantas pruebas de valor tenía dadas, acometió con pocos soldados un reparo de los enemigos, logrando señorearle; pero rodeándole la muchedumbre de los portugueses, murió atravesado por los riñones de dos balas de arcabuz: el capitán Paniagua, herido con otra en el brazo, se retrajo, con algunos que escaparon de la matanza, al baluarte.

Al otro día por la mañana envió el de San Germán al marqués de Lanzarote, con ochocientos soldados viejos y algunos capitanes y

gente granada, que quiso, con el afán de la gloria, lanzarse al peligro, para que fuese á socorrer á los del castillo. Este escuadrón sostuvo una encarnizada pelea con los portugueses que expugnaban aquella fortaleza, los cuales, á pesar de ser muy superiores en número, fueron derrotados por los nuestros, y forzados á desamparar sus trincheras, huyendo al fin desbaratados á sus reales. Murieron muchos de ambas partes, y de los nuestros fué gravemente herido el marqués de Lanzarote, que hizo prodigios de valor en aquel trance.

Con este revés, Vasconcellos desesperó de poder tomar el baluarte, cuando ya se cumplía un mes de estarle combatiendo, y se aprestó con todas sus fuerzas al cerco de la ciudad. En tanto, el duque de San Germán había hecho todas las prevenciones posibles de defensa, y tenía en Badajoz, además de la gente ocupada en guarnecer las estancias y puestos fortificados, un cuerpo pronto para todo rebato y salida, compuesto de tres mil infantes, y poco menor número de caballos. Por aquel tiempo riñóse, entre castellanos y portugueses, otra memorable pelea á la subida de los cerros llamados del Viento y de

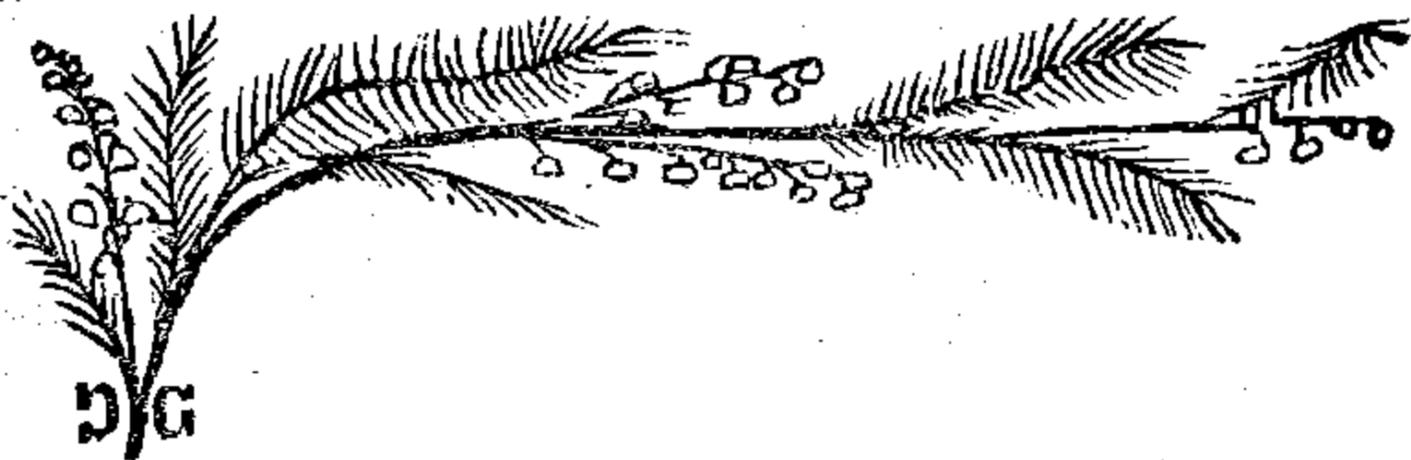
Maya, situados á poca distancia de Badajoz. En los primeros encuentros, los castellanos desbarataron á los enemigos, matando á muchos; pero, trocada después la suerte de las armas, los portugueses, menos por fuerza que por ardid, lograron mejorar la pelea, tomando á los nuestros un baluarte que tenían en aquellas alturas, y guarneciéndole con buen número de gente.

La rota de aquellos castellanos fué completa, muriendo no pocos, y quedando prisioneros los demás. Este buen suceso levantó el ánimo de los portugueses, que començaron á combatir reciamente el castillo de San Miguel, situado no lejos de Badajoz y camino de Talavera, sin cuya expugnación se creía imposible rendir la plaza.

El duque de Osuna marchó á socorrer á los del castillo con buen número de gente de á pie y de á caballo; pero por falta de habilidad, ó por poca resolución, no cumplió su intento; retirándose escarmentado por los enemigos que le salieron al paso. En tanto, los portugueses, empeñados en rendir el castillo á todo trance, combatíanle porfiadamente con su artillería, y, sin escasear su sangre, dábanle continuos y recios asaltos.

El valeroso capitán irlandés Gualtero Ungán, que tenía á su cargo aquel fuerte, defendióle animosamente, rechazando á los enemigos con gran mortandad, hasta que, envuelto en ruínas, y perdida la esperanza del socorro del de Osuna, le entregó al fin á los portugueses con honrosas condiciones. Siete horas duró el asalto del castillo, ganancia harto costosa á los portugueses, que perdieron cerca de mil y ochocientos soldados y mucha gente principal, entre ellos el conde de Torres, Diego Melo y otros muchos: los muertos de nuestra parte no pasaron de quinientos. Ganado este baluarte, y ocupado el llano y las alturas cercanas, ya los portugueses pudieron estrechar el cerco de Badajoz, ciñendo casi toda la plaza en derredor con sus estancias y trincheras.





CAPÍTULO VIII.

TERMINACIÓN DE LA SEXTA CAMPAÑA.

La corte de Castilla. — Parecer del duque de Medina de las Torres. — Determinación del favorito D. Luís de Haro. — Acepta Felipe IV el ofrecimiento de Haro. — Valioso concurso de nobles y esforzados capitanes. — Junta el ejército el de Haro en Mérida. — Salen de Badajoz San Germán y el de Osuna. — Aprestos para libertar á Badajoz. — Levantan el sitio los portugueses. — Entrada del de Haro en Badajoz. — Su intento de ir contra la plaza de Elvas. — Los castellanos talan los campos de Portugal. — Carta del Rey á D. Luís de Haro. — Precauciones de Haro antes de acometer á Elvas. — Causas de la oposición de San Germán. — El gobernador de Elvas Sancho Manuel. — Toma por los castellanos del convento de San Francisco y templo de Santa Engracia. — Disposición de nuestro ejército para el asedio de Elvas. — Carta del de Haro á Felipe IV. — Aprestos en Lisboa para la defensa de Elvas. — Fuerzas de caballería del ejército castellano se pasan á los portugueses. — La peste en Elvas. — Socorros al mando de Cantañeda. — Su arrogancia. — Falta de cumplimiento de las órdenes dadas por San Germán. — Cae prisionero el conde de Medellín. — Es herido el duque de San Germán. — Pérdidas de los castellanos. — Causas á que se atribuye la derrota de los castellanos. — Vuelve Haro al favor de la corte. — Paces con Francia.

LUEGO que las nuevas de estos reyeses y del peligro que corría Badajoz llegaron á la corte de Castilla, tal fué en ella la alarma y la indignación, que el pueblo, alborotado, quiso marchar en tropel á la

frontera, para castigar la osadía de los portugueses. El Rey reunió su Consejo, donde la sorpresa, la ira y el espanto, apoderados del ánimo de todos, propusieron diversos y encontrados dictámenes.

Lo que más cuidado daba al Rey Católico y á sus ministros, eran los aprestos militares de mar y tierra, que á la sazón se aparejaban en Francia é Inglaterra, y que el miedo, que todo lo interpreta del modo más siniestro, hacía que se considerasen como prevenciones de socorros en favor de Portugal, puesto que se pensaba que sólo esta ayuda pudiera prestar tales alientos y bríos á aquellos naturales. Pues como se deliberase en el consejo qué remedio se pondría en tales peligros, el duque de Medina de las Torres fué de parecer que el mismo Rey, con toda su nobleza y corte, debía marchar á la frontera, y tomar á su cargo la expedición, puesto que la presencia de Monarca tan poderoso, con la majestad y el regio boato que le rodeaba, puesto en contraste con la humilde autoridad del de Braganza y su señorío pequeño y mal asegurado todavía, no sólo abatiría los ánimos de los portugueses, sino que añadiría mayores alientos á los nuestros, é incitaría á toda

España á acudir bajo las banderas de su Rey. Determinación honrada y consejo de hombre experimentado y hábil estadista, que al punto de propuestos debieron ser aceptados.

Desatender tan noble resolución dará cabal medida de la grandeza de Felipe, llamado el Grande, y del valido que había heredado al Conde Duque. Éste, al menos, llevó al Rey á Zaragoza, y si no imitó á Carlos V, no desdijo del carácter de Rey; pero Haro, dejándolo en Madrid, lo condenó á vergüenza eterna para la historia de Castilla. Porque la determinación del duque de Medina de las Torres, por acertada que fuese, no se ajustaba á las miras de D. Luís de Haro, quien temió que si Felipe IV marchaba á la frontera, quedaría parte del gobierno en manos de la Reina, según antigua costumbre de Castilla en ausencia de los Reyes. Odiábale la Reina por tenerle como usurpada, con el afecto de su esposo, toda participación en los negocios del Estado; odios estos que habían acrecentado mañosamente los rivales y enemigos de Haro.

Éste, pues, temiendo perder con la ausencia del Rey el favor y poder de que disfrutaba, meditó contra este riesgo un engaño,

que fué persuadir al Rey que á su salud, ya bastante quebrantada, no convenía el arros-
trar las fatigas de la expedición, así como
tampoco podría soportar el erario los enor-
mes dispendios que el caso exigiría; pero que
para desviar estos inconvenientes, él mismo
se ofrecía por caudillo de la empresa, presu-
miendo por cortesano poder mandar ejércitos
y recuperar provincias; condiciones en ver-
dad diversas, si no enteramente opuestas y
contrarias.

No ignoraba el de Haro que, de admitir el
Rey su proposición, se le ofrecía el riesgo de
perder con su ausencia su favor; pero fiando
mucho en la amistad de Felipe IV, y persua-
dido de la necesidad que tenía éste de sus
consejos, aún mantenía la esperanza de que
no le consentiría separarse de su lado sino á
duras penas ó tarde. Engañóse, empero, en
su designio, porque el Rey, muy satisfecho
del voluntario ofrecimiento de Haro, y con-
siderando que si éste tomaba á su cargo la
empresa, no padecería el ejército escasez al-
guna de vituallas ni dinero, con lo que el
soldado se miraría contento y animoso,
aceptó luego la proposición.

Haro, aunque contrariado en sus esperan-

zas, no pudiendo excusar el tomar sobre sus hombros aquella empresa enojosa cuanto difícil, trató, sin embargo, de allanar los inconvenientes, disponiendo grandes aprestos de tropas. Su vanidad miróse completamente satisfecha con ver acudir á la expedición mucha gente principal y de cuenta, entre ellos gran número de capitanes y soldados viejos y de experimentado valor, mucha nobleza de las Órdenes militares, y muchos otros, en fin, á quienes atrajo á esta empresa, ya el aliento juvenil y la honra de Castilla, ó ya el deseo de procurarse sus adelantos y fortuna en los favores del privado. Y, sin embargo de tal aliciente, al hacer reseña de este ejército y de los demás que se formaron, por su escaso número se echará de ver cuán desigual y flaco era el esfuerzo para lo alto de la ocasión: prueba inequívoca de lo flojo que andaba el espíritu militar y del desaliento en que se miraba la Monarquía.

D. Luís de Haro, pues, con gran acompañamiento de cortesanos y de soldados de ventaja, partió la vuelta de Mérida, á pocas leguas de Badajoz, hecha plaza de armas, para juntar el ejército que había de dar socorro á la ciudad cercada. Al punto D. Luís envió un

mensajero al duque de San Germán, que estaba en Badajoz, dándole cuenta de su llegada á Mérida, y anunciándole que no tardaría en acudir con el ejército á levantar aquel cerco.

El Duque, luego que recibió aquel aviso, deseó salir de la plaza para presentarse al de Haro, bajo cuya mano había de militar en aquella campaña, puesto que viniese á ella con el pomposo título de *Lugarteniente del Rey*. Pero como los enemigos tenían ya muy apretado el cerco de Badajoz, fué forzoso al de San Germán, con gran trabajo y riesgo, abrirse paso por entre las líneas de los portugueses, rompiendo por una parte sus trincheras, y sosteniendo con ellos un recio combate.

Al fin lograron salir él y el duque de Osuna, con cerca de mil de á caballo, enderezando su camino la vuelta de Mérida; y aunque los portugueses les siguieron el alcance por algún tiempo, picándoles la retaguardia, que mandaba el de Osuna, al cabo se retrajeron á su campo, con muerte de pocos de ambas partes.

Llegado á Mérida San Germán, puesto que quisiese conciliarse el favor de Haro, sin el

cual conocía que no hallarían recompensa sus mejores servicios, ofreciósele á obedecer en un todo los mandatos y disposiciones que como generalísimo daría en punto al buen gobierno de las cosas de la guerra. Pero á pesar de esta resolución del duque de San Germán, en que tenían gran parte el interés y la necesidad, no podía menos de conocer aquel capitán, y á cada paso corría en boca de todo el ejército, cuánto era el desacierto que se había cometido por el Rey en confiar el cuidado de aquella campaña á un hombre tan extraño al arte y profesión de la guerra como lo era D. Luís de Haro. Mas éste, entendiendo tales rumores, los acalló mañosamente, con protestar, así particular como públicamente, ante los jefes y capitanes, que si él había tomado á su cargo el mando del ejército con el título de *Lugarteniente del Rey*, había sido con el intento de que su nombre y su alto estado prestasen cierta autoridad y ruído á empresa tan importante, puesto que él en un todo había de seguir los consejos y disposiciones del duque de San Germán.

Reunido en tanto el ejército, halláronse sobre las armas cerca de doce mil infantes y tres mil y quinientos caballos, sin contar la

gente que había traído consigo San Germán y la que quedaba de guarnición en Badajoz. Haro y San Germán partieron de Mérida á la cabeza de este ejército , llegando en la primera jornada á Lobón , y en la segunda á Talavera , donde se dió su paga á las tropas, y entre los capitanes se deliberó el modo con que se socorrería á Badajoz , atacando al enemigo en sus líneas y trincheras.

En tanto el general portugués Vasconcellos, avisado de la venida de nuestro ejército , con el gran aparato de guerra que traía , y como viese que sus tropas, que durante tan largo cerco habían sufrido grandes bajas , no eran suficientes para guardar el ancho rodeo de la plaza y para oponerse á los nuestros en campaña , no creyó prudente esperar su llegada, sino que arrebatadamente mandó recogerse el ejército , y desamparando el sitio , retiróse á Portugal. De esta suerte D. Luís de Haro, que con el temor de un hombre nuevo en las armas, aguardaba la pelea , pudo, al siguiente día de la marcha de los portugueses , entrar sin obstáculo alguno en Badajoz, con aire y pompa de vencedor, con que esta importantísima ciudad quedó fuera de peligro al cabo de casi cuatro meses de cerco.

Este buen suceso, conseguido sin dificultad alguna, alentó sobremanera á los castellanos, resolviendo á sus jefes á marchar luego contra Elvas, según el mismo Haro, antes de su llegada á Badajoz, había anunciado al Rey que lo haría luego que, como era de esperar, librase del sitio nuestra plaza. Y es muy de notar cuánto de intempestiva tuviera esta satisfacción, pues nunca puede haberla en guerra como aquella sino combatiendo y triunfando. Haro, sin embargo, antes de ir contra Elvas, aguardó la respuesta del Rey; y como le llegasen nuevos refuerzos de tropas, haciendo muestra de todo el ejército, halló que su número había crecido, hasta contar cerca de trece mil infantes y seis mil caballos.

En tanto, para que el descanso no entibiase los buenos alientos de la gente, Haro entróse con ella en Portugal, arrasando y quemando cuanto á su paso hallaba, y apoderándose por rebato de la plaza de Villabuey, cuyo castillo hizo allanar, aunque con alguna defensa pudiera ser útil su posesión á los nuestros. De allí marchó el ejército, siempre talando, hasta una fuente llamada de los Zapateros, donde Haro recibió cartas del Rey, en que se fiaba á su arbitrio todo el cuidado

de la guerra, tomando las medidas que juzgase más convenientes y acomodadas á las circunstancias. En fin, las palabras del Rey parecían compuestas con tal artificio, que, sin mandar ni prevenir nada él mismo, pero fiándolo todo á la prudencia de Haro, el Monarca juzgaría sus resoluciones según el resultado adverso ó próspero que las cobijase.

Con esta incertidumbre, no quiso Haro acometer la empresa de Elvas sin examinar con tiempo sus ventajas ó dificultades, temiendo arriesgar la reputación y la fortuna de las armas en un suceso desgraciado, de que le cabría toda la responsabilidad. Pues como mandase tomar lenguas del estado de aquella plaza, algunos portugueses prisioneros y otros desertores de Elvas, ganados por los nuestros con dinero, dijeron que nada más fácil que ejecutar aquella empresa.

Fundábanse en el desastroso estado del ejército portugués, que se había refugiado allí después de frustrado el sitio de Badajoz, y que, falto de recursos por haberse consumido en aquella empresa harta suma de dineros y gran copia de vituallas, servía á la plaza de carga insoportable antes que de defensa; junto lo cual con la insolencia de los soldados,

daba motivos para frecuentes reyertas y altercados entre la guarnición y los moradores, ocasión oportuna, en el concepto de aquellos exploradores, para acometer el cerco de la plaza.

Estas noticias, aunque no se les diese entero crédito, puesto que no tenían otro fundamento que el testimonio de aquellos descubridores, todavía, como parecían verosímiles, animaron á los nuestros, que casi todos fueron de parecer que se marchase contra Elvas.

El duque de San Germán, aunque sin atreverse á impugnar abiertamente esta determinación, á que favorecían Haro y todos los jefes, aventuró, sin embargo, algunas palabras sobre las incomodidades del invierno que se acercaba, y que ya en otro tiempo habían burlado al marqués de Torrecusa la ejecución de la misma empresa. Ya Haro se inclinaba á este parecer, que le hubiese ahorrado el desaire que después sufrió; pero sus amigos y aduladores, arrogantes con el mentido triunfo de Badajoz, tanto halagaron su vanidad, representándole la victoria como á punto de conseguirse, que al cabo él y San Germán vinieron en el mismo acuerdo,

asentimiento que apenas puede ser excusable en un Capitán tan experimentado y en varón que tales servicios prestó y siguió prestando á la Monarquía.

El ejército, pues, marchó la vuelta de Elvas, con grandes esperanzas y aplauso de la clientela de Haro y de la gente bisoña del ejército, que en la toma de aquella plaza creía consistir el sojuzgar á todo el reino. Esta plaza, que, como más arriba apuntamos, se tenía por inexpugnable á causa de su posición en la cima de un monte alto y escarpado, añadía entonces á estas ventajas las de tener por gobernador al general portugués Sancho Manuel, varón de grandes ánimos y militar pericia.

Pues como tuviese noticia de la venida de los nuestros, Sancho Manuel hizo fortificar al punto el convento de San Francisco, situado bajo los fuegos de la plaza. Pero la pronta llegada de los nuestros no dió lugar para que se terminasen las obras de fortificación. Los castellanos, como abundaban en número de tropas y en todo aparejo de guerra, pudieron rodear estrechamente el convento, batiéndole por muchos lados con su artillería, y al cabo, después de hartos com-

bates, sostenidos con igual brío de una y otra parte, los nuestros se apoderaron de aquel puesto, derramando mucha sangre de los portugueses, y tomándoles no pocos prisioneros, entre ellos al primer gentil-hombre del duque de Braganza, que, hallándose enfermo y agravándosele su mal con el pesar de verse preso por los nuestros, murió á poco tiempo.

Ganado el convento, confiése su guarda al maestro de campo Martín Sánchez, que prontamente le hizo poner en buen estado de defensa, y poco después se apoderaron asimismo los castellanos del templo de Santa Engracia, situado en un cerro, y que guarnecía escaso número de soldados. Con estos dos puestos favorables para reparo y acogida, pudieron los nuestros emprender con mayor ventaja la obra de ceñir toda la plaza con sus baterías y trincheras, asentandolas estancias por la manera siguiente: El duque de San Germán y D. Rodrigo Mogica, maestro de campo general, tomaron puesto con su gente en medio de unos olivares que miraban contra la ciudad. No lejos de éste se colocó con sus soldados el capitán general de la artillería, D. Gaspar de la Cueva Enríquez, hijo del duque de Alburquerque. El maes-

tre de campo Alfonso *Feixe* ocupó con un tercio la cuesta llamada del Palmito; el duque de Osuna guardaba con su gente el camino de Lisboa; á la otra parte del arroyo llamado de San Francisco se levantaron dos baluartes, cuya guarda se fió al esforzado capitán D. Nicolás de Córdoba; y en la cima del collado de Santa Engracia se alzó otro parapeto, encargándose su defensa al maestre de campo D. Luís de Zúñiga. Á la entrada del camino que va á Campo Maior se asentó una especie de real separado, por temerse que por aquella parte serían mayores las salidas y rebatos de los portugueses. Por último, las tiendas de D. Luís de Haro se colocaron en un paraje más secreto y desviado del peligro, ya fuese miedo de su parte, ó ya cuidado en los demás de atender á su seguridad: ¡rasgo de lisonja que D. Luís de Haro debió rechazar con indignación!

Hechas todas estas prevenciones, D. Luís de Haro escribió al Rey, dándole cuenta del cerco que había puesto sobre Elvas, y pidiéndole que, para sustentarle hasta asegurar la rendición de la plaza, le enviase cada mes un refuerzo de tres mil hombres, en reemplazo de los muertos y heridos. El Rey mandó

que así se cumpliese; pero la negligencia de la corte, la envidia de los rivales de Haro, ó bien los apuros del erario, ó acaso todas estas causas juntas, frustraron de todo punto aquel plan.

En tanto, llegada á Lisboa la nueva de aquel cerco, la Gobernadora, doña Luísa de Guzmán, mandó hacer grandes aprestos de guerra para socorrer á Elvas. Alistóse para esta expedición la flor de la juventud de todo aquel reino, y sacóse la guarnición de algunas plazas fuertes; y como los portugueses se hallasen escasos en caballería, lograron atraer con dádivas y promesas un cuerpo de cerca de mil castellanos de á caballo, que, á pesar de no faltarles las pagas y vituallas, cometieron esta infamia, llevados del espíritu de novedad ó de torpe codicia. El general portugués conde de Cantañeda hallábase todavía en Extremoz acabando de allegar el ejército, cuando el gobernador de Elvas, Sancho Manuel, le avisó del apuro extremo á que se hallaba reducida la plaza, no menos que por los ataques de los nuestros, por la falta de mantenimientos, y, más que todo, por la peste, que, contraída en el cerco de Badajoz, diezmaba la guarnición y los moradores, con-

tándose ya siete mil solamente de los soldados muertos víctimas de aquel azoté.

Pero lo que parecía un gravísimo daño, fué cabalmente lo que salvó la plaza, porque como antes de cercarla los nuestros, echada la cuenta de los víveres y los hombres que en ella había, se hallasen que no alcanzaban las provisiones sino para sustentar la gente cuando más un mes, espacio insuficiente para recibir socorros, con la gran mortandad que hizo la peste, pudieron los vivos sostener el sitio por más largo tiempo, dando lugar á la venida de auxilios.

Cantañeda, pues, con este aviso, vínose al punto para Elvas con el ejército, compuesto de más de doce mil infantes y tres mil y setecientos caballos, además de gran número de villanaje y gastadores. Este General, con la arrogancia propia de su nación, dícese que antes de partir de Extremoz dió aviso de su venida por cartas á D. Luís de Haro, señalando el día y la hora en que acudiría á socorrer á Elvas, el número de gentes que traería consigo, y la parte por donde rompería nuestros retrincheramientos para penetrar en la plaza. Pues como llegase el tiempo señalado, el ejército portugués se mostró á distan-

cia de un tiro de cañón de nuestros reparos, deteniéndose allí un poco, hasta que, torciendo su camino para allegarse á la plaza por lugar más ventajoso, se acercó á nuestras trincheras, interpuestas entre el cerro de Santa Engracia y los baluartes que guardaba D. Nicolás de Córdoba.

Al punto el duque de San Germán, para contrariar los intentos de los enemigos, después de asegurar con buena guarda aquella parte de nuestras baterías y retrincheramientos donde era mayor el peligro, marchó con varios trozos de caballos y algunos infantes al cerro de Santa Engracia, por donde más se temía el ataque de los portugueses; y haciendo alto al fin de aquellas eminencias, ordenó allí sus tropas, con resolución de venir á las manos con los enemigos luego que se acercasen. Al propio tiempo, mandó al comisario de la caballería, Pedro Diario, que quedase observando con gran atención á los sitiados, y que si intentaban alguna salida, los reprimiese al punto, cerrándoles el paso con siete compañías de gente de á pie y otras tantas de á caballo.

Cerró en tanto la noche, y durante toda ella quedaron los dos ejércitos, castellano y

portugués, mirándose de frente. Al amanecer, San Germán, viendo que los enemigos se acercaban á la plaza, aunque con lento paso, mandó al duque de Osuna que acudiese con la caballería á proteger aquella parte de nuestras trincheras, por donde se temía el ataque de los portugueses. Pero el de Osuna no pudo ejecutar esta orden, á causa de cerrarle el paso el espeso escuadrón de los contrarios; y, por otra parte, Pedro Diario, torciendo el paso por sendas demasiado desviadas, no pudo cumplir las órdenes que se le habían dado, de impedir á los de la plaza el salir á juntarse con los que les traían el socorro.

Por tal manera logró el General portugués acometer nuestros reparos por aquella misma parte que lo había anunciado en su carta á Haro, y era donde estaba D. Nicolás de Córdoba. Opusieronseles los nuestros con gran brío, con que se trabó allí un recio y porfiado combate, en que el valor de los castellanos rechazó por dos veces á los contrarios, matándoles mucha gente, entre ellos el General de su caballería: también hubo alguna pérdida de nuestra parte, y el conde de Medellín, grande de España, fué preso por los enemigos, con quienes peleaba animosamente.

Pues como, ya por descuido ó yerro de Pedro Diario, parte de la guarnición de la plaza, saliendo de ella, combatiese de aquella parte nuestras trincheras, deseosa de juntarse con sus compañeros, los nuestros, envueltos en una doble pelea, y rodeados por el mayor número de los enemigos, no podían ya mantener el puesto, y la caballería, que aseguraba y sostenía con gran esfuerzo el ala derecha, se retiró desbaratada. San Germán, temiendo que la infantería, harto fatigada ya con la refriega, y sin el abrigo de la caballería, se viera en grande aprieto, acudió á socorrerla en persona con un cuerpo de soldados escogidos. El peligro era ya extremo, puesto que el enemigo se miraba vencedor por todas partes, y por ello la resolución valerosa del Duque le fué fatal, pues penetrando con gran brío con algunos pocos por los escuadrones contrarios, una bala de arcabuz vino á herirle en la cabeza, derribándole además sin sentido, de su caballo. Los nuestros, cuando vieron á su General en aquel estado, creyéndole mortalmente herido, desmayaron enteramente, y ya todo fué para ellos estrago y confusión, huída y muerte, quedando así deshecho en poco tiempo aquel escuadrón castellano.

Los portugueses, puesto que ya nadie les defendía aquella parte de las trincheras, destruyéronlas al punto, juntándose la gente de la guarnición con el ejército auxiliar, y quedando enteramente señores del campo. Al duque de San Germán logróse, no sin gran trabajo, sacarle de manos de los enemigos y de una muerte segura.

D. Rodrigo Mógica, maestro de campo general, que no se halló en este combate, cuando supo la derrota de los nuestros y la grave herida de San Germán, puesto que por el grado que tenía en la milicia le correspondiese suceder en el mando, fortificóse con su gente junto al arroyo de Caya, donde se detuvo hasta entrada la noche, dando lugar, con ligeras escaramuzas contra los enemigos, á que se recogiesen á él las reliquias del pasado desastre. Los castellanos, con este refugio, y con mantenerse entero su escuadrón de retaguardia, hubiesen podido salvar gran parte de su artillería, á no habérselo impedido el terreno resbaladizo y cenagoso, que, embarazando su transporte, dió lugar á los portugueses de acometerla y tomarla.

Los portugueses, que habían distribuído en dos partes sus tropas, una para derribar

nuestras baterías y trincheras, y la otra para seguir el alcance á los nuestros, contuviéronse al cabo por la prudencia de su General, que, satisfecho con haber alzado el cerco de la plaza y desbaratado gran parte de nuestro ejército, no quiso, persiguiendo á los castellanos, dar ocasión á una nueva pelea y tentar de nuevo los azares de la fortuna. La pérdida de los castellanos en esta batalla subió á más de dos mil hombres, con casi igual número de heridos y pocos prisioneros: la de los portugueses calculóse en una mitad menos que la nuestra.

Esta derrota de los castellanos atribuyóse á poco brío del duque de Osuna para oponerse á cargar al escuadrón enemigo cuando el de San Germán le mandó acudir á la defensa de nuestros reparos, al descuido ó flojedad de Pedro Diario, y, por último, á la herida de aquel General. D. Luís de Haro, que desde lugar seguro habíase mantenido espectador del trance, cuando lo vió ya todo perdido, retiróse á Badajoz, malograda por tal manera, al cabo de tres meses de sitio, la empresa contra Elvas.

Desde allí dió cuenta al Rey Católico en breves palabras de la infelicidad que en aquel

cercos le había cobijado, y que achacaba á los ciegos caprichos de la fortuna, que echa por tierra los planes mejor concertados.

Gran temor aquejaba al de Haro de perder con este azar el valimiento del Monarca; pero Felipe, si no satisfecho, tampoco ofendido, le mandó volver á la corte, donde le conservó en el mismo grado de favor y autoridad que antes disfrutaba.

El Ministro al fin, libre de este riesgo, como queriendo adelantar con negociaciones lo que no había podido con las armas, procuró ajustar las paces entre España y Francia, que se firmaron poco después con el tratado de los Pirineos, proponiéndose de esta manera convertir todas las fuerzas de Castilla á la empresa contra Portugal.





CAPÍTULO IX.

PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1661).

Circunstancias favorables de España para emprender la guerra.—D. Juan de Austria: sus cualidades y carácter.—Toma de Ouguela y Arronches.—Tentativa del conde de Schomberg.—Muerte del general Pacheco.—Cercos y capitulación de Alconchel.—Altercados entre italianos y españoles.—Determinación del Consejo Real.—Crece el descontento de los italianos.—Representación á D. Juan de Austria por el italiano Carrafa.—Resolución del Rey.

LA paz con Francia, dejando respirar á España de las guerras con los enemigos de afuera, le permitió acudir con mayores fuerzas á reprimir la rebelión de los portugueses. El Rey dispuso para la campaña entrante ¹, grandes levas de gente, y mandó asimismo que viniesen á la frontera de Portugal muchos tercios de gente vete-

¹ La de 1661.

rana, que, reliquias de las pasadas guerras, se hallaban en diversos puntos de nuestros dominios.

Con no menor empeño tratóse de la elección de Generalísimo, que al cabo se hizo en la persona de D. Juan de Austria, como de quien por su sangre, por su valor y el nombre y favor popular de que gozaba, mirábanse reunidos todo el prestigio y autoridad que cumplían á quien iba á tomar á su cargo empresa de tanta monta.

Si el nombre del de Austria; si el recuerdo de otro D. Juan dichoso en las armas, aunque desgraciado en sus proyectos; si un rostro afable y gentil, con trato fácil para los soldados; si, en fin, el valor de la persona y la fama ganada en hechos de armas y gobierno, podían inspirar confianza de que las cosas de Portugal pudieran llegar á buen término, sin duda que tales esperanzas eran de concebir viendo llegar á Extremadura, para tomar el mando del ejército, al joven D. Juan, hijo de Felipe IV. Y á pesar de que era harto inferior, no en el valor, sino en las otras condiciones del ánimo, al otro D. Juan, hijo de Cárlos V, todavía pudo alcanzarse la recuperación de Portugal bajo su

mano, con más cuidado en el Rey, menos ignorancia en sus cortesanos y ministros, y no tanta vanidad y falso punto de honor en el nuevo General.

Aunque tal nombre bien lo merecía por las campañas que había hecho y la práctica de guerra que ya le asistían, era demasiada carga la confiada á sus hombros, singularmente habiéndoselas con la persona, la dirección y los consejos de General tan experimentado y hábil cuanto lo era Schomberg.

Estudiando siempre como modelo, y queriendo ajustarse á él, la vida y los hechos del primer D. Juan, no pudo adquirir, porque esto no se aprende, aquella facilidad en conocer, apreciar y calificar el punto sustancial de una campaña, el trance supremo de una batalla, como en la naval y en Flandes tuvo ocasión de manifestar tan sublimes dotes aquel héroe. Y como á falta de ellas la atención vaga con iguales fuerzas entre la variedad de objetos, fijándose en uno para abandonarlo después, sin hacer conato allí donde se debe, de aquí la incertidumbre, la mala elección, y al fin el sujetarse á los malos sucesos de la desgracia. En segundo lugar, después del de Austria, nombróse al capitán ge-

neral duque de San Germán, con el cargo de Gobernador de las armas del ejército.

En el puesto de maestro de campo general fué nombrado D. Francisco Poderico; en el de capitán general de la caballería D. Diego Caballero, y en el mismo cargo en la artillería D. Gaspar de la Cueva. En Badajoz, donde estaba el cuartel general de esta guerra, previniéronse todos los aprestos de armas, víveres y gente, y no tardó en mirarse formado un ejército de trece mil infantes y más de seis mil caballos, tropas harto más aventajadas por la calidad que por el número, pues en su mayor parte constaban de viejos y aguerridos soldados traídos del Piemonte y Flandes.

D. Juan se puso en marcha desde Badajoz con este ejército, acercándose primero á la plaza de Campo Maior, cuyos moradores, atemorizados con el peligro, se apresuraron á reforzar sus fortificaciones; pero el de Austria enderezó á otra parte su camino, viniendo á caer repentinamente sobre Ouguela, plaza que, por hallarse poco fortificada, tomaron con facilidad los nuestros, arrasándola después con un baluarte que en ella se miraba.

La misma suerte cupo á la plaza de Arron-

ches, situada en la margen del río Alegrete, y aunque bien poblada, poco importante, por lo escaso de sus fortificaciones. Pero el intento de D. Juan en tomar estas plazas de poca consideración, fué cortar á las más importantes de Campo Maior y Elvas sus comunicaciones con el resto de Portugal, y el asegurar su entrada en el interior de aquel país, además de ocupar por este medio las campiñas amenas en pastos y aguas que se extienden cerca de Arronches, y que serían de grande alivio para el ejército en medio de lo ardoroso y seco de aquellas comarcas.

Como Arronches no se hallaba á la sazón ni bien fortificada, ni con suficiente guarnición, bastó á D. Juan para tomarla el combatirla reciamente con su artillería é ingenios por espacio de siete horas, al cabo de las cuales, aportillado por muchas partes el muro, y consternados los moradores á vista del gran aparato de guerra de los nuestros, se entregaron, dándoseles seguridad de sus vidas y haciendas. Conque en el mismo día de su llegada, D. Juan entró vencedor en Arronches, de donde todos los moradores salieron para el interior de Portugal, llevándose lo

que pudieron de sus bienes; tan aborrecible les era el yugo de Castilla.

D. Juan, puesto que le importaba el conservar á Arronches, hizo reparar sus fortificaciones con gran costa y esmero, y dejando en ella suficiente guarnición, dió la vuelta á Badajoz, no sin talar antes las tierras vecinas, recogiendo en ellas gran presa. Acaeció entonces que, estimulados los portugueses con la pérdida de Arronches, el conde de Schomberg, francés de nación y general de grandes prendas, como se verá después, que se hallaba á la sazón al servicio de la casa de Braganza, llegó osadamente con diez y seis compañías de caballos hasta el mismo puente que tiene Badajoz sobre el Guadiana, desde donde comenzó á provocar á los de la plaza. D. Juan mandó al teniente general de la caballería, Pacheco, que saliese con alguna gente á castigar la insolencia de los enemigos. Pero en esta salida precipitada, Pacheco adelantóse con pocos jefes y soldados, sin aguardar á mayor número que se preparaba á seguirle, temeridad que costó cara á los nuestros, pues, rodeados por los portugueses, harto superiores en número, rindieron las vidas en la desigual pelea, y con

ellos su jefe, que cayó mortalmente herido de una pelota. En tanto, acudió buen número de nuestros soldados, que venía en ayuda de su jefe, y cayendo sobre los enemigos y rodeándolos, les mataron gran parte de su gente, y tomáronles muchos prisioneros, siendo muy pocos los que pudieron salvarse con la fuga, y entre ellos el conde de Schomberg, que lo libró, sin duda para mal de Castilla, la buena estrella de Braganza.

Después de este suceso, cuya buena fortuna se malogró en parte con la muerte de Pacheco, capitán ilustre por la nobleza de su linaje y su valor, D. Juan de Austria, entendiendo que los portugueses hacían frecuentes irrupciones en nuestras fronteras por la parte de Alconchel, lugar que, siendo del señorío de Castilla, se había perdido en el principio de esta guerra, mandó allí al capitán general de la caballería, D. Diego Caballero, con la mayor parte del ejército, y á poco vino él mismo á acampar cerca de esta plaza, para dar calor con su presencia al cerco.

Esta población, situada á las orillas del Guadiana, se miraba muy bien fortificada, con castillo, murallas y reductos, por la industria de los portugueses, que, al apoderar-

se de ella, habían conocido cuánto les importaba su conservación, erigiéndola en un baluarte contra Castilla. D. Juan no quiso estrechar el cerco, recelando que si los portugueses veían á la plaza en grande aprieto se darían priesa en socorrerla, puesto que esperaba, por medio de inteligencias con los moradores, facilitarán su rendición.

Pues, como se dilatase el cerco, divididos los de la plaza en parcialidades, los unos tomaban voz por Castilla y los otros por Portugal, de modo que, en tal conflicto de adentro y de afuera, el Gobernador acordó entregar la plaza á D. Juán con las mejores condiciones que pudo, y, según ellas, él salió de Alconchel con la mayor parte de los moradores, dejando allí gran copia de armas y de trigo; D. Juan, luego que entró en la plaza, hizo reparar sus fortificaciones, y la aseguró con buena guarnición.

Tales fueron los sucesos de esta primera campaña de D. Juan, llevada á cabo en la primavera, puesto que los calores, que son extremados en aquel país, forzaron bien pronto al ejército á recogerse en cuarteles de verano. Por lo mismo, nada ocurrió hasta el año siguiente que merezca referirse, si no es

los graves altercados que, sobre preeminencia, suscitáronse entre españoles é italianos. Dió origen á estas reyertas el mostrarse quejosos los italianos de que los españoles no les dexasen tomar puesto, ni en el escuadrón de vanguardia, ni en el de retaguardia, que se miraban por los soldados como los lugares más honrosos y preeminentes, sino que se les obligaba á colocarse, como gente de poco valer, en el centro de la ordenanza.

Alegaban los italianos, en apoyo de su queja, los buenos servicios prestados á España, y sus hazañas y méritos particulares; pero como D. Juan los entretenía con buenas razones, sin concederles lo que ellos reclamaban como justicia, puesto que atendiese más á conciliarse el afecto y buena voluntad de los españoles, llegó el caso á tal extremo, que todos los jefes italianos hicieron renuncia de sus cargos.

Al punto D. Juan de Austria dió noticias al Rey por sus cartas de caso tan grave, puesto no ser conveniente, y menos en aquella ocasión, dejar ir ofendidos á los italianos, cuya ayuda era de tanta importancia al ejército, ni menos el forzarlos á quedarse sin atender á sus quejas. Deliberado este asunto

en el real Consejo, y teniéndose en cuenta estas razones, resolvióse que los españoles y los italianos alternasen sin preferencia en el frente del escuadrón, y quedase disuelta al punto la compañía llamada Real, que, con la arrogancia de este pomposo título, había dado ocasión al agravio de los italianos y á las reyertas de las dos naciones.

Aprobada por el Rey esta determinación de su Consejo, al punto se comunicó al ejército; pero eludido con frecuencia su cumplimiento, por la cavilosidad con que los españoles interpretaron las palabras del edicto, casi nada se remedió el mal.

Los jefes italianos, que se veían casi forzados, en las muestras, en el cambio de las guardias y en otras ocasiones del servicio, á ocupar el puesto que no les correspondía, llegaron á arrojar las insignias de sus cargos, pidiendo á voz en grito que se les concediese su licencia, ó se cumpliesen con ellos las órdenes del Rey. Los soldados imitaron el ejemplo de sus jefes, y para sosegar el alboroto, que era cada vez mayor, D. Juan de Austria, llamando á los jefes, los reprendió con severas y ásperas palabras. Entonces el maestro de campo Manuel Carrafa, italiano,

é hijo natural del duque de Nochera, abogó por su nación en un elocuente discurso, y aunque el de Austria, ofendido de la libertad de sus palabras, le hizo prender después, sin embargo, movido por aquellas razones, prometió poner remedio en ello, y así lo hizo, informando cumplidamente del caso al Rey Católico.

Éste resolvió que en las marchas, los italianos llevasen siempre la retaguardia, y en la ordenanza de pelea el cuerno siniestro, quedando al arbitrio del General el socorrer, en caso de aprieto, aquella parte ó cuerno con gente de cualquiera nación, con lo que, conformándose aquéllos, tuvieron fin los altercados sobre preeminencia.





CAPÍTULO X.

PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1662).

Sitia D. Juan de Austria á Extremoz.—Consejos de Schomberg.—Simula el de Austria sus intentos, dirigiéndose á Lisboa.— Los generales Zúñiga y Carrafa asedian á Villabuey (Villa Boim).— Vergonzosa capitulación y cobardía de su Gobernador.— Discurso del Vicario de Villa Boim á D. Juan de Austria.— Dirígese D. Juan de Austria á Villaviçosa.— Conducta del de Austria con un mensajero portugués.— Escaramuza de la vanguardia con la caballería portuguesa.— Dificultades previstas y plan del austriaco para dar la batalla.— Acertados consejos del duque de San Germán.— Asedio de Borba.— Conducta del Gobernador con un emisario de D. Juan.— Desastroso fin de Acuña, después de su heroica defensa del castillo.— Severidad de D. Juan.



CERCÁBASE en tanto la primavera del año entrante, que fué el de 1662, con que españoles y portugueses se aprestaron á la nueva campaña. D. Juan de Austria salió de Badajoz con su ejército, com-

puesto de cerca de trece mil infantes y más de cinco mil caballos, entre los que se contaba mucha gente veterana, puesto que, así en jefes como en soldados, era casi el mismo ejército que hizo la campaña anterior. Pues como el intento del austriaco, al salir á esta campaña, fuese el de cercar á Extremoz, entendiéndolo el general portugués conde de Cantañeda, encerróse con su ejército dentro de los muros de aquella plaza. Entonces D. Juan, conociendo que con tal refuerzo no era fácil reducir por armas á Extremoz, trató de sacar de allí á Cantañeda, corriendo aquella tierra con su ejército, arrasando los campos y quemando los caseríos. Y por cierto que este estrago no pudo menos de irritar al enemigo, empeñándole á salir de los muros de la plaza.

Porque el conde de Schomberg, cuyo cargo en el ejército portugués era de Maese de campo general, impaciente á vista de aquel espectáculo de desolación, persuadió á Cantañeda que no convenía, manteniendo el ejército encerrado en la plaza, dar lugar á que le enflaqueciese el ocio y descanso, y, mostrando temor, añadir desmayo á los suyos y osadía á los contrarios.

Movido por tales razones y la autoridad de tan entendido Capitán como lo era Schomberg, Cantañeda sacó sus tropas de Extremoz, asentando el real á poca distancia, conciliando así los dos extremos, de no desamparar la plaza, ni mostrar flaqueza á vista del enemigo, como antes, poniéndose á cubierto de baluartes y muros.

D. Juan de Austria, vista la determinación del portugués, aún no creyó prudente acometer la plaza, sino que, prosiguiendo en sus talas y pillajes, se apartó, fingiendo tomar el camino que de allí conduce en derechura á Lisboa, lo que hizo creer al vulgo de los soldados que aparejaba empresa contra aquella capital, y por ello lo celebraron con grandes aclamaciones y regocijo. El mismo falso rumor llegó al campo enemigo, donde causó extraña confusión y sobresalto el imaginario peligro de Lisboa. Pero el de Austria, cuyos intentos eran diferentes, prosiguió en acrecentar el estrago de las campiñas cercanas, quemando las mieses y arrasando las alquerías, hasta que, recogido gran despojo, vino á asentar su campo junto á la Fuente, ya nombrada, de los Zapateros, lugar que, por lo ameno y abundante en aguas y

pastos, ofrecía gran comodidad al ejército, sobre todo en medio de lo árido y abrasado de todas aquellas comarcas.

Desde allí envió D. Juan á D. Diego Caballero con la mayor parte de la caballería y dos tercios además de infantería, el uno de españoles, con su maestro de campo D. Juan de Zúñiga, y de italianos el otro, bajo la mano de Manuel Carrafa, con orden de expugnar la plaza cercana de Villabuey (Villa Boim). Esta, aunque muy importante como plaza fuerte, todavía mirábase defendida con un baluarte levantado á manera de alcázar, y por lo demás era población rica por la fertilidad de sus campos y abundancia de ganado.

Pues como los nuestros, llegando prestamente, disparasen contra ella su artillería, tal fué el terror que se apoderó del ánimo del Gobernador, que era un capitán francés de linaje, que al punto trató ocultamente con D. Diego Caballero, que le entregaría la plaza con tal que se le permitiese disparar por espacio de una hora, sin pelotas, sus arcabuces y artillería; porque, con tal precaución, aquél francés quiso poner á cubierto su flaqueza ó cobardía, no se creyese que había entregado

antes de tiempo y sin extremo peligro la plaza cuya guarda se le había confiado. Nuestro General vino fácilmente en ello, y pasada la hora, el francés le hizo entrega de la plaza, saliendo de ella con la guarnición y los moradores.

Habíase opuesto á esta entrega tan precipitada el Vicario de Villabuey (Villa Boim); pero como la repentina entrada de los nuestros, que acudieron pasada la hora, según el convenio secreto con el Gobernador, le atajase en sus intentos de defensa, salió con temeraria osadía al encuentro de D. Juan de Austria, que se miraba rodeado de sus capitanes, y dirigiéndose á él, á grandes voces exclamó: « Si por traición ó cobarde flaqueza de un » francés hase perdido esta plaza, ni los portugueses son culpables de tal desmán, ni » hay gloria en vuestro fácil é inmerecido » vencimiento, porque, en verdad, no es bastante poderoso el ejército que acaudillas para » rendir una plaza como Villabuey (Villa » Boim)».

D. Juan no pudo menos de reir el arrogante apóstrofe de aquel portugués, y mandando que se retirase, prohibió que se le hiciese daño alguno, con que el predicador

marchóse mal de su grado, no sin excitar la hilaridad de todo el ejército.

Luego, para poner mayor espanto en los portugueses, mandó D. Juan allanar con gran priesa el castillo y arrasar enteramente la población. Hecho así, nuestro ejército levantó sus reales, y después de entretenerse algún tiempo en nuevas correrías y talas, al cabo D. Juan enderezó su marcha la vuelta de Villaviçosa. Á la mitad del camino se tomó un mensajero que el General portugués enviaba con cartas á los gobernadores de Jermenha y Elvas, encargándoles que estuviesen preparados para rechazar cualquier acometida de nuestro ejército, si llegase sobre alguna de aquellas plazas, y que confiasen en ser socorridos en semejante ocasión, pues él se miraba cerca de Extremoz, impaciente por venir á las manos con los enemigos; teniendo bajo sus órdenes un ejército de ocho mil infantes y cuatro mil caballos, además de nuevos y crecidos refuerzos que aguardaban de Lisboa.

D. Juan sospechó que tales cartas estaban escritas con doble intento; á saber: con el de animar á los defensores de aquellas plazas con pomposas aunque vanas promesas

de socorro, y, si por azar venían á caer en manos de los nuestros, intimidarlos, aparentando contar con grandes fuerzas. Por lo mismo, llamando á su presencia al mensajero, le dijo D. Juan que le perdonaba la vida, que, según derecho de guerra, debía perder como portador de tales avisos, á condición de que volviese al General portugués, declarándole de su parte, que pues así le amenazaba con la pelea, que no tardaría en venir contra él para cumplirle sus deseos.

D. Juan, aunque recelando que el enemigo esquivaría el entrar con él en batalla, para mostrarle, empero, cuánto despreciaba sus amenazas, volvió atrás en su camino, tomando el de Extremoz. Envió, pues, delante al Comisario de la caballería, Alejandro Carreras, con la vanguardia, y él, con el resto de las tropas y el bagaje, se vino más á espacio la vuelta del real enemigo. Con el escuadrón expedito de Carreras vino también á incorporarse la guardia de la persona de D. Juan de Austria, con su capitán D. Melchor Portocarrero. Pues como este escuadrón se adelantase hartó al resto del ejército, vino á dar con muchas compañías portuguesas de á caballo que habían salido de sus reales,

como queriendo dar principio al empeño campal.

Trabóse, pues, una recia escaramuza, en que Carreras, puesto que le diese mayor confianza la superioridad de su número, cargó poderosamente á los portugueses; y éstos, por el contrario, porque se veían más pocos, atendieron antes á evitar el riesgo, ya retrayéndose, ya avanzando, ya acometiendo al costado del enemigo, y peleando, en fin, flacamente y sin orden ni efecto. Pero los portugueses, después de fatigarse inútilmente por algún tiempo en aquella pelea floja y tumultaria, al cabo no pudieron evitar ser rodeados por nuestra caballería; aprieto grave, y que les costó el ser enteramente desbaratados, con pérdida de gran número entre muertos y heridos, hasta que, huyendo como pudieron, se recobraron los demás en las trincheras de sus reales.

Á esta sazón llegó el austriaco, y al punto, juntas y ordenadas las tropas, púsose á observar desde una altura el puesto y fortificación del campo enemigo y el número de sus tropas, por examinar si la ocasión era ventajosa para forzar al portugués á la pelea, dado que la excusase, ó bien acometerle den-

tro de sus mismas trincheras. Pero aunque, echando de ver que el real enemigo se hallaba muy bien defendido contra todo ataque, por lo aventajado de su situación y sus excelentes fortificaciones, todavía D. Juan, después de rota la caballería portuguesa, creyó que no era del caso retroceder á vista de tales dificultades.

Por lo mismo, resolvióse á provocar al enemigo, acometiéndole con grandes bríos en su campo, para de esta manera atraerle al combate en campaña rasa, ó bien, si se obstinaba en no salir, causarle el posible estrago; además de que esta flaqueza de los contrarios venía á dar á los nuestros indudable superioridad y cierta manera de victoria. Con tal designio, mandó combatir el real portugués con cuatro piezas de artillería asentadas en lugares ventajosos. Pero luego que vió que los portugueses, fiados en lo fuerte de sus reparos, que oponían harta defensa á nuestra artillería, estaban resueltos á defenderse allí sin salir al campo, consultó con sus capitanes si convendría forzar al portugués, reparado, como se hallaba, tan ventajosamente dentro de sus trincheras.

Y por cierto, que si esta resolución era por

extremo temeraria, no por ello dejó de ser aprobada por la mayor parte de los jefes y capitanes, cuyos propios alientos crecían al ver que el soldado pedía animosamente la pelea, incitado al par por la buena fortuna del suceso anterior y por la cobarde si prudente determinación con que el enemigo rehusaba salir al campo raso. Mas, al fin, el buen consejo del duque de San Germán fué parte para impedir la ejecución de aquel propósito, pues representó con buenas y fundadas razones, dictadas por su saber y experiencia, el grave riesgo con que se combatiría á un enemigo tan ventajosamente situado. Y como añadiese el viejo General que la ida de nuestro ejército, si útil, no sería tampoco sin gloria, puesto que el portugués, encerrado en sus fortificaciones, no sólo mostraba su temor y flaqueza, sino que proporcionaba á los nuestros la ventaja de poder correr impunemente las tierras enemigas, llevándolo todo á sangre y fuego, se resolvió que nuestras tropas, marchando, fuesen á acometer la plaza de Borba.

Esta población, aunque situada en una vasta llanura y ceñida de viejos y flacos muros, mirábase protegida por un fuerte casti-

llo, y contaba buen número de defensores, porque su Gobernador, viéndose en aquel peligro con escasa guarnición, hizo tomar las armas á muchos moradores.

Este Gobernador, puesto que fuese de natural animoso y obstinado, sin tener en cuenta lo insuficiente de sus fuerzas para sostener la plaza contra un ejército como el de Castilla, todavía resolvió aguardar la acometida de los nuestros, y defenderse hasta el último extremo. D. Juan de Austria, que ignoraba la arrogante presunción del portugués, le envió á decir con un trompeta que le entregase al punto la plaza con cuanto en ella había, porque á no hacerlo así, sin más dilación, entrándola por fuerza, usaría sin piedad alguna de los derechos de vencedor. El Acuña, con grande arrogancia, no sólo se negó á responder á aquellas proposiciones, sino que echó al trompeta injuriándole, y mandó que se disparase la arcabucería, contra todo derecho de guerra.

Irritado D. Juan con la insolencia del Gobernador y las afrentas que había hecho á su mensajero de paz, mandó que al punto todo el ejército diese el asalto contra la plaza, con gran ímpetu y priesa, sin cesar dél hasta

que fuese tomada. Hízose así, y Borba fué entrada en el primer asalto y combate, que fué por extremo recio y apretado, muriendo muchos de entrambas partes. Señoreada ya por los nuestros la población, el Gobernador recogióse al castillo con algunos pocos soldados que habían sobrevivido á aquella matanza. El austriaco al punto cercó con su ejército el castillo, levantó contra él baterías, y tan reciamente le combatió, que como nuestra artillería comenzase ya á derribar los muros el Acuña, consternado á vista de tan extremo peligro, hizo enarbolar en lo más alto del alcázar bandera blanca, en demostración de querer paz.

Al propio tiempo envió mensajeros á D. Juan, que llegando á su presencia con humilde rostro y desaliñado traje, imploraron rendidamente de su piedad que impusiese á los del castillo condiciones de entrega, ni afrentosas, ni de extremado rigor. El de Austria, sin deponer la severidad de su rostro, mantúvose inflexible á los ruegos y lágrimas de aquellos mensajeros, y diciendo ser ya tarde para la clemencia, declaró que la entrega había de hacerse á discreción, dejándolo todo á su albedrío.

Los portugueses, puesto que ya no les quedase otra esperanza de remedio, se entregaron con estas condiciones, y, según ellas, los soldados que estaban en el castillo fueron tomados prisioneros, y la población, después de haberse dado en saco al ejército, fué quemada y arrasada enteramente. Al gobernador Acuña y á otros dos capitanes, se les castigó con el último suplicio, en pena de haber violado los derechos de la guerra.





CAPÍTULO XI.

CONTINUACIÓN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1662).

Diríjese el ejército á Jeromenha. — Antecedentes históricos y estratégicos de Jeromenha. — Su gobernador Lobato Pinto. — Fuerzas de defensa, municiones de boca y guerra. — Ataques contra la plaza. — Aprestos para el asedio. — Distribución de las fuerzas de defensa. — Peligro en que puso su vida D. Juan de Austria. — Nuevos refuerzos de los sitiadores. — Logra entrar en la plaza el portugués Sequeira. — Son hechos prisioneros otros portugueses al intentar lo mismo. — Nuevas talas que Correa hizo por tierras de Elvas. — Ordénase el ataque el 25 de Mayo por la noche. — Carrafa y Alarcón al frente de italianos y castellanos. — Confusión de los españoles. — Fortuna y previsión de los italianos — Temerario valor del capitán D. Félix Pardo. — Renuévase la pelea al amanecer. — Nuevas trincheras.

Poco después D. Juan, concertado y resuelto ya su plan de campaña, determinó, dejando á Extremoz, partir al cerco de Jeromenha. Pues como en el camino marchase con su ejército en medio de la

noche por lugares ásperos y fragosos, miróse de repente brillar en el cielo una vivísima luz á modo de relámpago, que, mostrando á la gente la senda que debía seguir para no dar en las quiebras y precipicios, se tomó tal accidente por feliz pronóstico de la empresa que se intentaba.

Había, pues, entrado en la resolución de D. Juan de Austria el acometer la plaza de Jeromenha, así para abrir por aquella parte gran puerta al país enemigo, como porque, cifrando en ella gran confianza los portugueses, gastando en su fortificación no menos tiempo que dineros, su rendición había de mortificarles y abatir sus esperanzas. Jeromenha era población antiquísima y céltica, y que, por su asiento, debió tener importancia en todos tiempos. En los del rey D. Dionis fué sacada de ruínas, reparando su castillo, casi inexpugnable, y su recinto torreado no con menos de diez y seis torres y una superior y de mayor ámbito, que era el homenaje.

Aunque desde el levantamiento en 1640 los portugueses habían hecho gran cuenta de aquella plaza, todavía desde que los castellanos tomaron á Olivenza en 1657, pusieron más esmero en su fortificación y custodia,

antojándoseles no estar bien cubierto el país por aquella parte, sin embargo de la corriente del Guadiana, que por allí pasa ancho y profundo. No omitieron gasto ni diligencia, singularmente al ver que en 1658 nuestras tropas sitiaron á Elvas; de modo que Jeromenha, de poca importancia, creció á plaza real, y que podía competir con las mejores de Europa. Ciñéronla con cinco baluartes de gran capacidad, tres medios y dos enteros, con foso ancho y profundo, estacada y entrada cubierta; sin contar las obras exteriores, que no eran nada menos que una tenaza, bonete, un hornabeque y seis medias lunas.

Era gobernador de la plaza Manuel Lobato Pinto, acrecentado desde Teniente de Maese de campo general, poco tiempo había, á Maese de campo, que aguardaba el sitio con los bríos, si no con la presunción, de Gobernador que quiere justificar sus adelantos y conquistar nuevos merecimientos.

Contaba en el presidio con dos mil y doscientos infantes y un trozo de sesenta caballos, con el capitán Ambrosio Pereira de Barredo. La infantería se componía de novecientos hombres del tercio de Fernando de Mesquita Pimentel; doce compañías del tercio de Mon-

ra, con setecientos soldados; otras siete de auxiliares, con trescientos cincuenta, y otros doscientos y cincuenta, en cuatro compañías del tercio de Serpa.

La plaza se guarnecía con trece piezas de diversos calibres, una de hierro y doce de bronce, y el mayor gálibo era el de veinte y cuatro. Los pertrechos eran suficientes, pues en los almacenes se contaban más de seiscientos barriles de pólvora, doscientos cincuenta botes de balas de arcabucería y mosquete, tres mil granadas, muchas bombas y ollas de pólvora y dos mil alcancías de barro. Y en cuanto á víveres, había registradas mil quinientas fanegas de pan en trigo y harina, seiscientas arrobas de bizcocho, ciento veinte quintales de arroz, cantidad considerable de vino, aceite y legumbres, con otros menesteres en grande abundancia para la curación de heridos y enfermos.

El 17 de Mayo se principió el sitio, y ya el 18 las líneas se miraban en defensa por las partes de mayor importancia. Se abrieron tres ataques: uno por los españoles, en donde asistía D. Juan, mirando al Guadiana por la parte de Montaná; otro en la avenida de Elvas, confiado á los italianos, y el de los alema-

nes cercaba el recinto por la parte opuesta, acudiendo á la buena dirección y progreso de las obras el ingeniero francés Nicolao de Langres, que, como ya hemos visto, mandaba la artillería, bien que el mismo D. Juan asistía particularmente á los dos ataques de los italianos y de los españoles.

Se descargaron las municiones, se formaron almacenes debajo de tierra para mayor seguridad, y se remitió el carruaje á Badajoz para traer afustes y artillería gruesa, y de Olivenza se hizo traer el puente. La crecida del Guadiana retardó algún tanto las obras; pero, pasado el aluvión, los ataques se fueron acercando, y las tropas del ejército se dividieron y señalaron por cuartos en cada nación para hacer el servicio. Así, pues, el día 19 comenzó á jugar la artillería contra la plaza, arrojando bombas, disparándose otras piezas y trabucos, que uno de ellos, montado en el cerro llamado del Diablo, mató á dos hombres en el interior de la plaza, lo cual intimidó á los habitantes, pero de ningún modo á la guarnición.

El Gobernador dividió para la defensa su gente por la traza más útil, confiando los puestos, según su menor exposición ó mayor

peligro, á los tercios y compañías, tomando en cuenta su mayor ó menor pericia, y el ser tropa bisoña ó vieja. Por lo mismo, las cuatro compañías de Serpa, que eran como de milicia, quedaron en el recinto de la plaza; las del tercio de Monra, que eran doce, guarnecían las obras exteriores más cercanas á la muralla, mandadas por el capitán Pereira Jácome, por no haber en aquel tercio Maese de campo ni Sargento mayor: seis compañías del tercio de Fernando de Mesquita se encargaron de la defensa de la media luna que estaba detrás del bonete, con el sargento mayor Nicolás de Faria, encargándose la guarnición del bonete, con otras cuatro compañías del tercio de Mesquita, al sargento mayor Antonio Tabares de Peña.

La defensa de las estacadas se confió á D. Tomás de Estrada y Zúñiga, castellano por nacimiento, y que, encargándose del paraje más arriesgado, como que quería dar más segura fianza de la infame apostasía de su naturaleza. Los vecinos y sus mujeres, por miedo de las bombas, se salieron de la plaza y se alojaron en el foso del hornabeque, dejando despobladas las casas. Bravo peligro corrió D. Juan de Austria en este día, pues

una bala de la plaza llevó la cabeza á un condestable de artillería, que sirviendo una batería se miraba á su lado.

Al siguiente día llegó al ejército, en cuanto á víveres, un gran convoy, que D. Juan había proveído en Olivenza, con seis cañones de batir y quinientos infantes de escolta, y algún refuerzo más de gente, traído por D. Gabriel Laso de la Vega, conde de Puertollano y corregidor de Granada, que traía cuatrocientos soldados de los dos mil con que solía servir en semejantes trances aquel distrito.

En la plaza logró entrar por el río Guadiana Manuel Sequeira, que, teniendo á su cargo el fuerte de Gracia en Elvas, venía nombrado de enjunto del gobernador de Jeromenha por la mucha satisfacción que por su práctica y valor en él tenían los portugueses.

No fueron tan afortunados en su intento de introducirse en la plaza el Maese de campo Lorenzo Sousa de Meneses, un ingeniero alemán llamado Zambo Labuel, que había servido en nuestro ejército de Flandes, y un sargento llamado Manuel López, del tercio de Sousa. Sintiólos un soldado de á caballo de la compañía del capitán Francisco Díaz, que

guardaba ese punto, y como los sintiese, y diese la alarma, luego vinieron y se le rindieron prisioneros.

El Lorenzo Sousa de Meneses, caballero de la sangre principal de aquel reino, intentaba entrar en la plaza desde el puente de Olivenza en una barca, para gobernar su tercio que allí estaba, y era el de Monra. Por estos días D. Diego Correa, teniente general de la caballería, con varios trozos de ella, taló y devastó las campiñas de Elvas, una y otra vez volando algunas torrecillas ó atalayas de los portugueses, y quemando las quintas y casas de campo de las cercanías, hazañas por cierto de poca importancia.

Entre tanto, los de la plaza, por algunos barqueros que lograron introducirse en ella, tuvieron grandes alegrías, recibiendo cartas en que el General del ejército enemigo les prometía pronto y poderoso socorro, si bien les aguaba en parte esta esperanza el recuerdo de que algún tiempo antes, cuando el sitio de Olivenza, prometió con la misma seguridad socorro á los cercados, y no por ello pudieron excusar el rendirse á los castellanos.

Íbanse continuando los ataques con toda diligencia, hallándose ya los españoles á trein-

ta pasos de la entrada cubierta de la tenaza que atacaban, y los italianos á la misma ó poca menor distancia de cierta obra exterior de la otra tenaza á que se encaminaban. D. Juan de Austria se propuso que en la noche del día 25 quedasen alojados los de una y otra nación sobre el respaldo de una y otra entrada cubierta.

Para ello llamó á consejo á los Maeses de campo y al Ingeniero, y puesto que la operación ofrecía sobradas dificultades, todavía los cabos vinieron gustosos en la empresa, considerando la voluntad y el empeño que en ello tenía el austriaco, quien dió por escrito á cada cuál sus instrucciones. El ataque había de comenzarse por italianos y españoles á un tiempo, dándose por señal para él el estampido de dos cañones y una bomba.

D. Manuel Carrafa, que entraba en el ataque de los italianos, había de dirigir la facción por aquella parte; y por la de los españoles, el cuerno derecho lo guiaba D. Francisco de Alarcón, siguiéndole D. Fernando de Escovedo con su tercio, á éste con el suyo D. Juan Enríquez, y por último D. Francisco Tello de Portugal.

Se dispuso que los españoles enviasen de-

lante cuatro sargentos, el uno con treinta hombres y los otros con mangas de á cada veinte soldados, y en ellas seis habían de llevar granadas, seis con medias picas y los demás con bocas de fuego. Después habían de seguir seis con zapas, palas, espuestas y faginas, sosteniéndolos á todos dos capitanes con cincuenta hombres cada uno, yendo de retén otros cuatro, cada cual con su manga del mismo número, caminando después los cuatro Maeses de campo referidos, con el resto de la gente.

Hecha la señal á las doce de la noche, acometieron los españoles con sobrada bizarría para desalojar á los enemigos de los puestos que ocupaban, pero con harto desorden y completo olvido de las instrucciones que se les habían dado, y desoyendo las voces de los que los gobernaban; de modo que, mezclándose confusamente los señalados para el retén con los que llevaban la vanguardia, á pesar de los esfuerzos de los Maeses de campo y del mismo D. Juan, que allí se hallaba presente, se embarazaban unos á otros, recibiendo gran daño, sin atender á repararse y cubrirse.

Los italianos alcanzaron mejor logro en su

ataque, porque, dada la señal, y acometiendo con el valor que solía aquella nación, desalojaron de sus puestos á los enemigos, y recelosos de que estuviesen minados, se retiraron, para que volasen sin hacerles daño; y sucedió como lo imaginaron, y estallando los hornillos, volvieron á hacerse dueños del puesto y se fortificaron.

Menos afortunados los españoles, peleaban valientemente por fuera de la estacada, cayendo muchos muertos y heridos de una y otra parte; pero aunque se engrosaba mucho el enemigo por la parte del foso, no los podía desalojar, hasta que se valió del ardid de dar fuego á la estacada, prendiéndolo por el cuerno derecho con tal suma de artificios de fuego, que pusieron en claridad á todo el campo, barriendo la vista con ella á los más inmediatos de los nuestros. Allí cayó herido de un casco de granada en la cabeza D. Francisco Tello de Portugal, que pudo ser retirado; y como el fuego consumió toda la fagina arrimada, quedaron los españoles peleando á cuerpo descubierto. Tuvieron, pues, que venirse á sus puestos con harta pérdida; y como D. Francisco de Alarcón con su tercio se sostuviese por más tiempo, éste fué el

más descalabrado y de mayor pérdida, pues se llegó á pelear cuerpo á cuerpo con las picas y las espadas.

D. Francisco de Alarcón volvió á colocarse en la cabeza de su ataque, y se dobló allí con la gente que le quedaba, enviando á llamar para que se incorporase con el tercio un capitán de los suyos, que con valor temerario quería sustentar el puesto ganado á todo trance, sin querer retirarse. Este capitán valeroso era D. Félix Pardo, hijo del marqués de la Casta.

Rehechos ya los españoles en su ataque, solamente cuidaron de prepararse contra la salida que pudieran intentar los sitiados, si bien no osaron ejecutarla, por la mucha pérdida que también habían sufrido. Los nuestros perdieron nada menos que ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, siendo gran parte de ellos capitanes y oficiales reformados y otra gente de cuenta. Porque estos soldados veteranos, sin duda para guiar y endoctrinar á la gente de milicia y de nueva leva de aquellos tercios, se arriesgaban con sobrada temeridad.

D. Juan hallábase presente á toda esta facción, socorriendo aquella gente con dos-

cientos hombres de refresco, para volver á intentar de nuevo el ocupar la estacada. Pero cuando ya iba á sonar la señal de volver á la carga, llegó D. Melchor Portocarrero, capitán de su guardia, con orden de D. Juan para que se dejase el intento y se continuasen los trabajos del ataque. Y se resolvió dar tal contraorden, porque ya amanecía, y la gente se miraba tan fatigada, que pudiera temerse algún desmán.

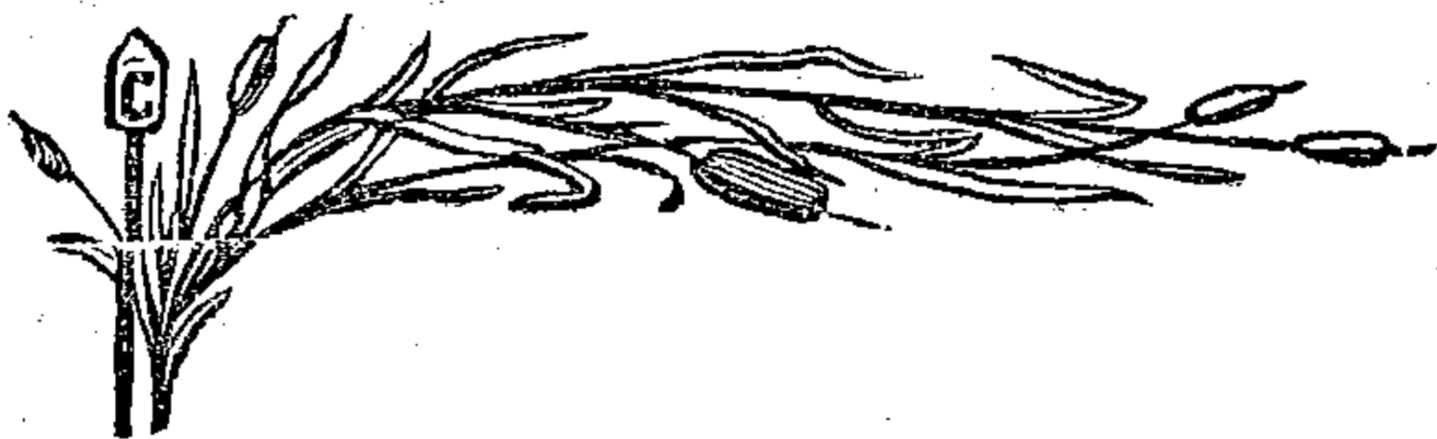
Los italianos, pues, como procedieron con mayor recato y mejor orden, tuvieron mejor dicha, pues estableciéndose en la entrada cubierta por la parte del bonete, pudieron ocupar puesto y fortificarse en él, con la pérdida sólo de tres muertos y siete heridos. Los sitiados, aunque hicieron volar otras muchas minas, fué mayor el que ellos sufrieron que no el daño causado á los nuestros, porque siendo el parapeto de tierra por la parte exterior y de piedra por dentro, el efecto era más pernicioso de esta parte, y por ello murieron más de cincuenta soldados.

Por la mañana descansó algo la gente, y se dieron treguas por una hora para retirar los muertos de una y otra parte, volviéndose á encender la pelea con mayor ahinco, espi-

rado que fué el término de la suspensión de armas. Los nuestros llegaron con sus aproches hasta la misma entrada cubierta y á la estacada, haciendo nuestra artillería gran daño en los sitiados, porque las balas, dando en las estacas, los pedazos y astillas les causaban gran daño, no dejándoles sosiego.

Los italianos, encontrando graves dificultades en su ataque, por oponérseles un bonete y un hornabeque antes de llegar al recinto de la plaza, dejaron sus trabajos á la mano siniestra, y abriendo otro ramal de trinchera, caminaban á incorporarse con el ataque de los alemanes, para entrambas naciones atacar un baluarte de la plaza, desnudo por aquella parte de obras exteriores.





CAPÍTULO XII.

CONTINUACIÓN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1662).

Nuevas baterías contra Jeromenha. — Encuentro del general Rivera con Mr. de Santa Coloma, y prisión de este último. — Da á conocer los planes de la duquesa de Braganza. — Levántase el fuerte de San Juan. — Previsión de D. Juan de Austria. — Continúan las devastaciones por la campiña. — Nueva división de las fuerzas de caballería. — Renuévanse los ataques contra la plaza. — Noticias del ejército portugués. — Recuento de fuerzas. — El usar los portugueses balas fuera de las condiciones de guerra, motiva un parlamento. — Durante él se reconoce la muralla. — Piden los castellanos ser los primeros en el ataque. — Heroismo de los cuerpos mandados por Enríquez, Escovedo, Alarcón y el conde de Puertollano. — Renuévanse los tercios. — Gánase la estrada cubierta y se fortifica. — Visita D. Juan los puestos ocupados por los españoles.

DL 27 de Mayo se descubrió otra batería contra la plaza, de tres piezas, en el ataque de los alemanes, y se puso un cañón en la batería de la otra parte del río. Pues como en este mismo día el comisario

general de la caballería, D. Juan de Rivera, anduviese recorriendo la campaña con cinco trozos de caballos, vino á tropezar con el teniente general Mr. de Santa Coloma, personaje de grande estimación entre los portugueses, francés de nación é Ingeniero muy entendido. Venía de Extremoz con doscientos caballos para reconocer nuestras líneas por parte del General enemigo, y considerar el paraje mejor para poder arrimarse á ellas. Y como tocando con nuestra caballería fuese cargado, quedó prisionero con ocho ó diez de los suyos, salvándose los demás por la oscuridad de la noche.

Este Ingeniero manifestó que los intentos del General portugués eran socorrer la plaza á todo trance, habiendo recibido para ello mandato expreso de la duquesa de Braganza; para reforzarse, se habían sacado las guarniciones de las plazas inmediatas, pudiendo así formar un grueso de diez ó doce mil infantes y tres mil quinientos caballos; que de Inglaterra llegaría, en toda la corriente del mes, la mitad del socorro estipulado de los dos mil infantes y mil caballos, y que para intentar el forzamiento del campo, sólo esperaba el portugués la vuelta del mismo Inge-

niero con el reconocimiento del terreno por la parte del pueblo de Sandreal y de Villaviciosa, que fué por donde vino. Con las noticias que dió el francés y por las avenidas de los parajes que había reconocido, se levantó para asegurar la línea un fuerte real, á quien se puso el nombre de San Juan, con cuatro baluartes y tres piezas de artillería, que señoreaban la campaña, con lo que se juzgó quedar defendido el paso por aquella parte.

D. Juan sospechaba, y no sin fundamento, que por el ataque de los italianos adonde habían logrado alojarse, los enemigos hubiesen minado el foso de entre la estacada. Pues para cerciorarse de ello, en este mismo día dió orden de que los italianos diesen arma muy viva, como si pretendiesen avanzar por aquella parte, traza que surtió muy buen efecto, porque, á la grito de nuestra gente, abandonó el enemigo aquel puesto, incorporándose con los suyos de la media luna, volando después los hornillos que habían preparado en el foso, sobre cuyos escombros, diligentes los italianos, acudieron al punto y se fortificaron. Ya por este tiempo la artillería de la plaza no ejecutaba daño de consideración sobre nuestra gente, que ya se

miraba bajo de sus tiros, fuera de que la mayor parte de sus artilleros eran ya muertos en los azares del sitio.

Al siguiente día, varios trozos nuestros de caballos volvieron á la enojosa tarea de devastar el país enemigo hasta la vista de Elvas; y como se tuviese noticia ya de la incorporación de tropas de los portugueses, ordenó el Austriaco que de los setenta y dos trozos de que se componía nuestra caballería, treinta y seis, formando un solo cuerpo, ocupasen el costado derecho por la parte de la venida probable de los portugueses, y que los otros treinta y seis se interpolasen entre los escuadrones de los infantes.

Desde entonces se avivó el fuego sobre la plaza, echando cantidad de bombas, granadas y otros artificios de fuego; y como se tratase de arrimar una manta por aquella parte de los muros que más trabajada se miraba de nuestra artillería, fué quemada con los fuegos que llovían desde la plaza, por lo cual se comenzó cierta mina, que, partiendo desde la estacada, desembocase en el foso, para volar el baluarte.

Andando en estas trazas, llegó á entender D. Juan por sus espías que mantenía en el campo portugués, que éste, dejando á Extremoz,

había hecho frente de banderas en el sitio llamado de los Arcos, publicando venir al socorro de Jeromenha, y que, por la muestra pasada, contaba con doce mil infantes y tres mil y quinientos caballos. Los corredores y tropillas de descubierta se aumentaron con tal noticia, preparándose D. Juan para una gentil y bizarra oposición, si los enemigos osaban acometer nuestras líneas.

Habiéndoseles hecho entender á los Maestres de campo, así españoles como italianos, y á los Coroneles de alemanes, que diesen relación jurada y cierta de la gente de pelea con que contaban, fuera de los oficiales, se halló que en los diez tercios de españoles y uno de irlandeses, había cinco mil ciento sesenta soldados, mil quinientos sesenta y cinco en cuatro tercios de italianos, y en cuatro regimientos de alemanes mil cuatrocientos sesenta y uno, que todos sumaban ocho mil ciento ochenta y seis hombres.

Y es del caso hacer notar aquí de nuevo lo escasos de fuerzas que se encontraban estos tercios y regimientos, señal cierta de la deserción que sufrían, del descuido con que entraban en campaña tan importante, ó lo desbaratados que venían desde Italia y desde

Cataluña. Recelándose acaso el que los enemigos hicieran ejecutar alguna diversión, invadiendo nuestras fronteras, dispuso D. Juan que el comisario general de la caballería, don Alejandro Morera, se metiese en Badajoz con cinco batallones crecidos de su trozo de caballos, pero con orden tal, que si viese al enemigo dirigirse sobre nuestras líneas, se recogiese á ellas, para incorporarse con el resto de la caballería.

Los portugueses, para penetrar nuestros intentos y tomar lenguas de los trabajos y operaciones, no cesaban de enviar trompetas con achaque de auxiliar á la gente principal y soldados que se miraban prisioneros en nuestro campo, con que D. Juan, adivinando la traza, los hizo sacar de él y llevarlos á Sevilla.

Los desertores de la plaza estaban conformes en manifestar la angustia y desmayo que allí reinaba, pues reducida la guarnición por los rigores del sitio, y no teniendo esperanzas de ser socorridos, no era flaqueza el rendirse, ya que, provocado el General portugués en Extremoz por nuestro ejército, no había osado venir á batalla, señal cierta de no poder sostener el campo. El gobernador

portugués, Lobato Pinto, rehusaba, sin embargo, dar oídos á tales peticiones, bien que su valor no igualase á su terquedad; pues, por librarse del fuego y de las bombas, vivía sepultado en uno como nicho que se había hecho cavar debajo de tierra.

Con recelo estaba nuestro campo, porque en toda la noche del 30 de Mayo no hizo disparo la artillería de la plaza, por donde se sospechaba que, teniendo minado todo el foso, aguardaban hacer un gran destrozo en nuestro ejército si eran acometidos.

Para reconocer los designios del enemigo, los Maeses de campo á quienes aquella noche les tocó el cuarto, que fueron D. Francisco de Alarcón, D. Fernando de Escovedo, el conde de Puertollano y D. Juan Enríquez, dispusieron que al amanecer del 31 se diese arma muy viva á los de la plaza, y que cinco soldados se lanzasen en el foso para reconocerle, creyendo que á tal alboroto, si las hubiese, atacarían fuego á las minas. Todo iba ya á ponerse en ejecución, cuando llegó orden de D. Juan para que nada se hiciese.

Y fué el caso que, visitando el ataque de los alemanes, le pusieron á la vista tres ma-

neras de batería, con que disparaban de la plaza, todas ellas reprobadas por los buenos usos de la guerra. Porque una bala se miraba besada con clavo, otra con tres picos, triangular, y otra prolongada á modo de dado. Hizo luego llamada el Teniente de Maese de campo general, que lo era D. Juan de la Barrera, haciendo entender al Gobernador no usase de aquellos géneros de balas, por no ser admitidos en los buenos usos de la guerra, porque, á proseguir en ellos, se les negarían capitulaciones, y les faltaría el cuartel que en tales ocasiones se permite.

El Gobernador negó valerse de balas enramadas, y que el usar de las cuarteladas tenía por causa el haberse concluído las de arcabuz, viéndose forzado á cortar las de mosquete, por haber muchas de esta clase. El Gobernador, con su jactancia natural, añadió que en lo del cuartel no lo necesitaba por entonces. Y como el Teniente de Maese de campo general quisiese replicar, para dilatar la conversación y poder mejor observar y revisar la muralla, se le notificó de la plaza que se retirase, porque si él tenía gana de coloquios, á ellos no les asistían ganas de hablar.

Pero en el breve espacio que duró esta pláti-

ca, reconoció el Ingeniero que guiaba el ataque de los españoles, la parte por donde se podía dar la acometida para tener buen suceso; con lo que los Maeses de campo dieron aviso al Austriaco, suplicándole les concediese el poder acometer á la entrada cubiérta en lo más claro del día y á pecho descubierto, porque si á ellos les había tocado la desgracia de no haber podido subsistir en el puesto que allí habían ocupado, era razón volver por el crédito de la nación española con alguna acción de gentileza y bizarría.

Y como D. Juan de Austria, valiente por su persona, no fuese el menos interesado en las glorias de los españoles, calificando por honroso el desquite que se deseaba, vino en ello, ordenando fuese el avance á la gallarda, á cuerpo descubierto y á las doce del día. Y si tal acción pocas veces fué vista, condenándola muchos por temeraria, todavía merece aplauso la concesión del Austriaco, para que el desquite alcanzase mayor realce y quedase más satisfecha la arrogancia española.

Los Maeses de campo agradecieron la fineza, y disponiendo su gente, dieron principio á la acometida entre las doce y la una del día. Á los maeses de campo D. Juan Enríquez y

D. Fernando de Escovedo, con su gente, tocó acometer por el cuerno derecho de la tenaza, y por el izquierdo con la suya D. Francisco de Alarcón y el conde de Puertollano, siendo de admirar el esfuerzo y bizarría con que marchaban adelante los españoles entre las balas y artificios de fuego con que los recibía el enemigo.

Y porque aquella gloria la ganasen sólo los españoles, el resto del campo estúvose atendiendo al suceso, sin que las demás naciones tocasen arma por sus ataques. D. Francisco de Alarcón, á quien tocó el puesto más avanzado, envió contra los enemigos delante á dos sargentos con cinco hombres cada cuál; pero como fuesen muertos, tornó á enviar al capitán D. Juan de Espinar, á quien cupo la misma suerte, y tras ellos otros dos capitanes, llamados Melchor de Escamilla y D. Sebastián de Oca, que fueron heridos, puesto que por aquella parte estaba el grueso de los contrarios.

Pero el Alarcón, sin desmayar por ello, llegóse esforzadamente á ocupar su puesto, donde se miró en gran riesgo, porque los enemigos, volando un hornillo que habían hecho en aquella parte, le cargaron poderosamente.

Con este ímpetu, Alarcón fué por de pronto rechazado; pero volviendo luego á la carga con mayores bríos, al cabo de cuatro horas de obstinada pelea, desalojó á los portugueses de la estrada cubierta, fortificándose en la punta de la tenaza, hecho notable por el valor y arrojo de nuestros españoles, que fué tanto, que casi rayó en la temeridad, por lo que se contaron hasta el número de cuarenta los jefes y soldados que fueron muertos ó heridos¹.

En tanto, los demás Maeses de campo acometían al enemigo, cada uno por la parte que le había sido señalada. Por la de D. Juan Enríquez, los portugueses volaron dos hornillos, que no hicieron gran daño, por hallar cubiertos á los nuestros; pero quedaron heridos el sargento mayor D. Bernardino Murillo, su Alférez, el capitán reformado D. Gabriel de Ojeda, y otros.

Todas estas acometidas fueron rechazadas fuertemente por los contrarios, forzando á

¹ Los oficiales muertos fuera de los dichos, fueron D. Justiniano de Roca, capitán, y seis Alféreces, todos reformados; los heridos, D. Vicente de Alagón y D. Tomás de Cabanillas, hijo aquél del marqués de Villazor, y éste del conde del Casal, con tres Alféreces reformados.

la mayor parte de nuestra gente á retraerse á la cabeza de su ataque; todavía, sin embargo, los españoles quedaron señoreando dos puestos en lo alto del espaldo de la tenaza.

D. Juan honró y elogió mucho á estos Maeses de campo por su valor y bizarría en el avance, y dispuso que aquella misma tarde entrasen de refresco otros Maeses de campo con sus tercios, y fueron D. Lope de Abreu, D. Rodrigo Mogica y el tercio de D. Álvaro de Luna, quien á la sazón se hallaba enfermo. Adelantáronse éstos con la misma gallarda resolución, avanzando más; pero como los enemigos, sin osar sostenerla por más tiempo, habían desamparado la tenaza, nuestros españoles, enviando primero un sargento con diez hombres á reconocer el foso, y no hallando ninguno que la guardase, no dudaron ocupar la tenaza.

Todavía quedaban allí ocultos en una cortadura hasta veinte hombres, que si bien quisieron resistir, á la primera carga de los nuestros desampararon también el lugar. Conque, ganada en breve rato la estrada cubierta, y aplicándose escalas á los baluartes inmediatos, que se ganaron á pocos esfuerzos, nuestra gente entró sin resistencia por

los portillos que había comenzado á abrir la artillería, alojándose en dos medios baluartes.

Al propio tiempo ocuparon dos cortaduras que tenían los enemigos en la estrada cubierta de la mano izquierda, y otra sobre la derecha, que bajaba hasta la orilla del río, por cuyo medio, no solamente se aseguraba más la defensa del socorro que el enemigo pudiera intentar por aquella parte, sino también se les impedía el bajar por agua al río, que, si no era de noche, osaban pocos intentarlo.

D. Juan de Austria, luego que los Maeses de campo le dieron parte de haberse ganado la estrada cubierta, les ordenó que se fortificasen en ella, aunque no sin examinar si por acaso estaban minadas sus fortificaciones. Y aunque en esto no pudo tenerse entera seguridad, todavía el de Austria, ó despreciando el peligro, si le había, ó queriendo desechar todo temor del ánimo del soldado, se fué luego á la tenaza, y visitó los puestos ocupados por los españoles con gran contento, por mirar vencido uno de los mayores obstáculos que se oponían á la toma de la plaza.





CAPÍTULO XIII.

FIN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA.

Continuación del sitio de Jeromenha. — Rivalizan en valor los alemanes, italianos y españoles. — Salida de los sitiados. — Aparición del ejército portugués en el cerro de Malpica. — Apurada situación del ejército sitiador. — Ventajosa posición del portugués. — El valor de un soldado facilita la comunicación entre los portugueses. — Los alardes del ejército portugués no impiden continuar el sitio. — Fingida retirada de los portugueses. — Mensaje de D. Juan de Austria al gobernador Lobato. — Anuncia el general portugués D. Luís de Meneses al gobernador Lobato su propósito de embestir á nuestro ejército. — Retirada del ejército portugués. — Escaramuzas con nuestras vanguardias, mandadas por D. Juan de Ayala. — Carta del General portugués al Gobernador, recomendándole sacase el mejor partido, caso de capitular. — Intimación de D. Juan de Austria. — Inadmisibles condiciones propuestas por Lobato. — Capitulaciones aceptadas por D. Juan de Austria. — Abandonan sus hogares los moradores de los pueblos cercanos. — Consideraciones sobre el sitio de Jeromenha. — Reparadas las defensas es nombrado gobernador D. Fernando de Escovedo. — Emprende nuevamente las operaciones, dirigiéndose otra vez á Villaviçosa. — Toma de Villa Boim. — Tala los campos. — Toma de las villas y lugares de Monforte, Crato, Alter Pedroso y Assumar. — Da por terminada la campaña en 11 de Julio. — Flojedad de ánimo de los españoles. — Juicio de esta conducta del de Austria. — Funestas consecuencias para las campañas sucesivas de las condiciones del ejército y de tan larga suspensión.

EN la mañana del día 2 de Junio los alemanes, con honrosa emulación, desamparando su ataque, por no estar sus trabajos tan adelantados como quisie-

ran, acometieron á cuerpo descubierto la estrada cubierta que frente á ellos se miraba.

Los portugueses defendieron aquel puesto por espacio de más de dos horas, en que rechazaron á los alemanes por tres veces; pero, merced casi al valor increíble con que estos pelearon y al socorro que les dieron oportunamente las otras naciones, acudiendo los italianos que se miraban cerca desde sus líneas, y los españoles desde dentro de la estrada, consiguieron al fin desalojar á los portugueses, fortificándose en aquella parte de la estrada cubierta.

Los italianos, por su parte, adelantando los trabajos de su ataque, señorearon las cortaduras que el enemigo tenía en la tenaza que frente á ellos se miraba. Todas estas operaciones ejecutáronse sin pérdida considerable de los nuestros, puesto ser grande la cantidad de hornillos que los portugueses volaron bajo sus pies. Lo que más se sintió fué la muerte de un Ingeniero de los que habían venido de Milán, que con otros seis ú ocho pereció lastimosamente, heridos todos por los cascos de una de nuestras bombas.

Pues como los españoles se mirasen ya fortificados en la estrada, fueron luego sacan-

do ramales de trinchera contra la plaza, bariendo el camino cubierto para desembocar en el foso á la punta de un baluarte. Y como en aquella tarde entrasen á mudar los ataques los maeses de campo D. Baltasar de Urbino y D. Dionisio Omalum, del tercio de los irlandeses, considerando los sitiados cuánto les importaba recobrar las fortificaciones perdidas y poner oposición á los progresos del D. Baltasar, ejecutaron una recia salida, intentando desalojar á nuestra gente. Pero ella, considerando como de menor arrogancia la sola resistencia, salieron á recibir á los portugueses arriscadamente, y los embistieron con tanto valor, que, después de pelear por largo rato, los forzaron á volver la espalda, encerrándolos en la plaza, é hiriendo y matando.

El ejército enemigo, que hasta allí habíase mantenido á razonable distancia, ya engrosado con los sócorros y guarniciones que se le incorporaron, apareció al fin á la presencia del nuestro en la tarde del 2 de Junio, acampándose á legua y media de nuestras líneas, en los cerros que llaman de Malpica.

Los de la plaza levantaron grandes fuegos é hicieron repetidas señas, si aquéllos en

muestras de alegría por lo cercano del socorro, éstas por demostración de hallarse en los últimos trances de la defensa. El ejército portugués, teniendo por delante el río Mures, y haciendo frente á nuestras líneas, respondía con salvas de siete piezas de artillería para animarlos. Si la aparición de aquel ejército era suficiente ocasión para dar cuidado á nuestras tropas desmembradas por los trozos de caballería que habían ido á cubrir á Talavera, Montijo y Badajoz, por temor de alguna diversión enemiga, aquellas salvas y señales dieron mayor motivo de recelo, y así todo se dispuso á punto de pelear.

Á pesar de la presencia del enemigo, al siguiente día, que se contaba 2 de Junio, llegó á nuestro campo gran convoy con víveres para veinte días, que el cuidado de D. Juan había mandado prevenir. El ejército de socorro se acercó hasta el sitio llamado del Berrocal; y como de la plaza, al anochecer, encendiesen un hacha por señal, de allí hicieron respuesta con dos cargas de mosquetes y cuatro piezas de artillería.

Al siguiente día por la mañana se puso el enemigo sobre nuestras líneas, acampándose en unas colinas, por traza tal, que, dando la

retaguardia á Elvas y la derecha á Villaviçosa, venía con su izquierda á buscar apoyo en el Guadiana, manteniéndose siempre cubierto por vanguardia con la ribera de Mures. Hizo alto como á tiro de cañón, procurando luego abrigarse de carruaje por un costado y trabajando toda la noche para fortificarse por el frente. Asestada al punto su artillería, comenzó á jugarla contra nuestras líneas, respondiendo vivamente la nuestra, con que se tuvo por cierto, al ver tal resolución, que el ejército portugués no dejaría de embestir.

El día se pasó en escaramuzas de una y otra parte. Á pesar del cuidado y de los centinelas de los nuestros, no podía excusarse del todo al todo la comunicación de la plaza con las afueras, y así, un soldado animoso, arrojándose de la plaza, bajó al río, haciendo señales con un pañuelo, con lo que acudieron dos jinetes del ejército portugués y le entregaron una carta del General para el Gobernador. En ella le inspiraba los mayores ánimos, asegurándole que con aquel hermoso ejército que traía, de diez y siete mil infantes, cinco mil caballos y veinte piezas de artillería, que lo había de socorrer ó perderse en la demanda.

Pero se vió que si sus palabras eran animosas, en las obras andaba más recatado, pues llegada la mañana, se entretuvo en fortificarse y en hacer salvas, como si se despidiese de la plaza; y aunque por la madrugada había dado arma muy viva y de gran ruido, como su intento no era empeñarse seriamente con la recia carga que le dieron nuestros soldados desmontados, hubo de retirarse.

Y no se descansaba en los trabajos del sitio, porque mientras esto pasaba en las líneas, por el ataque de los italianos se intentó caminar al centro de un baluarte, y habiendo desembocado el foso, se arrimaron con galerías á picar en la muralla, con que en defensa cargaron los sitiados tan reciamente con cuanta gente útil les quedaba, que, arrojando sobre los alemanes gran cantidad de granadas y artificios de fuego, abrasaron las galerías, con muerte de algunos minadores y no sin quemar á algunos soldados alemanes, con que se vieron obligados á retirarse á los reparos que habían levantado en la estrada cubierta.

Los sitiados se miraban estrechados día por día, pues los ataques avanzaban tanto,

que ya los españoles picaban en la muralla; los alemanes estaban á punto de hacerlo, y los italianos iban arrimándose, aunque trabajosamente, pues la peña viva que encontraron en su viaje le embarazaba sus trabajos. Por los soldados que del enemigo se vieron á rendir aquella tarde, entendió el de Austria que la infantería que traía era de mala calidad y forzada, y que, sin ánimo de pelear, había hecho alto sólo con el intento de que la plaza sacase mejores capítulos en la rendición, y con ello hubo en adelante menos cuidado en nuestro campo.

Sin embargo, al siguiente día, que era el 5 de Junio, se entendió que el enemigo quería introducir el socorro por la parte del río, puesto que se alcanzó á ver á un soldado que del castillo salió por aquella parte, guiando hacia el ejército portugués. Con esto, D. Diego Caballero, con siete trozos de caballos, y D. Alejandro Morera, que, según las instrucciones apuntadas más arriba, había regresado de Badajoz con sus jinetes la anterior noche, tomaron á su cargo el hacer guarda por aquella parte, con que el enemigo se vió frustrado de conseguir lo que quería, mudando siempre de puesto, pues la artille-

ría nuestra les incomodaba mucho dentro de sus líneas, habiéndole muerto muchos hombres y caballos en aquel día.

Hizo, pues, el portugués demostración de retirarse, abatiendo sus tiendas por la mañana, marchando la vuelta de Villaviçosa, con el bagaje al cóstado derecho, siempre seguido de nuestra caballería, que le picaba la retaguardia. Pero de pronto, torciendo su vanguardia el paso sobre su costado izquierdo, volvió á presentar su frente contra nuestras líneas, y, adelantando sus guardias, dió muestras de querer hacer fagina, y colocando en tres collados eminentes tres piezas de artillería, comenzó á disparar á nuestro ejército.

El de Austria tuvo por bien el hacer llamada á la plaza en este tiempo para comunicar con el Gobernador, y no es dable presumir qué intento se llevase en este paso inútil, vista la entereza del Gobernador, sino es que, con pretexto de tal plática, practicar otro reconocimiento sobre el recinto, pues si con tal desabrimiento había respondido Lobato Pinto cuando no tenía presente el socorro, ahora que tan cerca lo veía, mal pudiera esperarse otra determinación, sos-

tenido á un tiempo por la presencia de su General y por su vanidad lisonjeada.

Así, pues, no fué de extrañar que dijese al Comisario general Morera, que llevaba cierto papel del de Austria, que por su voluntad no lo podía aceptar, estando á la vista de un ejército tan crecido y bajo la autoridad de su General; que D. Juan se lo hiciese entender á éste, y que con su mandato recibiría y leería el papel. Con tal negativa, no se pensó más que en volver á las armas.

Al día siguiente, 6, todavía mudó de puesto el ejército portugués por cima de las colinas que antes ocupaba, pero siempre haciendo frente con su campo á nuestras líneas. El bagaje lo encaminó por los barrancos, que por ser tan ásperos y defendidos por buenas mangas de mosqueteros, inutilizaron los esfuerzos de D. Diego Caballero, que, con nuestra caballería, trató de picarles la retaguardia.

Á esta sazón, el General portugués envió á decir al Gobernador de la plaza, que el día 8 del mismo mes, por la madrugada, día de la festividad del Corpus, vendría con su ejército á embestir en las líneas de los nuestros, encargándole que tuviese mil hom-

bres prevenidos y apostados para avanzar contra los ataques de los españoles al propio tiempo; promesas éstas que sólo tenían por objeto el ganar tiempo, y en que ya nadie confiaba si no era el mismo Lobato Pinto, quien, lleno de una vana alegría, ya se figuraba recibido el socorro y levantado el cerco. Pero ni el general portugués Antonio Luís de Meneses se hallaba con fuerzas bastantes para intentarlo, ni el estado de la plaza le permitía aguardar por mucho tiempo el socorro, pues si bien no faltaban víveres, las bajas de la guarnición eran considerables habiendo quedado fuera de combate hasta ochocientos hombres, mitad muertos y mitad heridos, entre ellos los mejores cabos de la guarnición, además del estrago que habían sufrido las fortificaciones.

Y ello fué que Meneses, después de alentar á los sitiados con aquellas vanas esperanzas de auxilio, ó porque conoció no ser sus fuerzas suficientes para venir á las manos con los nuestros, ó siendo menos animosa su última resolución que sus primeros pensamientos, y creyendo haber cumplido con el gobierno de Lisboa en haberse presentado ante nuestras líneas, determinó retirarse. Así,

pues, comenzó á moverse en retirada, emprendiéndola ciertamente por parajes tan acomodados á su intento, que su retaguardia pudo ponerse en salvo con poco descalabro.

Algunas compañías de su caballería, en que se contaba la de D. Juan Mascareñas, General de ella, quisieron cargar á la que guiaba D. Juan de Ayala, que iba de vanguardia, y trabándose una recia escaramuza, en la que pagó bien caro el enemigo su acometimiento, pues perdió treinta caballos, llevó muchos heridos, quedando muertos tres capitanes, uno de ellos de señalada estimación.

El enemigo hizo alto y noche á legua y media de nuestro campo, si llevando miedo, como se jactaban los nuestros, con tan buen orden, que ninguna ó poca mella sufrieron en su retirada. Aunque se tenía por cierto que aquella noche se volarían nuestras minas para aportillar alguna parte de la muralla, hubo de suspenderse el efecto.

Cuando ya era notoria en la plaza la retirada del Meneses, cierto soldado, enviado por éste á esguazar el río, entró en la plaza con carta para el Gobernador, en que así le decía: «La pasada noche recorrí las líneas del enemigo, con intento, si términos hubiese, de

» embestirlas, y hallo por imposible el soco-
» rrer la plaza. Así, susténtese lo que pueda,
» pelee como soldado, y entregue la plaza con
» el mayor crédito de las armas portuguesas
» y cual conviene á la honra suya.» Sintióse
mucho el Gobernador, llamó á consejo á los
demás cabos de la plaza, y aún proponía el
que se escribiese y replicase al Meneses; pero
puesto el caso á votación, decidieron que no
convenía; y las fatigas y el cansancio se trocó
en desmayo y desaliento. En tanto, el ejér-
cito portugués fué la vuelta de la Casa fuerte
que era camino de Villaviçosa, dejando al-
guna infantería y caballos sobre ciertas coli-
nas cubriendo la retirada.

Los nuestros cargaron, y como esta infan-
tería se adelantase para recibirlos hasta me-
dia ladera, se trabó una fuerte escaramuza,
que, con pérdida y mejora de terreno por en-
trambas partes, duró mucho tiempo. Don
Diego Caballero, que desde las líneas obser-
vaba el lance, dispuso que saliese alguna in-
fantería para refrescar la pelea, sostenida por
una manga de mosqueteros. Llegaron á tan
buen tiempo, que los contrarios venían ce-
bándose en los nuestros; con que, cogiéndo-
les á boca de mosquete, les dieron tres cargas,

que se retiraron desbaratados, dejando muchos muertos y prisioneros.

El ejército portugués, abandonando el campo, dejó á la plaza entregada á su suerte. Por lo mismo el de Austria, que quería asir la ocasión, importándole mucho señorear aquel puesto, que le abría el país enemigo por aquella parte, el siguiente día, que era la festividad del Señor, hizo llamada á la plaza con el Teniente de Maese de campo general D. Juan de la Barrera, que llevaba un papel para el Gobernador. Éste lo hizo tomar con una pica desde la muralla, por estar cerrada á mampuesto la puerta, y, leída, se hallaron estas razones: « Que el ejército de socorro había desaparecido; que la plaza no podía sostenerse en buena ley; que si se entregaba, se le harían buenos partidos; de donde no, se volvería á las armas, pero con advertencia que no se le admitiría llamada después, aunque la hiciera, sufriendo todos los rigores de la guerra.»

El Gobernador respondió que caso tan importante exigía consejo con los demás cabos, y que, por lo tanto, pedía plazo hasta la una de aquel día, para resolver. D. Juan se allanó á ello, y una hora antes de cumplirse, vino

al campo el sargento mayor Antonio Tabares de Peña, para ajustar las capitulaciones, entrando en la plaza por rehenes D. Miguel de Navas, sargento mayor del tercio de D. Francisco de Guzmán.

Por la condición y vanidad que ya reconocemos en Lobato Pinto, puede adivinarse la exageración con que propondría sus capítulos de rendición. Pedía que la entrega se dilatase por ocho días, y que en este tiempo habían de salir dos diputados al General portugués para darle aviso, y que con la negativa de socorro entregaría la plaza el 16 de Junio al castellano, sin obligación de presentar las cartas ó paquetes que llevasen.

Que la guarnición toda entera saldría con bala en boca, mecha encendida y con dos piezas de á veinticuatro, con dos barriles de municiones por delante, tres balas del dicho calibre, tres artilleros al pie de ellas, y botafuego aparejado.

Que se habían de aprontar cien carros y bagajes para los capitanes, enfermos y heridos, ó llevarlos cargados á toda voluntad.

Que los moradores serían libres en personas y haciendas, si quedaban en la plaza, y los que quisiesen internarse en Portugal, po-

drían llevar sus bienes, teniendo para ello quince días de término, franqueándoles carruaje al efecto.

Que el trigo que quedaba en la plaza sería á cargo del ejército castellano, pues el portugués sólo pagaría á los asentistas la parte consumida.

Que el día 16 habían de encaminarse todos en derechura á Villaviçosa, soldados, moradores y extranjeros, devolviéndose en aquel mismo día los carros y bagajes, nombrándose por el de Austria cabos de confianza para la ejecución de lo ajustado.

En plaza así abandonada por el ejército de socorro y en situación tan estrecha, era sin razón pedir la marcha libre de la guarnición y el cargo de los víveres á los castellanos. Por lo mismo, D. Juan hizo entender al Gobernador que en el mismo día había de entregarse la plaza, pues de otra manera no se oiría nueva llamada, ni se les daría cuartel. El Gobernador, viendo la firme resolución de D. Juan, quiso aprovecharse de las gracias que ofreció conceder, y eran las siguientes:

Que la guarnición de la plaza saliese al día siguiente, nueve de Junio, con todo honor de guerra, sin permitir que sufriese injuria

ni afrenta alguna, salvo que no habían de gozar de tal inmunidad los desertores del ejército castellano, y que los naturales y extranjeros que quisiesen quedarse al servicio, pudiesen hacerlo.

Que el Gobernador, cinco aventureros franceses que militaban en la plaza, y todos los oficiales portugueses, pudieran ir en derecha á Villaviçosa, llevando consigo una pieza de artillería de á veinticuatro, con sus municiones.

Que todos los enfermos y heridos pudieran irse también á Villaviçosa con los moradores que quisiesen desamparar la tierra, franqueándoseles carros y bagajes para ello, y en cuanto á los moradores que quedasen, fueran libres en sus personas y gozaran de sus haciendas.

Que también pudieran irse con el mismo destino los treinta y dos caballos que estaban de puesto en la plaza.

Que la gente de auxiliares, esto es, soldados que no eran de paga, que, recogióndoseles las armas, serían conducidos á Badajoz y se les dejaría después ir á sus casas, dando el Gobernador lista de los nombres, sin engaño.

Que el resto de la guarnición había de

quedar como prisionera en la provincia de Extremadura, hasta fin de Octubre de aquel año, repartida por esta forma :

Que el tercio de Monra y Serpa había de ir al partido de Fregenal, y el de Fernando de Mesquita al ducado de Feria.

Que los vasos de plata de las iglesias se recibirían por inventario.

Que todas las municiones, artillería y pertrechos de guerra y el grano que hubiese por cuenta de la guarnición ó de los asentistas, se habían de entregar á los oficiales de Hacienda del ejército español, también por inventario.

Que habían de declararse todas las minas hechas ó comenzadas.

Y, últimamente, que sin dilación y en el punto habían de entregarse todas las puertas y surtidas que estuviesen abiertas, para que las ocupase la gente castellana, y también toda la estrada cubierta.

Firmados estos capítulos, al siguiente día, 10, saliendo la guarnición por en medio de nuestro ejército, que para ello formó plaza de armas, haciendo los rendidos su acatamiento y reverencia á D. Juan de Austria, que á todos hizo rostro agradable y buena

cortesía , cada parte de la antigua guarnición se encaminó para su destino; el Gobernador, los oficiales , los enfermos , heridos y parte de los moradores, para Villaviçosa ; los auxiliares, para Badajoz, y los soldados de paga, para los cuarteles que se les habían señalado en Extremadura , durmiendo aquella noche del lado allá del puente , para Olivenza.

D. Juan y nuestro ejército entró al momento en la plaza, en donde se encontró gran copia de pertrechos y municiones de guerra y boca, y las trece piezas de artillería de que hemos dado cuenta. Los pueblos de las cercanías, Alandroal, Texena, Redondo y otros, espantados con lo sucedido, pero sin ceder en nada en su odio contra Castilla , levantados con sus muebles y ropas, se recogieron en los montes, dejando desamparados los pueblos.

El día 10 llegaron los rendidos de Jeromenha á Olivenza, y allí, formados en el foso, por tercios, con bala en boca , cuerda encendida y á son de caja , entregaron las armas, caminando desde allí para su destino.

Hémonos detenido en la relación de este reñido sitio de Jeromenha, porque, aparte del interés que deben inspirarnos cuantos acci-

dentes puedan referirse á aquellas infelices campañas, más que otro alguno en los lances de trinchera y de ataques de plaza es en donde se dejan notar las calidades de las tropas, resaltando la experiencia de las veteranas, la confusión de las bisoñas y el conjunto de todos los defectos ó buenos dotes; y por cierto que del cuadro que hemos trazado puede juzgarse con acierto del estado en que se encontraba por aquel tiempo nuestro ejército de Extremadura. Se echa de ver en las facciones de aquellos tercios de nueva leva el valor arrebatado de la inexperiencia, no el sosiego de la experiencia militar; el arrojo precipitado en los riesgos como para pasarlos pronto, y no la pericia del veterano para arrostrarlos y vencerlos: se ve á los capitanes y soldados viejos arrostrar y recibir la muerte, queriendo suplir y saldar con su honrado ejemplo la inexperiencia y aturdimiento de sus milicias y reclutas, y por el estrago sufrido en los oficiales y la pérdida en la gente menuda, se deja conocer el espanto y recelo que había de cundir en las filas de aquel ejército, allegadizo y de mala composición por la mayor parte.

Á pesar de tales desventajas, se rindió Je-

romenha, porque los medios empleados no fueron desiguales á la empresa, y también porque Meneses, demasiado circunspecto, no se atrevió, después de pulsearlo tanto, el acometer nuestras líneas, acaso porque sus tropas no eran por aquel tiempo muy semejantes de las nuestras.

D. Juan, rendida la plaza, cuidó de desbaratar los ataques, reparar las obras maltratadas, cerrar los muros aportillados, y de transformar en padrastro lo que habían querido fortificar como baluarte avanzado de Portugal sobre Castilla. Dejó D. Juan por Gobernador de Jeromenha al maestre de campo D. Fernando de Escovedo, caballero del orden de San Juan, con ochocientos infantes y treinta caballos, con suma de dineros suficiente para la reparación de las murallas y casas, con que entrando para el efecto en la plaza y levantar cuarteles y almacenes, número de albañiles y otros oficiales, el 23 de Junio volvió á las operaciones, tomando la vuelta de Villaviçosa, á cuyo abrigo se miraba acampado el ejército portugués.

Éste no se atrevió á tener la campaña, aunque se le provocó á ello; con que el de Austria, dejándolo al sesgo el 24 de Junio, pasan-

do por ante sus ojos entre Elvas y Villaviçosa, prosiguió en sus progresos por el país enemigo, ocupando aquella noche á Villa Boim, y al día siguiente, que fué domingo, pasó nuestro ejército la Ribera de Alfosucha, acampándose entre Veiros y Monforte, estragándose en esta marcha toda la tierra, segando las mieses é incendiando las casas y alquerías, en cuya lastimosa tarea manifestaban feroz y bárbara emulación ambos ejércitos en las encontradas fronteras y provincias. No puede ser el objeto nuestro señalar con detención los pequeños progresos de esta campaña, pues fueron de ninguna importancia.

Algo más pudo esperarse después del esfuerzo de Jeromenha y de la superioridad tomada por nuestro ejército, confesada por el enemigo mismo, puesto que no osaba salirle al paso. Redújose todo á la sumisión de algunas villas y lugares, entre otras Veiros, Monforte, Crato, Alter Pedroso, Assumar y otras menos importantes.

D. Juan, no queriendo asegurarse de estos pueblos por no asistirle gente para ello, haciales volar sus recintos y castillos, para que los portugueses no pudieran mantenerse en

ellos, y que nuestra caballería hallase país abierto por todas partes para sus entradas y atenciones. Sólo en la villa y castillo de Ouguela se echó guarnición castellana de doscientos cincuenta infantes para tener siempre en alarma y refrenada la guarnición de Campo Maior, plaza distante sólo una legua, y que solía con frecuencia infestar las comunicaciones de Alcántara y de Badajoz.

En estas visitas, que era sojuzgación de castillos y comarcas, se consumió el tiempo hasta el 11 de Julio, en cuyo día resolvió el de Austria dar por terminada la campaña y recoger el ejército á Badajoz y demás plazas de nuestras fronteras, como Jeromenha, Olivenza, Ouguela, Montijo, Alburquerque y otras. No se alcanza justificación para tal flojedad en la manera de llevar la guerra. Esta campaña apenas duró dos meses, y el ejército se recogió á sus cuarteles cuando pocos días antes se vió engrosado con algunos reclutas venidos de Castilla y con un tercio de lombardos, todos soldados viejos.

Alcanzado cualquier buen efecto, conseguida alguna leve ventaja, faltábales año á nuestros Generales para pasar el tiempo en sus cuarteles, recibiendo los plácemes y en-

horabuenas de sus apasionados y aduladores. Satisfechos con el menor favor, no querían tentar demasiado á la fortuna, que la poquedad de corazón con breve cosa se contenta, y con su propia estrechez mide las esperanzas de los sucesos.

Harto hubo de pesarle á D. Juan, como pronto veremos, haber cerrado la campaña tan inopinadamente, sin sacar el útil debido de los primeros sucesos conseguidos y de su superioridad en el campo. Porque en este plazo concedido al enemigo, no sólo recobró sus ánimos, sino que aumentó sus aprestos, siguió corrigiendo la disciplina de sus tropas, y recibió los socorros de nuevos aventureros, y los pocos pero escogidos soldados con que se había obligado Carlos II de Inglaterra á sostener la mal segura corona todavía de la casa de Braganza.

Fué lástima, por cierto, para la gloria del de Austria y más doloroso para la suerte de la Monarquía, el que se dejasen de coger los frutos de las operaciones que acabamos de bosquejar. Los pretextos que se alegaban para autorizar el cerrar la campaña, no pueden admitirse para los que en la guerra saben que la ocasión perdida es el eslabón primero

de una serie de desgracias que no tienen fin, como sucedió en el caso presente. Y bien se echa de ver la comodidad que podía sacarse de tener el país amigo tan cercano, y con los recursos que proporcionaban nuestras plazas y fortalezas avanzadas.

Pues el decir que el rigor de los calores demandaba el dejar la campaña, era fútil fundamento, puesto que nuestros soldados, como en África, país más caliente, habían en diversos tiempos mantenido la campaña en la misma estación.

Desde luego echaríamos en cara á D. Juan de Austria graves cargos, por esta priesa en tomar cuarteles, si, atendiendo al descuido habitual de aquella corte distraída, á la flojedad de Felipe IV y á la negligencia é ignorancia de aquellos Ministros, no pudiera suponerse que no se proveía suficientemente y con puntualidad á las atenciones del ejército, y en procurar los aumentos de éste con tropas, si no veteranas, ejercitadas al menos.

Pero los alientos habían descaecido tanto, aun en varones de grandes dotes, como indudablemente asistían en D. Juan, que contentaban la ambición con cualquiera ventaja, cual ya indicamos, sin cuidarse de apu-

rarlas y llevarlas al último punto. Tenía menos ánimo para gozar de los favores conseguidos de la fortuna que para tentarla de nuevo, poniendo por medio el plazo del tiempo, sin tomar en cuenta que jamás se asegura mejor un suceso venturoso, como aprovechándose discretamente de la victoria conseguida.

Muy caro costó, por cierto, á D. Juan este error, pues fué la primer causa, aunque remota, de la infelicidad que le cobijó en la campaña entrante, con la desastrosa rota de Extremoz. Y si por los resultados puede sacarse en claro la buena previsión de las medidas anteriores, no abogan mucho por la buena diligencia y cuidado que se tuviese para preparar en ocho meses de cuarteles los medios para abrir la campaña entrante con superioridad y auspicios de buena fortuna.

Los tercios castellanos, formados por la mayor parte de la gente de la milicia y de la llamada de socorro, distaban mucho de componerse de buenos soldados. Formados estos tercios por la manera violenta y poco militar que dejamos explicada ampliamente en otro lugar, era dejar descontentos á los pueblos y traer al ejército una muchedumbre

no acostumbrada á los trabajos de la campaña, antes desordenada y espantada en el peligro; que constante y firme en la pelea.

Los largos meses que mediaron desde Julio de 1662 hasta la campaña entrante, debieron emplearse sólo en ejercitar á estos bisonos, endurecerlos en la marcha y en los trabajos, y hacerles adquirir los hábitos de la disciplina, lastimosamente olvidados en aquellas tropas, como ya ha habido ocasión de hacerlo notar. Muy por el contrario, de aquellos tercios, mucha parte de los soldados fué á invernar á sus casas, y no pocos, quedándose en ellas, ó por haber cumplido su tiempo de tres campañas, ó por otras causas más livianas, eran reemplazados por otros más nuevos todavía. Y hay que notar en este lugar que en los sitios de Jeromenha y de Olivenza, y en la defensa de los fuertes de Badajoz, habían perecido gran número de capitanes, alféreces y otros oficiales reformados, que para servir de maestros y endoctrinar á aquella gente allegadiza, habían comenzado por morir valerosamente, sin formar la escuela de los buenos soldados, porque para ello se necesita del ejemplo continuado por el tiempo.

Esto fué gastar la vida antes que el soplo

de la vida prendiese y hallase alimento en aquellos soldados de mala recluta. Es cierto que D. Juan abrió la campaña entrante con mayor número de tropas de las que acuarteló en el año anterior, pero su calidad debía ser infelicísima , como muy presto vamos á ver.

FIN DEL TOMO I.



APÉNDICES

APÉNDICE A.

COPIA DE RELACIÓN DE LAS RACIONES QUE SE DAN
Á LA GENTE DE CABALLERÍA É INFANTERÍA DEL
EJÉRCITO DE PORTUGAL.

Año 1580.

Las raciones que por el duque de Alba se ordenó que se dieran á la gente de caballería é infantería que sirve en este ejército, y se han dado conforme á ella, y á otras, que después se dieron.

Caballería. Á cada capitán principal de hombres de armas y caballos ligeros, diez raciones sencillas de pan, vino y carne, y ocho de cebada, sencillas.

Á cada teniente de capitán, cinco raciones ordinarias de pan, vino, carne, y tres de cebada, sencillas.

Á los alféreces y contadores de las dichas compañías, cada dos raciones para sus personas y una para sus caballos, doble.

Á los hombres de armas de las dichas compañías, á cada uno ración para su persona y caballo, dobles, y á los oficiales de ellas, sencillas, y á los caballos ligeros, y arcabuceros de caballos, y jinetes de la costa del reino de Gra-

nada, una ración sencilla para su persona y caballo.

Á los cuatro capitanes de jinetes de la costa, cinco raciones á sus personas, y tres para sus caballos, sencillas, y lo mismo á los capitanes de arcabuceros y tenientes.

Á los contadores y alféreces, á dos raciones para sus personas y caballos.

Infantería. Á los Maestres de campo de la infantería española, diez raciones para sus personas, y catorce de cebada para sus caballos, y después se ordenó que fuesen ocho de cebada, y no más, sencillas.

Á los capitanes de infantería, cinco raciones para sus personas, y tres de cebada para sus caballos, sencillas.

Á los alféreces, tres raciones para sus personas y una para sus caballos, sencillas.

Á los sargentos y cabos, cada dos raciones ordinarias, á sus personas.

Á la demás gente de infantería, á cada soldado una ración ordinaria.

Y no embargante lo susodicho, en lo que toca á las dichas raciones de cebada de las dichas compañías de infantería, se libraron algunos días respecto de seis raciones de cebada por compañía, cuando había la dicha cebada, como parecerá por las libranzas que están dadas.

Todas las dichas raciones se entiende la ración sencilla para las personas, de pan fresco dos libras, y de bizcocho libra y media, no em-

bargante que algunos días, por algunas ocasiones, no se han librado más de á libra de bizcocho, y de vino á cuartillo, y de carne fresca á libra de vaca, los días que se libraba, porque muchos días no se les ha librado carne, y de tocino seis onzas, y de cebada la ración sencilla, á celemín y medio, y la doble, al principio se ordenó que fuesen dos celemines y medio, y después á dos celemines; asimismo se han dado algunos días raciones de queso y pescado, aceite, vinagre, sin orden de raciones, sino repartiendo en las compañías respecto de la cantidad que de esto había. De todo lo cual, excepto de pan y bizcocho, se ha dejado de librar algunos días, por haber faltado la provisión en el ejército de las dichas cosas, y por otras ocasiones, como parecerá por las libranzas que se han dado, y razón que de ello hay, de que se tiene cuenta particular con la dicha gente y compañías de caballería é infantería en los libros de este ejército.

(Archivo de Simancas.)

APÉNDICE B.

CARTA QUE EL ARZOBISPO DE BRAGA ENVIÓ AL CONDE-
DUQUE CON SU SECRETARIO, SOBRE EL GOBIERNO
DE QUE NECESITA PORTUGAL.

Siendo en todo tiempo obligación de los leales vasallos del Rey nuestro Señor (que Dios guarde por muchos y felices años) celar en su servicio, no faltando á los recuerdos que parecen necesarios á este fin, ahora se acrecienta más esta obligación, y los que la tienen se facilitan más viendo que tenemos un Rey y Señor natural tan inclinado á guardar verdad y hacer justicia, y á conservar y aumentar el bien público en todos los Estados de su Monarquía, y que V. E. le asiste en ese lugar con tan grande celo, entereza y prudencia para acudir y remediar las cosas públicas, representando á S. M. todo lo que fuere conveniente al servicio de Dios y suyo, y al bien de sus reinos, especialmente de estos de Portugal, de que V. E. muestra tener tanto cuidado como vemos, y como aún mejor veríamos si, por respetos particulares, los naturales no lo impidiésemos.

Con estos fundamentos, y por el lugar en que

estoy, y por Consejero de Estado de S. M., y por las grandes mercedes que de su real grandeza tengo recibidas, y por la sangre de mis padres y abuelos, me hallo obligado á hacer á V. E. recuerdo en materia de que trato en esta carta que juzgo por importantísima, y aunque ella en la apariencia muestre que merece más gratitud á lo que se dice que está tratado, que recuerdo para no efectuarse, con todo, considerada radical y sustancialmente y con todas las circunstancias de lo que más conviene al servicio de Dios y de S. M., bien y consolación de estos reinos de Portugal, es digna en mi juicio de considerarse de nuevo, y de remediarse por medio del gran celo y cristiandad de V. E.

En este reino se dice públicamente que el Rey nuestro Señor le manda gobernar por el archiduque Carlos, de la casa de Austria, y no hay duda que, considerada la persona y calidades del Archiduque, era esta elección muy para estimar, y que de parte del Rey nuestro Señor procede de la gran voluntad que tiene de hacer mercedes á estos sus reinos.

Empero, siendo tan diversos los fueros, costumbres, leyes y lengua de estos reinos respecto de los que hay en los que el Archiduque se ha criado, bien se echa de ver cuán necesaria será la experiencia en el más agudo entendimiento para entender estas cosas, cuanto y más para gobernarlas; y mientras esta experiencia no se alcanza, bien se dejan también ver los inconve-

nientes que pueden suceder en el gobierno, y por los que hubieren de asistir al Archiduque, á quienes no podrá pedirse tan estrecha cuenta de las buenas ó malas influencias, como se les pediría si el gobierno estuviese á su cuenta, siendo adjuntos, sin otra dependencia, y aun en tal caso se hallaran harto embarazados con los criados y adherentes extranjeros que de necesidad ha de traer en su servicio el Archiduque, porque los ha de oír en muchas materias, y la experiencia ha enseñado que los extranjeros que acompañan y sirven á los Príncipes no proceden en las materias públicas con la entereza y limpieza que ellas piden y V. E. quiere que se guarde y observe inviolablemente.

Quedan estos inconvenientes, siendo mayores en este tiempo en que las cosas de la India están casi acabadas, y la reformation de costumbres en este reino, y otras cosas públicas importantísimas, están clamando por el remedio, que es conveniente corra por personas de mucho celo y experiencia, y que las consultas de ellas no se impliquen, dificulten y dilaten, ó con la poca noticia del Archiduque, ó por encuentro de los ministros y consejeros del reino con los extranjeros.

Demás de esto, será gran desconsuelo de todo el reino, principalmente de la nobleza, viendo que cuando les falta la presencia del Rey nuestro Señor, que es lo que únicamente desean, les venga á gobernar príncipe extranjero, aunque

tenga parentesco con S. M., quitándose al reino el ser gobernado con el celo del bien público de sus naturales, que los entienden y oyen como á sus hijos y hermanos, y como á tales tratan de consolarlos y aliviarlos, cuidando de administrarles justicia, lo cual no puede esperarse de príncipe extranjero que los venga á gobernar. Y así, ni para las acciones de guerra por el desconsuelo de los vasallos, ni para las de la paz por las razones referidas, puede convenir esta elección. Y aunque ni esto ni otros mayores inconvenientes pueden poner en duda el menor punto de la gran fidelidad de los portugueses para con su Rey y Señor, con todo, no se puede dudar que es muy conforme al santo y católico celo del Rey nuestro Señor, y al buen gobierno, tener sus vasallos consolados y animados con mercedes y favores en todo lo que fuere posible.

Demás de estos inconvenientes, y otros muchos y muy grandes, que en razón de Estado se dejan bien ver, se debe considerar si en razón de justicia es esta elección contraria, directa ó indirectamente, á lo que está capitulado en las Cortes de este reino de Portugal; porque me pareció escribir á V. E. esta carta, entendiendo que es negocio muy digno de quien V. E. es y del lugar en que está meritísimamente, y debe V. E. remediarlo con aplicación y cuidado, que su calidad lo pide. Y lo mismo escribiera al Rey nuestro Señor si no entendiera que bastaba decír-

selo á V. E., y á ningún ministro de Portugal y de Castilla se lo escribo.

Y para que en todo se guarde mejor el secreto, es portador de esta carta el doctor Luís Álvarez Correa, nuestro oidor y secretario, que no va á otra cosa, y él solamente sabe el secreto de este negocio, que V. E. puede fiarse de él, haciéndome particular merced en oírle, y cuando mi celo en este recuerdo no haya acertado ante V. E., el buen ánimo con que lo hago, que no es otro que desear acertar en el servicio de Dios, de S. M., y el bien de estos reinos, y servir en todo á V. E., á quien Dios guarde por largos años con toda la prosperidad que V. E. merece.

Braga 20 de Enero de 1624.

(Colección de Varios de la Biblioteca de Toledo).

APÉNDICE C.

COPIA DEL PAPEL QUE DIÓ Á S. M. EL DUQUE DE
MEDINA SIDONIA EN 21 DE SETIEMBRE DE 1641,
Y LO QUE S. M. RESPONDIÓ.

SEÑOR :

Sin haber sido necesaria ninguna guerra ni advertencia de lo que contra mí se ha imaginado, entendido y aprobado, y sin insinuación ninguna de ministro de V. M., que pocos días después de la rebelión de Portugal, hallándome yo en el Puerto de Santa María, me escribió el marqués de Ayamonte que le enviase un criado de confianza, que se llamaba D. Luís del Castillo, para comunicar con él algunas cosas secretas del servicio de S. M., que no era para carta; enviéselo, y á su vuelta me refirió que el Marqués le había propuesto (para que me lo dijese) que aquel tiempo era muy bueno para no perder los parientes de Portugal, y para asegurar nuestros Estados, y exceptuarnos de las vejaciones y tributos que pagábamos, y firmo á V. M., con la verdad que puede asegurarse que trata quien confiesa lo que yo diré en este papel, que me ofendió la proposición, y que re-

solví enviar á V. M. persona que diese cuenta de ello (como lo debiera haber hecho), y porque el mismo criado se ofreció á hacer la jornada cuando me lo oyó, encareciéndome lo que convenía esta diligencia (quedando ignorante se excusase) por no descubrir al Marqués, sin conocer que por no hacerlo me destruía á mí, pasé á Ayamonte, y excusé la plática más de un mes, hasta que por mis pecados y error grande caí, consentí y cooperé en la maldad, escribiendo á los rebeldes con un fraile que se llamaba Fr. Nicolás de Velasco, sujeto tan abominable como se ve por la comisión que le entregué á persuasión del mismo marqués de Ayamonte (que le tenía bien conocido), dándole cifra y separándolos de Vuestra Majestad, circunstancia que refiero sin ser necesaria, por castigarme con el dolor de decirlo. Esta correspondencia corrió siempre por mano del mismo marqués de Ayamonte, sin que tuviese sabiduría y entera noticia de ella más que el criado que he dicho: á Francisco de Lucena escribí dos cartas, habiendo él empezado á escribirme por solicitud del fraile.

El marqués de Ayamonte escribía siempre, no sé si á los rebeldes, por vía del fraile, ó al arzobispo de Lisboa y al marqués de Ferreira; pero no he sabido si ha tenido respuesta. Las proposiciones del fraile eran las que ajustaban con los traidores, y se reducían á que enviase poderes para conjurarme con los tiranos y con todos los otros reyes, príncipes, potentados y repú-

blicas que se confederasen con él, de que me excusé sin negarlos, dilatándolo y refiriendo inconvenientes; y aunque diferentes veces me replicó, todas me excusé con la dilación y razones que he dicho, porque como el fraile y el duque de Braganza me persuadían con aprietos que me llamase Rey de la Andalucía, esto me pareció tan desatinado, que ni aun al marqués de Ayamonte se lo dije; la forma en que se asentó la materia fué que las armadas de Francia, Holanda y Portugal vendrían; que en descubriéndolas, yo me apoderase de Cádiz, y ellos procurasen quemar la armada que allí estaba; y hecho esto, que entrasen por Sanlúcar y echasen la gente en tierra, habiendo echado primero papeles en toda la Andalucía, ofreciendo librarles de los tributos que pagaban; escribiendo á las ciudades, villas y lugares, prelados, grandes y títulos, y luego á V. M. también, sobre lo mismo, y que apartase de sí al Conde Duque, que ha sido inventor de ellos, y también en que volviese á introducir el brazo de la nobleza en las Cortes, como solía ser antiguamente; y el fin del marqués de Ayamonte era reducir la Andalucía á república, y que el dicho Marqués, con los que pudiese de sus Estados y los portugueses, entrasen por el Algarbe (governándolo él todo), y nos apoderásemos (unos por una parte, y otros por otra) de Sevilla.

Que la plata de los galeones (que sería imposible dejar de caer en nuestras manos) se hicie-

se cuatro partes. Una para Francia, otra para Holanda, otra para Portugal y otra para mí: el de Braganza me envió seis pasaportes suyos para correspondencia, y yo me valí de sólo uno, con que envié á un clérigo portugués de Sanlúcar, llamado Pinto, el cual no sabía nada de la materia, sino que creyó iba lisamente, y fué quien me trajo nuevas de las prisiones: avisé también, como había mandado V. M., que se procurase en el Estrecho coger á los embajadores que enviaba á Venecia y otras partes, temeroso de que, cogiéndolos, no publicasen mi maldad.

Cuando me llegó á Ayamonte la orden de V. M. de venir á la corte, me di por más perdido totalmente, y lo mismo juzgó el de Ayamonte, y así nos resolvimos en que yo no viniese; que avisásemos luego (como lo hicimos) que se diese gran priesa la armada, porque estábamos perdidos y descubiertos. Yo quemé mis papeles todos, y el de Ayamonte me dijo había hecho lo mismo, aunque no lo vi, y por esta razón no tengo los papeles originales, que me hubiera holgado no haberlos quemado, y se puede creer, pues no he dejado de confesar cuantas cosas malas puede haber contra mí.

Y en cuanto á prevenciones para ejecución de este mal designio, no hice ninguna diligencia pública, ni otra que escribir en las ocasiones á todas las personas que tenían mano con la Andalucía, y tratar de casar al conde de Niebla, mi hijo, con la hija del duque de Arcos, como lo hice

y capitulé (aunque debajo de la aprobación de V. M.), aunque el fraile me escribió que se casaría el Conde con la hija del duque de Braganza, á que respondí con estimación, sin que dijese más.

De parte de Portugal era el designio que al tiempo que se comenzase á obrar entrasen todos los portugueses por todas las fronteras de Castilla, porque, habiendo tantos en ellas, se podía esperar que se ajustasen con los que entrasen, y que hiciesen y que hubiese una sublevación general. Di cifra al fraile, la cual tengo de memoria, y la daré, y la que tenía del marqués de Ayamonte no se me acuerda bien. El capitán D. Antonio de Olmaza trajo de Sanlúcar un portugués con una carta de Fr. Nicolás, en estas mismas materias, y el Capitán pensó que era del servicio de V. M. La postrera vez que estuve en Ayamonte, me metió el Marqués un portugués, sin saber quién era, y me dió una carta de Fr. Nicolás. Después entendí que era de Castromarín, y que el marqués de Ayamonte encaminaba la correspondencia por mano de este hombre (no sé si por el conde de Óbidos, ó un capitán de Castromarín). En esta carta decía fray Nicolás que las armadas vendrían luego, que tuviésemos buen ánimo, y que me fuese luego á meter en Cádiz; que se haría justicia de los presos, porque el pueblo lo pedía con grandes demostraciones, y á mí me decía que á qué esperaba, que no movía el Andalucía; que nos escribía á menudo, y estaba admirado de mi silen-

cio ; que estas cosas querían tomarse con más veras, y que advirtiese que había de regalar mucho á los Generales , á quienes había hablado de parte del duque de Braganza , y que quedaban aprestados para salir.

Las cartas que escribí al duque de Braganza fueron tres ó cuatro : la primera de mi mano, y firmada ; las otras en cifras , firmadas también ; y cuando se iban apretando los plazos , creció mi ahogo y congoja , y así comuniqué toda la materia con D. Juan de Liébana (criado antiguo de mi casa) , que me aconsejó muy bien que llamase luego al fraile y le ordenase que , dejado todo, se viniese ; pero después no nos atrevimos, porque no nos delatase.

Cuando volví de Ayamonte , con resolución de venir , escribí al cardenal de Jaén , al duque de Arcos , á la marquesa de Priego mi suegra , y al duque del Infantado , sin declararme en más que mostrarme quejoso por haberme llamado V. M. y dado lugar á muchos testimonios y desautoridad mía ; el duque del Infantado no me respondió ; todos los demás , que viniese á los reales pies de V. M. , y que no lo dilatase un punto. No sé que ningún criado del marqués de Ayamonte tenga noticias de la materia , sino un capitán de la campaña llamado Montesinos. Viéndose el duque de Nájera á despedirse de mí al puerto de Santa María para hacer su viaje , me contó el desaire que se le había hecho , ordenándole que no saliese con la armada y la llevase

el duque de Ciudad Real, y consiguientemente, me dijo que los grandes teníamos la culpa de lo que se hacía con nosotros, porque nos alegrábamos los unos del daño de los otros, y que si nos juntásemos como convenía, no sucedería esto.

Señor: habiendo sido Nuestro Señor servido de dejarme de su mano por mis infinitos pecados en el punto más sagrado de mis obligaciones y las de todos los honores de mi nacimiento, no he hallado otro remedio de repararme (aunque tarde) sino el venirme á echar á los pies de V. M., como lo hago, entregando á V. M. este papel firmado, de cuantas culpas he cometido contra el real servicio de V. M. y bien de sus reinos, sacrificando, por pena de mi error, la confusión grande que me causa el escribir de mi mano una acción tan fea, de tantas circunstancias detestables, y, lo que es más, ponerme en la presencia de V. M., yo su vasallo, tan obligado y favorecido, y últimamente criado familiar é intrínseco de V. M., habiendo faltado á todo; confusión para mí de las que exceden mucho á la misma muerte, que me hubiera sido dolorosa desde el día que cometí semejante error.

Suplico á V. M., que representa las veces de Nuestro Señor en la tierra, obre á su semejanza: considerando el sacrificio de mi rendimiento á su real presencia después de tantos males cometidos y de mi arrepentimiento, confusión y dolor; convencido como deseo cuán justamente merezco

que públicamente se ejecutasen en mí los más rigurosos castigos, así por mi delito como por la inobediencia á sus reales mandatos, en no haber esperado respuesta de los ofrecimientos que hice por medio del marqués de Maença; porque sé que V. M. lo ha visto y los tiene firmados de mi nombre, no los repito, y espero se ha de servir V. M. de no negarme su real gracia, asegurando á V. M. que hasta conseguirlo no me he de levantar de sus reales pies, besándolos mil veces para morir en ellos, si no me la concede V. M. por su infinita bondad y misericordia.—
El duque de Medina Sidonia.

Decreto: Yo, Jerónimo de Villanueva, del Consejo de S. M. en los de Guerra y Aragón, Secretario de Estado y Protonotario en los reinos de Aragón, y Caballero del Orden de Calatrava, y Notario público en todos los Reinos y Señoríos, certifico: que en veinte y un días del mes de Setiembre de mil seiscientos y cuarenta y un años, estando la Majestad del Rey nuestro Señor (que Dios guarde), entre las siete y ocho de la tarde, en el cuarto bajo de su habitación en Palacio, por una escalera secreta que salía al aposento donde duerme S. M., bajó el duque de Medina Sidonia, al cual doy fe conocí, trayéndole consigo el Excmo. Sr. Conde-Duque de Sanlúcar; y hallando á S. M. en un retretillo pequeño que estaba pegado al aposento donde duerme, echándose el duque de Medina Sidonia á los pies de S. M.,

luego como llegó á su presencia, con sollozos, demostraciones de grandes sentimientos y arre-
pentimientos, se los besó reiteradas veces, pidiendo perdón de sus errores; y echándole S. M. los brazos sobre los hombros, le dijo que se levantara diversas veces; é insistiendo el Duque en estar postrado á los piés de S. M., puso en sus reales manos un papel, que recibió S. M. de las del Duque, y le habló las palabras siguientes:

«Duque: Cuanto ha sido mayor error el vuestro, tanto mayor ocasión me habéis dado para usarde mi clemencia; y pues habéis puesto á mis pies vuestra vida y vuestra honra, yo os las perdono.» Con esto, se levantó el Duque de los piés de S. M., y se volvió por la misma escalera que entró con el Excmo. Sr. Conde-Duque de Sanlúcar, habiéndose hallado presente á todo; y S. M. el Rey nuestro Señor (que Dios guarde) dijo ser este papel, que estaba escrito en seis hojas á media plana, y en la última sólo un renglón, con la firma, que dice: el duque de Medina Sidonia, escrito de su mano propia, debajo de la cual firma se continuó el auto, y me mandó S. M. que para que á todo tiempo constase lo que había pasado y que era este el papel que le había entregado el duque de Medina Sidonia, diese fe de ello, como lo hago, y que tomase juramento en forma, á Dios y á la señal de la Cruz, como va aquí puesto †, del dicho señor Conde-Duque, de ser verdad todo lo

que contiene esta certificación , el cual lo firmó y juró dicho día , mes y año en mi presencia. Y para que conste en todo tiempo ser esta la verdad, lo signé y firmé en los dichos día , mes y año.—*D. Gaspar de Guzmán.*—En testimonio de verdad , *Jerónimo de Villanueva.*

(Colección de Varios de la Biblioteca de Toledo.)

APÉNDICE D.

DECLARACIÓN DEL DUQUE DE MEDINA SIDONIA EN 29 DE SETIEMBRE DE 1641, CON MOTIVO DE HABERSE SUPUESTO QUE ESTABA INCLUIDO EN LA REBELIÓN DE PORTUGAL.

D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de la ciudad de Medina Sidonia, Marqués y Conde, Señor de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, Capitán general del mar Océano y costas del Andalucía y ejército de Portugal, Gentilhombre de la cámara de S.M., Dios le guarde.

Digo: que como es manifiesto al mundo, la traición de Juan de Braganza, que fué Duque, le sea también la detestable intención con que ha querido manchar la fidelísima casa de Guzmán, que por tantos siglos ha permanecido y permanecerá en la obediencia de su Rey y Señor, acreditada, inviolable por todos ellos con tanta sangre vertida, por no faltar á ella, ha introducido, pues, este tirano, en los ánimos de los príncipes extranjeros, y en los portugueses errados que le siguen, para crédito de su maldad, para asiento de ellos en su favor, y para descomponerme (aunque en vano) con mi Rey, Dios le guarde, que yo asentía á su opinión, fundando

en esta voz y este vertido veneno su conservación, pues si pudiera conseguir que dudara S. M. en mi fe, le faltaría tanto opósito como el mío. Después de los misterios de sus pérfidos adulones, arrojados en Castilla, me hizo aclamar libertador del Andalucía y favorecedor suyo, festejando esta ruidosa malicia con luminarias y públicas demostraciones; conveniéndose él mismo con esto de su falsedad, pues si, lo que no puede ser, yo siguiera este intento, su importancia estaba en el silencio. Valióse para su engañosa máquina de la ocasión de un fraile que piadosamente envió la junta de Ayamonte á redimir la vida de un hombre que, condenado á muerte por espía, estaba en Castro Marín. Pasando al religioso á Lisboa preso, de donde con cautelosas apariencias, en prosecución de su intento, derramó el tirano algunas cartas falsas, que insinuaron correspondencia conmigo, y dió á entender que yo daría puerto á las armadas extranjeras si vinieran á estas costas. Todo en orden á facilitar que fuesen á ayudarle. ¡Pluguiera á Dios que así fuera, y viera el mundo efectos de mi fineza en el destrozo de sus navíos, como lo habría experimentado, con las órdenes que dejé, si lo hubiera intentado. Esto es, después de lo principal, y el que sea su mujer mi sangre, deseando verterla por corrompida, me ha puesto en obligación de mostrar mi reconocimiento á la Majestad de mi Rey y Señor, de la constante satisfacción que ha tenido de mi leal-

tad, y darla al mundo enteramente si la dudó.

Y así, desafío á Juan Braganza, que fué Duque, como ha mentido, aleve á su Dios y á su Rey, á singular batalla, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, dejándolo á su elección, como también el género de armas, para junto á la raya, en Valencia de Alcántara, donde le esperaré ochenta días, que corren desde 1.º de Octubre y cumplirán á 19 de Diciembre de este año, y los veinte últimos estaré en el dicho lugar y sitio, por mi persona. Y en el día que de ellos me señalare, le esperaré, con que el tirano tendrá tiempo para saberlo, y los reinos de Europa y el mundo. Y dentro del mismo reino de Portugal asegurará él, á satisfacción de los caballeros que yo enviaré, con creencia mía, una legua de Portugal, como yo también aseguraré, á los que él enviare, otra legua de Castilla, á entera é indubitable satisfacción suya. Adonde le daré á entender el hecho infame que usó.

Y si no cumpliere con las obligaciones de hidalgo de sangre, por acabar con esta fantasma, por el camino que me queda, si él no se atreve á salir á la batalla, y por parecer el que soy y han sido los míos con sus Reyes, al paso que los suyos traidores. Desde luego ofrezco, con licencia de S. M., Dios le guarde, mi ciudad de Sanlúcar de Barrameda, asiento principal de los duques de Medina Sidonia, á quien lo matare,

Y puesto á los reales pies de S. M., le suplico no se ocupe en esta ocasión en man-

dar armas, por la templanza y prudencia que en muchas ocasiones pide este ejército, sino permitirme que por mi persona vaya á servirle con mil caballos míos, para que, pudiendo entonces obrar sólo con mi honrado coraje, no solamente sirva para la restauración de Portugal y castigo de este rebelde, sino que por mi persona y la de mis tropas pueda yo, si no sale á pelear conmigo cuerpo á cuerpo, traer con ellas á sus reales pies este hombre, muerto ó prisionero, y por no dejar cosa que pueda obrar mi celo, á cualquier gobernador, alcalde ó cabo que entregare alguna plaza de la Corona de Portugal á la de Castilla, que S. M. juzgare ser importante á su servicio, demás de las mercedes que S. M. se sirva de hacerle, le daré uno de los mejores lugares de mi Estado, quedando siempre poco satisfecho de cualquier demostración que hiciere, supuesto que cuanto tengo lo debo á S. M. y á sus gloriosos progenitores. Fecha en Toledo á 29 de Setiembre 641 años.

(Documento impreso.—Biblioteca de Toledo.)

APÉNDICE E.

EXTRACTO DE RELACIÓN DE LA INFANTERÍA QUE
HABÍA EN EL EJÉRCITO DE EXTREMADURA, SEGÚN
LA MUESTRA DEL MES DE MAYO DE 1643.

Oficiales mayores del ejército.

El señor Maestro de campo general.	Conde de Santisteban.
D. Juan de Pareja	} Tenientes de Maestro de campo general.
D. Pedro de Mendoza	
D. Rafael de Médicis	
D. Tomás de Vidaurre	
Capitanes. {	} Ayudantes de Tenientes de Maestro de campo general.
D. Agustín Carrasco	
Pedro de Montoya	
D. Gabriel de Ateca	
D. Lorenzo de Ceballos	
Gregorio de Leguía	Veedor general.
D. Jerónimo de la Haya	Proveedor general.
Pedro de Aróstegui	} Veedor y contador del ejército.
Juan de Fuentes Viscarreta	
Juan de Fuentes Viscarreta	Pagador general.
Domingo de Lezama	} Comisarios de muestras.
Francisco Mexía de Castro	
Francisco de Silva	
	Tenedor de bastimentos.
D. Gabriel Ortiz de Orbe	} Vicario y administrador general de los hospitales del ejército.
Blas de Mata	
	Mayordomo de los hospitales.
Juan Coronadó	Cirujano.
Licenciado Juan Gragera	Cirujano de los hospitales.
Licenciado Cristóbal Gatuno	Criado-médico.

Entretenidos y personas particulares.

El maestro de Campo D. Juan Fernández de Salinas.
D. Juan de Sotomayor Meneses.

Fr. Jorge de Meneses.

Agustín de Ontiveros, entretenido en los papeles.

Gaspar de Leiva Zamudio, idem.

	<i>Ofi- ciales.</i>	<i>Sol- dados.</i>	<i>Total.</i>
Tercio del maestro de campo D. José del Pulgar.....	68	441	509
Tercio del maestro de campo D. Francisco de Luna.....	63	447	510
Tercio del maestro de campo marqués de Espinar.....	77	561	638
Tercio del maestro de campo conde de Torrejón.....	119	279	398
Tercio del maestro de campo D. Francisco de Agüero.....	46	295	341
Tercio del maestro de campo D. Guillermo del Burgo.....	92	1,049	1,141
Tercio del maestro de campo D. Diego Gall.....	101	1,390	1,491
Tercio viejo de Extremadura, que gobierna D. Rodrigo de Ayala.....	50	547	597
Tercio del maestro de campo D. Francisco Xeoler.....	82	592	674
Y en compañías sueltas de infantería española.....	66	669	735
<i>De naciones.</i>			
Tercio del maestro de campo D. Patri- cio Geraldino.....	69	329	398
Tercio del maestro de campo D. Fran- cisco Carrafa.....	90	644	734
Tercio del maestro de campo D. Juan Bautista Peñatel.....	99	565	664
TOTAL DE INFANTERÍA.....	1,022	7,808	8,830

Caballería.

OFICIALES MAYORES.

El conde de Montijo.....	Gobernador general de la caballería.
D. Francisco de Velasco.....	Comisario general de idem.
<i>Tenientes.</i> { Andrés del Arapaja..	Ayudantes de comisario ge- neral.
{ Diego de Angulo...	
Licenciado D. Miguel de Agorreta.	Capellán mayor.
Licenciado Diego de la Vega....	Capellanes ordinarios.
Licenciado Tomás Obrens.....	
Domingo Fernández.....	Furrier mayor.
Juan de los Reyes Pizarro.....	Ayudantes de furrier mayor.
Miguel Martín.....	
Lorenzo Montero.....	
Licenciado Bartolomé de Canti- llana.....	Auditor, Acompañaban á es- te empleo varios ministros.

Caballería italiana.

OFICIALES MAYORES.

Marcelo Flomarino.....	Comisario general.
Juan Bautista Basili y su hijo...	Ayudantes del anterior.
D. Pedro de Arziero.....	Capellán mayor.
El doctor D. Pedro de Pujiades.	Auditor, con ministros.
Juan Bautista de Xeraje.....	Capitán de campaña.
Carlos Cocon.....	Furrier mayor.
Francisco Brenti.....	Alguacil de capitán de cam- paña.

Fuerza española.

	<u>Com- pañías.</u>	<u>Ofi- ciales.</u>	<u>Sol- dados.</u>	<u>Total.</u>
Guardias viejas de Castilla..	6	16	125	141
Caballería suelta de corazas.	23	86	905	991
Idem de arcabuceros.....	6	18	279	297
<i>Caballería napolitana.</i>				
Compañías sueltas..	9	52	328	380
TOTAL.....	44	172	1,637	1,809

(*Archivo de Simancas.*)

APÉNDICE F.

RELACIÓN VERDADERA DE LO QUE SUCEDIÓ EN VEINTE Y SEIS DE MAYO PASADO, EN EL REENCUENTRO QUE TUVIERON LAS ARMAS DE S. M. CON LAS DEL REBELDE PORTUGUÉS EN LA CAMPAÑA DEL MONTIJO.

Por los avisos que tuvo el marqués de Torrecusa, capitán general del ejército de Extremadura, de que hacían los rebeldes juntas en Campo Maior de todas sus fuerzas de esta frontera, para hacer invasión en esta provincia, donde traían designio de sitiar la villa de Alburquerque y hacer otros progresos en ella, y acudiendo al remedio más pronto que pudo, S. E. ordenó que al instante se enviase á aquella villa á D. Juan de Pareja, teniente de maestro de campo general, por Gobernador de la plaza, con otros oficiales, dineros, dos piezas de artillería y municiones de comer y tirar; y ordenó que de Villas del Rey entrasen en aquella plaza seiscientos hombres del tercio del maestro de campo Juan Rodriguez de Olivera, que le tenía por cuartel, y fueron tan bien ejecutadas estas órdenes y tan bien conducido todo, que entró á tan buen tiempo este socorro la mañana de los 19 de Mayo, entrando con él el Maestre de cam-

po Juan Rodríguez de Olivera, que dos horas después de haber entrado este socorro se descubrieron las tropas del enemigo para tomar los puestos á esa plaza, el cual había salido de Campo Maior á los 18, con ejército formado de seis á siete mil infantes, gente pagada, y mil cuatrocientos caballos, doscientos dragones, seis piezas de artillería, un trabuco para bombas, y mil gastadores, con sus armas diferentes, con gran cantidad de municiones, pertrechos de guerra y bastimentos, que conducía consigo para todo su ejército para tres semanas, los cuales traían en carros de bueyes y otras bestias; y por el concepto que tenía hecho el enemigo de la plaza de Alburquerque, de cuán desprevenida estaba de todo, le parecía sería la empresa fácil; pero viendo disparar nuestra artillería dentro de ella, lo cual no había entendido ninguno, y viendo guarnecidas las cortaduras y fortificaciones del burgo y de la villa, y sabiendo el socorro que le había entrado y que por todas partes se le oponían á su defensa, no le pareció que le sería tan fácil la empresa como pensó, y así marchó á los 21 la vuelta de Villas del Rey, donde habían quedado algunos soldados con un capitán en la torre de la iglesia, para defender á las partidas desmandadas del enemigo, que no entrasen en el Casar, el cual quemó el lugar y tomó prisioneros los soldados; pasó adelante y quemó al Manzanete, y á los 22 se entró en el Montijo, donde había un capitán con cien solda-

dos en la iglesia y casa del Conde, que, juntos con los que quedaron de la tierra, hicieron resistencia al enemigo y se defendieron hasta los 23, que, batiéndolos con la artillería, se rindieron á merced, pegando fuego luego á la villa y á otro lugar que está junto á ella que llaman la Puebla, y luego se acuartelaron en las puertas del Montijo en puesto fuerte y cómodo para cuartel.

Y teniendo noticia el señor Marqués de la marcha que tomaba el enemigo de Alburquerque la vuelta del Montijo, sintiendo el verse con tan pocas fuerzas para oponerse á las contrarias, lastimándose del daño que iba haciendo en el país, escribió á todos los partidos de la provincia para que acudiesen con la milicia y socorro que tenían obligación con la mayor brevedad que pudiesen; lo cual había ya muchos días antes enviado órdenes para que viniesen; y después de haber discurrido S. E. con todos los cabos, que se hallaban en esta ciudad, del ejército, lo que se debía hacer, resolvió saliesen de Badajoz el barón de Molingén, general de la caballería, y Dionisio de Guzmán, general de artillería, á los 22 de Mayo, con mil y trescientos infantes, mil y doscientos caballos y dos piezas de artillería: dejando guarnecida la ciudad de Badajoz con algunos mil infantes y doscientos caballos, marcharon la vuelta de Talavera, y de allí ocuparon un cuartel entre Talavera y Lobón, en el grande esguazo de la ribera Guadiana que

llaman de Talavera, para impedir al enemigo el pasaje de ella y demás esguazos, socorrer Mérida, asegurar á Lobón y Talavera, y cubrir el país de esta parte de la ribera y aguardar los socorros. En este cuartel se fueron juntando hasta tres mil infantes y mil y seiscientos caballos, con los cuales se resolvieron los dos Generales pasar la ribera y acuartelarse en el puesto más fuerte que hallaron, donde llegó el día siguiente con su tercio el maestro de campo Juan Rodríguez de Olivera, que salió de Alburquerque, y alguna gente del Maestro de campo don Francisco de Agüero, y otra de la milicia y socorro del país á cargo del Teniente de Maestro de campo general D. Pedro de Mendoza, con que se llegaron á tener cuatro mil y algunos más infantes; la calidad de los más de ellos que se puede considerar de gente concejil, y mil y setecientos, poco más ó menos, buenos caballos, y dos piezas de artillería, con que resolvieron ir á buscar al enemigo y pelear con él, así por las órdenes del señor Marqués, en que ordenaba se buscara al enemigo y se pelease con él, aunque nos perdiésemos, como por la buena gana que tenían todos los cabos y honrados soldados de pelear; y dejando la disposición de la ordenanza de esta gente para pelear al General de la artillería, Dionisio de Guzmán, lo dispuso en esta manera,

De los cuatro mil infantes, se formaron siete escuadrones, con siete Maestros de campo, dán-

doles á todos igualmente seis hileras de fondo, y á la nación napolitana é irlandesa la cantidad de gente española necesaria para llenar este número de que se componía cada escuadron, por estar sus tercios pobres de gente.

De la caballería se hicieron catorce tropas, seis en cada costado y dos para la reserva, y de todos los caballeros y gente particular que servían á caballo, se formó una tropa muy bizarra, que conducía y guiaba el conde de Torrejón, guarneciendo las primeras tropas de caballos de la vanguardia con una manga de mosquetería, llevando cada escuadrón de infantería una carga de pólvora, otra de balas y otra de cuerda en su retaguardia.

Y el día de los 26 de Mayo, y fiesta del *Corpus Christi*, al amanecer, avisaron nuestros batidores que el enemigo salía del Montijo y se ponía en batalla en las llanuras y camino de la Calzada, con el cual aviso sacaron y ordenaron la gente del cuartel, en conformidad de lo dispuesto, el General de la artillería y D. Rafael de Médicis, Teniente de Maestro de campo general, y se marchó la vuelta del enemigo en batalla, en esta forma.

Iba de vanguardia, y en el cuerno derecho de primera ordenanza, el tercio del Maestro de campo D. José del Pulgar. Seguía hacia el izquierdo el del Maestro de campo D. Francisco Xedler, y á éste, el del Maestro de campo de irlandeses, D. Diego Giraldino, y en el cuerno iz-

quierdo, el tercio del Maestro de campo D. Juan Bautista Pinatelo, y en la segunda ordenanza, en el claro entre los escuadrones de Pulgar y Xedler, el tercio del Maestro de campo D. Francisco de Agüero. Seguía el del Maestro de campo Juan Rodríguez de Olivera, en el claro entre Xedler y Giralдино, y el del Maestro D. Sanchó de Monroy en el claro entre Giralдино y Pinatelo, y las dos piezas de artillería en los dos claros de los escuadrones del cuerno derecho é izquierdo, y los dos trozos de caballería de reserva junto á los tercios de D. Francisco de Agüero y Juan Rodríguez de Olivera, también señalados de reserva, llevando las municiones de guerra la retaguardia; de todo, como se ha dicho, y sin otro bagaje ni embarazo, marchamos la vuelta del enemigo con las tropas de caballería y á los dos costados; el enemigo, cuando nos descubrió puestos en batalla, trató de mejorarse de puesto, y marchó algún trecho atrás, hasta que le halló á su propósito, y volviendo las caras nos aguardó en esta forma.

De su infantería tenía hechos once batallones, con mayor fondo que los nuestros; cinco en la primera ordenanza de la frente, cuatro en la segunda y dos de reserva en su retaguardia, y su costado derecho guarnecido con carros, y todo su bagaje en medio de su batallón, y la caballería á sus costados con sus tropas de reserva y seis piezas de artillería, dos en cada cuerno y dos en la frente de su batallón, y en esta forma

nos aguardó con pie firme, y nuestros batallones, marchando siempre con paso sosegado, y después de haber dado las órdenes necesarias. Con la espada en la mano guiaba el cuerno derecho de la caballería el barón de Molvingen, el izquierdo de ella el Teniente General D. Francisco de Velasco; y delante de los batallones de infantería el General de la artillería, que luego fué recorriendo á todos los escuadrones, y dando orden al de D. José del Pulgar cerrase con el batallón del enemigo de su cuerno izquierdo, y al Maestre de campo Pinatelo, de napolitanos, que cerrase por el cuerno derecho, y al Maestre de campo Giraldino y Xedler, que cerrase con los de batalla, haciéndoles á cada uno una pequeña plática, y enviando órdenes á los de reserva no se moviesen sin otra orden; con que todos con buena orden, gran resolución y valor nos arrimamos al enemigo, jugando de una parte y otra la artillería y mosquetería; con las picas caladas cerramos á un tiempo toda nuestra gente con la frente del enemigo, y nuestra caballería de un costado y otro con la contraria, disparándole las mangas de nuestra mosquetería, que llevaba la caballería muy á tiempo, con que, á poca disputa, rompió nuestra caballería la del enemigo, huyendo la más de ella, y siguiéndola la nuestra la vuelta del bosque que va á Rotoba, matando y haciendo prisioneros; la infantería del enemigo hizo mucha resistencia á la nuestra, y pareciéndole al General de la arti-

llería que el cuerno derecho del enemigo estaba más fuerte, ordenó avanzar y cerrar al Maestro de campo D. Sancho de Monroy, con su tercio; lo cual ejecutó con singular valor, y lo mismo los batallones de reserva de infantería y caballería, sin poderlos detener ni guardar la orden que tenían, y al cabo de haber estado peleando pica á pica, se acabó la disputa rompiendo sus escuadrones, y ganamos la artillería, haciendo gran destrozo las espadas y picas en los portugueses; y la nación napolitana, con sus partesanas, hicieron gran destrozo en lo que les tocó, de manera que se deshicieron todos los escuadrones enemigos, no quedando de ellos sino un pequeño cuerpo apiñado, el cual se retiró un poco atrás, y nuestros soldados, no mirando á deshacer aquellos pocos que quedaban, aunque lo procuraron los cabos, sino se dieron al pillaje y desbalijo, no tratando de otra cosa sino de ésto y de salvar la presa, y ponerla en seguridad, cortando las cuerdas de las mulas de tiro de artillería del enemigo y llevándoselas, se retiraron á Lobón y Talavera y por todos aquellos lugares, mucha gente nuestra, así de caballería como de infantería, unos retirando los heridos, otros retirando la presa y otros llevando prisioneros, con que se nos deshicieron de todo punto los escuadrones y nuestra artillería y carros de municiones, y viéndolos mezclados con los enemigos, se retiraron á Lobón, dando por excusa que los cortaba el enemigo con su caballería;

aunque se tornó á enviar por la artillería , no fué posible el volver , y la poca gente que quedó no fué posible en mucho rato tornarla á rehacer y formar escuadrones , por diligencias ordinarias y extraordinarias que se hicieron , y gran trabajo del General de la artillería , Maestre de campo Monroy , Pinatelo y Xedler , con lo cual se dió tiempo al enemigo á rehacerse cuanto pudo y sin que nadie se lo estorbase ; y si le quedara valor entonces para acometernos , juzgo que nos deshiciera , por hallarnos desordenados , y á cabo de este trabajo se hizo frente al enemigo y se rehizo nuestra gente , y marchamos la vuelta de donde estaba , y fué tan poca , así de la caballería que pudo recoger el barón de Molingen y el Teniente General , como de la infantería , que no fué bastante para acometerle al enemigo y acabarle de deshacer , el cual , cobrando su artillería y disparándonos algunos cañonazos á nuestros escuadrones , tomó su marcha bien cerrada , encaminándose á la vuelta del bosque del camino de Rotoba , siguiéndole algunas pequeñas tropas de nuestra caballería que habían quedado y nuestra infantería en escuadrones á su vista , le fuimos costeano hasta que se fué alargando mucho ; con que después nos fuimos retirando al puesto de donde habíamos salido aquella mañana.

Quedaron muertos en la plaza y aquella campaña tres mil y doscientos hombres , y entre ellos Maestros de campo y coroneles , oficiales y muchos hidalgos , y fueron prisioneros quinien-

tos ochenta y seis, los ciento y sesenta mal heridos, y entre ellos nueve hidalgos de casas ilustres, que son los siguientes:

Jorge de Melo, hijo de Francisco de Melo, montero mayor de Portugal y General de la caballería de aquellas fronteras, mayorazgo de su casa, venía por capitán de infantería.

D. Francisco de Almador, embajador que fué su padre de Inglaterra por el tirano, venía por capitán de infantería: ha sido prisionero otra vez, y se trocó por el marqués de la Puebla.

Manuel de Saldaña Caballero, de casa calificada, capitán de infantería.

D. Manuel Enríquez, hijo de D. Luís de Almeida, casa calificada, venía por capitán de infantería.

Esteban de Britto Mascareñas, venía por aventurero.

Nuño de Acuña, aventurero.

Francisco Pereira de Castro, del hábito de Cristo, venía por capitán de caballos.

Francisco Correa, del hábito de Cristo, aventurero.

D. Manuel de Meneses, capitán de caballos.

Personas particulares.

Rodrigo de Avellar Sotomayor, Auditor general de este ejército.

Francisco Maldonado, aventurero.

Antonio Núñez, aventurero.

Juan de Caballo, capitán de infantería.

Rafael de Sossa Cuitino, capitán de infantería.

Luís Tejero Botello, aventurero.

Manuel de Pasos Figueroa, capitán de infantería.

Bernardino de Sequera, ayudante de Teniente de Maestro de campo general.

Francisco Proenza, capitán de infantería.

Extranjeros prisioneros.

El Maestro de campo Octavio Pigul, holandés, que lo es de un tercio de portugueses.

El conde Fiesco Ginovés y Francés, capitán de una compañía franca de corazas francesas.

Nicolás Molín de la Rocha, capitán entretenido.

Antonio de Píala, monsieur francés, servía sin puesto, dicen.

Enrique Madach, francés, capitán entretenido.

Oficiales vivos y reformados.

Dos ayudantes vivos.—Ocho alféreces vivos.—Seis alféreces reformados.—Cuatro sargentos vivos y dos reformados.—Asimismo perdió más de seiscientos hombres en la caballería y más de otros tantos caballos; ganóse la mayor parte de su bagaje de mulas, bueyes, carros y carretas y las municiones que tenía; ganóse un trabuco de bronce y muchos pertrechos del tren, y más de cinco mil armas que se dejaron

en la campaña; perdieron todo el saco que hicieron en el Montijo y la Puebla: hasta el coche y litera de Matías de Alburquerque, General de ellos, se perdió.

Los muertos y heridos que hubo en nuestro ejército.

Murieron de nuestra parte cuatrocientos treinta y tres soldados, y entre ellos, el Maestro de campo D. José del Pulgar.—Tres capitanes de caballos vivos y tres reformados.—Dos sargentos mayores, reformados.—Trece capitanes vivos.—Diez reformados.—Ocho alféreces vivos y un sargento.—Diez y seis alféreces y sargentos, reformados.—Doscientos setenta y seis soldados de infantería de los tercios, y otros ciento de la caballería, que todos hacen el número de cuatrocientos treinta y tres.

Los heridos son los Maestros de campo Agüero, Giraldino, Olivera, D. Francisco de Luna, el conde de Torrejón, el Comisario general Pedro Pardo, diez y ocho capitanes de caballos vivos, cuatro reformados, cuatro sargentos mayores, los tres reformados; ocho alféreces y sargentos, vivos; veinte capitanes de infantería vivos, y catorce reformados; doscientos y seis soldados de infantería, cien soldados de la caballería, que todos hacen el número de trescientos setenta y cinco heridos.

Después se ha sabido la muerte del Maestro de campo Mascareñas, sobrino del General de la caballería.

RESUMEN DE ESTA RELACIÓN.

Por fe consta haberse enterrado tres mil y doscientos ; más de quinientos caballos ; el bagaje, que consistía en muchas mulas, bueyes, municiones y víveres ; perdió el General de la artillería, que le mataron ; el coronel Tilde, holandés , que era quien los disciplinó en lo militar.

Más de seiscientos prisioneros, y entre ellos cuarenta personas hidalgas y de puertos portugueses y extranjeros, y entre ellos once de casas ilustres y de puertos, que son : Jorge de Melo, hijo de Francisco, montero mayor y General de la caballería de aquellas fronteras, y mayorazgo de su casa ; venía por capitán de infantería. D. Francisco de Almada, embajador que fué su padre de Inglaterra por el tirano, venía por capitán de infantería ; ha sido prisionero otra vez, y se trocó por el marqués de la Puebla. Manuel de Saldaña, caballero de casa calificada, capitán de infantería. D. Manuel Enríquez, hijo de Luís de Almeida, de casa calificada ; venía por capitán de infantería. Esteban de Britto Mascareñas, venía por aventurero. Francisco Pereyra de Castro, del hábito de Cristo, venía por capitán de caballos. Francisco, etc. *Como en la relación anterior.*

(*Archivo de Simancas.*)

APÉNDICE G.

COPIA DE UNA COMUNICACIÓN ORIGINAL DEL MARQUÉS DE TORRECUSA Á S. M., REMITIENDO UNA RELACIÓN DE LA BATALLA DE MONTIJO, FECHA EN BADAJOZ 4 DE JUNIO DE 1644.

SEÑOR:

Por enviar á V. M. relación verdadera de lo sucedido en 26 de Mayo en el campo del Montijo, día que se tuvo el reencuentro con el rebelde portugués, no he despachado antes este correo. Con éste va la relación verdadera; y por cumplir con mi obligación, digo á V. M. que la gente de cabo de este ejército y reformados merecen recibir cualquiera honra y merced por lo valiente y fino con que se llevaron en aquella ocasión. Yo, Señor, soy de todas naciones; mas no puedo dejar de decir á V. M. lo que me han asegurado, y es que D. Sancho Monroy hizo milagros con su persona, y que D. Juan Bautista Pinatelo con su tercio hizo maravillas. El Maestro de campo irlandés cumplió muy bizarramente con lo que debía, y si á D. Francisco de Luna, Corregidor de esta ciudad y Maestre de campo, no le hubieran herido de herida en la ro-

dilla, que plegue á Dios que la escape, no hubiéramos perdido la artillería del enemigo, que tuvimos ganada. Los cabos de la caballería, del principio hasta la fin, hicieron cosas no vistas en semejantes ocasiones: sus tropas les acompañaron al primer reencuentro, mas después la codicia del pillaje les hizo hacer muchas vilezas; los reformados de la caballería é infantería, acompañados de algunos soldados viejos, se inmortalizaron, y, en fin, Señor, para ser de tanta estimación esta facción como la que sucedió en 15 de Mayo á la vista de Lérida, no le falta otra cosa que el no haber tenido á V. M. tan cerca; nombrar en este papel, Señor, todos los que se señalaron, anduviera muy lleno; lo verá V. M. de las cartas que daré á quien se lo ha merecido, y si V. M. me da facultad de ocupar, en los puestos que por muerte están vacos, las personas que se lo tienen ganado, aseguro á V. M. que será con mucha justificación, y, entre otros que se habían de proveer, sería el conde de Torrejón, que se llevó muy valientemente, y salió de la ocasión con cuatro heridas muy peligrosas. Es caballero muy principal, é hijo de esta provincia, uno de los á quien tocó la reformation por no tener gente; á este caballero estuviera muy bien el tercio del Maestro de campo Pulgar, difunto, si escapa, y escapando, que es muy dudable, del peligro en que está de la vida, el Mestre de campo y Corregidor D. Francisco de Luna, quedará muy bien pro-

vista la Tenencia General de esta caballería, que está vaca por haber ido á Galicia el que lo era.

Este tal caballero es soldado como debe ser el soldado honrado ; es hijo de soldado, nacido y criado en Flandes , y gastado ocho años de su edad sirviendo una compañía de caballos en aquellos Estados: á estas tales personas se puede rogar para ocuparlos en semejantes puestos. D. Pedro de Mendoza, soldado de Italia y España, que sus principios fueron de soldado, capitán, Capitán de caballos, hoy lo es Teniente de Maestre de campo general, caballero de mucha bondad y honra, vecino de esta ciudad, de edad de casi sesenta años, ha hecho milagros en juntar gente por la provincia, y llevóla tan á tiempo, que se halló á la ocasión y fué uno de los que trabajaron en la disposición. Á este caballero, por su gran bondad, por lo bien que ha servido, por ser hijo de esta ciudad, por la edad y experiencia que tiene, dándosele el tercio que quedase vaco de D. Francisco de Luna, sea por pasar á la Tenencia General de la caballería, sea por muerte, aseguro á V. M. que estuviera mejor proveído el tercio que su persona, y si las leyes de este país no lo impidiesen, dándole V. M. el corregimiento de esta ciudad, bien quieta se hallaba con él, y el servicio de V. M. nada atrasado. Tendré yo cuidado en las vacantes, tener muy contentos á los que se han señalado, en lo que está á mi disposición. Otros de menor es-

fera, con algún escudo ó medio escudo de ventaja, darán por bien empleado la sangre que derramaron en el servicio de V. M., cuya Católica y Real persona guarde Dios como la cristiandad lo ha menester y sus fieles vasallos deseamos.
—Badajoz 4 de Junio de 1644.—*El marqués de Torrecusa.*

(*Archivo de Simancas.*)

APÉNDICE H.

COPIA DE UNA CARTA, ORIGINAL DEL LICENCIADO D. GABRIEL ORTIZ DE ORUE, VICARIO GENERAL DEL EJÉRCITO DE EXTREMADURA, AL MARQUÉS DE TORRECUSA, FECHA EN BADAJOZ Á 1.º DE JUNIO DE 1644.

«Excmo. Sr. :

Cumpliendo con la orden de V. E., fui á las villas de Talavera la Real, Lobón y Arroyo de Mérida, y en tres días continuos que asistieron los vecinos de ellas en la campaña, junto al Montijo, adonde se dió la batalla al rebelde portugués el jueves 26 del pasado, hice enterrar todos los cuerpos de los soldados muertos que en ella había, y según la cuenta que un hombre curioso hizo, fueron tres mil y sesenta y tantos, y no entré en el monte y camino por donde se retiró el resto del ejército del rebelde hasta la ermita de Nuestra Señora de Botoá, que son más de dos leguas de distancia, por no tener convoy y haber riesgo, si acaso el enemigo echase algunos caballos, como acostumbra á hacerlo; pero advierto á V. E. que estoy informado de personas que han andado en aquella parte, que son muy muchos los cuerpos muer-

tos que hay en dicho monte y cerca de la ermita, sin los que enterraron en un arenal, junto á ella, los rebeldes. V. E. ordene lo que fuere servido se haga. Guarde Dios á V. E. muchos años, como deseo y es menester.—Badajoz y Junio 1.º de 1644.—Capellán de V. E., que su mano besa, el licenciado *D. Gabriel Ortiz de Orue.*»

La anterior carta está legalizada por el escribano Alonso López de Meneses.

(*Archivo de Simancas.*)

APÉNDICE I.

COPIA DE UN PÁRRAFO DE CARTA DIRIGIDA AL SECRETARIO DE LA GUERRA, POR EL VEEDOR Y CONTADOR DEL EJÉRCITO DE EXTREMADURA, DANDO CUENTA DEL POCO EFECTO QUE HACÍAN LAS COMPAÑÍAS DE DRAGONES, Y ACONSEJANDO SU REFORMACIÓN.—BADAJOZ 17 DE MAYO DE 1647.

«.....»

»Y se nos ofrece que representar, que conviene al servicio de S. M. que tres compañías de dragones que mandó formar el señor marqués de Leganés cuando salió á campaña gobernando este ejército, de algunas cabalgaduras que los lugares dieron para este efecto, se reformen por no ser de ningún servicio, ni tener más número sino setenta y ocho soldados montados, ni lo han sido desde que se formaron, sino es para el gasto de la cebada y demás socorros que se dan como si fueran compañías de corazas, habiendo asistido en el alojamiento, si no es este invierno, que han estado en Alburquerque, socorridos cada día con dos reales del dinero que diferentes lugares de esta provincia dieron por eximirse de tener alojamiento de caballería; y el tiempo que allí han asistido, se ha conocido del poco fruto que son,

y esto nos mueve á representárselo á V. M. para cumplir con nuestra obligación, se sirva de dar cuenta en la Junta, y en caso que se tomase resolución de que se hiciese la reformatión, se agregasen los caballos que fuesen de servicio á las compañías de arcabuceros, y que las mulas y machos que hay en ellas se vendiesen para comprar caballos y agregárselos á ellos, que con esto se evitará el gasto de tantos oficiales que tienen y las molestias que hacen al país, con color de que van en busca de los soldados que se les han huído, y de alojamiento, que vienen á excusarse tres compañías y con tantos oficiales vivos.

.....
»Badajoz á 17 de Mayo de 1647. — *D. Francisco de Hunzqueta.* — *Pedro de Aróstegui.* — Sr. Secretario: Alonso Pérez Cantarero.»

(*Archivo general de Simancas.*)

APÉNDICE J.

COPIA DE PÁRRAFOS DE RELACIÓN DE LA GENTE QUE HABÍA EN ESTE EJÉRCITO (PORTUGAL), LA QUE HA ENTRADO Y VA ENTRANDO DE DIFERENTES PARTES, Y DEL ESTADO EN QUE SE HALLA LO PERTENECIENTE Á LA ARTILLERÍA Y VÍVERES.

Caballería.

De Cataluña han venido 1,400 caballos.	1,400
Los que había en la provincia con el trozo de D. Diego de Zúñiga, 1,400 caballos	1,400
Del partido de Fregenal, reino de Sevilla, hay 100 caballos.....	100
De remonta han llegado, hasta ahora, 1,343 caballos.....	<u>1,343</u>
Todos.....	<u>4,243</u>

De este grueso han de quedar de guarnición en las plazas del partido de Alcántara, Valencia, Alburquerque, Badajoz, Olivenza, Barcarota y Jerez, 600 caballos; con que, para sacar en campaña, habrá 3,643 caballos.

Infantería que se halla en las plazas de Badajoz y Olivenza.

Por relaciones que han dado juradas los Maestros de campo, tienen la gente siguiente :

El tercio que gobierna el General de la artillería D. Simón de Castañizas, 457 soldados y 36 oficiales reformados...	493
El tercio del Maestro de campo D. Juan de Zúñiga, 434 soldados.....	434
El tercio del Maestro de campo D. Álvaro de Luna, 258 soldados.....	258
El tercio del Maestro de campo D. Pedro de Biedma, tiene 98 soldados...	98
Estos cuatro tercios se componen de gente de la milicia de esta provincia, á los cuales todavía han de venir otros 800 soldados, que se han detenido hasta ahora en sus casas por el alojamiento que tienen.....	800
El tercio del Maestro de campo D. Rodrigo de Mugica, tiene 13 soldados..	13
El tercio del Maestro de campo conde de Escalante, tiene 7 soldados.....	7
El tercio del Maestro de campo D. Francisco de Alarcón, tiene 34 soldados..	34
<i>Suma y sigue.....</i>	<u>2,137</u>

<i>Suma anterior</i>	2,137
El tercio del Maestro de campo D. Juan Enríquez, tiene 71 soldados	71
El tercio del Maestro de campo D. Baltasar de Urbina, tiene 4 soldados	4
El tercio del maestro de campo D. Francisco Tello, tiene 9 soldados	9
El tercio del Maestro de campo D. Francisco de Araujo, tiene 19 soldados	19
El tercio del Maestro de campo D. Alonso Feijóo, tiene 13 soldados	13
El tercio del Maestro de campo D. Antonio Paniagua, tiene 46 soldados	46
El tercio del Maestro de campo D. Francisco de Guzmán, tiene 54 soldados	54
El tercio del Maestro de campo D. Miguel Dungan, de irlandeses, tiene 41 soldados	41
El tercio del Maestro de campo D. Dionisio Omahun, de irlandeses, tiene 16 soldados	16
	<hr/>
	2,410

Infantería que de diferentes partes ha llegado á la provincia y va llegando.

El regimiento de la Guardia tiene, para tomar armas, 900 hombres	900
De la gente de Granada, la primera tro-	<hr/>
<i>Suma y sigue</i>	3,310

<i>Suma anterior</i>	3,310
pa salió de 1,050 hombres, de los cuales se huyeron en el camino 401. Han llegado á la provincia 649, y de otras dos tropas de esta gente, que vienen marchando para el cumplimiento de los 1,800 hombres que ha de enviar el marqués de Águila Fuente, se entiende se han huído muchos, con que se supone que para la campaña habrá 1,000 hombres.....	1,000
El regimiento del barón de Carondelet, según las noticias que se han tenido, tiene 250 soldados para tomar armas.	250
El regimiento del barón de Carseistain tiene, para tomar armas, 800 hombres.....	800
El regimiento del conde de Erculaum tiene, para tomar armas, 140 hombres.	140
El regimiento del conde de Losestain tiene 200 hombres.....	200
El tercio del conde de Sartirana, 550 hombres.....	550
El tercio de José Fosán, 500 hombres..	500
El tercio del conde Antonio Troto tiene 350 hombres.....	350
El tercio de D. Manuel Carrafa, 500 hombres.....	500
	<hr/>
	7,600
	<hr/>

(*Archivo general de Simancas.*)

APÉNDICE K.

RAZONAMIENTO QUE HIZO EL DEÁN DE ÉVORA AL EJÉRCITO DE PORTUGAL HALLÁNDOSE EN EXTREMOZ PARA INTRODUCIR EL SOCORRO EN ELVAS, SITIADA POR EL CASTELLANO Á 11 DE ENERO DE 1659. (TRADUCIDO DE PORTUGUÉS EN CASTELLANO.)

Valerosos lusitanos: Confieso que la ternura de corazón que me ha causado veros juntos para esta empresa, tan conformes, alienta el espíritu á mis canas, y la experiencia de vuestra fortaleza me pronostica la victoria que habéis de alcanzar del común enemigo castellano. Nadie de los presentes ignora la justificación de nuestra causa, y que el poderoso Dios que tenéis presente la ha tomado por su cuenta, y os ha de asistir de manera que en la ocasión os multiplique las fuerzas del ánimo, de tal guisa, que á cada uno de vosotros os parezca poco toda la potencia enemiga. Bien instruídos estáis de vuestros mayores, de las proezas que consiguieron contra Castilla en tiempos más calamitosos y apretados, cuyos casos, por seros tan notorios, no repito; ni hago memoria de los hechos memorables que las naciones extrañas tienen por apócrifos, pareciéndoles temerarios y ejecutados por

jerarquía más que humana. La sangre que tenéis en las venas es más que cierto se deriva de aquellos esforzados varones; que no habéis degenerado de su valor, ¿hay, por ventura, quien lo dude?; porque me pesaría sumamente aunque se imaginase. Y que tengo por cierto que la razón que os asiste, la causa tan natural que os obliga á la defensa de vuestra patria, de vuestros hijos, mujeres, padres y hermanos, os ha de hacer más formidables que á vuestros pasados. Ninguno de vosotros ignora la esclavitud que este nobilísimo reino padeció en el dominio castellano por más tiempo de sesenta años; que la causa fueron sus pecados, no es dudable, y que para reducirse á su antigua libertad, milagrosamente quiso el Señor, que tenemos presente, á ruego de los Santos patronos, que sin derramar sangre volviese á la debida posesión de sus legítimos Reyes. ¿Qué otra cosa nos dicen estas sordas voces, sino que conservamos y defendemos lo que es nuestro? La soberbia castellana no puede saciar su ambición con toda la redondez de la tierra; pero bien sabéis, y vuestro valor lo ha dado á entender al mundo, que, unidos con la justicia de vuestro deseo, habéis tenido siempre á raya sus altivas resoluciones, cayendo en el precipicio de su arrogancia; su gobierno es sin fe y sin honra, que ya está temiendo el castigo de la divina justicia por medio de los aceros de vuestras espadas: bien merecido lo tiene el atrevimiento de esta canalla, que ha querido pri-

varnos y aun despojarnos del glorioso y feliz imperio que con tanto valor y sangre alcanzaron y conservaron nuestros progenitores por muchos siglos, contra el poder de la monarquía castellana.

Jamás se opusieron al brazo lusitano que no experimentasen este castigo; y si esto sucedía en tiempos que se hallaba nuestro Reino dividido, ¿qué será cuando os veo tan unidos y conformes? Á que debo añadir que ya la nación castellana no está en la potencia que solía; que se halla ultrajada en reputación y efectos de las mismas naciones que dominaba; que los holandeses, súbditos suyos, que vosotros tan felizmente echasteis de la tierra de que se apoderaron en tiempo de aquel inicuo gobierno, los tienen por menos que sujetos, habiéndoles obligado á hacer unas paces vergonzosas: el alemán los desestima; el italiano los desprecia, y los ingleses y franceses, nuestros amigos, los tienen en tal estrecho, que sin duda triunfarán muy presto de lo poco que les queda. Los mares Mediterráneo y Océano, de que han sido absolutos dueños por más de cien años, hoy están desiertos de su armada, habiéndoselas tragado por castigo de la divina justicia, sin que en tan anchurosos piélagos se halle ni rastro de lo que fueron. La experiencia os hace tocar á manos esta extremidad cuando veis el último esfuerzo de esta soberbia nación, reducido al miserable estado de un ejército que no pasa de 6,000 infantes y 2,000 ca-

ballos ; estos bisonos , no de la nobleza , sino de la infame plebe , que no pudiendo la provincia sustentarlos , los ha echado de sí al robo y la insolencia : esta es su profesión , más que de la guerra. Todo su bagaje está cargado de riqueza y pagas multiplicadas , que con poca providencia le ha repartido el inexperto valido del castellano : justo será despojo vuestro. Con el rigor del invierno tienen reconcentrado el hielo en los tuétanos , faltos de disciplina , y sus cabos poco conformes , y la gente principal ve que vanamente anda cerca ya el principio de su ruina , el que incapaz de este ejercicio los acaudilla. El ámbito de la línea es de tres leguas ; imposible su defensa , y ellos tan confiados en su soberbia y desprecio de vuestro valor , que os convidan todas estas circunstancias á la seguridad de la victoria que os prometo , y desde aquí estoy anteviendo , cuando las razones tan evidentes que he dicho no tuvieran tanta fuerza para el crédito que merecen , basta el saber , como ninguno de vosotros lo ignora , que la plaza que vais á socorrer es el antemural de vuestro sosiego , la llave de todo el reino y su ojo derecho ; los que la defienden , vuestros hermanos , hijos y parientes , que sin duda con esfuerzo increíble saldrán á recibirlos por lo más peligroso de los escuadrones enemigos , y que no puede haber duda que dándoos la mano , ellos por dentro y vosotros por de fuera de la línea , desbaratéis con facilidad las haces enemigas , alcanzando uno de los mayores tro-

feos de estos tiempos, y que traigan con similitud al más memorable de los pasados. ¿Á qué estado pensáis que se han reducido los castellanos en el sitio que tienen puesto á Elvas? Os aseguro con toda verdad que es lo que podéis desear, porque os hago saber que los pocos que tenéis que vencer no han tratado como militares la presa que intentan, que es el cuartel principal de la corte, que es donde asiste.

La mayor fuerza de su ejército se compone de gente afeminada, criada en delicias é inexperta, viciosa y sin género alguno de disciplina militar; sólo tratan, como mala hembra, de la gala, afeite y compostura del cabello, y manera de comer viandas regaladas, á que espléndidamente los convida su caudillo; alternado este vicio entre todos los cabos y capitanes de su campo, acomodándoles en estancias y ricas tiendas, con ambiciones semejantes á los de las ciudades de mayor tranquilidad y vicios; y como repletos en todo género de delicias, necesariamente han de quedar rendidos al aspecto de vuestra constancia, que, al contrario, hace fuertes vuestros ánimos invencibles. Sus estancias están llenas y abundantes de servicio de plata, y joyas y ricos vestidos, con que absolutamente se hallan inútiles en el manejo de las armas, que sin duda á la primera vista de vuestros aceros han de volver las espaldas, sin atreverse á esperaros en la lid, de que se os sigue, demás de la honra y victoria, el premio de otros trabajos, con los despojos de

presa tan rica como esperáis. Á todo esto, os debe alentar mucho que el poderoso Dios que tenéis presente es propicio á todos vuestros movimientos : no hay que dudarlo; que, si bien lo consideráis, desde el día que el común enemigo puso cerco á la plaza, oyó vuestros ruegos y oraciones el Altísimo, cargando de lluvias y tempestades sobre estos inicuos tiranos, deshaciendo de noche los ministros celestes lo que ellos, fatigados, laboraban de día: que Dios guarda á esta ciudad suya, menos lo podéis dudar, pues si manifestáis vuestros corazones, como lo reconozco en vuestro semblante, están brotando alborozo de alegría, como si tuviera puesta la coyunda en la ambición castellana; y aunque seais pocos en número, excede de manera vuestro valor, que os podéis hallar corridos de los pocos que teneis que vencer.

De esta vez, invencibles capitanes, ganáis renombre para las edades futuras; aseguráis el solio tan legítimo á vuestro Rey y Señor natural; os libráis del insufrible yugo del castellano; adelantáis las pobrezas de vuestros ascendientes, y dais renombre á vuestros hechos, lanzando de vuestra amada patria al enemigo común vuestro y de los príncipes vuestros amigos y aliados; fortalecéis con seguridad invencible el respeto y temor que siempre os ha tenido la nación castellana, dejándola con el castigo merecido tan amedrentada, que de necesidad os ha de rogar con la paz tan ventajosa, que quede vuestra fa-

ma eternamente gloriosa. Poned, hermanos y amigos, toda la esperanza y vuestra dicha en las poderosas manos de este eterno Dios, y pedidle de todo corazón que os asista y dé fortaleza con la unión que siempre habéis tenido; que con eso, yo, en su bendito nombre, os aseguro conseguiréis la victoria que podéis desear, y no dejaré de asistirlos por mi parte, aunque indigno sacerdote, con los sacrificios y el consejo: por este medio me inspirará su Divina Majestad, y, últimamente, pelearé á vuestro lado hasta perder el último aliento de la vida, etc.

APÉNDICE L.

PLAN DEL EJÉRCITO DE CASTILLA QUE CON D. JUAN DE AUSTRIA ENTRÓ EN CAMPAÑA CONTRA PORTUGAL EN 1662.

Generalísimo, D. Juan de Austria, gran prior de Castilla.

Capitán General y Gobernador de las armas del ejército, D. Francisco de Jutávila, duque de San Germán, del Consejo de la Guerra.

Maestre de campo general, D. Francisco Podésico, caballero de la orden de Calatrava.

Capitán general de la caballería, D. Diego Caballero de Illescas, de la orden de Santiago.

Capitán general de la artillería, D. Gaspar de la Cueva Enríquez, hijo del duque de Alburquerque y gentilhombre de la cámara de S. M.

Teniente General de la caballería, D. Diego Correa, caballero de la orden de Santiago.

General titular de la artillería, D. Nicolás Langres, francés de nación.

Infantería.

Tercios del Maestre de campo don Gonzalo Fernández de Córdoba, caballero de la orden de Santia-

go, juntamente con el del Maestre de campo D. Juan Salamánqués, con.....	640
El de D. Lope de Agreu, caballero de la orden de Calatrava, hijo del conde de Regalados, con el de D. Álvaro de Luna, caballero de la orden de Santiago, hijo del conde del Montijo, con....	443
El de D. Francisco Tello de Portugal, caballero de la orden de Santiago, con el de D. Francisco de Araujo, caballero de la orden de Cristo, con.....	554
El de D. Rodrigo Mogica, con...	596
El de D. Francisco de Alarcón, caballero de la orden de Calatrava, hijo del conde de Frosifal, con.	567
El de D. Baltasar de Urbina, hijo del marqués de Urbina, juntamente con el de D. Dionisio Omalum, caballero irlandés, con...	593
El de D. Fernando de Escovedo, caballero de la orden de San Juan, con el del Maese de campo D. Juan Enríquez, caballero de la orden de Santiago, con...	491
El de D. Ignacio de Altarriva, Maese de campo del tercio de Aragón, con el de D. Felipe de Vi-	

Suma y sigue 3,884

	<i>Suma anterior</i>	3,884
	centelo, conde de Cantillana, con	503
	El de D. Francisco de Guzmán, hijo del marqués de la Algaba, con el de D. Francisco Paniagua, hijo del marqués de Lanzarote, con . .	517
	El de D. Juan de Zúñiga, hijo del marqués de Águila Fuente, con.	705
	El del conde de Escalante, gentil- hombre de cámara de S. A., con el de D. Juan Barbosa, Maese de campo de la armada del mar Océano, con	484

De italianos.

	El tercio del marqués de Torrecusa, caballero de la orden de Alcán- tara, gentilhombre de la cámara de S. M., grande de España, con.	548
	El de José Fossan y el del conde de Sartirana, con	383
	El de D. Manuel Carrafa, hijo del duque de Nochera, con	592

De alemanes.

	El del barón de Lasertain, con . . .	520
--	--------------------------------------	-----

Suma y sigue 8,136

<i>Suma anterior</i>	8,136	
El de D. Francisco Franquete, con.	270	
El del conde de Charni, hijo del duque de Orliens (Orleans), hermano del Rey Cristianísimo de Francia, con el regimiento del conde Lorestain, con.....	480	
	<hr/>	8,886

Caballería.

Las guardias de S. A., á cargo de D. Melchor Portocarrero, gentil-hombre de su cámara, hijo del conde de Monclova, con.....	280	
Las del duque de San Germán, sus capitanes el barón de Santa Cristina y D. Felipe de Aya, con..	244	
La del General de la caballería y su Teniente General, con.....	216	
El trozo de D. Alejandro Morera, caballero de la orden de Calatrava, con.....	516	
El de D. Luís de Ley, con.....	429	
El de D. Juan Cortés, con.....	214	
El de D. Juan Ángel Balador, con.	321	
El de D. Juan Jácome Mazacán, con.....	404	
El de D. Juan de Rivera, con...	464	
	<hr/>	
<i>Suma y sigue</i>	3,088	8,886

<i>Sumas anteriores</i>	3,088	8,886
El de D. Miguel Ramoni, con	362	
El de D. Antonio Guindaro, con	600	
El de D. José de Larreategui, con	399	
El de D. Antonio de Montenegro, con	315	
El de D. Juan de Novales, con	526	
M. del Corral, Maese de campo de caballería francesa, con	84	
	<hr/>	5,374
		<hr/>
		14,260
		<hr/>



ÍNDICE

CAMPAÑA DEL DUQUE DE ALBA EN PORTUGAL.

I.

Derechos de Felipe II á la corona de Portugal. — Los Pretendientes. — Previsión de Felipe II. — El duque de Alba jefe de la expedición. — Altísimo y patriótico pensamiento de la incorporación de Portugal. — El Rey resuelve ponerse al frente del ejército. — Dificultades de los portugueses para allegar recursos, y designios y aprestos de los castellanos — Expedición marítima al mando del Marqués de Santa Cruz. — Revista el Rey el ejército en Cantillana. — Enumeración de los capitanes, y descripción de sus trajes y armas. — Discusiones en Badajoz sobre el plan de campaña. — Discútese la conveniencia de que el Rey entre al frente del ejército en Portugal. — Página..... I

II.

Vano alarde de los portugueses — Los capitanes castellanos estrechan la frontera portuguesa. — Presencia el Rey la entrada del ejército en Portugal. — Distribución del ejército. — Diego de Meneses pide recursos para la defensa de Yelves. — El prior de Ocrato se corona Rey en Santarem. — Rendición de la plaza de Yelves y de las villas de Campomor, Olivenza y Portalegre. — Toma de Villaviçosa. — Sitio de Extremoz. — Huída y prisión del almirante Acevedo. — El duque de

Braganza se somete al Rey Católico.— Rendición de Setubal.— Alardes patrióticos en Lisboa.— Determinaciones del duque de Alba para continuar la campaña.— El ejército castellano en Cascaes..... Pág. 25

III.

Alarma del prior de Ocrato.— Toma del castillo de Cascaes y castigo de su gobernador.— Sitio y rendición de San Gian.— Efectos que produjo en Lisboa la rendición de San Gian.— Determinan los portugueses salir á campaña.— Condiciones del ejército que reunió el prior de Ocrato.— Publica Felipe II una carta de perdón.— Asedio y rendición de la Torre de Belem.— Situación de los dos ejércitos.— Plan y prevenciones del duque de Alba.— El Duque da la señal de acometer.— Defensa heroica del puente.— Derrota de la armada portuguesa.— Huída del Prior á Lisboa.— Esfuerzo de los capitanes castellanos para evitar en Lisboa los desmanes del ejército.— Entrada del duque de Alba en Lisboa.— Llegada á Cascaes de la flota portuguesa de Indias.— Falsas noticias acerca de la muerte del Rey Católico esparcidas por el prior de Ocrato.— Acusación contra el duque de Alba.— Llegada de los castellanos á Coimbra.— El Prior en Oporto.— Ingenioso ardid del capitán Serrano.— Arenga de D. Sancho de Avila y paso del Duero.— Entrega de Oporto.— Huída á Francia del Prior.— Sumisión de algunas colonias.— Entrada del Rey en Portugal..... Pág. 38

LEVANTAMIENTO DE PORTUGAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMERA CAMPAÑA. (1640).

Estado de España al estallar la insurrección de Portugal.— Nombramiento del duque de Medina Sidonia para el mando del ejército.— El Conde de Monterrey.— Sitio de Yelves

(Elvas).— El marqués de Toral.— Batalla de Yelves.— Sitio de Olivenza.— Muerte del marqués de Toral.— Juan Garay es nombrado General del ejército.— Defensa de Valverde.— Muerte del general portugués Rabello. Pág. 73

CAPÍTULO II.

SEGUNDA CAMPAÑA (1641).

Combate de Elvas.— Acertadas disposiciones de Garay, ejecutadas por Lancastre.— Causas de no haber sido derrotados por completo los portugueses.— Sorpresa de Valverde.— Conducta sanguinaria de los aliados de Portugal.— Rendición de la villa y castillo de Eljas.— El duque de Alba envía socorros.— Rivalidades entre Garay y el duque de Alba.— Ventajas de los portugueses.— Sus ardidés para engañar á los nuestros.— Cerco de San Martín, por el general portugués Tello.— Socorros enviados por Garay.— Acertadas disposiciones de Burgos.— Destrucción y tala de la villa y cercanías de Eljas por los portugueses.— Excursiones de los ejércitos españoles en Portugal.— Suspéndese la campaña.— Reyertas de nuestros Generales. Pág. 87

CAPÍTULO III.

TERCERA CAMPAÑA (1644).

Sucesos que la motivan.— Ineptitud del conde de Santisteban.— Recuperación de Valverde por los portugueses.— Atrevimiento de los portugueses en sitiar á Badajoz.— El duque de Braganza destituye á Mascareñas.— Sitio y toma de las plazas y castillos de Alconchel, Villanueva del Fresno y Salvatierra.— Nombramiento del cardenal Espínola.— El marqués de Torrecusa.— Sitio de Alburquerque por los portugueses.— Indisciplina del ejército.— Intervención del Obispo de Badajoz.— El marqués de Torrecusa confía á Molingén el mando de la expedición.— Los portugueses en Montijo.— Impaciencia de Torrecusa.— Traza de los ejércitos portugués y caste-

llano, antes de la batalla entre Montijo y Lobón. — Causas de la derrota de los portugueses. — Previsión y esfuerzos de Molingen para no malograr la victoria. — Engaños de los portugueses para ocultar su derrota..... Pág. 103

CAPÍTULO IV.

FIN DE LA TERCERA CAMPAÑA. — CUARTA CAMPAÑA.

Sitio y toma de Santalexio. — Temeridad de un portugués. — Deseo de la corte de sitiar á Elvas. — Dificultades de esta empresa. — Intento del portugués Melo. — Combate á orillas del Guadiana — Heroico comportamiento del capitán italiano Jacobo Mazacano. — Decídese Torrecusa á sitiar á Elvas. — Levantamiento del sitio. — Cede el mando Torrecusa al marqués de Leganés. — Monroy en Jerumeña (Jeromenha). — Conducta de los soldados. — Saqueo de Villaviciosa (Villaviçosa). — Victoria de nuestras armas cerca de Villaviçosa. — Construcción de la fortaleza «Leganés» cerca de Telená. — Nombramiento del marqués de Leganés para el mando del ejército de Cataluña..... Pág. 125

CAPÍTULO V.

QUINTA CAMPAÑA.

Molingen general del ejército. — Pérdida del fuerte «Leganés». — Escaramuzas entre portugueses y castellanos á orillas del Guadiana. — Sucesos hasta la terminación del año 1648 y otros posteriores..... Pág. 145

CAPÍTULO VI.

SEXTA CAMPAÑA.

Muerte del duque de Braganza (1656). — Doña Luísa de Guzmán, gobernadora del reino. — Reanúdanse las hostilidades. — El conde de San Lorenzo acomete el castillo de Barcarrota. — Victoria de los castellanos, mandados por el duque de San

Germán.—Nuevos aprestos para la guerra.—Cerco de Olivenza.—Intentan los portugueses cercar á Badajoz.—Pérdidas de los portugueses en el asalto.—Ataque de Valença de Alcántara.—Tregua ajustada por el gobernador de Olivenza, Manuel Saldaña.—Capitulación de Olivenza.—Es abandonada la ciudad.—Intentos de San Germán para atraer al combate al conde de San Lorenzo.—Toma de la plaza y castillo de Morón..... Pág. 153

CAPÍTULO VII.

CONTINUACIÓN DE LA SEXTA CAMPAÑA.

Vasconcellos, General del ejército portugués.—Sitio de Badajoz.—Gestiones de San Germán con D. Luís de Haro para defender la plaza.—Defensa del castillo de San Cristóbal.—Derrota de D. Fernando de Carvajal.—Socorros llevados á Badajoz por el marqués de Lanzarote y el capitán Ungán.—Muerte del sargento mayor Segura.—Lanzarote derrota á los expugnadores del fuerte de San Cristóbal.—Varia suerte de los castellanos en los cerros de Viento y de Maya.—Heroica defensa y rendición del fuerte de San Miguel.—Página..... 163

CAPÍTULO VIII.

TERMINACIÓN DE LA SEXTA CAMPAÑA.

La corte de Castilla.—Parecer del duque de Medina de las Torres.—Determinación del favorito D. Luís de Haro.—Acepta Felipe IV el ofrecimiento de Haro.—Valioso concurso de nobles y esforzados capitanes.—Junta el ejército el de Haro en Mérida.—Salen de Badajoz San Germán y el de Osuna.—Aprestos para libertar á Badajoz.—Levantán el sitio los portugueses.—Entrada del de Haro en Badajoz.—Su intento de ir contra la plaza de Elvas.—Los castellanos talan los campos de Portugal.—Carta del Rey á D. Luís de Haro.—Precauciones de Haro antes de acometer á Elvas.—

Causas de la oposición de San Germán. — El gobernador de Elvas Sancho Manuel. — Toma por los castellanos del convento de San Francisco y templo de Santa Engracia. — Disposición de nuestro ejército para el asedio de Elvas. — Carta del de Haro á Felipe IV. — Aprestos en Lisboa para la defensa de Elvas. — Fuerzas de caballería del ejército castellano se pasan á los portugueses. — La peste en Elvas. — Socorros al mando de Cantañeda. — Su arrogancia. — Falta de cumplimiento de las órdenes dadas por San Germán. — Cae prisionero el conde de Medellín. — Es herido el duque de San Germán. — Pérdidas de los castellanos. — Causas á que se atribuye la derrota de los castellanos. — Vuelve Haro al favor de la corte. — Pacés con Francia. Pág. 173

CAPÍTULO IX.

PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1661).

Circunstancias favorables de España para emprender la guerra. — D. Juan de Austria: sus cualidades y carácter. — Toma de Ouguela y Arronches. — Tentativa del conde de Schomberg. — Muerte del general Pacheco. — Cerco y capitulación de Alconchel. — Altercados entre italianos y españoles. — Determinación del Consejo Real. — Crece el descontento de los italianos. — Representación á D. Juan de Austria por el italiano Carrafa. — Resolución del Rey. — Página. 195

CAPÍTULO X.

PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1662).

Sitia D. Juan de Austria á Extremoz. — Consejos de Schomberg. — Simula el de Austria sus intentos, dirigiéndose á Lisboa. — Los generales Zúñiga y Carrafa asedian á Villabuey (Villa Boim). — Vergonzosa capitulación y cobardía de su

Gobernador.—Discurso del Vicario de Villa Boim á D. Juan de Austria.—Dirígese D. Juan de Austria á Villaviçosa.—Conducta del de Austria con un mensajero portugués.—Escaramuza de la vanguardia con la caballería portuguesa.—Dificultades previstas y plan del austriaco para dar la batalla.—Acertados consejos del duque de San Germán.—Asedio de Borba.—Conducta del Gobernador con un emisario de D. Juan.—Desastroso fin de Acuña, después de su heroica defensa del castillo.—Severidad de D. Juan... Pág. 207

CAPÍTULO XI.

CONTINUACIÓN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1662).

Dirígese el ejército á Jeromenha.—Antecedentes históricos y estratégicos de Jeromenha.—Su gobernador Lobato Pinto.—Fuerzas de defensa, municiones de boca y guerra.—Ataques contra la plaza.—Aprestos para el asedio.—Distribución de las fuerzas de defensa.—Peligro en que puso su vida D. Juan de Austria.—Nuevos refuerzos de los sitiadores.—Logra entrar en la plaza el portugués Sequeira.—Son hechos prisioneros otros portugueses al intentar lo mismo.—Nuevas talas que Correa hizo por tierras de Elvas.—Ordénase el ataque el 25 de Mayo por la noche.—Carrafa y Alarcón al frente de italianos y castellanos.—Confusión de los españoles.—Fortuna y previsión de los italianos.—Temerario valor del capitán D. Félix Pardo.—Renuévase la pelea al amanecer.—Nuevas trincheras..... Pág. 221

CAPÍTULO XII.

CONTINUACIÓN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA (1662).

Nuevas baterías contra Jeromenha.—Encuentro del general Rivera con Mr. de Santa Coloma, y prisión de este último.—Da á conocer los planes de la duquesa de Braganza.—Le-

vántase el fuerte de San Juan. — Previsión de D. Juan de Austria. — Continúan las devastaciones por la campaña. — Nueva división de las fuerzas de caballería. — Renuévanse los ataques contra la plaza. — Noticias del ejército portugués. — Recuento de fuerzas. — El usar los portugueses balas fuera de las condiciones de guerra, motiva un parlamento. — Durante él se reconoce la muralla. — Piden los castellanos ser los primeros en el ataque. — Heroísmo de los cuerpos mandados por Enríquez, Escovedo, Alarcón y el conde de Puertollano. — Renuévanse los tercios. — Gánase la estrada cubierta y se fortifica. — Visita D. Juan los puestos ocupados por los españoles..... Pág. 235

CAPÍTULO XIII.

FIN DE LA PRIMERA CAMPAÑA DE D. JUAN DE AUSTRIA.

Continuación del sitio de Jeromenha. — Rivalizan en valor los alemanes, italianos y españoles. — Salida de los sitiados. — Aparición del ejército portugués en el cerro de Malpica. — Apurada situación del ejército sitiador. — Ventajosa posición del portugués. — El valor de un soldado facilita la comunicación entre los portugueses. — Los alardes del ejército portugués no impiden continuar el sitio. — Fingida retirada de los portugueses. — Mensaje de D. Juan de Austria al gobernador Lobato. — Anuncia el general portugués D. Luís de Meneses al gobernador Lobato su propósito de embestir á nuestro ejército. — Retirada del ejército portugués. — Escaramuzas con nuestras vanguardias, mandadas por D. Juan de Ayala. — Carta del General portugués al Gobernador, recomendándole sacase el mejor partido, caso de capitular. — Intimación de D. Juan de Austria. — Inadmisibles condiciones propuestas por Lobato. — Capitulaciones aceptadas por D. Juan de Austria. — Abandonan sus hogares los moradores de los pueblos cercanos. — Consideraciones sobre el sitio de Jeromenha. — Reparadas las defensas, es nombrado gobernador D. Fernando de Escovedo. — Emprende nuevamente las operaciones, diri-

giéndose otra vez á Villaviçosa.—Toma de Villa Boim.—Tala los campos.—Toma de las villas y lugares de Monforte, Crato, Alter Pedroso y Assumar.—Da por terminada la campaña en 11 de Julio.—Flojedad de ánimo de los españoles.—Juicio de esta conducta del de Austria.—Funestas consecuencias para las campañas sucesivas, de las condiciones del ejército y de tan larga suspensión. Pág. 249

APÉNDICES.

- A.*—Copia de relación de las raciones que se dan á la gente de caballería é infantería del ejército de Portugal.—Pág. 279
- B.*—Carta que el Arzobispo de Braga envió al Conde-Duque con su Secretario, sobre el gobierno de que necesita Portugal. Pág. 282
- C.*—Copia del papel que dió á S. M. el duque de Medina Sidonia en 21 de Setiembre de 1641, y lo que S. M. respondió. Pág. 287
- D.*—Declaración del duque de Medina Sidonia en 29 de Setiembre de 1641, con motivo de haberse supuesto que estaba incluido en la rebelión de Portugal. Pág. 297
- E.*—Extracto de relación de la infantería que había en el ejército de Extremadura, según la muestra del mes de Mayo de 1643. Pág. 301
- F.*—Relación verdadera de lo que sucedió en 26 de Mayo pasado, en el reencuentro que tuvieron las armas de S. M. con las del rebelde portugués en la campaña del Montijo. Pág. 304
- G.*—Copia de una comunicación original del marqués de Torrecusa á S. M., remitiendo una relación de la batalla del Montijo, fecha en Badajoz 4 de Junio de 1644. Pág. 317
- H.*—Copia de una carta, original del licenciado D. Gabriel Ortiz de Orue, vicario general del ejército de Extremadura, al marqués de Torrecusa, fecha en Badajoz á 1.º de Junio de 1644. Pág. 321

- I.*—Copia de un párrafo de carta dirigida al Secretario de la Guerra por el veedor y contador del ejército de Extremadura, dando cuenta del poco efecto que hacían las compañías de dragones, y aconsejando su reformatión. — Badajoz 17 de Mayo de 1647..... Pág. 323
- J.*—Copia de párrafos de relación de la gente que había en este ejército (Portugal), la que ha entrado y va entrando de diferentes partes, y del estado en que se halla lo perteneciente á la artillería y víveres Pág. 325
- K.*—Razonamiento que hizo el Deán de Évora al ejército de Portugal hallándose en Extremoz para introducir el socorro en Elvas, sitiado por el castellano á 11 de Enero de 1659. (Traducido de portugués en castellano.)..... Pág. 329
- L.*—Plan del ejército de Castilla que con D. Juan de Austria entró en campaña contra Portugal en 1662.... Pág. 336

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO I.



*Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el día 2 de Marzo
del año de*

1885



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCERO ESPIRITUAL del Maestro Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 10, 25, 30 y 250 id.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II, III, IV, V y VI: el 1.º, con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 id.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y retrato del Autor.—(Agotada la edición de 4 pesetas.)—Hay ejemplares especiales de 6, 10, 25 y 30 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. P. A. de Alarcon. — 1.ª serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

COSAS QUE FUERON, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA ALPUJARRA, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.

VIAJES POR ESPAÑA, del mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL CAPITÁN VENENO.—**HISTORIA DE MIS LIBROS**, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

(De todas estas obras del Sr. Alarcon hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo con retrato del Autor y prólogo de D. Juan Valera, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

- ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA**, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- EL SOLITARIO Y SU TIEMPO**, *biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras*, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.
- HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA**, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomos I y II (éste en dos volúmenes), 13 pesetas.—Ejemplares especiales.
- ESCENAS ANDALUZAS**, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- DERECHO INTERNACIONAL**, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.
- VOCES DEL ALMA**, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS**, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato del Autor, 10 pesetas.—Ejemplares especiales.
- ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS**, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- CALDERÓN Y SU TEATRO**, tercera edición, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.
- ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN**, por D. Vicente de la Fuente.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- ESTUDIOS GRAMATICALES**: introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- POESÍAS** de D. José Eusebio Caro.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL**, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Tomo I, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

Los ejemplares especiales son :

150 en papel agarbanzado grueso.....	á 6 pesetas.
100 en papel de hilo español, núms. I á 100.	á 10 »
25 en papel China, núms. I á XXV.....	á 30 »
25 en papel Japón, núms. XXVI á L.....	á 35 »

Todos los ejemplares numerados llevan dobles pruebas de los retratos grabados al agua fuerte por Maura.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

LA PERFECTA CASADA, por Fr. Luis de León, con retrato del Autor.—Un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

ROMANCERO MORISCO.—Un tomo con grabados y encuadernado en vitela, 6 pesetas.

CERVANTES.—*Rinconete y Cortadillo.*—*El Celoso Extremeño.*—*El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros.* Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

LA MUJER, por D. Severo Catalina.—Un tomo con grabados, 5 pesetas.

Ejemplares encuadernados de lujo para regalo, á diferentes precios.

EN PRENSA.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo III.

HORACIO EN ESPAÑA.—Solaces bibliográficos, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario): tomo II.

TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI.—Estudios histórico-literarios, por D. Manuel Cañete.

LAS RUÍNAS DE POBLET, por D. Víctor Balaguer.

ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN, por D. Vicente de la Fuente.

POESÍAS de D. A. López de Ayala.

CANCIONES, POEMAS Y ROMANCES, por D. Juan Valera.

EN PREPARACIÓN.

MÁS VIAJES POR ESPAÑA, de D. P. A. de Alarcon.

ESTUDIOS LITERARIOS, por D. Pedro José Pidal.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DE CARLOS V, por Pedro Mexía (inérita).

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, del P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscripciones de la *Colección de Escritores Castellanos* se harán á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA.

LA MUJER.—Un tomo, 4 pesetas.

ROMA.—Tres tomos, 12 pesetas.

LA VERDAD DEL PROGRESO.—Un tomo, 4 pesetas.

VIAJE DE SS. MM. Á PORTUGAL.—*La Rosa de oro.*—
Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

POESÍAS, CANTARES Y LEYENDAS, por D. Mariano Catalina, de la Real Academia Española.—Un tomo, 5 pesetas.

ESTUDIOS SOBRE VESTUARIO, EQUIPO Y ARMAMENTO DEL EJÉRCITO, por D. Nazario de Calonje, con láminas, 3 pesetas.

O T R A S O B R A S

(EN DIVERSAS EDICIONES)

DE

D. PEDRO A. DE ALARCON

DE QUE HAY EJEMPLARES Á LA VENTA

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.—Historia de todos los combates de aquella campaña, en que el Autor fué soldado voluntario: relación de los Jefes y Oficiales muertos en ella: descripción de Tetuán y de las costumbres de Moros y Judíos.—Tres tomos, á 3 pesetas cada uno.

DE MADRID Á NÁPOLES.—Relación del viaje del Autor por Italia. Descripción de ciudades, monumentos, museos, etc.—Segunda edición, con 24 magníficas láminas.—Un tomo en 4.º mayor de 580 páginas, 7 pesetas.

POESÍAS.— Colección completa, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 5 pesetas.

DISCURSOS SOBRE LA MORAL EN EL ARTE, leídos por los Sres. Alarcon y Nocedal al ser recibido públicamente el primero en la Real Academia Española.—2 pesetas.

